

# LA NOVELA DE **La Libertad**



## LAS GLORIAS DEL TOREO

POR MANUEL  
FERNANDEZ Y GONZALEZ

### CAPITULO PRIMERO

En que se dicen muchas cosas que creemos  
no desagradarán al curioso lector

En tiempos de Romero habían llegado a ser ya las corridas de toros lo mismo que son hoy (1), salvo alguna variación en el traje y alguna suerte muy secundaria de capa, y muy poco también en la organización.

Hemos conocido la plaza tal como estaba, y Goya nos ha conservado el retrato de un torero de aquel tiempo, que puede verse en el Museo Nacional. La afición era mayor, si cabe. La gente no tenía para entretenerse tanta y tanta cosa como hay hoy. Las costumbres eran más rigeradas. Si había vicio, estaba oculto bajo una refinada hipocresía, y no se daba escándalo. No podía cundir tampoco. Nuestros abuelos eran unos caballeros muy serios y muy quisquillosos. Los frailes, que sostenían en gran manera los vicios, los solapaban, los encubrían; si ellos los practicaban y los reprendían agratamente en los demás por medio del púlpito y del confesonario. De aquí aquella frase tan sabida: «Haz lo que yo digo y no mires lo que yo hago». Las diversiones escaseaban. Los grandes, encastillados en sus caserones, no daban «solrés» ni bailes. El rey no se dejaba ver con la facilidad con que hoy le ve cualquiera. No se conocía la política sino en las altas regiones, alrededor del trono, y era así una políti-

171 En 1871.

ca pasiva. No se le ocurría a nadie que se pudiese vivir sin rey. La revolución francesa les parecía la locura de una horda salvaje. La obra de los carbonarios y de los francmasones, de los herejes, de los excomulgados, de los malditos que se habían atrevido a poner una mano sacrilega en Luis XVI y María Antonieta, en los ungidos del Señor. España se horrorizaba de aquello, y se batía flojamente sobre la frontera contra los sansculotes de sombrero de tres picos y casaca a la Robespierre; con esto ejercía Godoy un acto de alta política, y Carlos IV cumplía, a lo que él creía, con su deber, creyendo vengar de este modo la muerte de sus parientes los Borbones de Francia. Esto divertía muy poco a nuestros abuelos, que dormían en su quietismo. No se les ocurría que sus nietos habíamos de roer el hueso de la revolución francesa. Lo estamos royendo aún, y cada día más duro. No abundaban los espectáculos, como no fuese en las iglesias, que los menudeaban y vomitaban, en unión con los conventos, procesiones y rosarios.

Las cofradías abundaban; mejor dicho, eran las subdivisiones de los españoles; no había en España un solo individuo que no perteneciese a una cofradía. Hoy acontece lo mismo; sólo que han cambiado de nombre y de objeto. Antes eran religiosas. Hoy son políticas, o literarias, o científicas, sin que dejen de existir también las religiosas; pero a «sotto voce», menos algunas que se pavonean y levantan en estandarte y le sacan en procesión siempre que es menester, haciendo el Carnaval fuera de tiempo; Carnaval a lo divino, y subversivo cuanto hay que pedir, porque todo aquello, con sus sobrepellicos, sus guiones, sus manguillas,



ANTONIO GARCIA-RAMOS y VAZQUEZ  
Del Colegio de Abogados de Huelva  
Cronista taurínico de Radio Nacional  
y Televisión Española. MADRID.

sus pendones, sus estandartes, sus ciriales, sus incensarios, va diciendo a voces: ¡Viva Carlos VII! Esta cofradía es la Juventud Católica.

Háy también a la luz las cofradías y hermandades adheridas desde tiempo inmemorial a las parroquias, y sostenidas por curiales, industriales, cómicos y toda casta de gentes. Las que pertenecen a las comunidades religiosas existen como éstas. Pero a socapa. Porque el que crea que aquí se han extinguido los frailes, se engaña. Los frailes continúan: no tienen conventos, pero esto no importa; les basta con los de monjas, con las sacristías de las parroquias, con las familias donde todavía dura la antigua manera de ser a la española, y que saben de qué Orden calzada o descalza, alta o baja, es el bendito padre tal que los visita y dirige la casa, y endereza por buen camino a las mujeres, y da la luz de la fe a los niños, y es, en fin, un ángel que guía a toda la familia al cielo, y recoge el óbolo de San Pedro y el óbolo del señor don Carlos VI, y la limosna para el sostenimiento de la causa del Señor, aplicado a sostener a los adalides de la Iglesia militante, vulgo frailes, especialmente los de San Francisco, que han hecho por la conservación de la fe y por la prosperidad y aumento de las familias lo que no es imaginable. Beneméritos varones, a los cuales no sabemos por qué hay frailes que se han atrevido a llamar «pezudos»; ellos, los salvadores de almas, los fomentadores de cuerpo, los que donde entran con hábitos o con solana lo montan todo a la franciscana y lo hacen esfático. Siempre lo mismo. España, en cuanto al espíritu, en cuanto a su manera constitutiva de ser, no ha dado un solo paso.

El sistema liberal en España, el parlamentarismo, no ha hecho otra cosa que aumentar las cofradías con lo que se llama partidos y fracciones, y a causa de las elecciones lo ha corrompido todo. Que no vayan a decir que somos absolutistas. De ninguna manera. Nosotros no conocemos otra opinión que la de nuestra independencia personal, nuestra autonomía, nuestra personalidad, nuestra libertad de pensamiento y de acción, dentro todo de lo justo, de lo digno, de lo conveniente.

Pero por lo mismo que no tenemos otro color político que el de la lícita libertad individual; por lo mismo que no pertenecemos a ninguna cofradía religiosa ni política; por lo mismo que no queremos más provecho que el que provenga de nuestro trabajo, por lo mismo vemos claro y sabemos que los políticos no son otra cosa que frailes sin hábitos; pero de todos colores, como lo eran los hábitos de las Ordenes religiosas; enemigos entre sí, como eran entre sí enemigos los dominicos y los franciscanos, los mercenarios y los jerónimos, los carnalitas y los trinitarios; todos diciendo la misma monserga para engañar a los tontos; y todos viviendo sobre el país, desorganizándole, corrompiéndole, empequeñeciéndole, empobreciéndole, y debajo de las comunidades y cofradías políticas, las Sociedades secretas, que todo el mundo conoce, como en otro tiempo debajo de las comunidades religiosas y aun en su seno, el heterodoxismo y la herejía. «Qui potest capere capiat»; he aquí el gran axioma. «El

que pueda coger que coja.» Importan poco las palabras y las divisas, las banderas y los colores; el fondo es el mismo, y los españoles de hoy son lo mismo que los de ayer, salvo las apariencias; el fondo de su carácter, de sus propensiones, es invariable. No hay pueblo más firme; no hay quien le haga quitar los pies de donde los ha tenido siempre; el progreso le viste continuamente una nueva túnica, le hace tomar un nuevo aspecto; pero observado; es siempre el español que no necesita que nadie le dé una libertad que él tiene en la masa de la sangre, que la tenía en tiempo de los cartíberos, de los cartagineses, de los romanos, de los visigodos, de los árabes, siempre sin sacula per in sacula sæculorum amen.

El español, indolente para el trabajo, es activísimo para adquirir todo aquello que pueda levantarle de su condición, sea cual fuere su posición social; dentro de cada español háy algo que, respecto a la sangre, pudiera llamarse alcohol; respecto a la cabeza, gas.

Es activo, y propende a las alturas; es fuerte, y ama el exterminio; es noble, y temple sus durísimas cualidades con la generosidad, con los impulsos del corazón, con la impresionabilidad de su cerebro; es, en fin, una cosa extraña; un pueblo admirable, al que no se ha comprendido bien. Y, sobre todo, tiene una virtud inapreciable: que no necesita gobierno; y la prueba de que no lo necesita es que si lo necesitara lo tendría. No hay quien pueda con él ni en lo moral ni en lo físico. En lo moral, conserva siempre el mismo carácter; en lo físico, es fuerte con cuantas castas de fortaleza son imaginables, hasta con la incomprendible de vivir sin comer y de gobernarse a sí mismo, a su manera, sin que nadie le gobierne.

Es un pueblo maravilloso que, ya lo hemos dicho, grita: ¡Viva el rey! y se impone al rey, y creyente y católico a puño cerrado, degüella a los frailes, aporrea a los curas, suele matar a algún arzobispo revestido de pontifical, a la puerta misma de su Iglesia, y a un inquisidor, dentro del templo mismo; ahí está la historia como testimonio.

Un pueblo en que los que gritan: ¡Viva la República!, quieren la República para ellos solos, y más aún, para cada individuo en particular. Pueblo formado de individualidades absorbentes, que pretenden sobreponerse a todo y que determina una colectividad zahareña siempre en fermentación, que se zorra a sí misma cuando no tiene enemigos de la puerta de afuera a quien zurrar. Pueblo al que le huele, el resuello a valiente y a duro desde cien leguas, braviamente independiente y en el cual se deja la piel todo el que quiera esquilarse la lana.

Magnífico pueblo, al cual nos enorgullecemos de pertenecer, donde todos somos reyes, desde el mendigo al rey. Que se muere por todo lo fuerte: por el vino, por las mujeres, por el tabaco y... por los toros. Un poco de pan, medio chicho, un cigarrillo, una buena moza, una corrida de toros, y completos; lo demás, que lo parte un rayo. ¡Mandan los unos! No se les obedece. ¡Mandan los otros! Tampoco. Y los que crean que exageramos, que estudien bien a nuestro pueblo; que se estudien a sí mis-

mos, y si no son tontos se convencerán de que es verdad cuanto decimos, y que somos el pueblo más grande, y más fuerte, y más fecundo del mundo, porque vivimos con muy poco y tenemos mucho, y no nos achicamos ni pensamos en el día de mañana.

Al español le gustaban, le gustan y le gustarán las cofradías, sea cualquiera su color y su denominación; porque con las cofradías se es algo, por lo menos se grita y se parora; en último resultado, se vota, se rife, sobre todo; se da pasto al espíritu peleador, y por lo mismo los toros son la divisa de los españoles, lo imprescindible.

Si un día no hay toros será porque los toros hayan acabado con los toreros; pero mientras haya en España un buen mozo que suelte un capotazo a un par de cuernos y dé una patada en el suelo, y exclame con acento feroz: «¡Jefe!», habrá toros en este país, a pesar de todos los diputados que se levanten armados de todo cuando pueden decir la civilización y la Sociedad Protectora de los Animales pidiendo su prohibición.

Y luego, que si los españoles se callan por miedo de que les petuen un sarténazo sus conciudadanos que la han cogido por el mango, en la plaza de los toros hay libertad absoluta, y tal libertad, que allí se llega hasta a silbar a la autoridad que preside, sea cual fuere su supremacía; en una corrida de toros, el pueblo español respira, está en su terreno propio, en su casa; allí nadie le tose ni le moja la oreja. No hay quien lo beba. ¡Quia! ¡Cualquiera le toma la barba a los nenes cuando tapon con sus personas los tendidos! Y vamos, ahora, porque a ellos les da la gana, porque no les sale de adentro, no hay tumulto; en otros tiempos, allá en los del absolutismo, en que parecía que el rey tenía poder, porque los españoles se lo daban, era otra cosa: la media corrida de por la mañana era un tumulto que preparaba otro tumulto mayor en la media corrida de la tarde.

¡Pobre del chullito que no corría bien un toro, o que ponía las banderillas en el suelo, o que no caía en gracia a los señores! ¡Infeliz del picador que no aguantaba, o que era tumbón, o que no se rompía bien la crismal! ¡Pobre del matador si daba con un toro aplomado y perrón, de esos que para matarlos es menester una escopeta! Los silbidos, los alaridos, el cacoreo, los dicterios, los improperios, los ruidos más extraños, más atronadores, más ineficaces, se oían desde cien leguas; toda aquella tormenta caía sobre el torero silbado, y no sólo con ruido, sino con lluvia de bastones, palos, hanquillos, cuanto tenían a mano para arrojar, hasta los sombreros los hombres y los abanicos las mujeres.

El diestro necesitaba una serenidad heroica para no aturdirse con esta tempestad; vez hubo en que los cojines y las sillas fueron al redondel, y detrás arrojaban las tablas de los andamios y los ladrillos de la fábrica.

Lo incomprendible, lo terrible, de lo que no hay una idea; y todo, ¡por qué! Por un capotazo mal dado, por un par más o menos, por

un pinchazo, por un mete y saca torpe, por un golleteazo o por no haber podido componer a un marrajo. Por cualquier cosa o porque habían ido con mal vino, que también había mucho de eso.

Y era el caso que en estas turbulencias tomaban también parte, y no pequeña, las señoras de los balcones (que así se llamaban entonces los palcos), que no parecía sino que el diablo se les metía en el cuerpo y las convertía en furias. La tiranía, en fin, y la locura. La misma embriaguez que producía en todos la lidia.

Con mucha frecuencia se daba el espectáculo de una verdadera lucha civil, por decirlo así, en que el público se dividía y se acometía de una manera encarnizada.

Cada torero tenía sus padrinos, sus admiradores, su partido.

Hoy es lo mismo; pero no con tal fuerza, con tal intensidad.

Sobre sí Costillares la puso mejor y más alta, y más derecha que Romero; por comparaciones, que son siempre preoiosas y ocasionadas a disgustos, se agarraban dos a palos o a cachetes, si no era que salían a reducir las navajas, y después otros, hasta que la batalla se hacía general en todo el tendido, soliendo a veces pasar de unos a otros.

Entonces les tocaba a los toreros ser espectadores, y los alguaciles y la guardia corrían a evitar el conflicto, y el verdugo se preparaba para azotar allí mismo al que había delinquido, a quien ejecutivamente sentenciaba a una repasata su señoría el corregidor.

Porque han de saber ustedes, mis queridos lectores, que el verdugo asistía entonces a la corrida por mañana y tarde, y tenía su lugar aparte, encima del toril.

Los excesos habían provocado los rigores. Los carteles no eran entonces verdaderamente carteles, sino bandos, reales órdenes, que estaban concebidos en estos términos:

«Manda el rey nuestro señor (q. D. g.) que el día tantos de tantos se corran en la plaza de Madrid... (aquí el pormenor de la función: si era media corrida o corrida entera, los toros que habían de correrse, con sus nombres, sus pelos y las divisas de sus ganaderías; los nombres de los espadas y de los toreros, y todo lo demás concerniente al espectáculo).»

Después venían las disposiciones para el orden público, la calificación de las faltas, con sus correspondientes castigos, que eran multas, prisión o azotes, o todo a la par, no embargante la formación de proceso, si había lugar.

Entonces lo primero que aparecía cuando se despejaba el redondel para empezar la media corrida no eran los toreros. Se abría la puerta del arrastradero, y por ella aparecían dos alguaciles de corte a caballo; detrás venían, a pie, algunos otros alguaciles, entre los cuales se veía un notario y el pregonero. Esto aparecía en medio del estruendo de trompetas y timbales; daban un paseo e iban a colocarse en medio del redondel; el escribano apuntaba el pregón, que no era otra cosa que el programa o cartel, con el aditamento de las prevenciones

del orden y las penas, y el pregonero lo repetía con voz estentórea.

Concluido el pregón, el escribano y el pregonero se retiraban cada cual a los asientos que les estaban destinados; los alguaciles de a pie se quedaban a disposición de la autoridad, entre barreras, y dos de a caballo permanecían en el redondel, como se hace ahora en las funciones reales, para hacer cumplir las órdenes del corregidor.

Al empezar el presente siglo cesaron estas formalidades; lo que quiere decir que el público se había menguado. Pero mientras duró el régimen absoluto, aunque no se pregonase el bando, continuó asistiendo el verdugo a las corridas. Por último, cuando llegó la hora de la libertad, desapareció aquél; sólo quedaron los alguaciles. Y esto como visualidad y formando parte del espectáculo y para los recados a los toreros.

## CAPITULO II

### Goya, torero

—¿Qué me cuentasté, señor espicaor? ¿Me podría decir si un «mozo gueno», er señor Goya, er que pintó los fusilamientos del 2 de Mayo de 1808, toreó? ¡Vaya, hombre!

—¡Pues sí, señor! ¡Vaya, hombre! ¡Toreó! ¿Y qué? Toreó maridos, toreó calles, capoteó brujas, las tomó y las dió por lo alto y por lo bajo, y se embaguetó con más de un cornúpeto, a la manera del gran Pedro Romero; cuando yo me lo digo, yo me lo sé; y no hay que, desmentirme a mí, que tengo mal genio y he andado cuando muchacho en el Matadero, sin ser matachín, por pura afición; y si no he sido torero es porque desde que nací soy burriciego o miope, como usted quiera; y ya ve usted, me faltaba la facultad principal: la vista, tan necesaria para ver los «clisos» al toro y conocer la intención; que el toro no está sólo en las orejas, y en la cola, y en el escarabajo, y en el morro, para conocerle los intentos; donde más está el toro para el diestro es en los ojos, que algunas veces miran los animalitos que hablan como si fueran personas de entendimiento, y hay diestro que, por experimentado, por sabio y por tunante que sea, en viendo que un toro le guña de una cierta manera, tira los trastos y sale de pies; y si no lo hace es un torpe, y se le cuela el bichito y le da una que lo pone azul; y hay ciertos lancos en que mejor es que le toquen a un hombre el cencerro que no la campana de la parroquia, y a más que por ser prudente y tomar la polvorosa a tiempo no se ha deshonrado todavía nadie.

Pues volviendo al cuantó, si yo digo que Goya fué torero es porque lo sé, y con quién toreó, y por qué se echó al toro, que fué por una mujer; por la Cariblanca, honor de la calle de Calatrava, y del barrio de Toledo; y aun de Ma-

drid, y aun de toda España, y aun del mundo entero, dondequiera que hubiera una niña que dijera: «¡Alce osté el párpado!»

Y empecemos y dejémos de más circunquicos.

\*

Revolviendo papeles de aquella época en busca de datos para ocuparnos con acierto de Pepe-Hillo, nos hemos encontrado con una cosa que ignorábamos, esto es: con que el famoso pintor de cámara de Carlos IV fué torero.

Digamos ahora, para los que no lo sepan, quién era Goya.

Pues era hijo de un honrado destripatorrones aragonés, que habitaba un cortijillo comprendido en la jurisdicción de Fuentesos, pueblecillo perteneciente entonces al corregimiento de la muy porincillita, invicta y gloriosa y nunca bien como se debe ponderada y exaltada ciudad de Zaragoza.

En el susodicho cortijo nació en 30 de Marzo de 1746, no sabemos a qué hora ni a qué minuto, que bien quisiéramos saberlo, de la honrada señora María de Gracia Lucientes, esposa del honrado labrador José de Goya, una criatura del sexo masculino, que vino al mundo para ilustrar de una manera inmortal a su humilde familia.

Un buen aragonés, otro labrador amigo de los padres, Francisco de Grasa, cogió al mamón en sus brazos, se lo llevó al pueblo y allí le echaron el agua del bautismo y le pusieron por nombre Francisco, del nombre de su padrino.

El cura que le bautizó se llamaba don Félix, y sentimos no saber el nombre de la comadre que ayudó a la madre a dar a luz al «monstruo» de la pintura, como se llama a don Francisco Goya y Lucientes.

Toda minuciosidad es poca cuando se trata de la historia de los grandes hombres.

Se crió Goya fuerte y despelotado, aspirando el puro ambiente de las riberas del Ebro, teniendo por espíritu la franqueza y la buena fe aragonesa, oyendo en la leyenda de la patria una leyenda de gloria, en los cantares y en las tradiciones, y aspirando la fe religiosa en la idolatría que los aragoneses tienen por la Pilarica; es decir, por Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, la madre de Aragón y de España.

Siendo Goya aragonés, no hay que preguntar si era valiente: en Aragón el valor es ingénito, lo produce la tierra, y un cobarde es una excepción; todos eran, son y serán como los tremendos almogávares de don Jaime el Conquistador. Aragón es la tierra de los grandes melocotones y de los hombres que con la razón y la buena fe en el corazón ni temen ni deben, y que en diciendo que dicen que han de meter la cabeza por una muralla, contra la muralla se van de cabeza, sin pararse a considerar que se pueden romper la crisma. Yo saludo respetuosamente, con admiración y con toda mi ardiente simpatía, al noble y bravo pueblo aragonés, de cuya sangre tengo yo por derecho de abolengo alguna parte y no pequeña.

Pues como íbamos diciendo, nuestro Goya se crió muy bien, sin otra educación que la cristiana que le dieron sus padres y la de primeras letras que le enseñó el párroco del pueblo. Pero era de despertar ingenio, cáustico y libre en la palabra, y arrojado y listo para adelante, de tal manera que si tenía una rebuñona con otros muchachos, el primer trompis era el suyo y suyo el último, hasta el punto de que rara vez estaba sin chichón, cardenal o descalabradura.

Tenía dos aficiones, o, por mejor decir, tres, marcadísimas: el toro, el manejo de las armas y el dibujo.

Desde muchacho provocaba a topar a los chicos y a los carneros; más tarde se metió con

licaba, aunque limitado a sus primeros y más todos principios.

\*

Diez años contaba ya nuestro mozolejo cuando acertó a pasar por el cortijo un padre grave de los del convento de Santa Fe, próximo a Zaragoza. Era este religioso don Fray Félix Salvador, un varón docto, si los había, y lo más aragonés del mundo. Cuando el fraile llegó, Goya estaba distraído, dibujando en la blanca pared del cortijo, con un carbón, un puerco que cerca de allí pastaba, y de tal novedad y verdad era el dibujo y con tal riqueza de accesorios, y ejecutado con una tal facilidad, una tal espontaneidad y una tal fuerza, que el entendido don Fray Félix Salvador no pudo dudar de que tenía ante sí a todo un grande artista en ciernes.

\*

Paró el religioso en el cortijo, examinó al muchacho, se persuadió de lo mucho que por todos conceptos valía, y persuadió también a los padres para que lo enviasen a Zaragoza, donde bajo la protección del convento se dedicaría al estudio de la pintura con el buen pintor aragonés don José Lusan Martínez. Hubo óbices y réplicas, se discutió el asunto, y al fin los padres entregaron su hijo al fraile, que se lo llevó triunfante y lo puso bajo la férula del pintor Lusan.

Y hétenos ya a Goya, no ya campesino, sino ciudadano; después le veremos, no ya ciudadano, sino cortesano, y uno de los cortesanos más atendidos, más empujorrotados y más respetados y admirados.

\*

No hay noticias durante ocho años de los sucesos de nuestro mozo. Sábese, sí, que permaneció en Zaragoza estudiando la pintura, y sólo nos lo encontramos en el año de 1765, metido en un «desavío» y obligado a escaparse de las garras de la Inquisición.

No echen nuestros lectores la imaginación a volar, creyendo que nuestro buen Goya huía de la Inquisición porque fuese hereje o judaizante, o cosa por el estilo. La causa era otra. Ya hemos dicho que las cofradías eran, han sido y serán, ya a lo divino, ya a lo profano, la subdivisión necesaria del pueblo español, ninguno de cuyos individuos puede vivir sin tener en algo voz y voto; es decir, medios para poner de manifiesto su idiosincrasia, su autonomía, sus ideas; en una palabra, su opinión y sus creencias.

Por el tiempo en que anda nuestro relato, las cofradías estaban en un auge formidable, y mucho más que en ninguna otra parte en Aragón, donde hubo, hay y habrá mucha más potencia autonómica que en ninguna otra parte del mundo y aun del universo, y si no véase la forma del juramento que hacían prestar a sus reyes: «Nos, que cada uno de nosotros valemos tanto como vos y todos juntos más que



DON FRANCISCO GOYA

(Grabado en madera, de 1879)

los bueyes, las vacas y los novillos; incitaba a su padre y a su padrino a que le diesen lecciones de espada prieta (que entonces todo el mundo en España sabía menear la espada), y los gañanes y gente del común, que de espada no entendían, le daban lecciones de palo y de cuchillo, en lo que eran muy diestros; a todo esto, Goya tenía llenas las paredes de su casa de dibujos hechos con carbón, que daban una grande idea de su afición al arte, que sin conocerle aún, y como una predestinación, prac-

vos, os hacentos rey, con tal que guardéis nuestros fueros, libertades, etc., y si non, non.»

De la misma manera, que un aragonés se rompe la crisma o se da una epunzadica con otro por quitarme allá esas pajas, las cofradías andaban entre sí a garrotazos o a tiros sobre sí aquí te las puse o no te las puse, y la justicia, y la Inquisición, y los cónsules, y el gran justicia se veían negros a veces para evitar que una rifa de cofradías se convirtiese en un movimiento popular, de incalculables consecuencias: que los aragoneses, como cosa de la coronilla de Aragón, y nuestras provincias de Levante, por la conceñitancia, tienen mucho de levantiscos, así como en la poesía mucho de lemosinas y de provenzales.

\*

Ahora bien: Goya pertenecía a la cofradía de San Lucas (sin duda esta cofradía tenía en su seno muchos aficionados al toreo, puesto que su Patrón era el evangelista del torero), y en esta cofradía, Goya, por valiente, arrojado, inteligente y vivo, llevaba la batuta.

Tenía diecinueve años y estaba en todo su desarrollo. Se había hecho además músico: cantaba como un ruiseñor y rasgueaba la vihuela como un barbero de Córdoba, y en cuanto a guspadas y tunanterías, no había en Sevilla, ni aun en el barrio del Baratillo, un buen mozo que a buen mozo le ganara ni con él se quedara por ninguna causa, motivo ni estilo.

Tenía muy mal genio y le duraban muy pocas guitarras, porque las rompía con mucha frecuencia sobre la cabeza del prójimo.

Y tenía Goya una de sus novias, que jamás tuvo una sola, en una callejuela inmediata a la Catedral, por cuya callejuela, ya en altas horas de la noche, y a tiempo que Goya «pelaba la pava» con su «chiquita», pasaba el rosario de Nuestra Señora del Pilar, y era el caso que los de esta cofradía estaban enemistados con los de la de San Lucas, a la cual pertenecía Goya y en la que podía decirse era el jefe de la gente de puños y mal genio. Y como los de Nuestra Señora no querían bien a Goya, delante de la casa de su novia, cuando con ella estaba gustosamente entretenido, detentaban el rosario y la gran farola, y no se iban sino cuando habían cantado todos los kries y todas las lotanías y todo cuanto se podía cantar a lo divino.

Aguantó Goya una, dos y tres veces este sobo, que aunque violento no se iba fácilmente del saguro y menos meditando el nombre de la Pilarica, que era la santa Patrona de aquella cofradía, cuyos individuos le buscaban las cosquillas. Pero como suele decirse que a la tercera va la vencida, Goya se cansó de que le bucheasen, que no era el hombre muy a propósito para aquellos bucheos, y una noche que dejó pasar el rosario de Nuestra Señora por la casa de su novia, se fué a esperarle con lo más agrio y más dispuesto a todo de la cofradía de San Lucas, que era embestidora, yendo cada cual armado de lo que pudo. Se prescin-

dió de la cosa santa y se iba con el decidido propósito de romper el alma a la cosa profana.

\*

Allí a los doce se oyeron a lo lejos los «Ave-marias», los «Glorias Patri» y los «Pater noster» de los de la Pilarica, que se fueron acercando hasta que al fin la gran farola de vidrios de colores se metió por la callejuela, siendo al mismo punto hecha añicos por una descarga de pedradas.

El ruido que hicieron los cristales al romperse y al caer al suelo fué la señal del combate, que se trabó encarnizado, que no iban sino muy prevenidos los de Nuestra Señora, ni eran reuas, ni tenían por qué correr de los de San Lucas. Y aunque éstos habían embestido y se colaban, los otros aguantaron firme, y se arrojó la culebra, que muy pronto no fué ya culebra, sino serpiente y más grande que el «Leviatán», demonio de los mares.

Y volvieron garrotazos, y se escupieron tiros, y se lanzaron piedras, y se mojó por lo corto, y hubo despanzurrados, y descalabrados, y perforados, con un tumulto y una batelada de quinientos mil y más demonios, todo perfectamente a la aragonesa y más aún a la zaragozana.

Audieron alcaldes y alguaciles, y también hubo para ellos zurra. Sobrevino el bailío con sus oficiales, y le hicieron bailar como una peonza.

Se presentó la Inquisición, y la apedrearon. En fin, fué aquella una «rondalla» de las de padre y muy señor mío, que se acabó, no porque pusiera fin nadie, sino porque todo tiene fin en este mundo.

Escepió todo el que pudo escapar, que muchos se quedaron sobre el campo estropeados, y al día siguiente, cada jurisdicción, por su parte, y entre ellas la Inquisición, se ocupó en hacer la lista de los que se debían prender por rifa, tumulto y desacato.

A la sazón que esta lista se hacía estaba en la casa del inquisidor que de esto se ocupaba don Fray Félix Salvador, inquisidor también, y no de los menudos, y viendo que en la lista se ponía a su protegido Frasquito Goya, no así como se quiera, sino como cabeza de motín, se aguantó, se despidió, se fué a casa de Goya, se lo llevó al convento, lo disfrazó, y sin perder tiempo le montó en una mula, y con un mozo le puso en camino de Madrid con una carta de recomendación del pintor Lusan, su maestro, para el pintor Bayeu, que residía en la corte.

\*

Se ensanchaba el horizonte del mozo: él le faltaba algo que aprender, la corte era buena universidad para enseñárselo. Agraciado, joven, vivo, simpático, lleno de espíritu y de travesura, arrojado a todo, sin temor a nada, se relacionó muy pronto con todo lo que había de más luciente, de más saliente, de más notable en todas las esferas de la sociedad madrileña: enamorado y libertino, impetuoso y sudaz, lo mismo llevaba su amor a las gitanas del Barranco de Embejadores, a las manolés del Ava-

piés o a las chisperas de Maravillas, que a las «madamiselas» de la clase media y a las grandes damas de la corte.

Su facilidad para la pintura, su gracia para los caprichos, que fantaseaba hasta sobre las mesas de las tabernas, sirviéndole a veces para el clarooscuro el vino; sus admirables retratos, improvisados en un minuto, y, sobre todo, sus lances de toros, que no había un chiscon en que no apareciesen, le habían dado muy pronto una gran celebridad. Se decretian por él las «jembras crúas», se reblandecian las beatas, se enternecian las damas. Frecuentaba tanto el burdel como el salón, y en todas partes era bien recibido y festejado. Iban con él el escándalo, la palabra procaz y epigramática, el cuento libre, la expresión mordiente, y la viveza, y la alegría, y el valor, y la audacia. Menaba bien la espada y mucho mejor el cuchillo, y tanto andaba a estocadas como a mojaditas. Era familiar del Matadero por afición al cuerno, y amigo íntimo de todos los toreros, especialmente de Juan Romero, por el que sentía una verdadera veneración.

—Usted acabará por venirse conmigo, don Francisco—solía decirle muy seriamente Juan Romero.

—De menos nos hizo Dios—respondía Goya.

Y seguía pintando en todas partes: sobre las mesas, sobre las vidrieras, sobre las paredes, sobre el lienzo, y enamorando, y bebiendo, y cantando, y entrandose en todas partes como en su casa, y sacando con mucha frecuencia de la suya doncellas y casadas, y aun viudas, y aun se dice escaló alguna vez algún convento, y se metió en algún grande apuro, de que le sacaron sus altos conocimientos en la corte.

Una de las grandes cosas de Goya era la habilidad que tenía para pintar al pastel las caras a las mujeres; por este procedimiento, Goya hacía pasables a las feas; a las pasables, hermosas, y a las hermosas, divinas.

Y figúrense nuestros lectores a un joven agraciado, vivo, audaz, irreverente, plutando con las yemas de los dedos y color en polvo la cara, la garganta, los hombros, el seno y los brazos de una mujer bonita, de una duquesa, como la de Alba, o de una condesa, como la de Benavente.

Figúrense qué era lo que le podía hacer falta a este mozo. Así era que por endiablada que fuese la trabacuenta en que se metía, siempre salía en palmas.

Llegó en esto el mes de Mayo de 1768, y empezaron las fiestas de toros. Costillares era todavía entonces el rey del toreo; rivalizaba con Juan Romero, lo que hacía que las corridas tuviesen un gran lucimiento.

Ya por este tiempo empezaba a hacer sus pruebas en el redondel madrileño, adolescente casi, niño aún de catorce o quince años, el que debía ser la gloria del toreo, Pedro Romero. Pepe-Hillo empezaba a formarse, más joven aún, en el Matadero de Sevilla, y aun se dice que besaba, Francisco Romero dormitaba

sobre sus laureles en Ronda y se relamía oyendo leer las cartas en que se ponderaba a su hijo Juan y se daban grandes esperanzas de su nieto Pedro. José y Antonio, niños aún, estaban bajo el techo paterno y se amamentaban ya en el oficio de su abuelo, de su padre y de su hermano.

Las corridas de toros estaban en auge y les faltaba muy poco para llegar, con Pedro Romero y Pepe-Hillo, a todo su esplendor. Las escuelas de Ronda y de Sevilla tenían ya grandes representantes en Juan Romero y en Costillares.

Se nos hace la boca agua suponiendo lo que sería en aquellos tiempos el toreo. Particularmente en Madrid se parecía la gente por las corridas.

\*

Era una placida tarde del mes de Mayo de 1768. La calle de Alcalá, entre una y dos de la tarde, era una corriente humana, dividida en dos raudales; entre estos raudales de gente a pie iba otro raudal a caballo, o en coche, o en calesín.

Por la acera de la izquierda, y ya cerca de la iglesia del Carmen, iba Goya con algunos de sus condiscípulos y con su maestro, el buen Bayeu, que llevaba del brazo a su hermosa hija Pepa. Frasquito y la Pepa no se quitaban ojo. Se querían, eran novios, todo con conocimiento y consentimiento de Bayeu. No podía ser de otra manera, que Pepita estaba muy bien criada, era muy obediente a sus padres y muy pudorosa, lo que no quitaba que se la ardiesen los ojos y relampagueasen cuando encontraban la mirada de hambre y de malicia de los ojos de Goya, que se paseaba por el semblante, por los hombros y, especialmente, por el seno y por la garganta de su novia.

Distraídos iban y de prisa para no llegar tarde, cuando se dejó oír muy cerca de ellos una voz, que gritó:

—¡Ah! va la gracia de Dios!

Era la voz de un calesero.

\*

Llevaba el jaco del morro y corría con él, que iba como un relámpago.

A poco más el calesín agarra a Goya, que iba distraído mirando a Pepita.

A este tiempo, una voz femenina, energética, imperativa, desenfadada, timbrada por un acento sonoro y punzante a la par, exclamó, o más bien gritó:

—¡Eh, Cantuso! ¡Clávate ahí, hijo, que nos hemos encontrado más que lo que queríamos!

Cantuso, que era el calesero, en el mismo punto en que oyó la voz de una de las dos manolitas, que llevaba todo orgulloso en su calesín, se tiró para atrás; el jaco, que era de poder, se encabritó, aguantó sobre las patas y luego se quedó inmóvil.

La Cariblanca, que era la que había hablado, avanzó el cuerpo fuera de la calesa, se volvió para atrás y dijo a Goya:

—Oiga usted, señor, haga usted el favor de llegarse aquí, si es usted servido.

Esto fué dicho con ese aire de dominio y de facilidad y de poder que tenían las manolas, aquellas buenas hembras que siempre estaban en su tierra: aquel herminio y característico tipo madrileño que ya no existe, aunque se le encuentre acá y allá, si no en conjunto en detalle, en esta o la otra buena moza de los barrios bajos.

Goya, al «diquelar» la reina que le había hablado y que le estaba mirando como diciéndole: «Hombre, cuando yo le llamo a usted, ¡qué hace usted que no viene!»: Goya, decimos, miró rápidamente de soslayo a la Pepita, luego a Bayeu, dejó ver un momento de vacilación; pero como él no había nacido para vacilar, cargó al trapo con que le alegraban y remató en el bulto; es decir, se fué a la cabeza.

Miró a la Cariblanca y a la Miraflores, que así se llamaban las dos princesas que iban en el calesín, y quitándose con mucha gracia su sombrero, las dijo:

—Señoras mías, muchas gracias por el favor.

—No las merece—contestó la Cariblanca con una sonrisa de resaca y una mirada de gancho que hubieran derretido a una piedra—; pero ya está usted montando, que hace falta que nosotros echemos un párrafo y no ha de ser corto; vamos a ver si tú y yo le hacemos un hadito a esta cufa, Maruja, que bien cabemos los tres, y si no, irá encima el que no se queda debajo.

Goya soltó otro par de miradas a su novia y al padre de su novia, que estaban, la una confusa y ansiosa, y escandalizado y enojado el otro. Sintió una nueva vacilación; pero ya le había asido de una mano para ayudarle a montar la Cariblanca, y Goya se había encendido; aquella mano no era mano; parecía hecha por Dios para convencer, para persuadir, para arrebatarse, según que era de pequeña y suave y morbida.

Las dos reinas se estrecharon, se redujeron cuanto se lo permitieron sus magníficas anchuras, y Goya se quedó entre ellas deliciosamente prensado y con unos contactos que no eran para sufridos.

—¡Eal—dijo la Cariblanca—. Ya estás tú picando, Cantoso; pero no a la plaza, sino a las Ventas, y por el aire.

—¡Ay, señoras mías, que esto es robar en medio del día y sin temor a la justicia!—dijo Goya.

—Si se ha sofocado usted—dijo la Cariblanca—, tome usted el abanico y échese usted aire.

—Con el aire que me viene por la derecha y por la izquierda hay bastante para salir hecho un tostón en dos minutos.

—¡Hombre, a párese!—dijo la Cariblanca.

—Por aquí se pasa, que no hay que pegar—dijo la Miraflores.

La miró de reojo Goya; pero se hubo de volver a la izquierda.

La Cariblanca le había dado ligeramente en la mejilla con el abanico.

—¡No oye usted, señor?—le dijo—. Con quien va usted desafiado es conmigo.

—Pues, gloria mía, usted a la fuerza se desafia siempre con muertos.

—Eso es muy antiguo; estoy yo ya que regor-guto de oír decir que, como Romero, mató los bichos con la muleta.

—Me ha dado usted dos de pecho—dijo Goya— que me ha quebrado usted los pies; ahora no falta sino que me la suelte usted por todo lo alto.

—¡AY, que es usted un poquito pegajoso, hijo, y me parece que va a ser menester escupirla a usted por el lado de afuera!

Y era que Goya, como quien no hace la cosa, se había ido sobonamente al bulto de la Cariblanca por el lado del corazón.

—Usted perdona, señora, que es que yo me alegro y cierro los ojos y allá voy.

—No hay de qué, cristiano; pero pare usted los pies, no sea que tenga usted una cogida. ¡Ya se ve, como las señoras duquesas se embrocán y se dejan arrollar!...

—¡AY, madre mía, que tiene usted un trasteo que yo no lo entiendo!

—Usted cargue el trapo limpiamente y déjese usted de historias, y vamos andando, y usted verá que todo viene que ni de encargo.

—¡Válgame Dios y para qué ha nacido un hombre!—dijo Goya—. Esto es una perdición.

—Y diga usted que sí—dijo la Miraflores, que hasta entonces se había estado callada—; pero en fin, cada cual hace de su capa un sayo y no esta decente meterse en negocios ajenos.

—¡Es que tiene usted amo, niña!—dijo Goya.

—¡Arrol! ¡Pues a fe que no soy yo blanca—dijo la Cara-ídem—para que me echen a mí al sello como a un morenito! Déjate tú, Maruja, que quien la ha de besar la buscará la cara y no será cosa de cuidado.

—Pues mire usted, gitana; por aquí no hay más cuidado sino el que usted no me quiera.

—De modo que ya se verá si usted se lo merece.

—Si a usted le han hablado de mí y le han dicho la verdad y ha sido mujer la que ha hablado, ha podido decirle a usted que yo tengo muy buenos merecimientos.

—Lo que a mí me han dicho es que usted es muy desvergonzada y muy «sí, señora», y que usted dice que para usted los hombres son cabras y las mujeres borregas... ¡Hombre, qué sofocación! ¡Redíds, que me va usted a echar fuera del calesín! ¡Qué angustia! ¡Téngase usted derecho!

—¡AY, tormento, que estoy yo más derecho que la torre de Santa Cruz!

—Yo no sé qué gusto ha tenido la Antón de que perdimos los toros, para meternos en estas estrechuras y con este hombre, que no parece sino que ha estado en las minas del azogue.

—Déjate tú, Maruja, que en llegando a las Ventas ya estaremos anchos y cada uno en su sitio, y un rato de sofocación cualquiera lo pasa.

De tal manera trothaban Cantoso y el jamego, que hasta ya algún tiempo que habían dejado atrás la calle de Alcalá y cruzaban por la carretera, ya a mitad de camino entre la puerta y la venta del Espíritu Santo.

Las dos manotas eran la flor y la nata, la crema del barrio de Toledo.



En cuanto a estado, lo eran del libre, más que el alre; pero sin perjuicio, eso sí; ni de la Cariblanca ni de la Miraflores había quien pudiese decir otra cosa sino que iban y venían, y su cnza era la primera, y también su «gofetada» cuando venía a pelo que su blanca mano señalase sus cinco dñiles en la «fila» de alguno que se propasaba a lo que no era lícito y sin licencia de nadie; y como las dos eran apetitosas y la piel del diablo y arrancaban que no había más que pedir, no solamente andaban locos tras ellas los príncipes del barrio, es decir, todos los que tenían poder y sentido, que los había y muchos en el manoleje y de «ordago», y echados, no digo yo para adelante, sino para todos los lados, sino que también se atregantaban por aquel par de prodigios varones de orden y de virtud y aun de santidad reconocida, y peleaban a brazo partido con la tentación, y andaban temerosos por la salvación de sus almas. Que tales eran las dos buenas hembras, que todo lo revolvían y lo ponían de punta, y lo traían a mal traer.

Ocupámonos algo más extensamente de ellas, mientras. Cantase, al morro del peneco, recorre la distancia que les faltaba aún para llegar a la venia del Espíritu Santo.

Para esto requiérete capítulo aparte.

### CAPÍTULO III

En que se ve que la Cariblanca tenía mucho de duquesa y la duquesa de Alba mucho de manola.

La Cariblanca era, como lo decía su apodo, blanca como el marfil por lo denso y mate de su cutis y como el nácar por los delicados tonos perlíneos de su semblante oval, un poco prolongado, con una gracia y un vigor de líneas que había que decir en viéndola: «Bendito sea Dios y qué temeridad de la Naturaleza!» Y juntando a esto los cabellos negros y encaracolados, y las cejas anchas, espesas y sedosas, resaltando sobre el blanco resplandeciente y sonrosado, y los ojos enormes y casi por completo negros, chispeantes, lucientes, adormidos bajo unas larguísimas pestañas que los sombreaban, y bajo estos ojos unas leves ojeras, y entre estos dos ojos una nariz suavemente aguilfía, de una gracia indecible, y bajo esta nariz un labio con un ligerísimo bozo, y rojo, como el inferior, componiendo una boca un poquito grande, pero irresistible cuando sonreía o cuando tomaba una expresión de desdén, con dos hoyitos en las extremidades, y bajo esta boca una barba de «¡no me lo digas!», y una garganta de «¡yo me muero!», y unos hombros y un seno de «¡a tierra todo el mundo!», y un color ¡que ya!, y unas caderas más poderosas que la popa de un navío de tres puentes, y unos andares de «¡allá va eso y a un lado todo el mundo!», y luego la mantilla blanca, y

la peinetas de pedrería, y la gargantilla de siete vueltas, y las cadenas, y los relicarios, y el corpiño con hombreras y alamares, y la baculilla de encajes, y el pie diminuto con un chapín delicioso, y el aire de tormenta, y el resuello de poder, y dieciocho años, y todo el cielo por delante, y una dote de muchos cientos de miles de doblones, se comprenderá lo que era la Cariblanca, a la cual llamaban también Reina por sus excelencias y Nocheobscura porque a veces, y con mucha frecuencia, se ponía la mujer, a poco que la contradijesen, más pavorosa que una noche de truenos y tormenta, y otros dicen que la llamaban Nocheobscura porque no había quien viese lo que ella guardaba en sus interiorios ni cuáles eran sus pensamientos, y porque cuando se ponía de levante los negros ojos la relampagueaban como una tempestad.

\*

Su padre, el señor Francisco, era filósofo y no vivía más que para su hija, en cuyos ojos se miraba, y esto sin gran trabajo, que los ojos de la Antonia eran bastante grandes y bastante limpidos para servir de espejo. Lo que ella quería esto era; no embargante que de cuando en cuando su padre la menease el bulto y la hiciese bailar como una peonza, que quien bien te quiera te hará llorar, y no podía el señor Francisco permitir que su hija armase un escándalo por aquí te las puse con las vecinas y a cada paso, y zotase sin consideración a la una, haciendo en día no festivo manifiesto sin órgano de cosas ajenas que debían estar reservadas, o a aquella la cortase el moño y acabase la hinchase un ojo, ni dijese las malas y «esconfiteadas» palabras y los ternos y juramentos con que acompañaba sus repasatas, ya que era una doncella honrada y debía tener sus labios más limpios que el agua caída del cielo; ni era tampoco para sufrido el que se saliese de su casa, sin licencia de su padre, de tiros largos y con la faltriguera llena de onzas, y no pareciese sino después de muchas horas, cansada, lacia, sin un cuarto y con una enfermedad de hartazgo de broma para tres días; ni era cosa de un padre tan cristiano viejo como el señor Francisco el sufrir que su única heredera y esperanza de su familia diese tales escándalos y tales asperezas como las que daba a más de un padre grave del cercano convento de San Francisco el Grande, ni aquel rompe y rasga de quince mil y más diablos que tenía la hija que se había dado Dios para probarle la paciencia y abrirle las puertas del cielo a fuerza de martirios y de pesadumbres.

Pero, eso sí, la moza era caritativa como un ángel, y no había pobre que la encontrase que no se apartase de ella bendiciéndola; y tenía seis camas en el Hospital General, y cuatro en el de la Pasión, y cuidaba de ellas como una madre, y era además canarista y guardajoyas de Nuestra Señora del Amparo, de la parroquia, y la hacía todos los años una novena, un po-

quito más allá de lo que hubieran podido hacerla la duquesa de Alba, o la de Osuna, o la de Medinaceli, o la misma reina, y gastaba en obras piadosas la mitad de lo que ganaba su padre; que era el chalán más rico de toda la tierra de Madrid, y esto, en fin, valía la pena de que se le perdonasen sus diabluras, que nada tenían que ver con su honra, que la tenía ella más limpia que los rayos del sol.

Eso sí, aire de tacaño; pero con la gracia y el poder de Dios; lengua suelta y manos largas. ¡Peché usted! En fin, una manola que no había más que pedir y un encanto que volvía loco.

Maruja la Miraflores era otra por el estilo, aunque ya de veintiséis años, morena encendida, con los ojos gitanos, hembra de pocas palabras y mucha intención, aplomada y con picardías, aunque nadie la había corrido, ni la había quebrado los pies, ni le había dado un solo cambio en la cabeza; rumbona y poderosa, dura para azotar y repeler donde las había, y, ¡ay!, con un alma que se llevaba detrás la de Dios Padre, (y El nos perdone); la llamaban también, a más de la Miraflores, la Chalina, porque hacía muchos años que su padre, el señor Pacorro, estaba impedido, y ella había seguido en el trato de las bestias, y con tanta inteligencia, y tan buena mano, que si el padre en los buenos tiempos había ganado como diez, ella ganaba como ciento, y había aumentado el caudal y lo había tendido al sol en buenas viñas, en la jurisdicción de Arganda, y tenía en la calle de Calatrava un despacho por mayor de vinos y el copeo para los amigos, que era un río de oro.

El par de hembras eran las mandonas del barrio, y para hacer algo en el barrio había que pedirles licencia.

Pues han de saber nuestros lectores que un día la duquesa de Alba, que iba en carroza, se encontró en una calle estrecha con la Cariblanca, que iba en calesín, hecha un brazo de mar, porque la había llamado, de parte del rey, el caballero mayor para tratar de un ganado, y ella no quería presentarse en la corte sino de gala.

El calesero de la Cariblanca, como si dijéramos, su cochera, era un llamado tío Mustafita, más malo que el vómito negro y que cuando iba con su ama no le podía resistir ni el más pintado.

Era hombre duro y había estado diez años en galeras por algunas puñaladillas desgraciadas; había sido de los de a caballo y de vara larga y aguante de la cuadrilla del señor Costillares, y de un tumbonezo que le dió un loro que tenía más cabeza que el brazo se le rompió la clavícula derecha y se quedó inútil para el toreo, de resultas de lo cual, y para ganarse la vida, se metió a calesero, por lo cual había empezado cuando muchacho.

Bigotillos, que así se llamaba el cochera que aquel día servía a la bella duquesa, lleno de rumbo y de poder, como si su pescante hubiera

sido un trono, mandó descomedidamente a Mustafita que cesase y dejase la calle franca.

Al oír esto Mustafita, guiñando ferozmente su ojo izquierdo, que lo tenía remellado, sin hablar una palabra, la emprendió a tralozos con las cabezas de los magníficos caballos de la carroza, que, como es natural, se irritaron, se encabitaron, se descompusieron y dieron con la carroza contra la pared de tal manera que se rompió una de las grandes ruedas, inutilizándose la carroza.

Bigotillos cayó del pescante y se dió con la cabeza contra la pared, y los tres lacayos de la zaga se estropearon de manera que no quedaron hombres para nada.

El desavío había sido por todo lo alto. La duquesa, que era una señora de mucha alma, se salió de la volcada carroza por la portezuela que había quedado para arriba.

Iba de corte, como que entraba aquel día de servicio en el cuarto de la reina, y tan resplandeciente por su hermosura, por su distinción y por las joyas que la cubrían que quitaba la vista. La Cariblanca, que iba también deslumbrante y que se había tirado del calesín al suelo, se fué para la duquesa, sonriendo de una manera que valía por todos los insultos y todas las provocaciones habidas y por haber.

Estaban frente a frente dos grandezas: la de la corte y la del barrio de Toledo; dos rivales que en el fondo se parecían mucho: la alta dama y la alta manole; en la duquesa había una gran parte de Cariblanca y en la Cariblanca una gran parte de la duquesa; y si decimos que entre ellas no había más que diferencias de situación social y de traje no mentamos. Era la dos de buen trapío, de arranque y de poder.

Se miraron como hubieran podido mirarse dos leonas.

—¡Vaya, hija—exclamó la Cariblanca—, no se enfoque usted, que si se la ha roto a usted el capachón, aquí está mi capachito! Monte usted, que yo la daré a usted la mano y la llevaré a usted a la botillería para que tome un refresco y sosiegue la sangre.

La duquesa se puso pálida, livida; ardieron sus ojos y tiró a la Cariblanca su pesado abanico de oro y pedrería.

La Cariblanca le cogió en el aire, y arrancándose del cuello un pesado relicario de oro, guarnecido de diamantes y perlas, que llevaba siempre para que no la tentase el diablo ni las brujas la hiciesen mal de ojo, se lo tiró a la duquesa y la dió con él en un ojo, que al poco tiempo se le puso como un tomate.

Los criados no habían podido socorrer a su señora porque estaban derrengados; el tío Mustafita se había puesto al morro del jaco y permanecía inmóvil como una estatua, dejando correr las cosas, porque estaba seguro de que su ama no quería que nadie se pusiese por medio; pero un guardia de Corps que sobrevino se interpuso, sobrevinieron también algunas gentes y separaron a las partes beligerantes.

Una mendiga, que debía ser honrada, recogió el relicario y se lo presentó a la Cariblanca.

Esta tenía aún en la mano izquierda el abanico de la duquesa, que había cogido en el aire.

—Quito usted, abuelo—dijo a la mendiga—, que eso se ha manchado en la cara de esa señora y no quiero yo cosas sucias; y tome usted también eso, que es una periqueta, y que buen provecho le haga a usted.

Y la dió el abanico de la duquesa, a la cual atendía el guardia de Corps.

La mendiga no se lo hizo decir dos veces y escogió, rica ya por aquella aventura. La Cariblanca se volvió al tío Mustafita.

—Revuélva usted el calceín—lo dijo—, y largando a Palacio; quien me quiera volver a ver la cara que me la busque.



LA TIRANA

(Grabado en madera, ce 1879)

Y montó en la calesa. El tío Mustafita la revolvó y partió al trote.

—Gracias, Godoy—dijo la duquesa al joven guardia—. Déme usted el brazo y metámonos en cualquier parte mientras viene otra carroza, y en Dios y en mi ánima que esto no se ha de quedar así.

\*

Por más que hizo la duquesa y a pesar de su influencia en la corte, no logró nada. La Cariblanca tenía tanto lado como ella, si no más, y la cosa se quedó en tal estado, pero rehirviendo.

Aquellas dos buenas hombras, la de la corte y la del pueblo; aquellas dos grandezas que tanto

se parecían en el fondo, se habían contrapunteado, y el contrapunteo debía resolver por alguna parte.

La ocurrencia dió escándalo; todos se reían; nadie sabía adónde inclinó la balanza; era pública la vida galante de la hermosa duquesa, y la Cariblanca, la reina del barrio de Toledo, tenía una gran fama y era muy estimada porque se sabía que no partía peras con nadie y que estaba por domar, con más viento que Don Rodrigo en la hora y más fama que Barceló por la mar.

Aquello se redujo a que desde aquel día la manola y la duquesa se aborrecieron de muerte.

\*  
La Cariblanca se aconsejó de su grande amiga la Miraflores y se puso a buscar con ella los medios de freírle la sangre a la duquesa, esca-la a los médicos y darla una de amiga. He aquí lo que se le ocurrió a la Miraflores:

—Quítale el que ahora priva.

—¿Y quién priva ahora?—dijo la Cariblanca con la extremidad de los labios y haciendo un mohín de desprecio.

—¿Pues quién? El que la pinta.

—Pues calla, hija; vamos, ¿conque aquellos colores tan frescos que tiene la señorona son pintura?

—¡Vaya! ¡Al pastel!

—¿Qué vergüenza, y que embusteras! ¡No, pues yo la friego! ¿Y quién la pinta?

—¿Quién ha de ser sino el mejor pintor que hay ahora en Madrid? Un buen mozo.

—¡Jesús! ¡Calla, mujer, que me has parado la sangre! ¿Pues el mejor pintor que hoy en día hay en Madrid es don Francisco de Goya?

—¿Pues que sí, Gae!

La Cariblanca se calló; no volvió a hablar más del asunto. A los tres días fué la corrida de toros, a la cual iban cuando vieron a Goya.

—¡Mirabel!—dijo la Miraflores.

Entonces la Cariblanca le llamó.

Ya sabemos por qué Goya se encontraba metido en aquella aventura con las dos hermosísimas manolas.

#### CAPITULO IV.

En que se ve que Goya entra dos fuegos, no sabía qué hacerse, y desfogaba su rabia con la duquesa de Alba.

—Gracias a Dios que hemos llegado—dijo Antonia cuando estuvieron delante de la puerta de la venta del Espíritu Santo.

Y se tiró del calesín al suelo y se entró de estampía en la venta. Goya y Maruja la siguieron.

—A ver, un cuarto para los tres y lo mejor que haya de comer y de beber, tío Benito. Y que nos den una guitarra—dijo la Cariblanca a un hombre ya vijo que la salió al encuentro solícitamente y sonriendo. Como que había en

trado una parroquiana que no ajustaba nunca las cuentas ni nada la parecía caro.

Lo mismo podía decirse de la Antonia.

En cuanto a Goya, era allí muy conocido y estimado. ¡Y dónde no le conocían y no le estimaban?

—Éche usted delante, amigo, que estas escaleras son muy pinas—dijo Antonia cuando al pie de las escaleras hubieron llegado—; que no hay para qué se quede usted abajo.

Goya, que se había hecho el reactio, hubo de obedecer.

Una de las mozas los llevó a un cuarto bastante limpio y pulcramente blanqueado, donde había una mesa y algunas sillas.

\*

—¿Conque usted pinta caras, señor?—dijo la Cariblanca.

—Caras y carátulas—dijo Goya sonriendo maliciosamente; pero con una ligereza y una gracia y un guiñar del ojo izquierdo que se le revolvió toda la sangre a la Cariblanca.

—Las carátulas van por lo grande, ¿no es verdad, usted?—dijo la Miraflores.

—Lo más grande que hay en España—dijo Goya—no es ni siquiera carátula, sino carañola.

—Carraña diga usted, y es más corto—dijo con desprecio la Cariblanca—. ¡Vaya una vieja, que parece que le han dado un puñetazo de mala gana en las narices!

—Cállate tú, Antonia—dijo la Miraflores—, no nos oiga un alguacil y nos lleven a la cárcel.

—¡Para nosotras la hicieron!—dijo ahuecando la voz y con un acento de desdén la Cariblanca—. No hay quien lo beba, que a éstas no las han echado grillos todavía.

Y sonó las onzas que llevaba en la faltriguera.

Y al mismo tiempo miraba como quien acecha a Goya.

El sonido del oro no causó en él ningún efecto.

La Cariblanca le sonrió con los ojos y con la boca, se lo tragó en una mirada, se puso encendida, bajó los ojos y suspiró.

—Aquí están el vino y unas aceitunillas para hacer boca—dijo entrando la moza de la venta.

—Pero ¡y esa «vigüela», hija?—dijo la Miraflores con acento de imperio y de impaciencia.

—¡Pues no tiene usted poca gana de música, señora!—dijo picada la moza, que era voluntaria y boyante.

—¡Mire usted no le toque yo a usted un zapateado donde yo me sé y a nadie le importa!...

—¿A mí?

—¡Sí, a usted!

Goya se interpuso.

La Antonia se había ido con cara de tormenta hacia la moza.

Esta ya se había armado, por sí se la colaba el dicho.

—Haya paz—dijo don Francisco—, y venga la guitarra, y no se hable más, hijas, que es lástima que tan buenas personas se contrapunteen.

—Es que yo—dijo la moza—, aunque por aquí ando y sirvo a todo el mundo, en diciendo que

hay que andar por lo alto, a las nubes me subo. ¡Rediós y con las majas! ¡Y eche usted! ¡Y luego Dios sabe!

—Váyase usted, señora, mucho con Dios, y no se desvergüence usted—dijo la Miraflores—, si no quiere usted que la vean lo que no hay necesidad.

Apareció muy a punto con una guitarra en la mano el venero.

—Siempre has de ser tú adelantada y bocanona, Micaela—dijo el tío Benitín—, y que me tienes hasta los pelos, y ahora te vas de mi casa, que no te tengo yo para que tú la alborotes y les faltes al respeto a mis parroquianos.

—Pues cuanto más antes, mejor—dijo la moza—, que ya estoy yo que me siento la casa de usted.

—Eso sí que no, tío Benitín—dijo la Cariblanca—, que Dios nos ha dado la lengua y las manos para que las usemos como nos dé la gana o como podamos; y por dichos y dichos no es menester que nadie pierda, que si ella ha dicho se la ha dicho y en paz, y que ninguna pobre pague, que si usted la echa de su casa la recibo yo en la mía.

—No hay que hablar más—dijo el tío Benitín—; si usted está completa, señora Maruja, yo lo estoy también y muy a gusto, porque la Micaela es los pies y las manos de mi casa y buena persona, sólo que tiene el genio «súpito» el alma mía.

—¡Güeno!—dijo la Micaela—. ¡Y a qué más? «Satisfacciones», pocas y bien «aventas», y andando.

Y dando una rebotada se salió del cuarto.

—Pero ¿de veras ustedes se han «incomodao», señoras?—dijo, todo blanduras, el tío Benitín.

—Honibre, calla «osté» ya—dijo la Miraflores—, que el incienso cuando es mucho apesta y da desgano. ¡Pues para entretenerse con estas cosas! Ande usted, tío Benitín, y que avien lo que ha de ser pronto.

—¡Bendito sea Dios que ha hecho unas cosas tan buenas! ¡Y que no tuviera yo gloria frita para ponerla a los pies de ustedes! Pero así y todo, ya he metido en el horno un cordero que parecía un buey, con su acompañamiento de codornices y su por qué de salchicha que al el Papa, y estará dentro de cinco minutos. Y luego una empanada de anguillas que me habían mandado hacer para la noche. Pero ustedes son primero.

—¿Sabe usted, tío Benitín—dijo la Antonia—, que si usted dijese milsa se llevaría usted en el ofertorio siete semanas y media? ¡No sabe usted que San Posma es un santo que le han puesto aparte para que nadie se arrepienta de haber ido a la gloria?

—Pues usted perdone, reina—dijo el tío Benitín—, y a los hechos me remito, que ya se sabrá por ellos quién yo soy.

Y se fué.

\*

La Miraflores se había apoderado de la guitarra y la templaba.

—¡Y qué hace usted que no llena los vasos, señor?—dijo la Cariblanca—. ¡Pues no comprendo usted que con estas contestaciones se nos puede haber pegado la lengua al paladar? ¡Y

mire usted que no se cuentan dos; que mire usted que por menos que lo que ésa ha dicho se ha quedado sin moño alguna cristiana. Conque venga de ahí.

Goya llenó los vasos.

Los chocaron los tres y los apuraron. Era un vino testado de Aragón que ardía en el aire.

Los tres parecían muy a gusto.

Goya no soltaba prenda y se mantenía como el zancarrón de Mahoma.

Maruja se lo comía con los ojos. Antonia, ocupada en templar la guitarra, ni aun le miraba; pero se la agitaba el seno, y a la desecha, con el rabo del ojo, le miraba con más intención que un torito de Colmenar Viejo.

La Cariblanca, por el contrario, le miraba frente a frente y sin reserva, como diciéndole: «Tú eres mío.»

La Maruja frunció imperceptiblemente el gesto. Goya sonreía. Vea que tenía razón doble.

Se cruzaban las bromas y las intenciones y los epigramas a lo manolo, y menudeaba el coqueo y ya se iban subiendo las cabezas donde no era menester.

La Antonia había cantado con muy buena voz y muy buen estilo, y con un rasgueo de guitarra que decía: ¡Viva el poder!, algunas copias de las que entonces estaban en boga. De repente, viendo que por las gatamusas de la Maruja, Goya, a pesar de ser quien era, se iba reblandeciendo, cantó esta copia:

«No te fíes de apariencias  
cuando no sabes la causa,  
que a veces el que más quiere  
es aquel que más se calla.»

La cosa se iba poniendo seria; para indisponer a dos mujeres, aunque sean las más amigas del mundo, no hay como meter entre ellas un hombre que les guste a las dos.

Afortunadamente, tan embobecida estaba en Goya la Cariblanca que ni aun oyó la copia de la Miraflores.

No así Goya; oír la copia y fijarse en la Antonia fué todo uno. La Antonia lo recogió, lo embrocó en sus ojos y le soltó una mirada por todo lo alto que le tiró de espaldas. ¡Qué mujer! ¡Qué morena! Pero la Maruja, ¡qué niña, qué flor! Dos prodigios.

\*

—Diga usted, amigo—dijo la Cariblanca, a tiempo que la moza entraba con una enorme cacerola—; hasta ahora se ha hablado mucho; pero no se ha dicho a qué ha venido usted aquí.

La moza hizo un movimiento de atención para oír lo que diría Goya.

—Yo he venido aquí—dijo Goya—a conocer todo lo bueno que hay en este mundo.

Y guiñó imperceptiblemente a la moza, que era una buena hembra, y que le soltó un relámpago y se fué.

—Eso que usted dice—dijo la Cariblanca—se ve verdad?

—Y usted, ¿por qué dice eso?—preguntó Goya.

—Porque me parece—dijo la Cariblanca—que como usted es pintor, todo en usted es pintura.

—Y pintura es todo cuanto hay en el mundo—dijo Goya—, que si todo no fuese pintura no habría colores, y si no hubiese colores no se vería nada.

—Es verdad; hay muchas cosas que se ven y parecen muy hermosas y no son más que pintura.

—Y al pastel!—dijo la Miraflores apoyando su dicho con un enérgico rasgueo de guitarra.

—Y oiga usted—añadió la Cariblanca—, ¿usted lleva siempre encima los avíos?

—¡Vaya!—respondió por única contestación Goya.

—A la fuerza usted ha pintado a alguna azucena ajada, para que parezca fresca y de color de rosa en un balcón de la plaza.

—¿Puede ser! ¡Y aquí está la cosa!

Y sacó una caja de concha de uno de sus bolsillos.

—A ver, hombre, a ver qué es eso!—dijo la Maruja.

Goya abrió la caja, en que había otras más pequeñas con una parte mayor o menor de color en polvo. Era un surtido para el pastel, medio que él había inventado para pintar a las damas, y que le abría mejor que ningún otro el camino hasta ellas.

Goya había ido, dos horas antes de la corrida, a pintar a la duquesa de Alba.

Desde allí, y muy complacido, se había ido a casa de Bayeu a acompañarle a él y a su hija, que, como se ha dicho, era su novia, a la corrida.

Llevaba, pues, en el bolsillo su caja de colores al pastel.

—Pues mire usted—dijo la Cariblanca—, pinte usted a mí.

—Dios la ha pintado a usted de tal manera, cariño—dijo Goya—, que pintarla a usted sería oscurecerla, no iluminarla.

—¿Calle usted, hombre!—dijo la Cariblanca—, ¿Y quién le ha dicho a usted que usted me ponga a mí nada en el cutis de la cara mas que la vista? Y eso como Dios manda: lo que yo digo es que me pinte usted a mí en un papel.

—Pero comamos antes, que para todo habrá tiempo—dijo la Miraflores.

—¿Qué comer! Venga vino—dijo la Cariblanca—, que yo estoy ahíta.

—Y yo lleno—dijo Goya.

—No tengo yo mucha gana—dijo la Miraflores.

—Pero beber, sí—dijo Goya.

—Eso por largo—respondió la Miraflores.

—Pues eche usted y que no se derrame—dijo la Cariblanca.

Bebieron. Ya estaban todos como Dios quería. A la Cariblanca le reluctan los ojos; los de la Miraflores aparecían opacos; pero ardientes y profundos como un abismo.

—Vamos a ver cómo estoy yo pintada, que a mí no me han pintado nunca—dijo la Cariblanca.

—Pues ahí se va usted a quedar, en la pared,

YENDO MUEBLES.—DESENGAÑO, 20 (esquina a Ballesta)

ANTONIO GARCIA-RAMOS y VAZQUEZ  
Del Colegio de Abogados de Huelva  
Cronista taurómico de Radio Nacional  
y Televisión Española. MADRID.

para que asombre usted a todo el mundo, hermosa—dijo Goya—; y va a ser así.

Y cogiendo una copa de vino, arrojó el que contenía a la pared.

Se produjo una gran mancha, que a nada se parecía más que a una monstruosa araña.

Goya llenó de nuevo la copa, y mojando en ella el dedo, fué fijando el vago parecido que con una araña había en la mancha causada en la pared por el vino; el cuerpo del insecto aparecía de un tamaño semejante al de una cabeza humana, y sus peludas y fuertes patas daban horror.

—¡Calle usted, hombre!—dijo la Cariblanca—. Le digo a usted que me pinte usted a mí, y pinta usted un arañón que mete miedo. ¡Qué asco! ¡Borre usted eso!

—Espere usted, que todavía no se ha acabado—dijo Goya.

Con cuatro toques, el cuerpo de la araña tomó la apariencia de un semblante humano; pero indeterminado.

—Mire usted, no me vaya usted a hacer a mí araña, don Francisco—dijo la Cariblanca, que pronunciaba ya las erres mal.

—Pues mire usted, reina—respondió Goya—, que para mí tiene usted dos cosas que son de araña.

—¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted? A ver si habla usted claro, no tengamos que ensartar la aguja a mentas.

—El alma la ensartaría yo a usted—dijo Goya—, aunque fuese a oscuras.

—Lo que hace falta saber es por qué soy yo araña—exclamó torciendo el «jocico» en un malicioso y agríduce mohín la Cariblanca.

La Miraflores, entretanto, con la guitarra panza arriba sobre los muslos, oía, callaba, observaba, como quien no hacía la cosa, y tomaba de tiempo en tiempo un pequeño sorbo de vino. Estaba encendida, y a cada momento la relucían más los ojos.

—Pues ya sabe usted, señora—dijo Goya sonriendo de una manera criminal—, que las arañas no hacen su tela sino para cazar moscas.

—¡Vaya, hombre! ¿Y a qué vienen las moscas ahora!—dijo la Cariblanca, que a cada momento se comía más con los ojos a Goya.

—A que yo soy un mosquito que me he enredado en su tela de usted, tirana, y no me puedo desenredar ni quintero, y me va usted a chupar la sangre, y esto es otra cosa por la cual se parece usted a las arañas.

—¡Vaya hombre! De tal modo va usted poniendo la cosa, que casi casi va una a sentir el no ser araña; pero usted se ha equivocado: las que ponen tela para que los tontos se enreden en ella son las que no valen dos maravedises, y las que les chupan la sangre a los hombres es o porque los quieren mal o porque están «dejambriás», y gracias a Dios, por acá, ni lo uno ni lo otro, que aquí no hacen falta garabatos, ¿usted sabe? Ni se necesita la substancia de nadie, que lo que sobra aquí es substancia y poder para dar... vamos... para uno solo, ¿usted sabe? Que esto no es «hospital»; pero al que se le reciba solito, que otra cosa no puede ser ya, puede decir que tiene

salud, y por todo lo alto, porque sí, que aquí no se gasta menos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Goya entusiasmado—. Que lo que es yo, aunque me rompa el alma, allá voy.

Y se fué con los brazos abiertos a la Cariblanca.

La Maruja le dejó meterse en jurisdicción, y cuando él creía que la moza estaba encunada, ella le dió un cambio que ni Gordito ni toda su casta, y escupiéndose por el lado de adentro, le dió, alzando la mano con toda la gracia de Dios:

—No vuelva usted a querer colármeme de esa manera, mozo, que si ahora no, entonces le planto a usted el parche. Vamos jugando limpio, que para ponerse en jurisdicción conmigo es menester venir con mucha gracia de trapo y muy bien armado y recibiendo. Y déjese usted de volapiés, que aquí no sirven, porque yo no humillo, y a ver lo que hace usted con esa araña que ha pintado usted ahí.

—¡María Santísima!—exclamó Goya.

—¿Qué le ha pasado a usted, hombre—dijo la Cariblanca—, que no parece sino que se va usted a morir?

—A mí no me pasa; ya pasó—dijo Goya.

Lo que pasó fué que la Antonia, viendo a Goya tan amartelado con la Cariblanca, le había solado una cogida de ojos que le había dado alteración del corazón y temblor de piernas. Aquella mirada había sido el puntillazo del cachetero; le había dicho claramente: «Hombre, no sea usted descortés ni torpe! ¿Pues no ve usted que hay alguien en el mundo que no se tiene por menos que nadie en ninguna parte, o está usted ya atontado y no sabe lo que se pecea? Despabilase usted, que está usted en Madrid, y no ofenda usted a quien bien le quiere.»

Y todas estas y otras muchas cosas que Goya entendió, y que no son fáciles de decir ni pueden decirse tampoco, le dió la Antonia con una sola mirada a Goya.

La Cariblanca no se había apercebido, porque estaba encandilada con el buen mozo y tenía además cuatro dedos lo menos del de Valdepeñas sobre el sentido.

Era indudable para Goya que aquellas dos hembras, cada una de las cuales era una conquista tan hermosa y tan rica, por lo menos, como la de Méjico por Hernán Cortés, eran cosa suya, y que por ser suyas exclusivamente y sin celos acabarían por comarse la una a la otra.

Goya estaba en sus glorias. Se crecía como nunca se había crecido. No se podía resistir a sí mismo. Aquello era tener poder. Pero al mismo tiempo sentía un reconcomio que no le dejaba vivir. Le estorbaba el aire, y por poco no brama como un toro con banderillas de fuego, que cada una de ellas le hurtaban de pares con los ojos, y no al cuarteo ni al sesgo, sino a topa carnero y metiendo los brazos que no había más que pedir.

—¡Pero acabará usted de pintar eso—dijo la Cariblanca—, que aquí estamos ya de más, y tengo ya gana de aire, que me ahogo!

Y la Cariblanca resoplaba. La Miraflores no

decía una palabra; pero achicharraba con los ojos a Goya.

Goya se fué a la pared, y mojando el dedo en vino, aquí toco, allá restriego, y luego, sobre lo manchado, rascando con el cuchillo, en menos de cinco minutos hizo aparecer sobre la pared como cuerpo de la araña, y con tal verdad que no parecía sino que estaba hablando, la misma, mismísima fisonomía, sin quitar ni poner, de la duquesa de Alba.

—Si no fuera mirando a Dios—dijo la Cariblanca, toda reblanqueada y entusiasmada—, le daba a usted un beso, hombre.

—Pues no mire usted ni a Dios ni al diablo—dijo Goya—, o figúrese usted que están ciegos. Y se fué hacia la Maruja.

—Pare usted los pies, amigo—dijo ella—, que esa y otras muchas cosas ya se verán, y no se ganó Zamora en una hora.

—¡Y cómo se conoce que tiene usted a la señora duquesa retratada en la memoria!—dijo la Antonia, pronunciando estas palabras como si se la hubieran cuído.

La Maruja sintió el saetazo, se remordió los labios y dijo:

—De modo y manera que para acordarse de algo no hay como estarlo sabando siempre y estar hartizo. Y a mí me parece que esas señoras han de ser como el jamón rancio y manido, que repite. ¡Quite osté, hombre, y qué fatiga! ¡Y que hay cosas que parecen obras de caridad y merecen un tiro! ¡Hedídel! ¡Eche osté vino, hombre, que me parece que me van saliendo a mí telarañas y es menester limpiarlas; que el que ciega no sabe lo que se hace, y en fin, hermano, póngale usted a esa señora un par de cuernecitos, que es muy hermosa, y si no le pone usted cuernos le pueden hacer mal de ojo!

La Maruja iba ya hablando serio y tieso y se iba poniendo encendida.

Los ojos la relampagueaban y se comía con ellos a Goya.

La Antonia, cada vez más aplomada, hacía como que no atendía, y cuando no la veía la Maruja soltaba unas atravesadas de esclayo a Goya que le ponía a dar gritos.

¡Vaya unos ojos los de la Antonia! ¡Pues no, que los de la Maruja!..

Goya no se daba bien cuenta de lo que le acontecía. Sudaba como un señor; no se atrevía a hacer una de las suyas porque no conocía bien los bichos con que se había liado y temía una cogida y echarlo todo a perder y perderlas a las dos por una imprudencia.

Había aprendido el traseo en la buena escuela de los Romeros, y no se iba nunca al toro sino cuando estaba seguro de que podía arrancar. El prefería que el toro se le vintese al engaño. La verdad era que ninguna de las dos mozas estaba todavía a la muerte, y Goya se andaba con pies de plomo.

Le importaba mucho, porque las dos eran hermosísimas y porque las dos tenían aroma.

¡Qué par de cuerpos, y qué alma, y qué que- reres! ¡Ni la gloria divina!

Pero no hay más que figurarse a un mozo en

tales condiciones para comprender lo que estaba aguantando Goya.

Todo se le volvía echar cálculos. Pero se embrollaba, no veía claro; entretanto, le pintaba dos largos cuernos de macho cabrío al magnífico retrato de la duquesa de Alba; no satisfecho aún, y por dar gusto a la Cariblanca, puso bajo la linda barba a la duquesa unas barbas de chivo y la prolongó las orejas.

Aquella hermosa cabeza, con cuernos, orejas y barba de macho cabrío, con un asombroso parecido, y sostenida y como balanceada por ocho peludas y asquerosas patas de araña, era uno de los caprichos más fantásticos, más originales, de la exuberante imaginación de Goya. Estaba además de tal manera tomada la luz, con tal verdad acusada la proyección, que aquella pintura hacía un sorprendente efecto de realidad. Espantaba y atraía.

—Pues si este hombre quisiera a esta mujer no la hubiera pintado así—exclamó Cariblanca.

—De modo que cuando nos tratan mal, tomamos aborrecimiento a las personas y todo nos parece poco para vengarnos—dijo la Antonia.

—¡Para que no fueras tú la campana de espanta perros!—dijo Maruja, sintiendo en medio del alma aquel segundo saetazo.

La Antonia no contestó. Se redujo a redoblar con los dedos en la tapa de la guitarra.

Luego dijo, soltando toda su voz para que la oyese bien y alargando el hermoso precezo:

—¡Tío Benitín!

—Allá va, señora—contestó desde abajo la voz aguardentosa del ventero.

Goya, entretanto, se entretenía en poner una gargantilla de perlas con medallón y en colgar un par de pendientes de pedrería al retrato fantástico de la duquesa.

La Cariblanca se embobaba.

Se sentía vengada.

\*

—Apreció el tío Benitín. En cuanto entró le dio en los ojos de una manera punzante el bellísimo retrato que de la duquesa había hecho en la pared Goya.

—¡Animas benditas!—exclamó—. ¡Pues para echarme abajo la casa con eso hay bastante! Igual era que la hubiese usted pegado fuego, don Francisco.

—Pues su casa de usted—dijo la Maruja—vale ahora lo que no ha valido nunca ni podía usted soñar que podía valer.

—Si a la señora la dicen que ahí está eso—dijo el tío Benitín—, todo lo que se diga es poco: vuela la venta como si se la hubieran llevado quince mil y más demonios y yo voy a galeras por dos años y medio.

—Tío Benitín, déme usted la llave de este cuarto—dijo la Cariblanca.

—¡Y para qué, señora mía!—dijo el tío Benitín.

—Que yo lo alquilo, y si a usted no le basta, lo compro. ¡Hay bastante con eso!

La Cariblanca sacó de la faltriquera un puñado de onzas y las echó sobre la mesa.

Algunas se fueron rodando al suelo.

—¡Vaya un poder!—dijo el tío Benitín—, y qué manera de sembrar! Pues ahí tiene usted la llave del cuarto, y aunque fuese de oro y de diamantes, señora.

Y el tío Benitín recogió las onzas que se habían caído.

—Ahora tome usted por el gasto, que nos vamos—añadió la Cariblanca.

Y arrojó sobre la mesa otra media docena de onzas.

—Si mi sangre la sirviera a usted para algo—dijo el tío Benitín—ya estaba toda.

Y entretanto se guardaba las mejicanas.

—¡Vaya una sangre que tiene usted, hombre!—dijo la Maruja—. Ni para emplasto. Ea, no busque usted, que ya no hay más; y ande usted y que arrimen el calesín, que nos vamos, que mientras llegamos a Madrid ya es la hora, y esta hora va a ser señalada y hay que aprovecharla. Conque lo dicho: este cuarto es mío, y en cuanto yo le desocupe eche usted la llave y que no entre ni el aire sin mi licencia.

—Muy bien, señora, y pensamientos de ángeles que quiera su merced.

—Pues listos y andando—añadió la Maruja.

El tío Benitín hizo un giro de pies y se volvió hacia la puerta.

—¡No oye usted?—dijo entonces la Miraflores.

El tío Benitín se quedó con una pata levantada y se volvió a la Miraflores.

—Usted mande, señora mía—dijo—. ¿En qué hay que servirla?

—¿Quién ha llamado a usted?—dijo la Antonia.

—Pues usted, señora—contestó el tío Benitín.

—¿Y por qué no me ha preguntado usted qué era lo que a mí se me ofrecía?

—No había pensado en ello; usted perdona.

—No hay de qué; pero usted se cree que el mundo no se cae porque rueda.

—No entiendo.

—Pues mire usted, tío Benitín; mande usted que enganchen el coche de los borrachos. ¡Pues buenes estamos todos para que podamos ir encaramados en el calesín!

—Pues no has pensado mal, Antonia, que la cabeza se me va y se me viene. Ande usted con el coche de los pellejos, tío Benitín, que éste es grande. No me ha pasado tal cosa en todos los días de mi vida.

—Pues dentro de tres minutos—dijo el tío Benitín—está puesto el «túmbulo», y van ustedes a ir como los padres santos.

Y salió.

La venta del Espíritu Santo estaba entonces muy bien servida. Había un coche en que cabían con comodidad seis personas, y en casos graves, diez, para cuando las tales personas no podían tenerse de punta y buscaban la posición horizontal.

La excitación sensual y espiritual que le había causado Goya, combinándose con los vapores del vino, habían puesto a la Cariblanca de tal manera que empezaba ya, sin guitarra, el baile de «Ay, que ta caes!», y le iba haciendo falta mudarse a la calle de ¡Tente tieso!

En cuanto a la Antonia, estaba completamente serena.

Se había reservado. Estaba seria. Llamaba ja

atención de Goya, que no veía en ella claro. Goya estaba sereno también; no porque no hubiese bebido mucho, sino porque tenía la sesera dura y se necesitaba un mar de vino para reblandecerse.

Pero si no estaba embriagado de vino, estaba embriagado de amor, o más bien de deseo.

Pero, ¿por cuál de las dos? Para no andarse en cuestiones, ni con trabajos, ni con pesadumbres, y sobre todo para no equivocarse, las dos, y más que vinieran.

Pero ¡y Pepita Bayeu? Seamos francos: en aquellos momentos no se acordaba Goya ni de Pepita ni de San José. Pero, para decirlo todo, Pepita Bayeu estaba donde no había estado hasta ella ninguna mujer; esto es, en el alma de Goya. Sin embargo, Goya no se daba bien cuenta de esto. Miraba a Pepita como una cosa suya, aunque no dejaban de impresionarle los dulces y profundos ojos, la bonita garganta y el bonitísimo seno de la doncella. Pero aun por el lado de los deseos, los que inspiraba la Pepita a Goya eran dulces y tranquilos. No así los que le punzaban por las dos poderosas manolias. Goya estaba por ellas como un condenado en el infierno. Eran fuego vivo, y aquel fuego relampagueaba en sus ojos de un modo irresistible. Mareaba, aturdira, embriagaba, volvía loco. ¡Qué magnificencia de formas! ¡Qué perfume! ¡Qué cosa tan rica, tan hecha de encargo, tan apetitosa y tan gitana! ¡Qué trapío, qué libras, qué piel y qué armadura! No había más que tirarse de boca al suelo y encomendarse a Dios!

\*

—¡Ya está el púlpito!—dijo asomando el tío Benitín.

—¡Ea, pues, a los Madriles!—dijo la Maruja—. Y ande usted, hombre, que voy a ir con usted de bracete—añadió, dirigiéndose a Goya—; eche usted la llave al cuarto, tío Benitín, y cierre usted antes las ventanas, que no entre aquí ni el aire mientras no lo mande yo. Echa tá a andar, Antonia; estás que parece que te lo deben y no te lo pagan. ¡Qué ansias!

La Miraflores dejó la guitarra sobre la mesa, se retocó la mantilla, se apretó la peñeta y siguió con aire firme y decidido a Goya, que llevaba a remolque a la Cariblanca.

## CAPITULO X

### De cómo Goya, el no se emborrachaba de vino, se emborrachaba de amor.

El púlpito, según llamaba a su coche de socorro el tío Benitín, tardó tres horas largas en llegar desde la venta del Espíritu Santo a la calle de Calatrava, donde tenía su despacho de vinos la Miraflores.

Se habían hecho en el camino diez o doce estaciones. Se había echado mosto sobre mosto. La Maruja no se veía ya. Goya estaba entre dos luces. Sólo la Miraflores se conservaba serena.

X no era decir que no había bebido, que hu-



quiera podido dársela título de mosquito sin inconveniente alguno; pero aguantaba la señora que era un prodigio; había con reposo y sin partir la copa en tragos, sino de uno solo, y cuando era menester se escurría a un lado, como quien no hace la cosa, y se metía los dedos y por aquella preciosa boca de claveles echaba el enemigo fuera y se quedaba tan completa y volvía a la carga sin que nadie se enterase; no así la Cariblanca, que tragaba y tragaba y era dura para expeler, y el mostagan la hervía dentro y la había puesto con la cabeza de plomo y las patitas de vando. De modo y manera que cuando llegó a la casa de la Miraflores fué menester sacarla a puñados del coche y acostarla en la cama de la Miraflores y avisar a su padre para que supiese lo que tenía su hija y dónde estaba, para que estuviese sin cuidado.

\*

Goya conocía también el sistema del desagüe y se tenía firme, aunque con un poquito de jumo, lo que no le hacía, antes bien le favorecía, como favorecen las especias a un buen guiado.

La Miraflores despidió el coche, dando al mayoral dos pesos de propina, y con una propina igual despidió al caletero de la Maruja, que en el calecin había venido tras el coche, y dándole el resto para el padre de la Maruja.

Después introdujo por la trastienda en la casa a Goya.

—Pues diga usted, don Francisco—dijo sonriendo con una melancólica e insinuante gracia la Miraflores—, que ya ha tomado usted posesión de lo que es suyo.

—¿Y qué es lo mío?—preguntó Goya.

—Esta casa.

—¿Y el ama?

—¿Hombre! ¡Yo no sé cómo no le saltó a usted un ojo! Pues ¡y a cuántas quiere usted! ¡No parece sino que estamos en tierra de moros!

—Pues moras, más moras que sus ojos de usted y que más chispas echen, no las he visto en todos los días de mi vida.

—¿Y usted cree que esas dos moritas no se habrán empleado ya en alguien?

—¡Ay, hija mía, que tienen un no sé qué esos ojos que no parece sino que por ellos se ve el paraíso terrenal antes de que anduviera por él la serpiente!

—¿Pues no es usted poco presumido, que digamos, y poco avaricioso, hijo!

—¿Yo? ¡Y por qué?

—Pues por nada, porque le parece a usted que no le ha podido gustar a una mujer que a usted le guste ningún hombre hasta que le ha visto a usted. Y que a usted le gustan todas.

—¡La que está más cerca!

Y Goya echó la mano a uno de los redondos músicos de la Miraflores; pero sin efecto, porque se encontró con una mano rígida que lo impidió.

—Vamos, no se despropone usted—dijo Antonia—, que no hay para qué ni a mí me ha de tocar a la ropa nadie sino cuando sea mi amo, que anda un poquito por las nubes, que ten-

go yo muchos volantones. Y lo que usted tiene que hacer es irse, que no quiero yo disgustos con las amigas ni que sepa la Maruja cuando se la pase la mona que ha estado usted aquí mucho tiempo solo conmigo, y, en fin, hombre—añadió, viendo que Goya se sonreía con cierto aire de triunfo—, que a mí me importa usted todo junto lo que me encontré esta mañana. Ea, y con Dios, y que no sea usted «jartizo», y vaya usted con Dios, y hasta la vista, que eso sí, esta casa es muy de usted y puede us-



¡EH, A LA PAZ!

(Grabado en madera, de 1879)

ted venir cuando quiera y honrarla, que se servirá a usted con la persona y con los intereses.

—Bueno—dijo Goya—, me voy; pero esta noche vengo a darle a usted música. ¡Qué mujer, señor! ¡Qué morena! ¡Me ha descuadrillado usted!

—Se conoce que tiene usted pecho para mucho.

—Lo que yo conozco es que no sé lo que me pasa—dijo Goya.

—No oye usted que se vaya usted—dijo Antonia—, que no quiero yo mucha conversación con usted no sabiéndolo la otra?

Dijo de una manera tan decidida estas palabras la Miraflores, que Goya comprendió no debía insistir.

Pero a vuelta de su desabrimiento, Antonia le abrasaba a miradas, y lo que le decía con la boca lo desmentía con los ojos.

—Ea, pues hasta luego, señora—dijo Goya—, y mire usted que quiero que usted me oiga, que tengo yo muy buena voz.

Y Goya se levantó y tomó una mano a la Antonia, y pretendió besársela.

—Eso se queda para las señoronas, que todas son pintara y mentira—dijo la Miraflores—; por acá se besa más alto, y no ha llegado todavía la hora.

Y retiró la mano.

—Y cuándo suena su reloj de usted, señora?—dijo Goya.

—Cuando suelen ponerlo en hora.

—Pues me voy a meter a relojero.

—No oye usted que se vaya usted ya?

—Ea, pues con Dios—dijo Goya dirigiéndose a la puerta.

—Oiga usted, señor—dijo la Miraflores.

—Me parece a mí que no quiere usted que yo me vaya.

—Hombre, no sea usted presumido, que no es eso. Es que soy caritativa.

—Pues así la quiero yo a usted.

—Hombre, siempre es bueno que las gentes sepan dónde están.

—Yo siempre estoy en mi tierra.

—Pues mire usted que hay tierras falsas en que un hombre se puede ver metido hasta el pescuezo.

—Mejor; así se tiene a gusto todo el cuerpo.

—Hombre, para usted está todo bueno; usted mi tema ni debe.

—Pues se engaña usted, que le tengo miedo a sus ojos de usted y le debo a usted el que usted sepa quién soy yo.

—Si me lo sé, y por lo mismo le digo a usted que cuando venga usted a darme música venga usted prevenido, que hay moros en la costal.

—Pues yo soy barco de rey, que no le temo a los corsarios; oiga usted, y a esos moritos los abriga usted?

—Hombre, no; que yo no he abrigado aún a nadie.

—Pues ¿para cuándo se guarda usted, moza?

—¡Jesús y qué fatigal!—dijo con una impaciencia que metía en ganas la Miraflores—. No acabaremos nunca; usted se agarra a una palabra y vuelta a otra; y es menester responder, y hasta el día del Sábado Santo, por la tarde. ¿No oye usted que se vaya usted? Y esto no es echarlo a usted, sino que conviene.

—Oiga usted, señora: un poquito más y me voy.

—Venga ese poquito más; pero que no tengamos que esos poquitos de usted sean más largos que desde aquí a Filipinas.

—Pues yo he visto que junto a la puerta de su casa de usted hay una reja muy grande.

—Y qué tenemos con eso?

—Que cuando yo venga a darle a usted música, quiero que usted esté en la reja de cuerpo entero.

—Mire usted no sea que si yo me pongo de cuerpo entero en la reja le pongan a usted de cuerpo presente.

—Pues ya me pueden echar a mi cuerpecito

para eso; descuide usted, moza, que quien la quiere a usted no le dará el disgusto de que lloro por él.

—¡Llorar! ¡Válgame Dios, llorar! ¡Quién llora se pone loco, y no estoy de humor!

—¡Ay, madrina, que me parece que tiene usted las lágrimas en los ojos!

—¡Por usted! ¡Mire usted qué casualidad! ¡Rediós y qué hombre! ¡En diciendo que una mujer les había un poco así como quien dice, ya está! ¡Pues no tiene usted mucha tierra en la Habana, cristiano! ¡Si se creara usted que todas somos aquí la condesa de Benavente, o la duquesa de Alba, u otra que no hay que decir quién es? ¡Ea, si se irá usted!

—Y si no me da la gana?

—¡Pues me gusta, hombre!

—Y si yo no puedo apartarme de usted por que se me arrancan las albas del corazón?

—¡So embusterol! ¡Pues si cuando estábamos allá en la venta se le llevaba a usted el diablo porque no se podía usted hacer dos y todavía se acordaba usted de otra y la pintaba usted en la pared! ¡Ea usted capitán general, y tantas veo tantas quiero? ¡Si está usted muy regoldón, hijo, porque las mujeres de hoy en día están que no tienen vergüenza y saltan por un hombre! ¡Si usted necesita una que no pueda usted con ella, ¡estamca!, y que de desesperado le haga a usted bailar de cabeza! ¡Pues me gusta el estómago que tiene el hombre, que cree que todas se muercan por él! ¡Y mire usted los hombres de hoy, que todos son unos trapos!

—¡Usted abusar!—dijo Goya, que se puso pálido.

La Miraflores había dicho sus últimas palabras de la manera más despreciativa del mundo.

—Y qué culpa tengo yo—contestó, acreciendo en lo agresivo de la voz, del semblante y de la mirada la Miraflores—si los hombres no se dan a respetar?

—Y si yo te tratara como si fueras cosa mía?—dijo Goya, yéndose para la Miraflores con la mano levantada.

—¡Ay, quitate de ahí, que me has matado!—dijo, retrocediendo, la Miraflores—. ¡Qué, venías a darme de veras? ¡Ay, qué sangre fría que te ha dado Dios, hijo mío! Vámonos, ¿quieres que te lo diga? Pues sí, tú eres el amo de esta casa y de este cuerpo. Pero déjame, déjame que se me pase el susto, que como no he querido nunca a ningún hombre, estoy que no me tiemto.

—Pues así me gusta a mí que las mujeres digan lo que son y lo que sienten; y venga usted acá, señora, y déme usted un abrazo, que estoy palpitando y quiero yo que usted sienta cómo se menca el corazón por usted, morena.

—Eso sí que no—dijo la Miraflores—, que yo no abrazaré a usted ni a nadie, sino a mi marido, y eso está muy por ver todavía y es menester muchas pruebas. Y usted haga lo que quiera, y máteme usted; pero yo le pido a usted por la Virgen Santísima que se vaya.

—¿Tú tienes miedo, niña?

—Por mis ojitos, que le gustan a usted, ¿quiere usted irse?

—Pues bueno, mujer; me voy.

—Y yo voy a cerrar el almacén, que ya es hora.

—Cuando yo vuelva, ¿saldrás a la reja?

—Saldrá.

—Pues hasta luego, reina.

—Vaya usted con Dios, rey.

Goya asió; pero iba reacio.

Había en la Miraflores algo que le retenía.

La tenía cerca, y por ella había cívildado a su amiga, a todas las que le entretenían o le inclinaban.

La Miraflores era una mujer por todo lo alto.

Como de encargo para incitar a Goya.

La flor y nata de la manolera.

Con más alma y más intención que un toro de Colmeñar Viejo.

—¿Por qué tendrá tal empeño en que yo no vaya?—dijo Goya, saliendo—. En fin, ya veremos eso.

Y echó a andar traspillado.

Eran muchas las magnificencias del cuerpo y del alma de la Miraflores.

## CAPITULO VI

### De cómo Goya, sin verle ni conocerle, atropadó a un hombre.

Siguiendo por la calle de Calatrava adelante hacia la de Toledo, Goya fué a dar en la Fuente de Sevilla.

Delante de la taberna del Curro había algunos hombres en corro.

—Pues no—decía uno—; Costillares ha estado esta tarde que ni en pecado mortal; esto ya no es torrear; la escuela de Sevilla con todas sus pinturas va de cabeza. ¡Valientes tres galletazos que nos ha regalado el hombre! ¡Y ésta es la grande invención, lo que llaman volapiés!

—¡Yal!—dijo otro—. ¡Usted, en no embrogándose con los toros a lo bruto, a lo rondeño, a me matas o te mato, no conoce usted nada!

—Hombre, a mí me gusta que se hagan las cosas como Dios manda, y que un hombre se ponga en el terreno del toro, y que el toro no haga lo que él quiera, sino lo que el diestro le manda, ¿está usted?, que para eso tiene en la mano el diestro un trapo para que el toro le obedezca, no para valerse de trazas, y salga lo que saliere, y todo es toro, y vamos andando, y estamos despachados; y el diestro que arranca a un toro, cuando su obligación es hacer que el toro le arranque a él, ni es torero, ni sabe lo que se hace, ni tiene seguridad: así es que con la escuela de Sevilla estamos viendo siempre arrollados a esos hombres, y si no suceden en todas las corridas quince desgracias es porque los toros no tienen todas las picardías que era menester que tuvieran, para que se torreasen con más aplomo y más reflexión; y se le sacaría más gusto al espectáculo, que hoy no se han podido ver más que los tres toros que ha estoqueado el señor Juan Romero.

—Mire usted, eso va en gustos—dijo otro—, que el asunto es engañar al toro, y nadie ha matado todavía un toro de peto a peto; y si

excelencias tiene la escuela de Ronda, no las tiene menos la escuela de Sevilla; y ustedes verán cómo con el tiempo de las dos escuelas se hace una, y entonces será lo que debe ser. Y lo que es esta tarde, ni el señor Juan Romero lo ha llevado la palma al señor Costillares, ni el señor Costillares al señor Romero. Y dejémonos de parcialidades, que la justicia es una sola y da a cada uno lo que es suyo, o no es justicia. Y no se hable de galletazos, que no es razón; que las estocadas del señor Costillares esta tarde no fueren sino un poco tendidas; y eso no le hace, que eso consiste en que el toro no humilla bien y tira a encostillarse en el mismo remate de la suerte. Pero aquí viene el señor Juan López y él nos dirá.

\*

El señor Juan López era uno de los picadores más famosos de aquel tiempo, y por tan inteligente se le tenía que su voto decidía de plano las más arduas cuestiones taurómacas.

Y todavía no era viejo; como que aún no había cumplido sus treinta años.

—Todos han hecho lo que han podido—dijo entrando en la cuestión—, y cuando un hombre hace lo que puede no hay que pedirle más; los bichos estaban corridos, picardeados, se iban al bulto y se cernían en la suerte. Ya han visto ustedes que a mí se me ha colado el quinto toro, me ha desarmado y me ha dado un tumbó de los de gracia. Pero eso ha consistido en lo que yo me sé.

Goya, que se desvivía por los toros, se había parado a cierta distancia y escuchaba.

—¿Y en qué ha consistido, señor Juan López?—dijo uno de los del corro.

—Eso, señor don Gabriel—dijo el señor Juan López—, ha consistido en que yo tenía el santo en el cielo y no veía más que una cosa que estaba fuera de la plaza. Y cuando un hombre no está en el negocio que tiene entre manos le sucede lo que a mí me sucedió, que si no es por el muchacho que estuvo al quite como él, sabe estarlo, me parece a mí que el bichito me hace volar sin alas.

—¡El muchacho—dijo otro—, el muchacho es un sol; ya verán ustedes!

—Por visto—dijo el señor Juan López—. Pedro Romero, aunque es joven todavía, sabe más que todos los toreros viejos y va a dejar en mantillas a su padre y a su abuelo. ¡Cómo acabó las dos reses! ¡Cómo las ha compuesto de tres solos pases, como si las hubiera tenido en la mano! Vamos, los toros se han hecho para él y él para los toros, y si esta tarde han parecido mal el señor Costillares y el señor Juan Romero es porque el señor Pedro Romero los ha destuercido.

—¿Ya le llama usted el señor Pedro Romero?—observó uno.

—Y con el tiempo le llamarán don Pedro, y con mucho respeto—añadió con acento doctoral Juan López, como diciendo: «Basta con que lo diga yo.»

—¿Y qué era lo que a usted le pasaba, señor Juan López—dijo uno—, que usted dice que no estaba en la plaza y que tenía usted el santo en el cielo?

—Que dos mujeres que yo creía muy completas, y una de las cuales me importa mucho, se me han vuelto dos golondrinas; y lo que es yo las alicorto, a lo menos a la que me interesa, para que no vuelva airse con el primer vencejo que se encuentre.

—¿Conque está usted enamorado y no lo sabemos, señor Juan López?—dijo otro.

—Cuando un hombre es hombre y tiene pacho y anda tras una mujer, se lo come; si vence, por no avergonzarla a ella, y si es vencido, por no avergonzarse él. Y no digo más, y vamos andando, que ello resollará. Y queden ustedes con Dios y hasta la vista, que yo me voy a mis negocios.

Y se fué, dejando a todos en curiosidad y deseo de saber quién era la mujer que se le había torcido al señor Juan López.

\*

Para Goya, que, protegido por la obscuridad o por una esquina inmediata, lo había oído todo, no había misterio.

Recordó que cuando le llamó la Mariblanca para hacerle montar en el calesín iba no lejos, a caballo y vestido para la lidia, el picador Juan López.

Así, pues, teniendo en cuenta lo que López acababa de decir, Goya cayó en la cuenta de que los moros en la costa de que le había hablado la Miraflores no eran otros que el señor Juan López, un gran picador, al que se tenía por tan valiente para los hombres como para las reses; un temerón, que espantaba a los más curados de espanto, y que se decía si tenía o no tanta dos muertes; pero hechas limpiamente, en riña y sin ventaja, como hacían estas cosas, cuando les hacían, los hombres de bien.

Ello era que él había salido con bien de aquellas desgracias y que ni aun siquiera había estado preso.

A los dos hoyos se les había echado tierra, gracias a los valedores del señor Juan López, que tenía muy buenas relaciones.

\*

Goya se picó de mirón y dijo para sí:

—Pues ya ha dejado de hacer el fantasmón este prójimo, y me parece a mí que si por tener el santo en el cielo le ha dado un tumbó el quinto toro, por querer meterse en el cielo de la Miraflores le voy yo a dar tumbó y medio. Pero no hay que apresurarse, que no hay para qué, y ya se vendrá el negocio a las manos, y bien venido. Vamos ahora adonde debemos ir, que la verdad es que yo he hecho esta tarde algo que no ha sido digno.

Y Goya, recordando a su novia, Pepita Bayeu, suspiró.

Esto significaba que si se alegraba con todas las mujeres, tenía una en el alma, y que aquella que en el alma tenía era su novia.

\*

Se fué a casa de su maestro Bayeu, más bien de su padre, porque estaba ya tratado su casamiento con la hija del buen pintor.

Llegó a la puerta y llamó.

—¿Quién es?—preguntó desde adentro con voz severa y ronca el mismo Bayeu.

No parecía sino que en la manera de llamar había conocido a Goya.

—Soy yo—contestó éste carifiosamente.

—Usted se ha equivocado—dijo Bayeu—; aquí no le conocemos a usted. Vaya usted con Dios.

—Bueno—dijo Goya, que conocía que no estaba el alcazar para pitos—; mañana será otro día. Buenas noches.

No le contestaron. Goya se fué con el corazón oprimido. Conoció la firmeza de carácter de Bayeu. La cosa se presentaba seria.

Goya se encogió de hombros y dijo:

—Y bien, si ya ha sucedido, ¿qué se le ha de hacer?

Y se fué a paso lento a su casa.

Entre estas y las otras ya eran las diez de la noche. Hacía fresco, casi frío. Goya se puso una gran montera y un capote y se metió bajo el brazo una espada española de las de a cinco palmos desde la cruz y una guitarra. Estaba aburrido y su aburrimiento le tiraba hacia la casa de la Miraflores.

No solamente todas las tiendas estaban cerradas, sino también todas las casas.

Los escasos faroles del alumbrado público habían gastado su aceite y se iban apagando; pero con frecuencia en esta o en otra calle, en tal o cual esquina, lucían los dos farolillos de alguna imagen, puestos allí por la devoción de los vecinos.

\*

El silencio era profundo. Los transeúntes, pocos. Las gentes de aquel tiempo se recogían muy temprano. Las comedias, cuando las había, se representaban por la tarde. Era otra vida. Hoy en Madrid se vive más de noche que de día.

La plaza Mayor era un mercado, compuesto, más que de puestos o cajones, de barracas, que formaban un laberinto por el cual no era muy seguro pasar.

Solían encontrarse allí, a pesar de las rondas y del rigor con que eran castigados los ladrones, gentes de mal vivir, que se entrometían a dar las buenas noches a los que en aquel laberinto se metían.

Goya atravesó por allí sin recelo, ganó la calle de Toledo, dejó atrás la plazuela de la Cebada, que era otro mercado, y llegando a la Fuentesilla torció a la derecha y se metió en la calle de Calatrava.

\*

En el comedío de ésta, a la izquierda, estaba el almacén de vinos de la Miraflores. A la derecha de la puerta estaba la reja de cuerpo entero en que había reparado Goya.

Una magnífica reja que con su parte inferior tocaba el suelo.

En la otra acera, algo más arriba, hacia la calle de Toledo, en una pared, como a tres varas del suelo, entre dos ventanas, bajo un te-

fadillo de tablas, había pintada al óleo y ya renegrida por el tiempo una confusa imagen de Nuestra Señora de los Remedios, alumbrada por dos farolillos que ardían muy bien, sin duda por la buena devoción de los vecinos, y alumbraban aquel trozo de la calle mucho más de lo que Goya hubiera querido.

\*

Delante de él había entrado en la calle un hombre de buena estatura, fornido, gallardo, envuelto en un capotillo encarnado de los que usaban los toreros, con un gran sombrero de fieltro gris, a la manera de los de los frailes franciscanos.

Llevaba medias blancas y zapatos blancos también; por debajo del capotillo asomaba la mitad de una espada larga y ancha, y andaba con alguna dificultad, como un hombre lastimado.

Goya le reconoció. El conocía a todos los toreros y todos los toreros le conocían a él. Era el picador Juan López.

Sin duda que si iba por allí a tal hora y tan bien armado, en vez de estar en la cama para repararse del tumbó que le había dado aquella tarde el quinto toro, y que era de seguro lo que le hacía andar de una manera poco desembarazada; sin duda que si iba por allí, repetimos, era por celar a la Mariflores o por hablar con ella.

\*

Goya se rezagó más y más. Aunque era bravo y mal sufridor y todo le irritaba, era aplomado, sereno y prudente y no precipitaba las cosas, sino que las dejaba venir bien venidas. No se alteraba y tenía siempre sobre sus enemigos la ventaja de que veía bien.

El señor Juan López no había sentido a Goya. Esto había recalcado sus pisadas.

Quería saber a qué iba allí, o más bien cómo se recibía allí al señor Juan López, que harto claro para él había dicho al principio de la noche en la Fuentesilla, sin saber que él escuchaba, que estaba interesado por la Mariflores.

La Mariflores privaba entonces con Goya. La había sobrepuesto a la Cariblanca. Esto no quería decir que de la Cariblanca hubiese prescindido Goya.

El no prescindía de ninguna mujer. Se despenaba por todas; pero en ninguna pensaba como en Pepita Bayeu ni a ninguna la respetaba de tal manera.

Estaba en lo álgido de sus turbulentas pasiones; pero en aquel piélago tormentoso había un bello puerto tranquilo.

Aquel puerto era Pepita, o la Pepa, como él la llamaba.

Estaba vivamente incitado por la Mariflores. Le cosquilleaba además la Cariblanca; pero le acosaba el disgusto que por su causa estaba pasando indudablemente la Pepa.

De la condesa de Benavente, de la duquesa de Alba y de otras muchas señoras que pintaba al pastel ni siquiera se acordaba. El gran mundo

le gustaba mucho menos que el mundo de «rompo y raega», aunque en el fondo ambos mundos se parecían mucho.

Pero en el mundo «flamenco», por decirlo así, estaba más a su gusto. Tenía más libertad; había en él más sal y más picante. Se podía hablar por todo lo alto sin miramientos, descuidar el traje y estirar la pierna a todo lo que se quería en la seguridad de que no había de faltar sabana.

Los lances y las culiebras eran casi seguros en el mundo de la gente cruda y a cada paso, en tanto que en el mundo culto se sufría una monotonía espantosa. Los maridos eran ciegos, los hermanos se callaban, los padres tenían buen genio; no había más movimiento que el de un amor fácil y ocioso, sin otro aliciente que el de una belleza perfumada; pero no tan fresca, ni tan fuerte, ni tan incitante como la de las hembras del bronce, que no por eso dejaban de estar también perfumadas y aun sahumadas. Había en estas mozas más espontaneidad, más vida, más fuerza, más sangre. Goya había nacido para todo lo enérgico. Por esto las majas le volvían loco. Así las pintaba. Así las sentía. Que se las vea tal como él, que se las seba de memoria, las ha conservado en el lienzo y en los frescos de San Antonio de la Florida, disfrazadas de ángeles, y dígame si aquellos hembras merecían que se las quisiera.

\*

Como decíamos, el señor Juan López no se había apercibido de la presencia de Goya en la calle. Había entrado en ella antes que él. Al mismo tiempo, por el otro lado de la calle de Calatrava, correspondiente a la del Aguila, se oyó el sonido de la campanilla de un hermano del Pecado Mortal. Al mismo tiempo una voz extensa, pero pavorosa, chillona, insoportable, casi infernal, cantó esta saeta:

«El que vela procurando  
perder el alma en torpezas,  
no mira que desde el cielo  
Dios, amado, le contempla.»

Aun no había el del Pecado Mortal acabado de cantar esta copla cuando el señor Juan López se dirigió hacia el extremo de la calle donde la voz había sonado, y con un tal vigor, con una tal fuerza, como si aquella tarde no hubiera sufrido un revoleo de órdago.

A poco se oyó ruido de espadas. Goya, que no necesitaba de mucho, sintió la atracción. Acudió al reclamo, llegó y se encontró con que el del Pecado Mortal estaba liado a testarazos con el señor Juan López.

\*

Saltaban chispas de las espadas. A primera vista, Goya conoció que los dos manejaban bien los hierros.

De improviso, el del Pecado Mortal, que se veía negro porque el señor Juan López le acorralaba, sintiendo a Goya, que se acercaba a la carrera, se valió de una tunantería y dijo:

—Espérate, no le des! ¡Déjame a mí solo!

Como era natural, el señor Juan López volvió la cara; el del Pecado Mortal le metió en aquel momento una cuchillada tal en la cabeza que Juan López, sin poder tenerse, dió en el suelo.

—¡Ah, traicionero!—exclamó Goya.

Y dejando caer la guitarra, tiró de la espada y se fué sobre el hermano del Pecado Mortal.

Algunas ventanas se habían abierto y sonaban algunas voces que gritaban a grito herido:

—¡La ronda! ¡La ronda! ¡Que se maten!

En un dos por tres, Goya, después de haber parado dos furiosos tajos del del Pecado Mortal, lió como quien dice la mulata, y arrancando le dió al otro una por todo lo alto en la talleja derecha, de la cual, sin poderse valer, se vino al suelo y no dijo ni siquiera esta boca es mía.

—¡Y quién me ha metido a mí en esto?—dijo Goya.

Pero se encogió de hombros, según su costumbre.

Lo hecho ya estaba hecho. No había para qué pensar en ello.

Al mismo tiempo se oyeron, viniendo de la calle del Águila, cerca de la de Calatrava, voces alteradas que decían con mucha autoridad:

—¡Tánganse a la justicia! ¡Favor al rey!

Goya no había estado nunca preso y tenía mucho asco a que le guardasen.

Se dió a correr hacia la calle de Toledo. Se abrió una puerta, y una voz le dijo:

—¡Aquí, don Francisco, aquí!

Goya se metió por aquella puerta, que se cerró.

Le asió entre las tinieblas una mano suave de mujer.

Aquella mano estaba fría y temblaba.

Tiró de Goya y le llevó a un cuarto en que había luz.

Entonces Goya conoció a la Miraflores.

## CAPITULO VII

**De la bola de nieve que se hizo por meterse Goya en lo que no le importaba.**

—Estése usted aquí sin cuidado, que está usted en su casa, y yo voy a ver lo que pasa por la calle—dijo la Miraflores.

Y salió. Goya acabó por encontrar que aquello no le venía del todo mal. Tal vez sin aquella aventura no se le hubiera abierto a aquella hora la puerta de la hermosa morena.

Reparó en la habitación en que se encontraba. Era una pequeña sala.

Tenía las paredes blanqueadas y el techo de viguetas y bovedillas.

El mueble era de cachá, con torros de damasco amarillo las sillas, los sillones y el canapé.

Había una gran cómoda con adornos de bronce dorado, y sobre ella una urna con un Niño Jesús vestido de raso blanco, bordado con lentejuelas de oro, colgacito de perlas cerrado

por un diamante, aureola de oro, y en la mano una cruz de oro.

A los lados de la urna había dos floreros de china de la Moncloa; una bella lámpara de noche, también de china, alumbraba al Niño Jesús y arrojaba una luz débil sobre el aposento; el suelo estaba cubierto por una alfombra de una sola pieza, y delante del canapé había una copa de metal dorado llena de fuego; al fondo se veía la entreabierta puerta de una alcoba, en cuyas vidrieras se veían cortinillas de muselina bordadas.

En las rinconeras se veían floreros y juguets de porcelana.

Había allí un cierto lujo.

Aquello olía bien.

Olía a casto.

Incitaba.

Goya acabó por encontrarse más a gusto.

No le pasaba de la estocada que había dado a aquel hombre a quien no conocía.

Había castigado a un alevoso que se había valido de una infame artimaña para llamar la atención de Juan López y herirle a mansalva, distrayéndole.

La Miraflores se había subido al piso principal y había abierto de candilejo una ventana.

Allá a lo último de la calle, junto a la esquina de la del Águila, la ronda rodeaba a dos hombres que estaban tendidos el uno a poca distancia del otro.

Un alguacil alumbraba con una linterna. Otro tenía una guitarra en la mano. A la luz de la linterna el alcalde examinaba aquella guitarra.

—¡Maldita sea la guitarra—dijo la Miraflores—, que por ella le van a conocer! Pero no le hace, ¡ya le sacaremos adelante y no le ha de faltar ni gloria de Dios! ¡Y vaya si es hombre! ¡Cuidado con haberle dado al agonizante lo que le ha dado!

La Miraflores se había entusiasmado con Goya. Le estaba esperando asomada de candilejo a aquella misma ventana desde la que acechaba lo que hacía la justicia.

Había visto por la calle al señor Juan López y había dicho:

—¡Ya viene ese posma! ¡Hombre, qué lástima que en la corrida de esta tarde el tunbo no haya sido de manera que no hubiese podido moverse en cien años!

La Miraflores sabía lo que había pasado en la corrida; se lo habían contado los que habían ido al almacén.

—No, pues si se pone ahí de guardacantón, como otras noches, esperando a que yo salga a la ventana a hablar con él y en el entretanto viene el otro, ya la tenemos. Pero me parece a mí que el aragonésillo tiene bastante para darle a ese farfántón y para que le sobre.

Entonces fué cuando se oyó la campanilla del hermano del Pecado Mortal y la única sarta que cantó, y fué cuando el señor Juan López se disparó y sucedió lo que ya hemos referido.

Entonces, viendo la Miraflores que Goya hizo el bulto, bajó en dos saltos las escaleras, abrió

la puerta, le amparó y luego volvió a la ventana a ver lo que sucedía.

\*

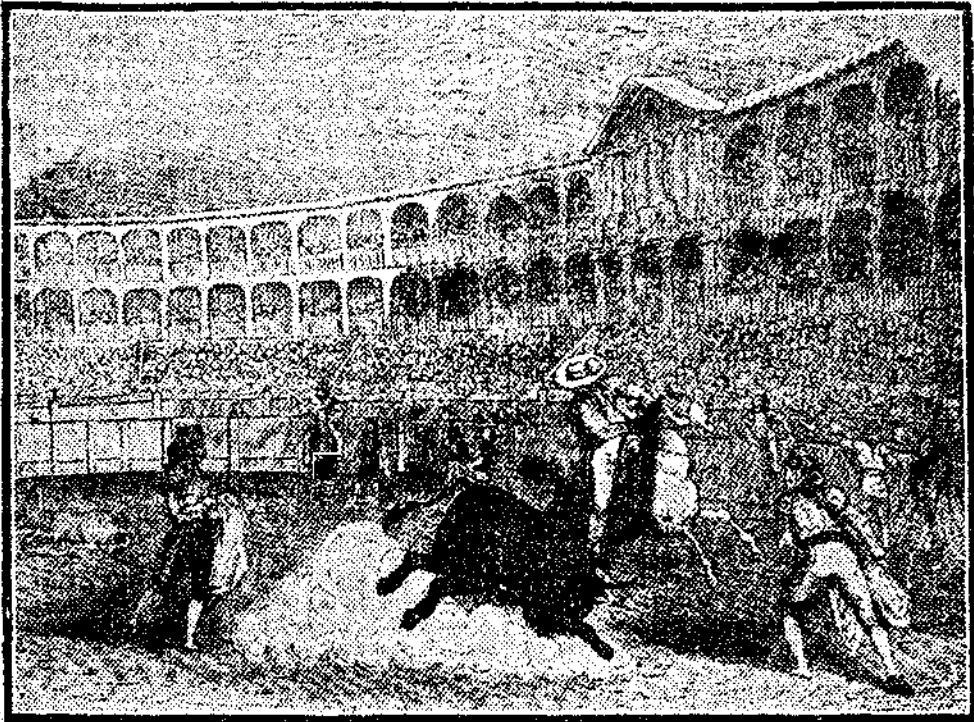
La justicia no se había apercibido de que el hombre que había herido al hermano del Peca- do Mortal se había escabullido.

Aunque algún vecino se había asomado a la ventana al estruendo de la riña, si vió que un hombre se había refugiado en la casa de la Mi- rraflora se figuró que no le había visto. En Es- paña todo el mundo se calla cuando presencia

Y he aquí que uno de los alguaciles que iban en la ronda la daba de pintar, y dijo:

—¡Callad! ¡La Mariposa! ¡La reina de las gita- nas! ¡Y está que habla! Y no hay que preguntar quién la ha retratado, que ahí se está viendo claramente la mano de don Francisco de Goya.

—¡Y qué tenemos con eso!—dijo el señor Juan López, a quien habían levantado dos alguaciles y se apretaba la mano sobre la cabeza para contener la sangre que le salía de la cuchilla- da—. Quien le ha dado a ese mal fralle la que le tiene en tierra, y puede ser que muerto, ha sido yo.



UNA CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA VIEJA DE MADRID

(Grabado en madera, de 1879)

por casualidad uno de estos lances: primero, por favorecer al pobre que ha tenido la desgracia de matar a un prójimo, y además, por no meterse en contenciones con la justicia.

\*

La guitarra era muy rica, como las gustaba Goya; la adornaba una moña de raso verde muy vistosa, y en el revés tenía, al óleo, el retrato de una gitanilla del barranco de Embajadores, que era la mejor moza de la gitanería madrileña y con la cual había tenido Goya dases y tomases.

El retrato no estaba firmado; pero no importaba. Las obras de Goya tienen un tal carácter que se firman por sí mismas.

El señor Juan López era noblejón y agradecido y quería salvar, aun a costa del compromiso en que se metía, al hombre que sin trile ni venirse le había vengado de la cuchillada dada por el otro a traición.

—Esas cuentas ya se ajustarán más despacio—dijo el alcalde—. Llévese a ese hombre al momento al hospital a que le curen, y traigan una escalera para llevar a éste, que no se mueve, aunque no esté muerto.

\*

El señor Juan López fue conducido; se le llevó al Hospital de la Orden Tercera a que le curasen de primera intención, por ser el hospital más próximo, y de allí, ya curado, se le condu-

Jo al General, donde se le dejó en la sala de presos y muy recomendado. La justicia se agarraba. Necesitaba hacer un proceso y hacerlo bien. El señor Juan López quedó en calidad de incomunicado.

\*

El otro mal herido fué llevado al Hospital General en una escalera. Cuando se le reconoció se vió que tenía una herida muy grave dos dedos por bajo de la tetilla derecha.

A causa de la pérdida de la sangre estaba decaído y no se le podía hacer una sola pregunta; había que esperar a que se mejorase, y los médicos del Hospital decían que aquello era casi una liquidación y que mucho sería que el herido no se fuese a la otra banda y en muy poco tiempo.

Por si se iba o no se iba se le dejó también en la sala de presos e incomunicado.

Al reconocerle se había notado que llevaba peluca.

Bajo la peluca se halló su cabeza afeitada y con un cerquillo muy estrecho, como el que usaban los padres agonizantes de San Camilo de Lelis; este convento estaba en la calle de Fuencarral, en el número 3 de la manzana 303. Lo había fundado en 1643 el padre fray Miguel de Monserrat, y era una Orden muy ascética y muy rígida.

Sólo el cerquillo podía revelar que el herido era religioso. Llevaba la túnica, con capucha, de la cofradía del Pecado Mortal; pero ésta la llevaban todos los cofrades y no significaba estado alguno social. En la cofradía del Pecado Mortal había hermanos de todas las clases y de todas las condiciones. En cuanto al traje que debajo de la túnica llevaba el herido era el de los manolos ricos y rumbones. Se encontró un cuchillo de Albacete, una bolsa con un par de docenas de onzas de oro y una caja de oro y diamantes con riquísimo rapé portugués, pañuelo de batista bordado, dos sortijas y un alfiler de diamantes en la camisa, cuya guirindola era de lo más rico y más a la moda que se llevaba.

Se le habían cogido además la campanilla y el farol que llevaban todos los del Pecado Mortal, y la espada española con que había, aunque malamente, peleado.

\*

El alcalde era de los tiosos, de los que no conocían ni a su padre ni a su madre; era además de los no vulgares, porque era uno de los de la casa y corte del rey en Madrid que componían la quinta sala del Consejo de Estado, que eran, en fin, unos personajes de muchas campanillas, y aun éstas de oro. Madrid entonces estaba dividido en ocho cuarteles, y de cada uno de estos cuarteles era alcalde uno de casa y corte. Don Diego Navascués de Figueroa, marqués del Páramo de San Cedrián, que éste era el señor de que nos ocupamos, tenía a su cargo el cuartel de San Francisco, y en él se hacía temer como una espada desnuda.

\*

No era el señor don Diego Navascués de Fi-

gueroa hombre que se parase en miramientos de ninguna especie. Ya podía haber estado el medio de una prueba metido en el «Sancta Sanctorum» más respetable; él se hubiera ido allí, y sin faltar a ninguna de las prescripciones del derecho ni de la cortesía hubiera hecho cuanto hubiera sido conducente para el esclarecimiento de una prueba en servicio de la justicia, que, como él decía, es la gran representación de Dios sobre la tierra.

El malherido que, en términos de muerte, había sido hallado y conducido casi exánime al Hospital General, había resultado con peluca; despojado de esta peluca, se había encontrado un cráneo de religioso, y con arrigio al estilo del cerquillo se había deducido que aquel religioso, que era joven, como de veinticinco años y buen mozo, debía ser de los agonizantes, que tenían su convento en la calle de Fuencarral.

Era necesario evacuar una diligencia importante: saber si faltaba del convento algún fraile y cuál fuese éste. Pero don Diego Navascués de Figueroa, marqués del Páramo de San Cedrián y alcalde de los de casa y corte del rey, con jurisdicción sobre el cuartel de San Francisco, no tenía jurisdicción alguna en el cuartel del Barquillo, a que pertenecía el convento de los Agonizantes. Aquel cuartel estaba bajo la férula del señor don Francisco de Aponte y Subiza, conde de la Tajafia, un sabio, un humanista, una gran persona por todos conceptos, y en lo de hacer justicia tan estirado y tan serio como el que más.

No había medio de meterse en su jurisdicción de ninguna manera. Había que darle la partición que le era debida en el negocio. Así, pues, el señor don Diego Navascués de Figueroa se fué con sus alguaciles y su secretario a buscar por su cuartel al señor don Francisco Aponte y Subiza, y le encontró en los mismos términos de su jurisdicción, por la parte de la Puerta del Sol, es decir, en la calle de la Montera, ocupado en registrar una casa donde habían sonado voces de pladrones, y habían resultado luego sapos y culebras, porque allí había ladrones éranlo de carne viva y hermosos, cuestión de adulterio y escándalo, sobre la que habían venido una estocada y dos tiros, resultando una mujer muerta de una herida de arma blanca por el irritado esposo; el adúltero, sorprendido por el marido, con la tapa de los sesos volada, y el agraviado, el cónyuge, cadáver a causa de un tiro que él mismo se había metido por debajo de la barba. Y los criados, aterrados, y cuatro angelitos, el mayor de cinco años, asombrados y sin comprender, a causa de su inocencia, la gran desgracia que sobre ellos había caído por la desvergüenza y la imprudencia de su madre y la airada venganza de su desesperado padre.

Esto demostrará que la tragedia es de todos los tiempos y que el romanticismo vulgar existe en todas las sociedades, sean cualesquiera sus creencias, sus leyes y sus costumbres.

No podía darse nada más trágico, nada más romántico que aquellos tres cadáveres, el uno sobre el otro, sobre un mar de sangre, y aquellos cuatro niños, el mayor de los cuales lloraba porque veía que su padre y su madre tenían pupas; y no se movían, mientras los menores



no se daban cuenta de nada, y si lloraban era porque los habían despertado. Y don Francisco Aponte de Subiza haciendo impasible y serio la «fe de labores», y el secretario escribiendo, y los alguaciles rodeando a la sárvidumbre conternada.

El alcalde del cuartel de San Francisco había encontrado con la masa en las manos al alcalde del cuartel del Barquillo.

Pero éste estaba ya terminando las primeras diligencias necesarias cuando llegó su colega. Le oyó, y viendo que era de todo punto necesario ir a evacuar una diligencia en su jurisdicción, en el convento de los Agonizantes, habiendo recibido el exhorto de su compañero, allá se fué, a la calle de Fuencarral, en compañía de su colega, y llamó con esa autoridad y ese estrépito altisonante que usa la justicia, sin lo cual no estaría en estilo, a la portería del convento.

Contestaron de adentro, y no muy mesuradamente, quiénes eran; a lo que don Francisco de Aponte contestó con voz estentórea:

—¡Abran a la justicia del rey nuestro señor! Estas eran palabras mayores, de grueso calibre, a las que no había cristiano que resistiese en la inmensa extensión de los dilatadísimos dominios españoles. Pero aunque fuesen completamente cristianos los frailes, a más que por el bautismo por la razón de su oficio, consagrado por sus órdenes, estaban favorecidos por un sinnúmero de exenciones y privilegios que los hacía, por decirlo así, impermeables.

El portero dijo que allí no tenían nada que ver con la justicia, que aquella era una casa de Dios y que sólo su eminencia el señor arzobispo de Toledo era la autoridad que podía mandar en ellos y determinar o no determinar. Así, pues, que se fuesen con la justicia a donde mejor les pareciese y dejasen en paz aquella santa casa de Dios.

—Pues en esta santa casa—exclamó, irritado, el señor don Francisco de Aponte—no se cuida como se debiera de la disciplina y buenas costumbres de sus hijos, y allá me voy yo a quien corresponda a ver si se puede contestar así tan desaforada y desacatadamente a los altos ministros de justicia.

Y allá se fueron disparados los alcaldes con las dos rondas a las casas del obispo sufragáneo de Madrid.

\*

Sucedió que, en el convento se quedaron con escama y con temor, que si los frailes eran influyentes no lo eran menos los gollas.

Se tocó a comunidad. Se reunieron los frailes. Se hizo un recuento y se halló que faltaba el lector fray Félix del Tránsito de Nuestra Señora. Los frailes de gran carácter fueron inmediatamente esparcidos para que tomaran informes. Estos volvieron, diciendo que fray Félix había sido encontrado por la justicia gravísimamente herido en la calle de Calatrava; que se le había conducido al Hospital General, y que estaba en el entre la muerte y la vida y en calidad de preso. Se dió cuenta al general de

la Orden; éste se puso de punta; se armó unal a todo poder entre el obispo sufragáneo, el general de la Orden y los dos alcaldes. Pero ninguno de los dos cedió.

—Vuestras reverencias—dijo el señor don Francisco de Aponte—dicen que en servicio de Dios y porque no caigan en descrédito las Ordenes religiosas se debe echar tierra a este asunto. Y yo digo que no soy sepulturero, sino juez, y tomo testimonio de que se me ha propuesto un acto de debilidad para cubrir vicios que deben ser, primera y principalmente, castigados por las autoridades eclesiásticas. Y de estas proposiciones que se nos han hecho, tanto a mí como a mí dignísimo compañero aquí presente, resulta que un padre agonizante, salido indudablemente de un convento en hora intempestiva y disfrazado con un traje mundano y no muy edificante, y provisto de dineros y armado, y con la aparente exterioridad de hermano del Pecado Mortal, ha sido encontrado con una mala estocada en el pecho, al lado de Juan López, picador de toros, herido también y con indicios de haber mediado en el lance un hombre de no muy buenas costumbres, discolo y escandaloso; todo lo cual constituye una causa de proceso, del cual, en la parte que me toca, yo no desistiré, y se hará justicia, y se corregirán abusos, que así nos lo manda Dios, que para gobernar a los hombres nos ha dado estas varas, que en nuestras manos podrán romperse, pero no torcerse. Y libre testimonio de todo lo que ha resultado y resultará, y que cada cual pague la pena en que hubiera incurrido, que así es de razón y de justicia.

—Y yo digo—recargó el señor don Diego de Navascués y Figueroa—que eso de echar tierra a culpas graves y feas no se ha hecho para mí, y por mi parte mando también librar testimonio de todos los extremos que han aparecido y siguen apareciendo, y si exenciones tiene el convento de Agonizantes, no las tiene el agonizante que yo tengo entre las manos, y con causa bastante para más de un proceso criminal, y extraño mucho que vuestras reverencias pretendan romper nuestras varas con el objeto de que no se dé un escándalo que redunde en menosprecio de las comunidades religiosas, que más bien y por eso mismo vuestras reverencias deberían ser severísimas con los religiosos indignos del sagrado carácter que deben a sus órdenes. Y así anda el mundo con los vicios solapados bajo la hipocresía, y si esto sigue, yo no sé adónde iremos a parar.

Y con esto y con librar los secretarios de los dos alcaldes, según éstos los mandaron, testimonio de aquellas diligencias que se habían evacuado como habían podido ser evacuadas, los dos magistrados se retiraron con sus oficiales, muy satisfechos de que habían cumplido con su deber y de que habían hablado gordo y por derecho, y recargando y metiendo la cabeza a dos empujorotadas autoridades eclesiásticas. Después de lo cual, los dos jueces se separaron, saludándose cumplidamente, en los términos de la jurisdicción del uno, y el uno y el otro se fueron a descansar, que ya habían hecho lo bas

lante por aquella noche y tiempo sobrado tentan para hacer lo que faltaba.

Tal era el cúmulo de cosas que había resultado de los sucesos de aquella noche, en los cuales se encontraba cogido, y de una manera gravísima, por resultado de la riña y meterse en lo que no le importaba, nuestro don Francisco de Goya.

### CAPITULO VIII

**De cómo los celos rompen la amistad más arraigada.**

La Miraflores estaba a punto de caramelo. Se derretía por Goya. Se estuvo atisbando en la ventana hasta que la gente de justicia se llevó a los dos heridos y se quedó la calle desierta.

—¿Y por qué me sucede a mí lo que me sucede?—dijo sintiendo que la sangre se le ardía por Goya, y que el corazón se le reblandecía, y se le abrían las entrañas, y se ponía a punto del primer «enamoramiento» de toda su vida, ella, que en tantos años (ya hemos dicho que pasaba de los veintiséis) no había encontrado a nadie que le fuese el alma ni poco ni mucho.—¿Por qué estoy yo medio asustada y medio contenta y con el corazón alborotado y recomiéndome por un hombre? Porque la loca de la Cariblanca tuvo un encuentro con esa otra loca de duquesa de Alba, y se tiraron los trastos, y quiso la Cariblanca vengarse de la duquesa, y a mí se me ocurrió que la mejor venganza sería darle en ojos a la otra con don Francisco. ¡Válgame Dios, que hacemos muchas veces sin pensarlas cosas que luego se nos vienen encima! ¡Pues no, yo no me paro en pelillos! Vamos andando, que muchas veces, cuando nos creemos más perdidos, estamos más ganados, y ello dirá; y, sobre todo, ¿es la primera mujer que tiene cortejo? ¿Ni qué cuentas le tengo yo que dar a nadie? Lo que principalmente hay que hacer es sacarle del mal atolladero en que se ha metido, y aunque tuviera yo que derretirlo todo y tamar el suelo, le saco en palmas. ¡Ay, Jesús mío, y qué hombre, y qué fatigasi!

\*

Goya, que había ganado mucho con la Miraflores, acabó de ganarlo todo con la estocada que había dado al padre Félix del Tránsito. Había crecido para la Antonia de una manera inmensa. Se había hecho un dios.

Cerró silenciosamente la ventana y se bajó a su cuarto, donde esperaba Goya, más que cuidadoso, impaciente.

Ella le contó lo que había sucedido, y que la justicia había recogido su guitarra y se había llevado los heridos.

—Pues estoy cogido por el pescuezo—dijo Goya—por la guitarra.

—Cállate, hombre, que ya habrá guitarras que se parezcan a la tuya en este mundo.

—Es que mi guitarra está señalada de una manera que me descubre—dijo Goya.

—¿Tiene tu nombre?

—Tanto da, porque tiene en el revés un retrato, y mis retratos no se confundan con los de ningún otro pintor.

—Oye, ¿y a quién has retratado tú en tu guitarra?—dijo con un acentillo un poco sardónico la Miraflores.

—A un cortejo mío.

—¡Hombre! Pues me gusta la desvergüenza—dijo la Miraflores—. ¡Con que vendas tú a dar me música con una guitarra que tiene pintada en la panza una mujer a quien quieres!

—A quien dejé.

—¡Válgame Dios, señor! ¡No parece sino que tú eres tan grande cosa que no tienes que guardarle miramientos a nadie!

—Yo soy lo que soy—dijo Goya—. Y, sobre todo, un hombre que dice la verdad.

—Pues la verdad no se debe decir cuando daña.

—Y a quién le hago yo daño?

—A mí, que te quiero.

—Pues mira, no hablemos más de eso y dejate de historias, y, sobre todo, si me quieres no me lo digas.

—Es que yo digo siempre lo que siento, aunque no me tenga cuenta decirlo. Vaya, y te voy a decir más: esta es la primera vez que le digo a un hombre que le quiero. Pero oye tú, ¿quién es esa que ha sido tu cortejo y que has pintado en tu guitarra?

—[La Mariposa, la del Barranco, la chalanat

—¡Ay, Jesús mío, una «gachi!» ¡Mira que no vas a poder entrar en el cielo!

—Ya me las entenderé yo con San Pedro.

—Oye, mí, ¿y se ha acabado ya eso?

—¡Vaya!

—¿Y quién ha tenido la culpa?

—¡Yo!

—¡Tú! ¡Pero vaya una desvergüenza!

—Me «ahillé» de quererlos «flamencos», y de tanto «sentir», y de tanto «espirrahamiento», y que no me dejaba ni una pisada, y me la encontraba hasta en la sopa.

—[Cómo que la llevabas en la guitarra!

—No era cosa de borrarla.

—Pero, en fin, ¿eso se acabó?—dijo la Antonia.

—Hubo sus disgustos; le tuve que sentar la mano a un primo suyo, que era el Heródes de la gitanería; me cogieron «jindama», ella se cansó de lloriqueos, y para consolarse se agarró a un oficial de Dragones y se fué con él.

—¡Válgame Dios, hombre! ¿Y tú quedaste tan completo?

—¿Y a mí qué? Cuando le quise, me quiso; cuando la dejé, lloró; pero si después se ha consolado, nos hemos quedado en paz y cómodamente.

—¿Pues, señor, tú se puede querer, hijo mío! ¡Eres una proporción! ¡Y que seamos tan necias las mujeres, que cuanto menos vale un hombre le háyamos de querer más!

—Vamos poniendo las cosas en limpio, Antonia, y no nos engañemos. ¡De veras te gusto yo!

—¡Hombre! Eso no se le pregunta a una mujer decente, sobre todo cuando hace poco tiempo que se la conoce, porque, la verdad, da yer-

güenza. ¿Y no se conocen las cosas? ¿A qué son preguntas vanas? Al gusto de que nos regalen el cido.

—¡Ay, que es tan gustoso oírle uno decir que te gusta a una hembra como tú!...

—¿De veras?

—¡Por tu salud!

—¿Y qué te se da a ti de mi salud?

—¡Ay, tormento, que estoy que me muero por ti, y tú no lo conoces!

—¡Embusterol!

—Pero mira que te se saltan las lágrimas, Antonia.

—Bueno, bien; pero ¿y la Cariblanca?

—Yo no te digo ni que sí ni que no; ¿qué sé yo?

—¡Eso es, a pares! Vamos, tú vas a salir muy mal librado; mírame bien a la «fia».

—¿Y qué hago más que mirarla y morirme a chorros cuanto más te miro?

—Oye, ¿no ves en mis ojos algo?

—¡Vaya!

—¿Y qué vas?

—Una fiercecita.

—Vamos, si yo me confío en ti y te doy mi alma y me la maltratas, no te lo quiero decir; pero ¡figúrate tú!

—Lo que yo me figuro es que no se me figura nada, y que será lo que Dios quiera, que siempre ha sido lo mismo, y contigo tengo que vivir por el «desavío» de esta noche y porque teniendo que estar oculto, ¡quién me ha de ocultar mejor que tú, que me quieras?

—Vamos, ¿sabes tú ya de seguro que yo te quiero?

—¡Vaya! ¡Otra! ¡Pues si te se saltan los ojos mirándome!

—¿Sabes que me gusta en ti una cosa, Frasquito, más que todas las cosas que me gustan tuyas?

—¿Y qué, niña?

—El que me temes; el que me miras con ansia y te ahogas.

—Verdad es que sí. Vamos, ¿a qué es negarlo? Me mereas. ¡Ay, morena, yo me sofocó! ¿Qué tienes tú que no puedo engañarte y que mandas en mí?

—Mira, eso no es nuevo; me lo ha dicho todo el mundo, y yo quisiera que me dijeras algo que no me hubiera dicho nadie.

—Pues me callo, y figúrate que te digo lo que tú quieras.

—Verdad es que a veces se dice más callando que hablando, y en fin, lo que hubiera de ser, eso será.

—Llamaron entonces a grandes golpes a la puerta.

—¡Ay, Frasquito! ¿Y quién será?—dijo la Miraflores, que se había puesto pálida.

—¡Abre, Antonia, que soy yo!—dijo la voz sonora de la Mariblanca.

—¡Ella!—exclamó la Miraflores—. Mira, salte al patinillo, busca a tientas una escalera y salta al tejado. Ella es peor que el fuera la justicia. Vamos, hombre, anda. Yo iré a buscarte.

Goya comprendió que no debía complicar la situación y salió por una puertecilla que había abierto la Miraflores. Esta cerró inmediatamente la puerta y se fué a la de la calle, en donde seguía dando grandes golpes y llamando a voces a la Antonia la Maruja.

—Pues, hombre, ya podía una venir necesitando el «squito cido»—dijo la Cariblanca, que entró de estampía.

Miró profundamente a la Miraflores, que tenía una lamparilla en la mano y cerraba tranquilamente la puerta.

—¡Vamos, mujer, pues no te acuestas tú cosa de tarde esta noche! ¿Tienes «vesitas»?

—Bastante te importará a ti que tenga yo «vesitas» o no—dijo la Miraflores—. ¡Zapatillo, y cómo viene esta mujer, que no parece sino que aquí se le ha perdido algo y no se lo quieren dar!

—¡Es que me buscas tú a mí la boca, Antonia!

—No, hija, que te debe de «jeder» a vino acido, y tengo yo muy delicado el «estógamo».

—Oiga usted, señora: si yo lo he bebido es porque he tenido boca para ello; ¿entiende usted? Y el usted no se ha caído, como yo, era porque usted estaba con la suya y no «pipaba» tanto como yo, que estaba confiada. En fin, que le estorbaba a usted yo. Eso es, que él le gusta a usted tanto como me gusta a mí. No, señor; si yo no me ofendo de que lo guste a todo el mundo lo que me gusta a mí; antes bien, me «chancha» y me esponjo, porque eso es señal de que tengo buen gusto. Y nada, Antonia; nada. No hemos de reñir por eso. A mi ese hombre me ha dado la «puntilla», y a ti también, que te se conoce, mujer, que me miras que quieres comerme de cetas.

—¡Vaya, pues bueno; ¿y qué?—dijo la Antonia.

—Que a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

—¿Y vaya si tienes tú alma!

—¿Que sí tengo! ¿Pues no lo sabes tú eso? Y más ahora, que la he dormido, y vengo con ganas de empalmarla y huyendo de mi padre, que se salió detrás de mí con una estaca y le ha dado tenazón. Vamos, dile que salga aquí, que como no puedo ser más que de una, lo vamos a jugar.

—¿Y yo qué tengo que jugar a nadie con nadie?

—¡Vaya! ¡Al «mus»!

—Si tienes ganas de cuestiones, habla, que se va a ver cómo lo que se hace.

—Lo que se haga ha de ser sin reñir, porque, a la verdad, yo te quiero a ti más que a él. ¡Vaya un desavío! ¿Pues por un hombre que hemos conocido hoy vamos a echar a rodar una amistad de tantos años!

—Y entonces, ¿a qué has venido?

—¿Qué quieres! ¿Que me ahogo, Antonia, que tengo celos!

—Vaya, pues eso no consiste ni en ti ni en mí; consiste en él.

—¿Y si nos quiere a las dos y las dos nos rompemos el alma por él, y él se burla de las dos y se va riéndose, y nos deja iguales y enemistadas?

—O le quieres mucho o no te importa nada.

—Yo quisiera saber si tú le quieres o no.

—Lo que sería bueno es saber lo que tú quieres. Tan pronto dices una cosa como otra. Lo mejor es que te vayas y acabes de dormirte, y mañana será otro día y hablaremos.

—¡Eso es! ¡Y yo que le he visto meterse en tu casa me iré y te dejaré con él en paz y en gracia de Dios!

—¿Que le has visto meterse en mi casa?

—¡Vaya! Después de que le dió al otro; como que cuando sonó la rebujina me puse yo en la ventana.

La Cariblanca vivía en la acera de enfrente, algunas puertas más allá de la casa de Antonia.

—Pues hija mía—dijo la Antonia—, si es verdad. ¡Y qué había yo de hacer sino ampararlo! Pero se ha ido por los tejados, y eso con verio basta. Vas a registrar conmigo la casa, y ya verás que no está.

—De suerte que cuando yo me vaya volverá a bajar.

—El hombre, después de lo que le ha sucedido, no está para amorios, sino para que se haga por él lo que se pueda, que yo creo que ha matado al padre Félix, el agonizante.

—Oye, ¿no es ese el que anda detrás de doña Rosario?

—Sí.

—¿Y no estaba doña Rosario enredada con el picador?

—Eso dicen; pero no es verdad, que el señor Juan López no habla, ni «parla», ni come, ni bebe, ni vive más que por mí. Pero la doña Rosario, por darme a mí en ojos, quiso «tonjábanle», y todo el mundo creyó en las apariencias, y el padre Félix se encoló y le escribió al Juan López que si volvía a andar por la calle de Calatrava le cortaría de su parte las orejas, y Juan López, que es muy bruto, juró que en cuanto viniere por aquí el agonizante con la «camama» del Pecado Mortal le iba a poner una «puya» en los rubios que lo iba a volver loco, y ahí tienes que esta noche se ha armado la culebra. Y todo ¿por qué? Porque ni doña Rosario quiere a Juan López ni al agonizante, ni yo a ninguno de los dos. Y el otro, que es tentado de la risa, estaba aquí, y completos; el agonizante hirió a Juan López, y don Francisco le metió una al agonizante que puede ser que no lo cuenta, que por ahí le pasaron sin sentido y chorreando sangre en unas escaleras, y ahora no falta más, para que la corrida sea completa que nos agarremos por don Francisco las dos, y tú me ahogues a mí y yo te ahogue a ti, y sin que él nos quieca a ninguna de las dos más que como quiere el diablo a las almas, para perderlas y quedarse luego riendo.

—Pues mira, sea como fuere, lo que es yo no te dejo el campo esta noche. Aquí me estoy contigo y que él se esté en el tejado, y luego entre las dos le buscaremos los medios para que se escape, y luego entre las dos, con los conocimientos que tenemos, le compondremos el negocio, y andando.

—Pues hija, lo que es por mí, estáte en casa todo el tiempo que quieras. Y con lo que venga, allá veremos. Y cada cual haga lo que le tenga más cuenta y pueda, y al que le toque perder, que aguante.

\*

No podía darse cosa más perdida que la amistad de la Maruja y de la Antonia, que hasta entonces se habían tratado como hermanas.

El encuentro o más bien el encontrón del ca-

lesín de la Cariblanca con la carroza de la duquesa de Alba había producido unas consecuencias cuyo volumen iba siendo extraordinario. Si la Maruja no se hubiera irritado de tal manera contra la duquesa, la Antonia no la hubiera aconsejado la quitase el cortejo, que, según murmuraciones de mal hablados de la corte, era Goya. Se decía si también era cortejo de la de Benavente, que era ya vieja, y que condesa y duquesa habían tenido por él agrias cuestiones y habían dado escándalos. Pero todas las pruebas se reducían a que como a ambas señoras, para que pareciese la una nieta vieja y la otra más hermosa, las pintaba Goya al pastel los semblantes, la garganta, los hombros, el seno, en fin, lo que se veía porque se ponía al aire, Goya entraba con gran confianza en los tocadores de ambas señoras, como entraban el peluquero y el zapatero y tal vez algún lacayote para apretarlas el corsé con la rodilla, que no hay cosa que una mujer no sufra, y más si es dama, para parecer bien, y a más de entrar Goya «sans facon» en los tocadores de las dos señoras, con mucha frecuencia ellas hacían tocador del estudio de pintor de Goya, y se estaban allí las horas muertas.

Y no eran solas estas señoras las que adoraba, y recomponía, y restauraba Goya, sino también otras muchas que, como la condesa y la duquesa, preferían que el gran pintor las avisase en su estudio, porque allí se estaba con más tranquilidad y se hacía con mucha más perfección el retoque, o mejor dicho, el revoque artístico, y Goya, que para las fantasías se pintaba solo, las hacía caprichos y las tenía locas con sus brujerías y sus fantasías. Y así él se hacía más y más lugar en la corte por ellas, que el que a ellas se agarra y sabe complacerlas sale bien librado.

Todas estas cosas que, necesario es decirlo, eran ligerezas reprobables, tomaban bulto en los picarescos e irreverentes labios de los maldicientes y la calumnia corría, que calumnia es la imputación de un delito que no está probado, y todo el mundo daba a Goya con más de una dama de la corte una posición que tal vez no era cierta ni tenía más fundamento que las apariencias. Sea como quiera, a ellas les importaba muy poco de esto, porque si les hubiera importado lo hubieran evitado.

Goya se dejaba ir con la corriente, la aprovechaba, medraba en la corte y cada día se hacía más famoso.

Por la murmuración pública había sabido la Miraflores si Goya era cortejo o no cortejo de la de Alba, y de aquí que aconsejase a la resentida Cariblanca que se lo quitase a la duquesa.

Ya hemos visto las consecuencias. Lo habían encontrado, le habían llamado, se lo habían llevado, se habían enamorado de él; por dar música a la Miraflores había llegado Goya a la calle a tiempo de picarse de mirón y de castigar con una estocada la cuchillada a traición que el padre Félix había dado al señor Juan López y se había refugiado en casa de la Miraflores. Había sobrevenido la Cariblanca y ha-

ha cortado una entrevista que se iba remon-  
tando, y Goya había escapado al tejado.

Las dos manolas estaban frente a frente, y la  
Cariblanca no tenía visos de abandonar el  
campo.

CAPITULO IX

De la extraña aventura que le sucedió a  
Goya por haber buscado abrigo contra el  
viento del Guadarrama.

Las noches de Mayo suelen ser frías en Ma-  
drid, como las de Enero. Goya, que de ninguna  
manera quería verse entre la Cariblanca y la  
Miraflores; más aún, que comprendiendo que  
para tener a la Miraflores tenía que prescindir,  
por el momento al menos, de la Cariblanca; mu-  
cho más excitado por la Miraflores, que tenía las  
formas más hechas, más enérgicas, más acentua-  
das, más bellas, más poderosas que las de la  
Cariblanca, y que era más profunda, más inten-  
cionada y más apasionada; sobre todo, que arro-  
jaba por aquellos ojos negros una luz inexplica-  
ble, de una dulzura irresistible en destellos  
sobrenaturales que sólo produce una mujer  
cuando mira enamorada a un hombre, y que pa-  
recen reflejos de una pasión que se quiere gozar  
y no se puede, que apenas se entrevé cuando se  
pierde para aparecer de nuevo de una manera  
más intensa y más embriagadora, más enloque-  
cedora; Goya, que no había visto nunca aque-  
llo, ni tanta alma, ni tanto «aquei», ni tanto  
amor, ni tanta sangre, ni tanta pureza inmacu-  
lada, tanta virginidad; en una palabra, tanta  
hembra y tan de golpe y zumbido, y tan echada  
a todo, se había quemado, se había clavado, se  
había puesto «dilió» y se lo había llevado el dia-  
blo cuando en un momento álgido, cuando sen-  
tía próxima una mutua explosión, cuando em-  
pezaban a temblarle las piernas y a irsele la  
cabeza, llamó a la puerta y con ganas de en-  
trar la Cariblanca.

Las ánimas benditas habían mirado por la  
Miraflores, que estaba ya tan «dilió» como Go-  
ya; en fin, éste escapó, gateó a oscuras por unas  
escaleras, llegó a lo alto, le dieron en la cara  
telarañas y oyó carreras de ratas, lo que le in-  
dicó que estaba en un desván, y viendo a la  
derecha un traslucimiento opaco del cielo, ha-  
cía él se fué, y a poco se encontró con una lu-  
cana.

El desván tenía un fuerte hushmo a rata, a  
polvo y a gato muerto apollillado. Goya prefi-  
rió el aire libre, y se salió al tejado, que era  
muy poco empinado. Daba a un jardín, que  
dejaba ver una negra masa, agitada por el vien-  
to, que era muy fresco, produciendo un rumor  
sordo. Eran sin duda copas de árboles.

Tenía en aquellos momentos Goya tan abra-  
sados la cabeza y el rostro, que aspiró con de-  
licia aquel ambiente, que le parecía fresquísi-  
mo. Pero algunos momentos después, y puesto  
ya en equilibrio con la atmósfera, el fresco se  
convirtió en frío, y en frío agudo. Había acre-  
cido además el viento Norte; Mayo se había

convertido en Enero, y muy pronto Goya dió  
diente con diente.

Más allá había una gran chimenea. Goya se  
fué a ella y se puso a cubierto. El frío disminu-  
yó considerablemente. Sin embargo, era aún in-  
cómodo.

\*

A poco de estar acurrucado al abrigo del vien-  
to, junto a la chimenea, oyó Goya un confuso  
rumor de voces. Eran, a lo que podía juzgar-  
se, dos mujeres que hablaban; pero no se per-  
cibían sus palabras. Escuchó Goya con aten-  
ción, y se aseguró de que aquel rumor salía  
por la chimenea de que se había amparado. Se  
levantó; la chimenea era ancha; Goya metió  
la cabeza por uno de los respiraderos. Vió luz;  
a poca profundidad se veía la piedra limpia del  
hogar; cerca había una mesa cubierta; se veía  
de ella un ángulo; además, parte de la cabeza  
y el hombro derecho de una mujer. Aquella  
mujer cenaba.

—Vaya, señora, me alegro—decía en aquel mo-  
mento una voz de vieja—. Lo que ha sucedido no  
le ha quitado a usted el apetito.

—¡Quitar! ¡Por el contrario! ¡Ay, Dios mío, y  
cuántas gracias tengo que dar al santo del día!—  
dijo una voz de mujer, de una sonoridad tal,  
de una tal cadencia, que atrajo el alma de  
Goya.

El veía a medias una cabeza de preciosísima  
forma, una mejilla en que reflejaba, sonrosán-  
dola de una manera fuerte, la luz, y un hombro  
de una redondez exquisita y de una inclinación,  
de una inflexión de todo punto voluptuosa;  
veía además parte de un redondo globo,  
aunque cubierto por un traje blanco; la voz  
revelaba una mujer joven, en todo el esplendor  
de su juventud, y de alma apasionada y  
enérgica; hablaba con resolución, con fuerza,  
y parecía como que se exhibaba de su voz un  
odio satisfecho.

—Le viste bien cuando le llevaban en la es-  
calera, ¿no es verdad?—añadió creciendo en in-  
tensidad la voz.

—Sí, señora, y no parecía sino que iba muerto.

—Mejor, ¡Dios lo haga!—repitió la voz—. Así  
tendremos un enemigo menor.

—¡Ay, señora, y con cuánta razón la llaman  
a usted la Tirana!—exclamó la vieja.

\*

Se le alborotó la sangre a Goya. Entró en una  
nueva situación de sentimiento.

¡La Tirana! Goya sintió como una opresión del  
alma, como una especie de presentimiento con-  
fuso, como si una voz misteriosa le hubiese di-  
cho que debía haber algo de común entre su  
destino y el de aquella mujer.

¡La Tirana, la mujer excéntrica, la hermo-  
sura ponderada, la orgullosa y rica señora de  
buena cuna y de buena fortuna, que se había  
dado a lo manolo, a lo majo; la majo por ex-  
celencia, la que campaba por su respeto, ya que  
se desvivía por los toreros y por los gitanos y  
por toda la gente del bronce, y que no había  
querido a nadie, según aseguraba la pública  
voz! ¡Una reina que descollaba entre la multi-

tud por su hermosura característica, por sus genialidades! ¡A la que conocía y respetaba todo el mundo! ¡Una celebridad! ¡Doña María del Rosario Fernández!

Habían muerto sus padres, habían muerto sus parientes, estaba sola en el mundo; pero bien acompañada con su corazón y su valía.

\*

Goya había oído hablar de ella como se oye hablar a todo el mundo de todas las celebridades. Pero no había entrado en deseos de conocerla. El era otra celebridad.

Entre todas las celebridades hay una especie de antagonismo: son egoístas, intransigentes. Se excluyen mutuamente. He aquí la razón de que Goya, a pesar de lo que se ponderaba la hermosura de la Tirana, de lo mucho que se celebraban sus cosas y por la gran valía en que se la tenía como mujer inconquistable, que había desafiado a los hombres más importantes de todo género y de todas estofas, no había entrado en ganas de conocerla.

Y de improviso, de una manera inesperada, por una consecuencia de consecuencias, la sentía, la oía, estaba a poco más de tres varas de ella; veía parte de su ser y los negros y espléndidos cabellos rizados y sueltos, a la moda del tiempo; sentía un delicioso perfume de hermosura y podía aparecer ante ella penetrando por la chimenea.

Pero no estaba sola. A más de esto, Goya no debía espantarla, no era conveniente. Continuó escuchando.

\*

—¡Y quién habrá sido el que le ha dado!—continuó la Tirana—. ¿Sabes que ya se necesita ser hombre para matar a ese hombre? ¡Daría cualquier cosa por saber quién es!

—Pues ya lo sabrá usted—respondió con algo de sardía la vieja—, y podrá usted socorrerle en la cárcel.

—Eso será si le cogen—dijo la Tirana—, que me parece que se ha amparado en casa de la Miraflores, y ella no es mujer que entregue a nadie ni que deje de ayudar a un pobre, y ella puede; además de que yo, que no puedo poco, la ayudaré también si es menester.

—¡Válgame Dios y qué entrañas, señora! ¡Aunque no fuese más que el que por usted se ha puesto a que le mate el señor Juan López! ¡Y luego, si al señor Juan López le quisiera usted!... Pero ni lo uno ni lo otro.

—¡Y qué culpa tengo yo de que dos hombres que me quieren se maten por mí? ¡Porque yo sea buena cristiana y caritativa he de tener caridad de un fraile que quiere deshonorarme? Quitá allá, que sin contar con la honra y con el sacrilegio, los frailes deban saber a huevo duro manido. ¡Y porque yo me muero por los toros me ha de morir también por los toreros!

—¡Y los demás, qué no quiere usted a ninguno?

—¡Y qué culpa tengo yo? ¡Por qué no se hacen ellos querer?

—Es que ya pasa usted de los veinticinco...

—Aunque pasara de los cincuenta; boda y mortaja, del cielo baja; déjame en paz, y oye: estoy algo ansiosa. Quisiera saber si es muerto

o vivo el agonizante. Le tengo miedo a ese hombre; me parece que por él me va a suceder una desgracia. Anda, vete al hospital, que no te conozco nadie, y pregunta con mafia.

—Calle usted, señora, que enviaré a mi compadre el Curro, que es paciente de uno de los practicantes, y se sabrá todo.

—Pues vete.

—¿No se acuesta usted?

—No, hasta que vengas.

Se oyó un chancleteo, y luego el abrir y cerrar de una puerta.

El ruido se extinguió; poco después, entre el silencio, se dejó oír un suspiro.

\*

A Goya le latía el corazón con la fuerza de un martillo; la sangre se le subía a la cabeza; miraba por la chimenea. La Tirana se había levantado de la mesa y no se la veía. Se la sentía pasear por la habitación. Los tacones de sus chapines producían un ruido uniforme, marcado; sintió Goya un nuevo suspiro. Meditó un momento; luego buscó en su bolsillo un papel; siempre llevaba alguna carta de mujer; le encontró; sacó su lápiz, metió los brazos en la chimenea, y al reflejo de la luz buscó una cara blanca en la carta; la encontró al revés del sobre, rasgó la hoja, guardó la otra y escribió en la parte blanca:

«Señora: Estoy fugitivo junto a la chimenea de su casa de usted. ¡Usted quiere conocer a quien le ha dado un recado a cierto prójimo? Dame usted licencia y me presentará a usted.»

Tomó después un yesote, le envolvió en el papel para que al caer éste sonara y llamara la atención de la Tirana, y le arrojó. La caída produjo un ruido perfectamente perceptible. Goya atisbaba por la chimenea. Sintió los pasos de la Tirana; la vio aparecer. Se inclinó y tomó el papel. Lo desenvolvió; se oyó una exclamación de sorpresa, una exclamación incomprensible. Luego la Tirana se volvió y levantó el semblante hacia la chimenea.

Goya, aunque confundidamente, sintió una grande hermosura.

—¿Está usted ahí!—dijo la Tirana con la voz trémula de emoción.

—¡Sí, señora mial—contestó Goya con la voz no menos trémula.

—Pues vaya usted a la lucana que está a orilla de la chimenea, a la derecha, y espere usted allí, voy a abrirla.

La Tirana desapareció; Goya buscó con una mirada ansiosa la lucana que se le había indicado y la vio. Se fué a ella y esperó con ansiedad, con una impaciencia mortal; no tardaron en abrirse las hojas de la lucana.

—Entre usted—dijo una voz opaca y ardiente.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Goya, que al extender los brazos había encontrado dos brazos trémulos que le rodearon y sintió sobre su pecho un seno maravilloso—. ¡Ahora es que me ha llegado la hora de morir!

Aquellos brazos que le habían ayudado a entrar le soltaron apenas estuvo dentro; luego le asió una mano morbida y suavísima, una mano deliciosa y fría, y tiró de él dulcemente; la mano de Goya estaba también fría y tembala.

CAPITULO X

El uno para el otro

Aquella suave mano le condujo por unas escaleras y se encontraron en una cocina. En ella estaba todavía puesta la mesa, en que quedaban los postres.

Goya miró ansioso a la Tirana.

Era una mujer de todo punto extraordinaria, no sólo por su hermosura, que era grande, sino también por el espíritu de su fisonomía.

La garganta, larga, mórbida, nacarada.

Los hombros, desarrollados y amplios.

El seno, alto, opulento sin llegar a la exageración, fino y puro, cubierto a medias por un corpiño de seda a lo majo, muy descolado.

Los brazos, deliciosos, que dejaban ver casi completamente unas mangas cortas.

Las manos, de una pequeñez y una belleza estatuarias.

El talle, alto, arrogante; las caderas, amplias.

Una especie de manto cruzando del hombro izquierdo a la cadera derecha velaba el hombro y el seno de aquella parte y cubría a medias el brazo.



PEDRO ROMERO, RECIBIENDO UN TORO.

(Grabado en madera, de 1878).

Una fisonomía seria y a la par dulce y sensual.

Un conjunto de fuerza y de pasión.

Un alma misteriosa, con la mirada serena de unos grandes ojos negros, cuya luz parecía templarse bajo unas largas y espesas pestañas, bajo unas cejas anchas y deliciosamente arqueadas, negras y sedosas como si hubieran sido de terciopelo.

El semblante, oval.

La boca, pequeña, de labios delicados y de un puro y fresco color de rosa, y cuya inflexión revelaba la firmeza.

La nariz, recta, de forma pura, de lineamientos enérgicos.

El cabello, ondeado, rizado, suelto, determinando una gran belleza con el corte dulce de la parte superior de la cabeza.

Las orejas, pequeñas, finas, preciosas, adornada cada una con una gruesa perla.

Un ceñidor de rica seda bordada, ancho, de un gusto exquieito, pendiente por delante en dos caídas franjeadas y con flecos en sus extremidades, llegaba hasta el borde inferior de la basquiña de seda blanca con orla de encajes, y bajo esta basquiña estrecha, que revelaba unas formas soberbias, se veían dos pequeños y hermosos pies, deliciosamente calzados, sobre unas media caladas, de color de carne, por unos chapines de raso blanco bordados y con altos tacones.

Tenía sujetos los cabellos en la parte superior de la cabeza por un cendal blanco, y en su garganta y en sus manos no se veían ni collar ni sortijas, como si se hubiera tenido en cuenta que cualquier joya, por rica y bella que hubiera sido, habría perjudicado la gran belleza natural de aquella garganta y aquellas manos.

No tenía sobre sí otras joyas la Tirana, que sus ricos pendientes de perlas.

Sin duda, vestida de aquella manera había estado en la corrida; después de ella, en la botillería o en alguna visita, y al llegar a su casa se había puesto a cenar sin cambiar de traje ni quitarse otra cosa que la mantilla, si no era que la había servido de mantilla el manto que conservaba cruzado del hombro izquierdo a la padera derecha.

En una palabra: estaba en traje de calle y muy majo, lo más majo posible, muy elegante y muy rico.

\*

Tan preocupado estaba Goya que no se había quitado su monterilla a lo gitano; conservaba su capotillo y bajo él sujetaba en su brazo izquierdo su espada.

Miraba embobado a la Tirana; ella le contemplaba con una curiosidad profunda.

Al fin, Goya hizo un movimiento como para hablar. Ella se puso un dedo en la boca como indicándole que callase, y luego, volviéndose a la puerta de la cocina, salió por ella.

Goya la siguió.

Atravesaron un corredor y entraron en una sala alfajada con gusto y riqueza; al fondo se veía una puerta vidriera, sin duda la de un dormitorio. La Tirana dejó sobre una consola el quinqué a cuya luz había cenado, y dijo a Goya, sentándose en un canapé de caoba forrado de damasco amarillo:

—Siéntese usted.

Goya se había quitado la monterilla al entrar en la sala.

Hizo una reverencia antes de sentarse a la Tirana, y ocupó un sillón al lado del canapé, junto a ella, conservando la monterilla en la mano.

La Tirana se la tomó y la puso sobre un sillón, en señal de que Goya podía estar con confianza.

Goya saludó como era de rigor.

La Tirana, a fuer de dama, respondió al saludo.

Después de esta salva de mutuos cumplimientos, dijo:

—Señor mío, usted está en su casa y tiene en mí una servidora, y como por las circunstancias, que ya conozco en parte, debe usted permanecer aquí oculto hasta que pueda salir con seguridad, deje usted el capotillo y la espada; pero antes desnude usted la espada y muéstremela usted.

—Debe tener el testimonio—dijo Goya—, porque la «punzadica» fué de parte a parte; algo atravesada; pero fué porque él se descompuso al arrancar yo.

—¡Fué a toro parado!

—Sí, sobre el engaño, y no del todo mala.

Y Goya desnudó su espada, que era de cruz, toledana y de hoja de oliva.

Tenía señales de sangre en más de un palmo hacia la punta.

—¿Y usted cree que a consecuencia de la herida haya muerto el que la ha recibido?

—Debe estar muy de cuidado, señora, si no es que ya no le duele nada—dijo Goya con la misma tranquilidad con que hubiera podido hablar del tiempo.

—¡Es usted muy sereno!

—Eso según y cómo, señora; por lo de ese hombre, sí; pero por otro lado, de veras, estoy atontado y espantado.

Y se comía con los ojos a la Tirana.

Esta conservaba una gran reserva.

Sus magníficos ojos no decían nada.

Pero un observador profundo hubiera notado que abarcaban a Goya.

—¿Tenía usted motivos de odio contra ese hombre?—preguntó la Tirana.

—No, señora; no le conocía ni creía que era otra cosa que un hermano del Pecado Mortal, porque tal parecía; pero después, y de su misma boca de usted, he sabido que era o es un religioso de los agonizantes.

—¿Escuchaba usted!

—Perdone usted; pero cuando se está junto a una chimenea y sale por ella rumor de voces, se escucha y se oye.

—Yo vivo sola con mi criada, y como en la cocina—dijo la Tirana—, y particularmente en el invierno; me alegro de mi costumbre, porque así puedo servirle a usted de algo; pero en adelante tendré presente que me pueden oír. ¿De dónde venía usted? ¿Por qué casa ha subido usted al tejado?

—Por la casa de la Miraflores.

—Sí, no me había engañado cuando creí que el hombre que había herido al padre Félix se había amparado en la casa de la Miraflores. Es muy caritativa esa muchacha.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por la Tirana con una acentuación incomprensible.

Se comprendía que quería saber y no le parecía conveniente preguntar nada acerca del conocimiento de Goya con la Miraflores.

Goya, por su parte, comprendió que debía ser reservado.

—En estos harrios—dijo—hay siempre una puerta que se abre para amparar al que se ve obligado por una riña a huir de la justicia. Y no he huido porque tenga miedo al resultado del proceso que se me formará, que no puede ser malo, porque lo que yo he hecho ha sido impedir que ese tralle acabase de matar a un hombre a quien había herido a traición. Pero no quiero estar encerrado, y si puedo andaré huido hasta que el negocio se arregle. Yo tengo muy buenas relaciones.

—Y yo también.

—Ya sé yo que la hermosa Doña María del Rosario Fernández puede mucho.

—Gracias por lo de hermosa; pero ¿quién le ha dicho a usted mi nombre?

—Su criada de usted.

—¡Ah, sí, es verdad!—dijo con impaciencia la Tirana—. ¡Diablo de chimenea!

—¿Le pesa a usted que yo haya oído?

—No; todo se reduce a que usted sabe que esos dos hombres han reñido por mí, sin que yo haya dado ocasión a ello, puesto que no he favorecido ni aun oído a ninguno de los dos; bien es verdad que no he oído todavía a nadie.

—Es verdad, señora; tiene usted la cualidad

[Continuará en el próximo extraordinario.]



## LA NOVELA DE "LA LIBERTAD,"

## Las glorias del toreo

(CONTINUACION)

de enmudecer a los que no se atreven a decirlo...

—El que teniendo boca calla es porque cree que debe callar.

Y tras estas palabras acreció la seriedad de la Tirana.

Goya la miró con ansia y se le fué un suspiro. Un suspiro tal que si hubiese sido necesaria una declaración hubiera valido cumplidamente por ella.

Pero con el ansia de sus miradas había dicho suficientemente Goya a Rosario el efecto que ella había causado en él.

No hay nada más desesperante para un enamorado que una mujer puesta en defensa.

A más de esto, el ansia y el miedo oscurecen la inteligencia y nublan los ojos.

Sin el fenómeno nervioso que tenía lugar en Goya, hubiera reparado que Rosario, a pesar de su apariencia reservada, estaba poderosamente agitada.

Hubiera oído los latidos de su corazón. Hubiera notado que en el fondo de su voz había algo de opaco, de ardiente. Hubiera visto que su seno se alzaba y se deprimía; pero Goya estaba deslumbrado. Una criatura infinitamente superior a la Miraflores y a la Cariblanca había amortiguado, casi anulado, la impresión que las dos manolas habían causado en él.

\*

Pasaron algunos instantes en silencio.

—¿Ha podido ver la Miraflores—dijo por fin la Tirana—que usted ha entrado en mi casa?

—No, señora—respondió Goya—; llamaron a la puerta y me dijo que me subiese al tejado y no bajara hasta que ella me llamase.

—¿De modo que sólo Dios sabe que está usted en mi casa?

—Sólo Dios, que sabe también cuánto estoy sufriendo en ella.

Goya no podía ya más. Su carácter impetuoso se había comprimido demasiado y se escapaba en una manifestación.

—¿Se arrepiente usted de haber herido a ese hombre? ¿Le araña a usted la conciencia?—le preguntó, con un acento un tanto sarcástico, Rosario.

—Aunque no fuese más que por haber conocido a usted, señora, me alegraría—dijo Goya.

—Muchas gracias.

Goya volvió a su irresolución: quiso hablar y no pudo.

—Y muchas gracias cien veces—dijo la Tirana—, porque veo que tengo el privilegio...

Rosario se detuvo a su vez.

—¿De qué, señora?—dijo Goya alentándose.

—Pues bueno, bien: de que don Francisco de Goya, que tiene fama de no respetar a ninguna mujer, me respete; esto es siempre una satisfacción. Tal vez no he debido decir esto; pero, en fin, yo soy franca y no puedo ocultar lo que siento.

—¿Usted me conoce?

—¿Y quién no conoce en Madrid a Goya? Los que le conocen ya le señalan a los que no le conocen aún.

—¿Y yo no he conocido a usted hasta ahora?

—Ha conocido usted a una amiga, a una admiradora.

—Por mucho que usted admira mi pobre talento—dijo Goya—, la admiración de usted por mí no puede llegar ni remotamente a la que yo siento por usted.

—¿Y qué tengo yo de admirable?—dijo Rosario fijando una mirada serena y profunda en Goya.

—¿Lo puedo yo decir?—respondió éste con pasión—, ¿No ve usted que estoy agonizando?

—Esas son ya palabras mayores—dijo la Tirana—; el respeto que me halagaba en usted se va ya quebrantando. Y bien, ¿qué importa? Usted es libre, yo también; sólo que una declaración tan de improviso arguye ligereza.

—Yo no declaro; no hago más que manifestar lo que siento, lo que no puedo ocultar; estoy aturdido, no me conozco; sufro un ansia que me aboga. Yo no he visto nunca..., no creía

que hubiese..., no puedo explicarme...; pero usted me abraza el alma, esta es la verdad.

—¡Bueno!—dijo la Tirana—. Estamos bien; pero esto hay que pensarlo mucho.

—Eso es ya oírme..., eso es un privilegio—exclamó con ansia Goya.

—Esto es que usted vale mucho, don Francisco—dijo, siempre con la voz contenida y la mirada serena, la Tirana—; y sería una insensatez, en una mujer que tiene completamente libre el corazón, no oírle a usted. Sería injuriarle. Oír, bien; conceder, ya es distinto. Es necesario tener con usted mucho cuidado. Por ejemplo: me arrojó usted este papel escrito por la chimenea, y por el otro lado hay el sobre de una carta, sin duda de una dama, que dice: «A don Francisco de Goya.—Importante.» ¿Quién ha escrito este sobre?

—Yo quisiera saber si usted tiene interés en saberlo.

—Pues sí, lo tengo; tengo el interés de ver si usted es leal conmigo. ¿Quién ha escrito este sobre?

—Usted me pide que le revele el nombre de una respetable señora...

—Sí.

—¿Y qué le importa?

—¿Es casada esta mujer?

—Sí.

—¿Esta mujer es la duquesa de Albat?

—¿Cómo?

—Sí...; no puede desconocerse su letra.

—¿Usted la conoce?

—Sí. Esa señora es camarera mayor...

—De la reina...

—Y también de Nuestra Señora de la Buena Dicha, de la cual soy yo guardajoyas; con este motivo me escribe la duquesa siempre que es menester. ¿Y a usted por qué le escribe?

—¡Ah! Voy a enseñarle a usted la otra hoja de la carta—dijo Goya.

Y la sacó.

La Tirana se levantó, se acercó a la luz y leyó lo siguiente, con una voz cuyo temblor no podía disimular:

«Amigo mío: Necesito ir bien pintada a los toros. Iré a su estudio.»

—Y sin formal; únicamente la rúbrica; ¿Y esta señora va a su estudio de usted a que usted la pinte?

—Pero eso es un secreto que yo no he revelado sino porque quiero que usted sepa...

—Sí, que usted pinta a las damas de la corte en su estudio! ¿Comprende usted, don Francisco, que a usted hay que oírle con una gran reserva? ¿Que se necesitan muchas pruebas? Y diga usted, ¿la obra de caridad de la Miraflores ha sido a bullo? ¿No le conocía a usted?

—Yo no hago confesión general—dijo Goya, que se alentaba más y más—sin otra confesión general.

—¡Ah, pues bueno!—dijo la Tirana—. Me parece que nos hemos encontrado una mujer y un hombre. Yo voy a empezar la primera mi confesión general; va a ser tan franca como mía, que doña María del Rosario Fernández, la Tirana, ni teme ni debe; hace dos años que estoy

loca por un hombre a quien veía en todas partes y que nunca me veía a mí.

En aquel momento los ojos de la Tirana resplandecieron, se transfiguró, dejó ver a Goya una hermosura y un alma de arcángel terrible.

Goya lanzó un gemido y miró de una manera suprema a la Tirana.

—¿Cuánto calla y calla una mujer por temor de que la menosprecien!—dijo—. Otra se hubiera puesto al paso, hubiera escrito... ¿Qué sé yo?... Bueno; yo he empezado y he de acabar; yo amo a usted; le amo desde hace mucho tiempo; no he amado hasta ahora; usted, en cambio, tiene una fama escandalosa; quien tanto ha ido de mujer en mujer es posible que no haya amado aún; los deseos irritados, el libertinaje, no son el amor; el amor es el alma, es la vida, y como no tenemos más que un alma no podemos tener más que un amor.

—Es verdad, y ese amor no le he sentido yo hasta ahora.

—¿Sin engaños?

—Sin engaño.

—Pues bien; Rosario ha dicho todo cuanto tenía que decir y ha oído cuanto tenía que oír. Rosario, libre hasta ahora, es ya esclava de sí misma, porque ella es el amor que la esclaviza; pero Rosario teme no ser bastante hermosa... ¿Qué hermosura basta para satisfacer a un hombre que pinta de tal manera la hermosura, que tan grande la tiene en el alma? Vamos, esto es un hermoso sueño. Soy feliz; pero que yo no despierte.

—Nunca he sido yo tan esclavo de una mujer—exclamó Goya con un acento que le salía del alma.

—Así te quiero—exclamó la Tirana.

Y se arrojó en los brazos de Goya, recclinó la cabeza en su hombro y rompió a llorar.

Luego, alzándose, dijo:

—¿Es la primera vez que lloro?

—También es la primera vez que yo me encuentro dominado por una mujer—exclamó Goya.

Y se dejó caer sobre el sillón.

—¡Así, así te quiero!—dijo la Tirana—. ¡Eso es amor!

Y sentó en el canapé e incliné la cabeza sobre el pecho; se sentía su vigoroso alentar.

Alzó al fin la cabeza, y dijo:

—Otra te diría: «Mañana, a la Vicaría»; yo no te lo digo, esperemos; necesito saber que me amas de veras para ligarte a mí; esperemos, y que el tiempo hable; ahora pensemos en lo que inmediatamente importa, en el compromiso en que te ves; yo te sacaré de él, y te sacaré esta misma noche; es necesario que salgas de Madrid con una persona de confianza; la tengo; esa persona es Pedro Romero.

—¿Mi amigo!—exclamó Goya.

\*

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Ah, la tía Ana, mi criada! Es necesario que no te vea; no tengo dónde esconderte; la casa es muy pequeña. ¡Ah! ¡Aquí!

Y abrió las vidrieras.

Goya recogió su espada, su monterilla y su capotillo, y entró en el dormitorio.

La Tirana cerró las vidrieras y bajó a abrir.

CAPITULO XI

De cómo una mala criada puede poner en el camino de la perdición a su señora

La tía Ana era una bruja. Las malicias se le salían por la tapa de los sesos; tenía además olfato, un olfato moral, una especie de instinto que no la engañaba. Tenía astucia y deducción bien. Al ver a su ama se escamó; su ama no estaba como siempre. Tenía algo en los ojos que no había visto nunca en ellos la tía Ana: más luz, más melancolía, así como soñando despierta; a la tía Ana le parecieron mucho más hermosos los ojos de su señora: estaba seria y como impaciente. No se había quitado nada de su traje, ni aun la mantellina que le cruzaba el hombro izquierdo a la cadera derecha; tenía los labios secos y entreabiertos; respiraba con más fuerza que de ordinario; era una de estas criaturas privilegiadas, de estas raras mujeres que cuando sudan, por leve que sea su transpiración, producen un aroma delicioso, superior al de las flores más delicadamente odoríferas. La Tirana exhalaba en aquellos momentos de sí de una manera perceptible la fragancia especial de su sér; aunque levemente, se le agitaba el pecho, y la voz con que preguntó a la tía Ana: «Y bien, ¿qué hay?», parecía como fatigada, tenía un acento ardiente y opaco, algo conmovedor. Indudablemente, por doña Rosario había pasado algo que la había puesto de aquella manera, manera que por la primera vez veía en ella la tía Ana.

¿Y qué podía ser aquel algo que había alterado de una manera tan extraña a su ama? ¿Sería que doña Rosario se interesaba por fray Félix, el agonizante, o por el picador Juan López? La tía Ana sabía demasiado que no; había desesperanzado al señor Juan López, y al agonizante no sólo le aborrecía, sino que le tenía miedo.

¿Y por qué estaba su ama alterada y como se altera una mujer enamorada? Ella no conocía a nadie a quien quisiera su ama. Pero le dio hombre en la nariz, por intuición, por olfato, por malicia, por perversidad, por instinto; sea lo que fuere, la tía Ana se puso en guardia.

\*

Contestó, sin embargo, muy naturalmente a su señora, mientras subían por las escaleras.

—Pues, señora, mi conpadre el señor Carrillo no se había acostado todavía, lo que le excusó de vestirse; estaba de broma en su casa con unos amigos; le llamé aparte y...

—¿Pues no anda usted muy pesada que digamos para contarme lo que ha averiguado, tía Aniquillal!—dijo con impaciencia la Tirana.

—De modo y manera—contestó con acritud la bruja—que si yo hubiera sabido que estaba usted tan imperlinente me hubiera ido al buñío

—Bueno, ¿qué hay?—añadió con más impaciencia Rosario.

—Deje usted, señora, que me siente, que venga muy cansada y no puedo respirar—dijo entrando en la sala detrás de su ama la tía Ana.

Entonces reparó que había una silla fuera de su sitio, junto al canapé; que las vidrieras de la alcoba, que ella había dejado abiertas después de hacer la cama, estaban cerradas, y que sobre la mesa había un papel arrugado. Indicios que pusieron a la tía Ana fuera de toda duda de que allí había habido alguien; más aún de que habría alguien, porque si no, ¿a qué cerrar las vidrieras de la alcoba? Y si estaban cerradas para ocultar a alguien, ¿quién podía ser este alguien sino un hombre? Entonces se explicó la tía Ana la alteración que encontraba en su ama.

Era descarada, audaz; sabía que un secreto de su ama podía serle provechoso, y miró de una manera significativa, fijándose con intención en la silla, la cama y las vidrieras de la alcoba.

Esto era decir a su ama sin palabras: «Sé que hay gato encerrado.» Mientras con la lengua, un tanto cáustica, la decía:

—Pues señor, fray Félix está muy malito, y los médicos no dan por su vida dos cuartos, y lo que es al señor Juan López le han dado siete puntos en la chiforrada que tiene en la cabeza. Los dos están presos, y no dejan a nadie preguntarlos ni decirles nada que no sea en lo tocante a la cura, para lo cual hay dos alguaciles de guardia, uno al lado de cada uno.

Y continuaba, con su descaro y con sus miradas intencionadas, demostrando a su ama que comprendía que en la casa, y principalmente en la alcoba, había alguien escondido.

A la Rosario se le iba un color y se le venía otro; era de carácter violento y alívio, y la irritaba la insolencia de la tía Ana. No sabía qué hacerse; desconfiaba de ella; la tía Ana, obliada por los regalos que le hacía el agonizante, estaba de su parte, era capaz de todo; si el agonizante no moría, podía esperar de él una gran recompensa si había entregado al que tan mal le había puesto, y si moría, su convento recompensaría al delator. Rosario se había puesto en todo; había comprendido a la vieja.

Había que tomar una resolución.

—¿Y no se acuesta usted, señora!—la dijo la tía Ana.

Y miraba con más insistencia y más descaro la puerta de la alcoba.

—No parece sino que usted cree que ahí tengo yo escondido a alguien—dijo Rosario con voz incisiva y amenazadora.

Y se fué a la puerta de la alcoba y abrió con ímpetu las dos hojas.

Contaba con la discreción de Goya, que debía haberlo oído todo.

En efecto, Goya, que observaba, que miraba a través de las cortinillas, que eran de muselina bordadas, se retiró rápidamente de puntillas y se puso detrás de la puerta de escape de la alcoba.

—¡Jesús, señora, y qué cosas se le ocurren a usted!—dijo la tía Ana, escudriñando con sus pequeños ojos verdosos y hundidos la mirada resplandeciente e irritada de Rosarito—. ¡Para que yo me figurase nada de eso! Hace mucho tiempo que usted no me quiere bien, y la anda usted buscando.

—Acabemos, que no tengo ganas de conversación, Aniquilla—dijo la Tirana—; me voy a acostar; buenas noches.

—Vamos, ¿y no la voy a traer a usted, como siempre, su vaso de leche?

—Pues por supuesto—dijo la Tirana.

La tía Ana salió confundida de la sala; subió. Apenas salió, la Tirana entró en la alcoba, fué a la puerta de escape y corrió el pequeño cerrojo que la aseguraba por dentro.

La tía Ana lo oyó.

—¡Ah, sí, sí!—dijo—. Hay un hombre escondido, y debe ser el matador. ¡Si se habrá pasado de la casa de la Miraflores a aquí por el tejado!

\*

Rosarito estaba violentamente agitada. Se desnudó y se metió en la cama, dejando junto a sí su ropa.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó—. ¡Esa maldita mujer! ¡Y es necesario salvarle, sí, aunque me cueste lo que me cueste!

A poco volvió la tía Ana.

Trata un vaso de leche, Rosarito la bebió.

—Que pase usted muy buena noche, señora—la dijo—. ¡Cierro?

—No, deje usted abierto.

—¡Apago la luz?

—Sí, mujer, como siempre; ya sabe usted que con luz yo no puedo dormir.

La tía Ana salió de la alcoba, apagó la luz y salió de la sala. Subió chancleteando las escaleras.

—¡Ah, tía bruja!—exclamó la Tirana.

Y se levantó y cerró por dentro la puerta de la sala.

No acostumbraba a hacer esto.

Luego se puso en el balcón, entreabierto; desde allí veía la puerta de su misma casa. Las luces que alumbraban la imagen de la Virgen que estaba en frente producían bastante claridad.

Pasó como media hora. Rosarito continuaba acechando, sacando la cabeza por las vidrieras entreabiertas del balcón. Oía los leves golpes que daba Goya en la puerta de escape, y se hacía la sorda.

Al fin sintió que la puerta de la casa se abría silenciosamente. Vió salir a la tía Ana, retiró vivamente la cabeza y cerró silenciosamente las vidrieras.

La tía Ana había dejado pasar algún tiempo; había bajado descalza, con los zapatos en la mano, las escaleras; había llegado a la puerta de la sala, y la había tanteado; la había encontrado cerrada.

No tuvo ya duda, y se decidió a hacer tral-

ción a su señora, sirviendo al padre Félix, y si moría, a los agonizantes. Bajó. Se puso los zapatos, abrió silenciosamente la puerta, salió y volvió a cerrar.

\*

La Tirana entró en la alcoba; Goya llamaba ya con más insistencia.

—Espera, espera, hijo mío—dijo Rosarito—, que aún no estoy vestida.

Algunos segundos después fué a la puerta de escape y la abrió.

—Dame la mano—dijo—, y no perdamos el tiempo; la infame de Aniquilla nos ha vendido; ha ido a buscar a la justicia.

—Pero tú eres mía, ¿no es verdad? Tú eres mía—dijo Goya, dando más importancia al amor de Rosarito que al peligro en que se encontraba.

—Sí, sí; tuya con toda mi alma; pero no perdamos el tiempo.

Y tiraba de él. Le llevó a oscuras por un corredor, y por una escalera excusada al jardín. Allí quiso detenerse Goya. Pero Rosarito siguió tirando de él.

—Mira que nos perdemos—dijo—; no seas insensato.

Y le llevó al postigo del jardín que daba a la calle de la Paloma. La abrió y la dejó encajado.

—Vamos pronto—exclamó Rosarito—, ven tras de mí.

Y siguió tirando de él.

La calle de la Paloma estaba completamente en tinieblas. Aún no estaba en ella el oratorio de Nuestra Señora de la Soledad, que fué fundado en 1796 por la reina doña María Luisa de Borbón, esposa de Carlos IV.

Rosarito, llevando a remolque a Goya, llegó, torció con él la primera esquina a la derecha, entró en la calle de San Ildefonso, y a la izquierda de ella llamó a la puerta de una casa. Era el número 7, una pequeña casa a la malicia, es decir, de un solo piso.

Al segundo llamamiento se abrió la puerta; había contestado una voz de mujer.

Entraron; la puerta se cerró. Poco después volvió a abrirse, y salió Rosarito.

—En ti confío, Teresa—dijo—; que me lo guardes bien.

—Descuide usted, doña Rosarito, que ni con burones—respondió Teresa.

—Yo vendré cuando no sea imprudente venir. Entretanto, que no le falte nada.

—Gloria que hubiera.

—Pues adiós.

—Vaya usted tranquila.

Rosarito escapó hacia el postigo de su jardín. Llegó, entró. Ni al ir había encontrado a nadie ni a nadie encontró Rosarito al volver.

Entró y aseguró el postigo; subió a su alcoba, abrió la puerta de la sala, se desnudó y se acostó.

—Ahora—dijo—que vengan cuando quieran.

CAPÍTULO XII

A picaro, picaro y medio

Pero pasó el tiempo, y nada fué Rosarito, que estaba ya tranquila, acabó por dormirse pensando en Goya, con el alma abrasada de amor.

Despertó por la mañana, a la hora de costumbre, a las ocho.

Llamó a la tía Ana.

Esta se presentó lo más servicial y cortés del mundo.

Llevaba, como todas las mañanas, en una bandeja, el chocolate con bizcochos y un gran vaso de agua con esponjada.

La Tirana reparó en que la miraba la Aniquilla con una atención que en vano pretendía disimular.

Que aparecía en ella una especie de asombro. Como si no hubiese encontrado señal alguna de cuidado o de desvelo en el semblante de su ama.

No había por qué.

La Tirana había dormido dulcemente, con una tranquilidad perfecta.

Únicamente había soñado con Goya.

La maliciosa Aniquilla se sentía contrariada. ¿Se habría engañado la noche antes?

¿No habría entrado ningún hombre en la casa?

¿Cómo, si no, aparecía su señora tan tranquila y tan fresca?

La Tirana disimulaba.

No mostraba enojo alguno respecto a la tía Ana, a pesar de que sabía que ésta la había hecho traición.

Pero ¿por qué no había ido la justicia?

Tal vez no se había querido dar un golpe en vago.

Y ésta era la verdad.

\*

Cuando la Aniquilla salió silenciosamente de la casa, se fué a la de su compadre el señor Currito, que tenía una barbería en la calle de la Arganzuela, en el fondo de un callejón sin salida que en ella había.

Se sentía dentro guitarra y canto.

La Aniquilla entró, que la puerta estaba enjambada, y se llevó aparte a su compadre.

—¿Qué otra cosa se le ocurre a usted, comadre?—dijo el barbero—. ¿Hay que volver al hospital?

—Con el «hospital» no tenemos nada que ver nosotros; pero oiga usted, comadre, la señora tiene escondido en la casa un hombre.

—¿Qué me cuenta usted, comadre!—dijo con asombro el barbero—. ¿Conque doña Rosario se echa por fin al barbecho?

—Yo no digo eso, compadre; lo que yo digo es que en la alcoba de la señora hay escondido un hombre.

—¿Usted lo ha visto?

—No, señor; pero lo he oído, y cuando yo huelo un guisado es que hay guisado.

—Pero ¿y a qué anda con esos tapujos doña Rosario? ¿No es moicita, y libre, y rica, y principal? ¿No es una buena boca? ¿No tendrá, a escoger, quien se vuelva loco si ella lo dice: «Cáscese usted conmigo?»

—¿Si no es eso, compadre!

—Pues entonces, ¿qué es?

—El que le dió al agonizante se metió en la casa de la Miraflores.

—¿Vaya una morenal!

—No me interrumpa usted, compadre, que estamos perdiendo el tiempo.

—Pues anda usted, comadre.

—Pues ha de saber usted, compadre, que yo me figuro lo que ha sucedido.

—¿Y qué figuración ha tenido usted, comadre?

—Mire usted, compadre, el agonizante andaba tras de mi ama que bebía los vientos.

—¿Ay, que yo me hubiera bebido la mar por ella, comadre!

—Bueno; pero cálese usted, que hay prisa.

—Pues anda usted, comadre.

—Al agonizante, porque el señor Juan López el picador le pasaba la calle a doña Rosario, se le figuró que la Rosario le quería. El agonizante le amenazó, y esta noche se agarraron, y cuando vino el otro le dió al agonizante, que le había dado al señor Juan López.

—¿Vaya un lol!

—Pues ha de saber usted, compadre, que las pretensiones que el señor Juan López había tenido por doña Rosario habían pasado ya, porque doña Rosario no le había hecho caso, y andaba rondando a la Miraflores, que no le hace caso tampoco.

—¿Y que haya hombres que se maten por mujeres que no los quieren, comadre!

—Deje usted, compadre, que así nos quedamos más anchos y como la justicia y se ven ahorcados. Pero vamos andando. Cuando el otro le dió al agonizante, salió por pies y tomó el olivo en casa de la Miraflores; como que le abrieron la puerta, y esto lo vi yo.

—¡Vamos! La Miraflores, de agradecida, porque al fin y al cabo, por rondarle a ella, le había pasado un desavío al señor Juan López.

—¡Tome! O porque le interesaba el otro que le había dado al agonizante. Pues mire usted lo que yo me figuro: que la Miraflores, temiendo que hayan visto meterse en su casa al que huía, lo ha pasado a la de mi ama para que esté más seguro, por el tejado; conque ya ve usted, compadre, que esto no es haberse echado mi ama al barbecho, aunque todo podrá ser, porque en la ocasión está el peligro.

—Y bueno, ¿y qué? Mejor para usted, comadre, porque tendrá usted confianzas de su ama y la chupará usted hasta los tustanos.

—Pues mire usted, no es eso; yo no me hubiera salido de «ocultis», compadre, sin más que para contarle a usted eso, que lo que es es que si damos parte a la justicia y prendan al que le ha dado al agonizante, podremos sacar mucha raja. Conque para lo que yo he venido ha sido para que vaya usted y le dé parte al alcalde, compadre.

Se quedó por un momento pensativo el barbero, y dijo:

—¡Comadre! ¿Se ha recelado doña Rosarito? Mira usted que es muy lista.

—¡Vaya si se ha recelado, compadre! Ha conocido que yo he conocido la cosa, y hemos tenido palabras; pero yo me he hecho la tonta.

—Y tan bien hecha, que la está usted haciendo todavía.

—¿Qué me dice usted, compadre?

—Pues teniendo usted, comadre, sesenta años, y yo cincuenta y cinco, y siendo los dos nacidos y criados en el barrio de Toledo, estaría de ver que hiciéramos una burrada.

—¡Vaya una burrada, compadre! ¡Y qué cosas dice usted! ¿Como que hago yo burradas?

—Pues venga usted acá, comadre. ¿No conoce usted que siendo tan larga como lo es doña Rosarito, y habiéndose recelado de usted, no estará ya el pajarito en la jaula?

—¡Se acostó!

—Pero se pudo salir el otro por el jardín y favorecerse en alguna otra parte.

—También es verdad, compadre; no había yo pensado en ello.

—Pues eso no lo hace.

—¿Cómo que no lo hace? ¡Habermos perdido una ocasión... Porque los agonizantes lo pagarían bien.

—Pues mejor, comadre; así está más seguro.

—¿Cómo que más seguro, compadre?

—Alce usted el párpado, comadre, y entérese usted. Usted acoccha al ama; siguiendo al ama se puede saber dónde está él escondido, y cuando se tenga la seguridad, se tienta el vado con los agonizantes, porque si no lo han de pagar, ¡a qué meterse en honduras! Lo que usted tiene que hacer es volverse a casa de su ama y entrarse en ella como se ha salido, y disimular, y en paz, y a asegurar el negocio.

—Pues tiene usted razón, compadre; es usted un sabio.

—¿Pues cuándo no lo he sido yo? Es más vergüenza hacer una tontería que robar y dejarse coger.

—Pues entonces quede usted con Dios, compadre.

—Vaya usted con Dios, comadre, y que me tenga usted informado de todo.

—Usted descuido.

—Mucho ojo.

—¡Vaya! ¡Ea, y buenas noches, compadre!

—Vaya usted con Dios, comadre.

\*

Esta era la conversación que había pasado entre la tía Ana y su compadre el señor Currito.

Por esta razón no había ido la justicia a visitar la casa de la Tirana.

Pero ésta, que no se fiaba de la Aniquilla, se había comido la partida y había abierto el párpado de manera que parecían sus ojos dobles de grandes.

De buena gana le hubiera dado una paliza a la vieja y le hubiera echado medio muerta a la calle, que la Tirana no era hembra que se la pudiese sobar de balde.

Pero no hubiera sido prudente y se aguantó. Era necesario andarse con pies de plomo para salvar a Goya.

No debía ir a verlo ni acercarse siquiera a la casa donde Goya estaba escondido.

## CAPITULO XIII

### De cómo muchas veces trabajamos para otros.

La Miraflores había tenido que sufrir toda la noche a la Cariblanca.

—Chica—le dijo la Antonia a la Maruja—, me parece que no estamos de velatorio.

—Pues yo no me voy, que no—dijo la Maruja.

—Pues vamos a acostarnos—dijo la Miraflores.

—«Gueno»—respondió la Cariblanca.

Y sin decir una palabra más se acostaron enojadas.

Pero en un mismo lecho.

Como la Maruja estaba muy atormentada se durmió como una piedra.

—¡Para que tú despiertes!—exclamó la Miraflores, observándola profundamente.

Y se deslizo de la cama.

Se vistió en silencio.

Se subió al tejado.

El tejado era elevado.

Pero no había podido salir de él Goya, porque los tejados por dos partes eran muy elevados.

Por una parte estaba la calle.

Por la otra, el jardín de la casa de la Tirana.

Goya no estaba en el tejado.

Luego no podía estar en otra parte que en la casa de la Tirana.

La Miraflores encontró la lucana abierta.

Se metió por ella.

Descendió a tientas.

Al llegar al piso principal oyó los pasos de dos personas.

Las oyó hablar.

Eran la Tirana y don Francisco.

La Miraflores se fué detrás de ellos tan silenciosamente que no la sintieron.

Tras ellos llegó hasta el postigo del jardín.

La favorecía la oscuridad.

Como la Tirana había dejado únicamente encajado el postigo, la Miraflores pudo seguirlos.

Dejó encajado el postigo también.

Los siguió.

Vió dónde entraba Goya.

Cuando se volvió la Tirana a su casa no pudo ver a la Miraflores.

A más de que la noche era muy oscura, la Miraflores se había emborrachado en el hueco de una puerta.

Dejó pasar a la Tirana.

La siguió.

La vió penetrar por el postigo de su jardín.

Llegó poco después; pero el postigo estaba asegurado por dentro.

La Miraflores se encontraba en la calle y sin la llave de la puerta de su casa y a cuerpo gentil.

—Pues mejor—dijo—, me voy a buscarle; pero ya tengo para algún tiempo. Es menester que me lo lleve. Y para esto tengo que engañar a la Teresona. ¿Y cómo, señor, y cómo?

La Miraflores se fué a la puerta de la casa donde se ocultaba Goya y se sentó en el tranco.

Allí permaneció meditando, buscando medios y rechazándolos durante una hora.

Al fin se decidió.

—Pues, señor, está de Dios—dijo—; si me pierdo, que me pierda; yo me muero por él.

Y se levantó.

Llamó a la puerta.

\*

Nadie contestó al primero, al segundo ni al tercer llamamiento.

Al fin se abrió un ventanillo.

—¿Quién es?—dijeron con no muy buen humor.

—Abra usted, señora—contestó la Miraflores con voz baja—. Vengo de parte de doña Rosario.

Esto era muy posible y la contratación más a propósito para que la puerta se abriera.

Se abrió de allí a un momento.

—No se puede perder ni un instante—dijo la Miraflores—; la justicia anda cerca, y doña Rosario, que no puede venir, me envía; ya sabe usted que yo soy la Miraflores, vecina, tabique de por medio, de doña Rosario.

—Sí, sí, ya sé—dijo la Teresa—; y bueno, voy a avisarle a ese señor.

—Oiga usted, doña Rosario no quiere dejar de agradecer a usted lo que ha hecho; tome usted.

Y la dió tres onzas.

—Pues muchas gracias—dijo la Teresa.

—Pero no se tarde usted, mujer, que se puede perder él y perderse usted si le encuentran en su casa.

—Voy, voy al instante.

\*

Poco después sobrevino Goya.

La Miraflores le agarró de un brazo y tiró de él.

—Vámonos cuanto antes—dijo—, que aquí no está usted bien.

Goya siguió a la Miraflores.

—Buenas noches, y gracias—dijo ésta a la Teresa.

—Vayan ustedes con Dios, y que no sea nada. Y cerró.

La Miraflores siguió tirando de Goya.

Se le llevaba hacia la calle del Aguila.

—Pero ¿qué es esto?—dijo Goya.

—Esto no es nada—respondió la Miraflores—; esto es que yo soy la justicia y te prendo.

—Pues nunca me prendan a mí por—dijo Goya, a quien no desagradaba en manera alguna la aventura.

La Miraflores, cuando hubo bajado a la calle del Aguila, torció a la izquierda, y volviendo a torcer a la misma mano se entró en la calle de la Ventosa.

Pasó a la derechá y a la cuarta puerta llamó

—¿Quién es?—dijo una voz.

—Abra, Alfonso—dijo la Miraflores, y mientras abrían dijo a Goya—, Tápate la cara, aquí no tenemos que darle satisfacción a nadie.

La puerta se abrió poco después.

Entraron.

La puerta volvió a cerrarse.

No volvió a abrirse hasta poco antes del amanecer.

Sallieron la Miraflores y Goya.

## CAPITULO XIV

### Puerta de salvación

—Anda de prisa, chiquillo, anda de prisa—dijo la Miraflores—; que de aquí a la calle del Carmen ya hay una tirada, y no respire hasta que Pedro Romero te atapore. ¡Válgame Dios, hijo mío, y que no sabía yo lo que era querer! ¡Vamos, si no hay hora segura! ¡Quién me había de



JOSE REDONDO (EL CHICLANERO)

(Grabado en madera, de 1879.)

decir a mí ¡Jesús, que me ahogo! Quiétera que-  
rerte más de lo que te quiero. ¡Y ya ves tú si  
te quiero! ¡Que te lo cuenten a tí! Pues mira,  
mejor; con eso veré tierras, que yo nunca he  
salido de Madrid; ¡y luego verte torear! Pero ¿tú  
te atreves? Vamos, tú te atreves a todo; tú eres  
muy valiente. Y mira, nos casamos, chiquillo,  
que eso es lo que Dice manda, ¡y que vas bien  
casado! ¡Ya verás qué señora hago yo y tú qué  
caballero! Que tengo yo mucho trigo, hermano-  
ito, mucho trigo, y podemos gastar coche como  
unos señorones; que ya sé yo que tú te vas por  
lo alto.

—¡Ay, Antonia! ¡Qué yo no sé lo que me pasó!  
¡Me has vuelto loco!

—¡Y la Maruja?

—¡Bah!

—¡Y doña Rosario!

—¿Y qué?  
 —¡Bah! y ¡Qué! no son contestaciones  
 —Pero tú has llegado primero; me has cogido, gloria.  
 —Pues por eso quiero que no te me escapes, que no eres tú de fiar.  
 —¿Todavía tienes dudas?  
 —Perdóname; pero ¡te quiero tanto!  
 —¡Pues no, que yo a tí... ¡Vaya una moza!  
 —¡Y vaya un mozo!  
 Y así, en una conversación de requiebros y de ternura, llegaron a la posada del Carmen, donde paraban los primeros espadas.

\*

Aún no había amanecido.  
 Llamó la Miraflores.  
 Abrieron.  
 —Dígame usted al señor Pedro Romero—dijo la Miraflores—que aquí le buscan un caballero y una señora.  
 —Pues entren ustedes—dijo el mozo.  
 Pasaron.  
 El mozo fué a despertar al señor Pedro Romero.  
 Un cuarto de hora después el famoso torero recibía en su cuarto a la Miraflores y a Goya. Los conocía a los dos.

## CAPITULO XV

**En que se ve la transformación moral que se había operado en la Miraflores**

—¿Pero qué es esto, don Francisco? ¿Qué es esto, señora?—exclamó Pedro Romero al reconocerlos—. ¿Ustedes aquí? ¿Cómo juntos?  
 —Mira usted—dijo poniéndose vivamente encendida la Miraflores—, esas son historias; a éste le ha pasado un desvío, y es menester que usted le ampare. ¡No se va usted a torrear a Sevilla?  
 —Sí, señora; pero no tan pronto—dijo Pedro Romero.  
 —Bueno—dijo la Miraflores—, con usted lo dejó, que yo sé que usted lo amparará. El le contará a usted. ¡Las cosas del mundo, señor Pedro Romero! ¡En fin, bueno; ya no hay que volverse atrás! ¡Cuando las cosas están de Dios! ¡Jesús y qué fatiga! Yo me voy a mi casa antes de que sea de día. Ea, y con Dios.  
 Se conocía que la Miraflores no soportaba bien su situación.  
 Que se la hacía esta situación demasiado nueva y demasiado fuerte, y peleaba con ella.  
 Que no se resignaba aún.  
 Con su contrariedad y su agitación, y los colores que a cada paso se la iban y se la venían, y su aturdimiento, revelaba bien claro la grave situación a que se había lanzado con Goya.  
 Y, sin embargo, había en ella fiereza y hasta placer y orgullo por pertenecer a Goya, por comprometerse por él, por avergonzarse con él ante un hombre tan completo y tan formal y tan puesto en sus puntos como el señor Pedro Romero.

Pero, en fin, ¿qué había que hacer?  
 La cosa no tenía ya remedio.  
 Y luego que no se había hecho ningún libro nuevo.  
 ¡Pues bonito andaba entonces el mundo!  
 Desde la más alta a la más baja andaban todas como cabra sin cencerro, y se hacía gala del sambenito.  
 La corte era un lupanar, para entrar en el cual era necesario ponerse botas altas, recogerse bien la ropa, taparse la boca y las narices, cerrar los ojos y ponerse un dedo en cada oído.  
 Y había un señor, un rey absoluto de derecho divino, que se llamaba representante de Dios, y ante el cual sus vasallos, sus hijos, se presentaban temblando, cuando se presentaban, y no se atrevían a mirarle a la cara por temor de deslumbrarse, y le hincaban la rodilla, y le besaban la mano, y le llamaban con voz trémula majestad, y se congestionaban de soberbia cuando el rey los trataba con benevolencia o les decía una de esas palabras de repertorio que tienen todos los reyes para embaucar a sus vasallos y servirse de ellos en todo y por todo, sin pizca de conciencia.

Y estaban dispuestos a sacrificarlo todo por el rey: la vida, la hacienda y aun la honra, y podemos decir que hasta la salvación del alma y hasta lo imposible.

Era aquello mucha ceguedad.

¡El fetichel! ¡El ídolo! Todo cuanto puede haber de irritante contra la dignidad y la justicia.

Toda la degradación a que podían llevar la ignorancia, el atraso y la soberbia estúpida.

Y había además un enjambre de frailes y de clérigos, especie de «floxera» voraz, insaciable, que lo embababa todo, que todo lo ponía pigriciento y asqueroso, que todo lo pudría, que se metía en todas partes, que llevaba consigo el contagio, y tragaba, y tragaba, y tragaba de una manera inacabable, y se ensobrecía, y tenía infulas de santidad y de supremacía, y serrillos a lo divino en cada convento de monjas, y el virus delatéreo, y el adulterio a lo sacro en cada familia, y la humillación en todo, y para contener a los herejes que se quejaban de sus buenas obras, la Inquisición, en el fondo de su negro agujero, teniendo tras sí un hornillo rojo y un crisol negro para purificar la fe y poner a los buenos y cristianos españoles de entonces el collar de la obediencia.

Y había unos señores del Consejo de Castilla, y del Consejo de Hacienda, y del Consejo de Indias, graves como burros serios, llenos de doctrina falsa y amasada y soberbios con su posición y con la que creían su ciencia, que no servían para otra cosa que para legalizar errores, para autorizar injusticias, para mantener al país en un «statu quo» mortal, para hacer el papel de animales graves y creerse más grandes que los siete sabios de Grecia.

Se decían grandes cosas en los informes de estos respetables señores: pero hay que tener en cuenta que aquellas grandes cosas se basaban en teorías impracticables, se medían por un ritmo de escuela; estaban atiborrados de una sabiduría indigesta y, ¡cosa singular!, olían a enciclopedia que apesaban.



Se pretendía hacer y se hacía por aquellos arcópagos una sociedad artificial, enteca, ghibea, ciega, que andaba a tientas, guiada sólo por el precepto y aguijada por la fuerza.

Había una plaga de golillas que medraban torciendo el derecho de todo el mundo, y en cuya falange un simple alguacil era una potestad ante la cual había necesidad de persignarse y rezar el miserere.

Había una nobleza ignorante, estúpida y soberbia, corrompida y vana, cada uno de cuyos individuos hacía de pequeño rey con sus inferiores jerárquicos, y se encorvaba ante el rey como el negro bozal bajo el «chucho» del capataz.

Verdaderos serviles de raza pura, soberbios y duros con los humildes, y blandos, y abyectos, y capaces de todas las bajezas ante el rey.

Y había un ejército rampián, bisoño, en el ocio, con oficiales que creían haberlo hecho todo haciendo cumplir las reales ordenanzas y rezando el rosario, y con jefes y generales que no habían oído silbar una bala ni tenían la idea de oírlo silbar en todos los días de su vida.

Y había un don Melchor Gaspar de Jovellanos, el Ilustrísimo, según se le llama hoy, que parecía no haber nacido más que para saber de memoria una suma indigesta de derechos escritos, para hablar con una lógica convencional, de esas que apiastan; para medir los períodos y adornarlos con una retórica pesada como el plomo y para decir—ofendiendo a los españoles, que no tenían la culpa de que se les mantuviese embrutecidos—que para tenerlos contentos no había necesidad de otra cosa que de darles pan y toros.

(De donde se deduce, y lo decimos entre parentesis, que el buen don Melchor Gaspar de Jovellanos, si no fué torero le faltó muy poco para serlo; por lo menos, tenía el humor.)

Y había un Campomanes, y un Floridablanca, y un Enseñada, y un Aranda que ardían en un candil, de mafiosos, y de acomodaticios, y de carcameles y aun de pícaros, que hacían su negocio y se daban grandes humos de grandes patriotas.

Que no habían podido vivir, como ningún español en cuanto puede, sin titularse, sin subirse a todas las preeminencias en todas las esferas y sin adorarse a sí mismos.

Ellos, y Esquilache, y otros, y otros habían ayudado al «italiano», al de las narices de la Jamar, al «buen Carlos III», a dilapidar los tesoros acumulados por el avaro Fernando VI; habían empequeñecido al país, le habían subordinado a la política extranjera, habían sembrado en las colonias hispanoamericanas las semillas del descontento, que debía producir su fruto más tarde; habían hecho del país un rebaño: de las capitales de provincia o de reino, como se decía entonces, sucursales de cieno; de la corte, un lodazal; de la proverbial independencia de los españoles, un sarcasmo.

Sin embargo, eran los académicos, los cultos, los notables.

El marco digno del rey más déspota y más obscuro de cuantos oscuros déspotas ha habido en las sombras de la Humanidad.

Esto no impide que todavía se le llame el buen

Carlos III, porque es destino de los españoles, cosa ingénila en ellos, el tomarlo todo al revés.

Pues «guerra», como decían ellas. España estaba en una paz octaviana.

Nadie se metía con ella ni ella se metía con nadie.

Las consecuencias de las grandiosas aventuras de Carlos V habían terminado completamente hacia mucho tiempo.

Habíamos perdido el Rosellón y el Franco-Condado.

El reino de Nápoles.

Las Dos Sicilias.

Los Estados de Flandes.

Estábamos amenazados, no sólo en Filipinas, sino en nuestro litoral, por los Ingleses.

Los teníamos dentro de casa en Gibraltar y echando ojo a las Baleares.

Nuestras posesiones de América empezaban a comoverse.

La bancarrota era un hecho; pero no se conocía, porque en España no es posible, verdaderamente dicho, la bancarrota.

Bajo una forma hipócrita, bajo unas apariencias pesadas y estúpidas, corría un mar de cieno. Todo estaba podrido.

Todo, degradado.

Sin embargo, los españoles dormían en un profundo quietismo.

Doblaban, sin sentirlo, la espalda a todo género de látigos.

Sufrían sin quejarse todo género de gabelas.

Soportaban todo linaje de injusticias.

Habían sido ciudadanos por Europa.

Su generosa independencia, su bravío y altivo carácter no habían muerto.

Pero estaban dormidos bajo un letargo.

Eran, sin embargo, felices.

¡Tenían pan y toros!

Y nobles, y frailes, y golillas, y soldados.

Una paz octaviana, el reposo.

Y su maravillosa sobriedad.

Y su durísima piel.

En las altas regiones, en la corte, se había perdido de todo punto la vergüenza.

El buen sentido no parecía.

Todo en la parte oficial, gubernamental, era artimaña, y fórmula, y corrupción, y soberbia, y trampa adelante.

Entre la masa, hipocresía en lo exterior.

En lo interior, dilaceración, pústulas, gangrena.

Una corrupción de costumbres que transcendía y asfixiaba.

Pues bien; para que se vea que en el bajo pueblo era donde más se guardaba el sentimiento de la dignidad:

La Miraflores estaba aturdida y no sabía lo que la pasaba ni lo que se decía, porque, enamorada, incitada, se había hecho el cortejo de Goya.

Y al mismo tiempo estaba contenta y se sentía bien.

Pero le daba vergüenza.

**Cesáreo Alonso** FUENCARRAL, 104  
TELEFONO 415 J.  
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio. Herreres propios para la construcción de los más difíciles aparatos.—Precios económicos.

No se había acostumbrado todavía. Así es que apenas dejó a Goya al amparo de Pedro Romero, se fué como quien huye y se volvió a su casa.

Pero aquí del caso.

Como había salido por lo alto de su casa, por el tejado, no tenía la llave de la puerta.

No quiso llamar.

Era muy posible que con los residuos de la mona estuviera todavía sumida en un profundísimo sueño la Cariblanca.

Si ella podía hacer que la Cariblanca no se apercebiese de que había salido, mejor, mucho mejor.

Se presentaban inconvenientes.

Empezaba a amanecer.

La Miraflores, en paso lento, porque estaba desmadrada, se fué a la vuelta de la esquina, a la calle de Toledo, y llamó a la puerta de un corrajero que vivía allí, que era muy madrugador y que se estaba ya levantando.

Acudió y ella se entró.

—Tío Colás—dijo—, hágame usted el favor de venir con un paletín a abrirme la puerta de mi casa, que he estado de «juéiga» esta noche y se me ha perdido la llave.

—Pues la «juéiga» ha sido buena—dijo el tío Colás—, que mire usted, señora Antonia, que tiene usted unas ojeras y un carmiento de ojos... que me parece a mí que hemos dado con la horma de nuestro zapato.

—Lo que más parece a mí—dijo, poniéndose muy encandida la Miraflores—es que venga usted a ganarse su par qué, y déjese usted de dibujos y de hormas de zapato ni de zapatos de horma, que nadie le ha dado a usted el pio para que le tome la medida, y no hay por qué se tome usted la mano ni sea usted mal pensado. ¡Bedís con el viejol! Y no sé por qué me ha de ultrar usted a mí con socarronería, apañales!

—Pues usted perdona, señora, que yo no he querido ofenderla ni hay para qué ofenderla—dijo, dejándose caer el tío Colás—; que lo que a mí me pasa es que ha salido para mí el sol esta mañana una hora antes.

—¡Y vea usted ahí por qué no llueve!—dijo con descubrimiento la Miraflores—. Ea, coja usted el paletín y venga usted y le daré a usted su trabajo y un trago.

—¡Pues allá que tuviera yo, señora, y gloria para usted!—dijo el tío Colás.

Y se avió de lo que era menester y se fué detrás de la Miraflores.

Abrió la puerta.

Entró.

La Miraflores le dio medio cuartillo de aguardiente de lo bueno y dos pesetas.

El tío Colás, que era un manojo viejo que todavía no había colgado los trastos, se fué echándola requiebros y diciendo para sus adentros y con cierta envidia:

—¿Quién habrá metido tan en él a la Miraflores! ¡Y «cuidado» si el hombre está llamativo! ¡Dan ganas de buscarse una cogida! ¡Cómo ha de ser! ¡En diciendo que un hombre echa boñás en la cara y patas de gallo, y se le caen las narices y se pone rucio, no hay más

que encomendarse al Santísimo Cristo de los Aflijidos; pero, en fin, ¡que nos quiten lo bailando! ¡Y peor sería haberse muerto! ¡Y todavía... todavía!... ¡Pero «cuidado» si ha amanecido hermosa y provocativa y garabatera la Miradores!

Y el tío Colás, «filosofeando» de esta manera, se metió en su casa y acabó de abrir la tienda.

## CAPITULO XVI

En que se ve que la Cariblanca tenía mucho de diplomática

Lo primero que hizo la Miraflores fué irse al chibritil donde dormía su vieja criada.

No se había levantado todavía.

Era tarde, tenía el sueño pesado, se había acostado temprano y no debía haberse apercebido de nada.

Esto era muy bueno.

La tía Mónica tenía muy mala lengua, era muy escandalosa, le gustaba el «peñascaró», y cuando se achispaba era menester temerle más que a una espada desnuda.

Se metió a seguida la Miraflores en su alcoba.

La Cariblanca dormía boca arriba, con los brazos abiertos, abierta la boca y las piernas por acá y por allá.

Se la veían unas admirables desnudeces blancas como la nieve y sonrosadas y puras, y una garzanta que encantaba.

Dormía de buena fe.

Pero soñaba con algo que la deleitaba, por que soñeta.

La Miraflores tuvo celos de aquella sonrisa.

\*

Empezaba a señalarse la luz del día en las rendijas de la ventana.

Indudablemente, la Cariblanca no había despertado.

No había echado de menos a la Miraflores.

Si la hubiera echado de menos, el cuidado y los celos no la hubieran dejado volver a dormirse.

La Miraflores empezó a desnudarse.

Pero se detuvo apenas se había quitado la basquiña.

Se la volvió a poner.

—¡Válgame, Dios!—dijo.

Y luego añadió:

—Creerá que me he vestido antes de despertarla.

Luego movió blandamente a la Cariblanca.

—Vámos—la dijo—, duermes como un lirón; vístete, va es hora.

—Déjame dormir—dijo bostezando la Cariblanca—, estoy muy a gusto.

Y se restregó los ojos y bostezó.

Miró a la Miraflores y la vio desalifada.

Como si hubiera acabado de levantarse.

—Chiquilla—dijo la Cariblanca, que veía a la luz de la ventana, que acababa de abrir, a la Miraflores—, tú has pasado mala noche.

—¡Sí, hija mía, sí!—dijo la Miraflores con impaciencia—. He tenido un cólico que me ha hecho mucho daño.

—Pues mira, te se conoce—dijo sencillamente la Cariblanca—. ¿Y ese hombre?

—¿Y qué sé yo? Como se metió en la casa de doña Rosario, ¡calcula mí!

—¿Sabes que estaría eso bueno?—dijo la Cariblanca—. En fin, me voy a vestir, y lo que es luego, a la hora de las vestidas, le doy yo un escándalo a doña Rosario que no va a poder lamerse. Y no es porque a mí se me importe mucho, que al fin y al cabo, en poco tiempo, poca voluntad; pero es que yo no quiero que ninguna... ¡Dios me perdone!, crea que me ha hecho a mí mal tercio. Oye tú, Tatueta, a ver si pones de punta a la tía Mónica que nos haga el chocolate, y lo quiero con migas y chorizo, que tengo apatito. ¡Bendito sea Dios! Me parece una cosa así como entre sueños lo que me ha pasado ayer.

—¿Pues por supuesto! ¡Si tomaste la tajada en cuanto te la pusieron en la mano!

—Pues mira, hija, si tú tienes interés por ese hombre, a mí, patas. Pero lo que es a doña Rosario la doy yo el escándalo, porque si Y veremos la Tirana, la que se come las gentes crudas. ¡Qué asco, hombre! Un marimacho que parece un guardia de los de «Gülinga»! ¡Un tambor mayor que no le falta más que la perral!

\*

Y a todo esto se ponía las medias de seda cañada y los preciosos chapines.

Tenía una frescura que daba envidia y celos a la Miraflores.

Había amanecido muy hermosa la Cariblanca. La Miraflores era toda cuidadosa.

Se la iba el corazón tras Goya y tenía que, enamoradas de él la Tirana y la Cariblanca, le buscasen, le encontrasen y se lo quitasen.

¿Qué amor ha hablado jamás sin celos?

Lo Miraflores creía que si la Cariblanca se hacía la indiferente por Goya era por vanidad. Sin embargo, la Cariblanca no lo había tomado muy a pecho.

Había habido mucho de embriaguez en ella.

Había pasado la mona, y se encontraba desimpresionada.

Lo que únicamente la irritaba era que la Tirana creyese que había podido más que ella.

Mánola legítima.

Mientras se vestía y charlaba y la Miraflores la miraba profundamente y la daba cordeles, estuvo el desayuno.

La Cariblanca se comió con muy buen apetito un plato con colmo de sabrosas migas y un chorizo, acompañándolo con sorbos de chocolate.

En cuanto a la Miraflores, hizo esfuerzos para comer.

—¡Hija, hija!—le dijo la Cariblanca—. Estás muy tomada; pues «güeno», yo te ayudaré a sacarte para adelante en todo lo que pueda, y luego allá tú y él, y ánimo para la cosa, que a mí a la verdad se me ha pasado la angustia

y estoy tan bien; pero lo que es a la doña Rosario la pelo yo, y la azoto, y la hincho, y luego a él, si me dice algo, le pego a la pared como el cartel de los toros. Toma, y esto es porque él no era que yo le quiero y me aguanto. Pero lo que es contigo, nada. ¡Vaya, mi hermanita de mi alma! ¡Fuera bromas! ¡Si él te quiere, que si te querrá, me alegraré Ea, y adios, que ya es hora de que yo me vuelva a mi casa.

Y se fué, dejando a la Miraflores en la duda de si le importaba poco Goya o de si estaba loca por él.

\*

La Maruja se fué a su casa, que era en la acera de enfrente, poco más arriba, hacia la calle de Toledo.

Al pasar por delante de la casa de la Tirana miró con ansia.

La casa de la Tirana estaba cerrada a piedra y a lodo.

—No, pues me parece a mí que me la vais a pagar—dijo la Cariblanca—, y lo que es la otra... «Güeno»; en fin, ya veremos. ¡Qué atragantamiento, señor, qué atragantamiento! ¡Y que ese hombre se ría de mí y me iguale con las otras! ¡Vamos, eso no puede ser, y eso se verá!

Y como había llegado a la puerta de su casa, llamó.

\*

Se abrió inmediatamente la puerta, y la Cariblanca vió a su padre con un corcón en la mano.

Se hizo atrás.

—Que no me pegue usted, padre—dijo la Cariblanca—, que porque yo haya pasado la noche en casa de la Antonia no hay motivo, y, en fin, si usted no me da palabra de no pegarme, salgo de estampía y no vengo hasta que me eche usted memoriales.

—¡Dios te ha echado al mundo para quitarme a mí la vida, bribona!—exclamó el chalán—. Ea, entre usted, y tenga usted más vergüenza y menos miedo.

—¿Palabra, padre?

—«Güeno», palabra. ¡Si de todos modos no se adelanta contigo nada!

—Pues suelta usted la correa.

—¿Pues, hombre, me gusta!

—Si no suelta usted la correa no entro.

—Cuando yo digo una cosa está dicha.

—Entonces, bien; déme usted un abrazo y en paz.

—Pero, hija mía de mi alma—dijo enternecido el viejo, que, como era natural, adoraba a su hija—, ¿por qué me das tantos disgustos?

—Mire usted, padre, yo no lo puedo remediar pero yo no soy mala.

—Vamos, anda mujer, anda, que como ha habido aquí esta noche heridos y muertos, y como yo no sabía si era por ti o por la otra y tú andabas de levante, no he podido dormir y me he estado muriendo toda la noche; como no te he encontrado en ninguna de las partes donde podías estar...

—Y mire usted qué cerca estaba; en fin, papá

llos a la mar, y descuide usted, que yo no me pierdo.

—¡Dios lo haga!—dijo el Viejo.

La Cariblanca se metió en su cuarto.

—No, no—dijo su padre—; se la conoce en la cara que no tiene delito.

## CAPITULO XVII

### En que se ve lo buen hombre que era el señor Pedro Romero

—Pero ¿qué es esto, señor don Francisco?—dijo Pedro Romero a Goya en cuanto se quedó solo con él—. ¿Usted cree que se puede matar así a los hombres como se matan los toros, que si uno lo hace bien le tocan las palmas y le animan para que siga matando?

—Mire usted, señor Pedro Romero—dijo con la mayor tranquilidad del mundo Goya—, yo no sé nada, sino que llegó el caso y allá fui.

—Pues mire usted, señor don Francisco—dijo Romero con un acento reposado y grave—, matar no es bueno; pero hay que hacerlo cuando median necesidad, razón y justicia. Sobre todo, necesidad. Aquello de primero soy yo que tú, y si tú vienes a darme a mí porque sí, porque si también te doy yo; y haber abierto el ojo, que esa carne. En todo hay que ver lo que tiene más cuenta, y parar mucho los pies, y venga traqueteo, y que cuando un hombre se tire la escopeta a la cara se llene bien el ojo y no la lleve sino para darla hasta las uñas; y esto se hace con las gentes de mala intención y bravas, que se cuecen y van al bulto, y hay que tomarlas en el viaje que traen y dejarse embrococar para agarrarlas mejor. Y lo mejor es escupirlas por adentro y por afuera, o si están entablerradas darles un cambio en la cabeza y sacarlas a los medios y correrías.

—De modo y manera—dijo Goya—que yo lo sé eso muy bien, señor Pedro Romero; pero usted no se ha enterado bien, que lo que yo he hecho ha sido estar al quite y hacer que él hiciera por mí y por sí, que si yo no le viendo el trapo, mire usted, señor Pedro, que después del tumbó que le dió al tío Juan López, recarga y le mecha y le «espírraba».

—¿De modo que ha sido un quite?

—Sí, señor.

—Y diga usted, ¿so puso usted en suerte o tuvo usted que irse arrancando a salga lo que saliere?

—Le diré a usted: de todo hubo, que el quite se hizo y en suerte me puse, y le di tres pases y le pude quebrar los pies y inararlo. Pero ¿qué quiere usted? Se me calentó la boca y la lié. Eso no se puede remediar. Eso va en genios. Cuando pasan rábanos hay que comprarlos, y lo que hay que empañar se vende, y andando.

—Bueno—dijo Pedro Romero—; para con Dios y luego para mí, tiene usted mucha razón, que los malos bichos relididos y traicioneros que se van al bulto hay que despacharlos; pero es el caso que la justicia no entiende de esas co-

sas, que se ha metido usted con un fraile, y éstos, quitando lo que tienen de sacerdotes, son malos y pueden mucho, y si le cogen a usted le van a poner a usted una cuenta que le van a partir. En lo que veo que tiene usted razón es en los principios o las causas del lance, que «ello, a lo que a mí me parece, ha nacido de injuria; y perdóneme usted, señor don Francisco, si me meto a aconsejarle; pero con las mujeres hay que tener un trasteo de castigo, y hacerlas que humillen, y ponerse siempre con ellas fuera de cacho; que mire usted que son malas, entren todas y saiga la que pueda, y no hay desgracia que le pase a un hombre que de ellas no venga, y todas se van al bulto, y cabecean con los ojos abiertos, y siempre con la suya, y siempre pagan, y lo mejor es correrías bien y echarlas fuera, y cuando más, cuando más, un volapié y soltárcelas a otro diestro que se entienda con ellas, y sacudir el capote por si se le ha quedado algún polvo, y en paz. Pero, en fin, cuando las cosas han sucedido no hay que perder el tiempo en pensar cómo hubiera podido evitarse lo que ha sucedido, sino pensar en cómo se sale de las malas consecuencias. Y es el caso que yo tardé todavía más de quince días para ir a dar tres corridas en Sevilla, y dos en el Puerto, y una en Jerez, y otra en Cádiz, y en esos quince días es menester que esté usted donde no le vea ni el sol ni sepa nadie que está, sino yo y la persona que le guarde. Que mire usted que la Miraflores está muy tomada y quiere verle a usted, e tra y vendrá, y por aquí podemos tener una cogida. Que las mujeres cuando quieren a un hombre ciegan, y son imprudentes y capaces de perder hasta al Consistorio. De eso me excuso yo, que no he querido más que a una mujer en toda mi vida, y me he casado con ella, y con ella me basta, y en paz.

—Usted es la calma chicha, señor Pedro Romero; usted lo mide y lo pulsa todo y está usted siempre guarecido con la muleta y con la espada en la mano, y dice usted: «Vengan bichos, que aquí estoy yo.» Pero, hombre, ¿so va en sangre, señor Pedro Romero. Yo pierdo la paciencia muy pronto y arranco, esté como esté el bicho.

—Vamos, usted es como Pepe-Hillo—dijo Pedro Romero, sin tomar en manera alguna en cuenta la viveza de las palabras de Goya—. Los toros le llaman y él no tiene paciencia para llamarlos bien a ellos. ¡Bueno! ¡Cogidal! Y aquí estoy yo para matarle los bichos que le cogen a él; y mira usted que lo siento, señor don Francisco, y que si toreó con mi compañero José Delgado es porque sé que le hago falta; y no es esto decir que él no sea un buenísimo torero y que no sepa; mire usted que da gusto verle con qué gallardía, y con qué desparpajo, y con qué poder se pone en jurisdicción, que no parece sino que para él no hay toros en el mundo o que le parecen los toros de papel; y mire usted que tiene un trasteo por lo fino que no hay más que pedir; pero se impacienta, se emborracha de res, ciega y allá va, y hay que cerrar los ojos y decir: «¡Dios te haya perdonado!», que mire usted que a mí no me ha parado la sangre nada en este mundo más que los desavíos en que se mete porque sí, y por viyo de genio, y por valiente, mi compañero, y

que no hay quite que valga, porque como casi siempre arranca, el encuero no da tiempo ni deja terreno; en fin, que no puede ser, y hay que tener paciencia y pedirle a Dios que un día no se acabe todo para él. Pues lo mismo digo, señor don Francisco. Inse a todos los lances que salen sin ton ni son y arrancando cuando se puede, y lo mismo cuando ni se debe ni se puede, y todo es toro, y salga lo que saliera, es haber nacido para morir de mala muerte; y no digo más, que ya cansa, y a lo hecho, pecho; y se busca el remedio, y usted cuente conmigo y con mis relaciones, que las tengo yo muy buenas, y hasta faldas, que como no me meo con ellas me estiman más y son capaces de hacer por mí hasta los imposibles.

—Muchas gracias, señor Pedro Romero—dijo Goya—; que ya sé lo que usted vale y me estima y conozco bien lo probable de sus consejos. Pero son inútiles, porque yo seré siempre como Dios me hizo. Y mire usted, con risas y amor estoy en mis glorias. Ellas y ellos, y con todo el mundo, y andando; que mire usted qué lo que ha de ser será, no hay que darle vueltas. Pero ayúdeme tú si quieres que Dios te ayude, y mucho ojo, que en lo más claro hay bultos, y pies de plomo. Pero vamos al caso, y el caso es que yo no necesito de usted más que una cosa, además de su amistad, que necesito siempre, y de que estoy orgulloso.

—Muchas gracias, señor don Francisco. ¿Y qué es lo que usted necesita, que se le servirá?

—Poca cosa: un traje gitano de esquilador, traído y llevado. ¿Usted entiende?

—¡Yah! ¡Para disfrazarse!

—Pues eso es.

—Pero ¿y la cara?

—La tengo yo aquí.

Y Goya sacó su caja de colores al pastel.

—Usted verá—añadió—si cuando yo me ponga la carátula de gitano hay quien me conozca. Que me busquen, además, un poco de estudio muy fino. Lo encontrarán en el gabinete de Historia Natural, en la calle de Alcalá.

—Pues espérese usted, que todo eso va a estar en seguida.

Y el señor Pedro Romero salió.

\*

Al salir al corredor se encontró con que acababa de subir las escaleras una real hembra.

En cuanto la vió, se fué para él y le saludó.

Era la Tirana.

—¡Valgame Dios, otra!—dijo para sí Pedro Romero.

Era ya tan de día que el sol bañaba los corredores.

La Tirana, apenas había tomado el chocolate, se había puesto en la calle.

Estaba inquieta; no se atrevía a ir a casa de la Teresa.

Temía ser observada.

Era necesario que alguien fuese a sacar de allí a Goya y a ponerlo en lugar más seguro.

Desde el primer momento, como ya se ha dicho, Rosarito había pensado en Pedro Romero para poner a Goya bajo su amparo.

Estaba impaciente, y a buscar al señor Pedro Romero se fué.

Pero antes de salir había mandado a la tía Aniquilla a casa de su costurera.

La tía Aniquilla no quería perder de vista a su ama. No podía negarse a ir al recado que se la mandaba, y se fué.

Pero tomó a la carrera hacia la calle de Toledo.

—Tú quieres ir y volver a escape—dijo la Tirana—; pero te equivocas, que yo correré más que tú.

La Tirana se echó una basquiña y una mantilla y se fué.

Echó hacia la calle del Aguila.

Debó la esquina y se esperó junto a ella.

Temía que la Aniquilla se hubiera quedado tras la otra esquina, y sacando por ella un ojo atisbase y la siguese a la larga si la había visto salir.

La Tirana atisbó también.

Vió que la tía Aniquilla no parecía.

Entonces tomó hacia Puerta de Moros.

Alquiló una de las carretelas de colleras que allí había, y dijo:

—Al trote, al Buen Suceso, por la Carrera de San Jerónimo.

En algunos minutos la condujo la carretela.

La despidió, y por el patio y el pasadizo se metió en la Iglesia.

Salió por la puerta principal y escapó hacia la posada del Carmen.

Estaba segura de que no había sido seguida.

\*

Al subir las escaleras se encontró en el corredor al señor Pedro Romero.

—Buenos días, amigo mío—le dijo—; aunque a usted le parezca extraño, vengo a buscarle a usted.

—Lo que a mí me parecería muy extraño, señora—dijo Pedro Romero—, sería el encontrar-me sin voluntad de servir a usted en todo lo que me mande.

—Muchas gracias, señor Pedro Romero—dijo la Tirana—. ¿Y dónde podremos hablar?

—Venga usted conmigo, señora, que en mi cuarto hay gente; pero aquí, el número 6, está vacío.

Entraron en el número 6.

Cerró el señor Pedro Romero.

La Tirana estaba encendida y sobrecitada. Se comprendía que la costaba un inmenso sacrificio el paso que estaba dando.

Pedro Romero escuchaba.

\*

—Pues ha de saber usted, señor Pedro Romero, que anoche se anparó en mi casa un hombre huido. Se me metió por el tejado. Me dijo lo que le acontecía. Que estando él en la calle, un hombre había malherido a traición a otro y que daba muestras de querer acabar con el infeliz. Que él entonces, por defender al herido de una muerte segura, había acometido al otro y le había herido malamente. El que me decía esto era don Francisco Goya.

Pedro Romero, que estaba prevenido, empezó su troteo.

Se maravilló.

Ni más ni menos que el no hubiera sabido una sola palabra.

—¡Don Francisco de Goya!—exclamó—. ¡Don Francisco de Goya huyendo de la justicia!

—¡Ya ve usted! ¡Un hombre que vale tanto como él!—dijo la Rosarito, que estaba encendida como una zampola—. ¿Quién no le amparará? Pero no podía estar en mi casa. Yo le saqué por el jardín y me lo llevé a casa de una mujer que me echa las cartas, y en la que tengo mucha confianza porque me debe muchos favores. Allí tampoco está bien. Lo mejor será que saiga de Madrid. Yo he pensado en usted. Usted le amparará, ¿no es verdad?

—¡Vaya, hasta con las entrañas!—dijo Pedro Romero, que se mantenía en una gran reserva—. ¿Y dónde vive esa mujer?

—En la calle de San Ildefonso, número 7, en una casa pequeña. Se llama Teresa. Yo no me atrevo a ir no sea que me sigan. Pero no le hace. Tome usted esta sortija, enséñesela usted y dígala usted que va usted de mi parte.

Y la Tirana dió una hermosa sortija con un solitario que valía lo menos diez mil reales a Pedro Romero.

—Muy bien, señora—dijo Pedro Romero, tomando la sortija—. ¿Y dónde la veo a usted para darle la razón y devolverla esta sortija?

—Esta noche, al oscurecer, en los ejercicios de San Ginés.

—¡Ah! Pues me viene bien—dijo Pedro Romero—, que yo nunca faltó a la bóveda de San Ginés cuando hay ejercicios.

—Bueno, señor Pedro Romero, en usted confío—dijo la Tirana levantándose.

—Eso es como si fuera cosa mía, señora—dijo Pedro Romero—, y yo la tomo sobre mí. Don Francisco es un grande amigo mío. Descuide usted, que antes de que le cojan para prenderle le cogeré yo para salvarle.

—Pues, adiós, señor Pedro Romero, y hasta la noche.

—Hasta la noche, señora mía—dijo Pedro Romero.

Y acompañó hasta la puerta de la posada a la Tirana.

\*

Pedro Romero había sido de todo punto prudente.

Se había guardado de decir que ya estaba en su poder Goya.

Cuantas menos mujeres supieran su paradero, mejor.

Era necesario que Goya se perdiese también para la Miraflores.

Y esto cuanto antes.

Una imprudencia femenil podía producir el hilo por donde la justicia llegase hasta Goya.

Lo primero era que Goya se disfrazase.

El señor Pedro Romero llamó a su cachetero y le dijo:

—¡Oye, Guirindola!

—¿Qué me manda usted, maestro?

—Ahora mismo te vas a ir a la calle de Alcalá, al gabinete de Historia Natural, y vas a pedir, de mi parte, una almorzada de estuco fino para un remedio.

—Bueno, maestro; un «estoque», como si dijésemos, un estoque.

—Hombré, no; estuco, yeso blanco.

—¡Ah, sí! ¡Bueno!

—Luego te vas al Barranco y le compras a un esquilador, por lo que pida, un vestido completo de los del trabajo, traído y llevado; todo, todo, hasta la camisa, y las medias, y los zapatos.

—Bueno, ¿y qué más?

—Toma estas tres onzas.

—Bueno, ¿y qué más?

—Que todo eso esté aquí por el aire; oyé, y que no te se olviden las tijeras ni el acial.

—Bueno.

—Pues saltando de pies.

Guirindola se puso su sombrero y su capotilla y salió escapado.

Pedro Romero volvió a su cuarto y no le dió a Goya ni una sola palabra de la Tirana.

## CAPITULO XVIII

**De cómo el arte y el genio de la Imitación pueden hacer que un hombre se transforme a sí mismo**

Goya estaba sereno, como si nada hubiera pasado por él.

Sólo se notaba en él la contrariedad que le causaba el ocultarse.

Pedro Romero echó la llave al cuarto, encerrándose con Goya.

Le había metido en la alcoba.

Goya se desnudó «sans façon», se acostó, y a poco dormía profundamente.

Una hora después llegó Guirindola.

Traía un traje gitano traído y llevado, como se le había dicho, que no había más que pedir.

Chaqueta, chupa, calzones, todo de un color ceniciento azulado, ya tomado y raído por el uso, con adornos negros que en más de un lugar estaban deshilachados o rozados; correón de cuero lustroso con la hebilla renegrida; sombrero ancho a la franciscana, un tanto sucio y grasiento y otro tanto alicafido; medias azules, rezurcidas en más de un lugar, y zapatos de becerro ya muy traídos.

A más de esto, un par de magníficas tijeras de esquilador, con su vaina, y un acial.

Había entrecogido a un gitano, se lo había llevado a la taberna, había hecho el trato, se había ido a su casa con el gitano, se había desnudado éste, había hecho Guirindola un envoltorio con el traje y se había venido, sin entender muy bien para qué quería aquello su matador.

Pero, en fin, el señor Pedro Romero no le daba cuenta de sus cosas a nadie; tenía mal genio, era muy formal y muy puesto en sus puntos, se hacía respetar, y cuando él no quería decir una cosa había que adivinarla o quedarse sin saberla.

Traía además Guirindola, que antes de entrecoger al gitano había ido al gabinete de His-

toria Natural, un papelón de estuco en polvo.

Lo del traje no le ecarabajaba gran cosa a Guirindola.

Pero el «estruque» o el «etoque», como él decía, le volvía loco.

¿Para qué quería aquellos polvos el señor Pedro Romero?

En fin, y esto era lo cierto, él no lo decía, y cuando él no lo decía había que quedarse sin saberlo.

\*

Guirindola hizo entrega de sus efectos y dió la cuenta de su coste al señor Pedro Romero.

—Has cumplido muy bien, y con prontitud, y

seguida, porque estoy muy ocupado y mi ocupación es por él, por ver en lo que se le pueda favorecer en lo que sea razón.

—«Güeno»—contestó Guirindola.

—En seguida que salgas del hospital...

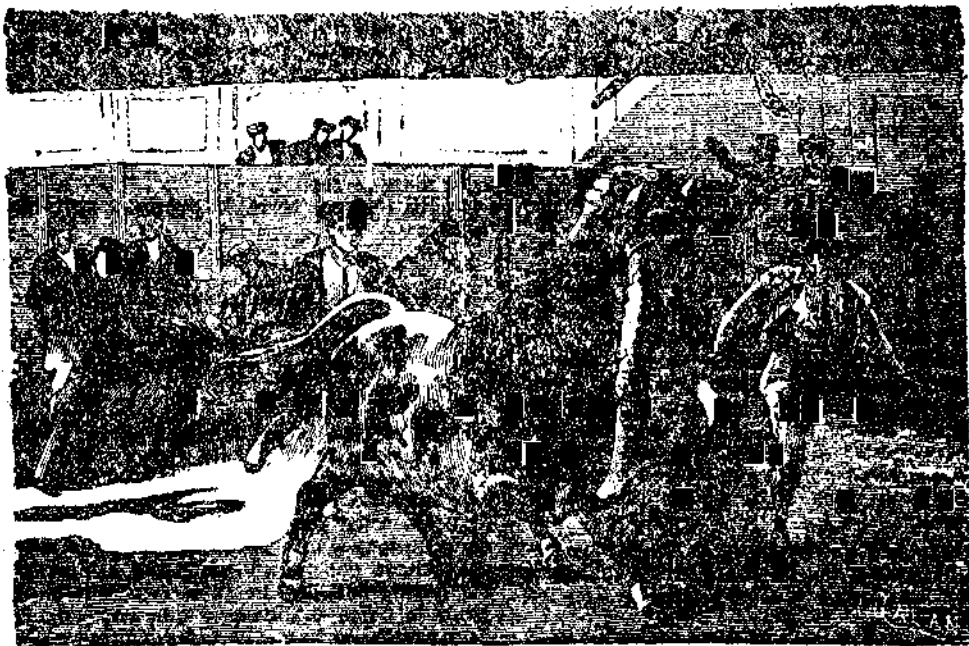
—«¡Oma, ya se sabe: me vuelvo aquí por el aire!»

—No, señor, no; tienes el genio muy vivo y recapacitas lo que no es. En saliendo del hospital te vas a la posada de las Gallinas.

—¿Y me traigo dos docenas?

—No, señor; otra vez te vas por donde te se figura.

—Su mercé perdone; pero si no voy por gallinas, ¿a qué voy a la posada de las Gallinas?



TRAGICA COGIDA DE PEPETE

(Grabado en madera, de 1879.)

como Dios manda—le dijo Romero—; eres muy listo. Oye lo que te voy a decir. Tú no tienes que decirle a nadie que has comprado esto y que me lo has traído.

—«Güeno»—dijo Guirindola—; no se lo diré a nadie. ¿Y qué más?

—Ahora mismo te vas a ir al hospital.

—Pero el «hospital» es como Dios te ha criado y no me van a dejar ver al señor Juan López.

—No le hace—contestó Romero—. Tú llagas y preguntas de mi parte cómo está el señor Juan López. Te lo dirán, porque al fin el hospital es nuestra casa y nosotros le mantenemos, que con nuestra briega divertimos al público, y el público paga, y con lo que paga el público se cuida de los pobres enfermos.

—«Güeno»; ya sé yo, señor Pedro, que su mercé tiene vara alta en el «hospital».

—Que le digan al tío Juan López, que ya se lo dirán, que me perdone si no voy a verle en

—Siempre tu cabeza de chorlito. Dime, mal cristiano que tú eres...

—Eso no; su mercé perdone. «Bebeor», pronto de genio y de manos y aficionado a las majas, eche usted, que por muy largo que se vaya so quedará su mercé corto; pero mal cristiano, eso no.

—«Güeno», como tú dices; pero ¿no te se ocurre, cacho de alcornoque, que en la posada de las Gallinas para un grande amigo mío?

—«Ah, sí! El señor Pepe-Hillo».

—El señor José Delgado se dice, que los años no corren decentemente de inferior a superior.

—«Güeno»; su mercé perdone y su mercé tiene mucha razón. Pero como todo el mundo le llama al señor José Delgado Pepe-Hillo...

—A ti no te importa eso, si tienes que sacar los pies del plato.

—«Güeno»; ¿y a qué voy yo a buscar al señor José Delgado?

—Tú no vas a buscar al señor José Delgado.  
—Pues entonces, ¿a qué voy yo a la posada de las Gallinas?

—Si te callaras y oyeras, sabrías ya a lo que tenías que ir y estarías de viaje.

—«Güeno»; pues su mercé dirá.

—Es necesario que no te vean.

—«Güeno».

—Que no preguntes.

—«Güeno».

—Y que te enteres de si está o no está en la posada el señor José Delgado.

—«Güeno». ¡Y si está?

—Te esperas a que salga.

—¿Y si sale?

—Te vas detrás y te enteras adónde va. Pero con cautela, que no te vea.

—«Güeno». ¡Y si no está?

—Averiguas dónde está.

—«Güeno»; y luego me vengo y le digo a su mercé...

—No, señor; tú no te vienes.

—Pues ¿y qué hago?

—Te vas a casa de don Leandro Fernández de Moratín.

—«Güeno». ¡Ese señor aficionado que escribe cartas de lo que pasa en los toros y nos pone de vuelta y media sin saber lo que se dice? Miré su mercé, yo no puedo ver a ese señor Moratín. ¡Pues no tuvo la avilantez de decir en una carta que yo le daba la puntilla a los toros en el rabal? Y todo fué porque el quinto toro de hace tres corridas, aunque estaba echado, estaba muy descuidado y entablado, y a mí, con el miedo, se me fué la mano algo larga, cuatro o seis dedos; pero, en fin, todo era toro y no fué menester otro puntillazo. Yo quisiera ver a esos señores sabios si tuvieran que darle el cachete a un toro como aquél. ¡Sangre! ¡Y qué señores!

—Guirindola, los que salines al público tenemos que estar a las buenas y a las malas, y agradecer los elogios y tener paciencia con las airazones.

—No, pues si a mí me dejaran darle la puntilla a ese señor, ¿no parece a mí que no había de conocer si se la daba en el cogote o en la cola.

—No seas rencoroso, muchacho, ya que dices que eres buen cristiano.

—«Güeno»; pero no tan calvos que se nos vean los sesos, ni tan cristianos que nos dejemos hacer la barba.

—No acabaremos nunca, Guirindola, porque no hay palabra a que no contestes ni cosa a que no salgas con una retrónica. Vamos a ver si te enteras. Buscas y sigues al señor José Delgado hasta que veas dónde se mete; en seguida te vas a buscar a don Leandro Fernández de Moratín, y le dices de mi parte que me haga el favor de estar esta tarde, si le es posible, entre cuatro y cinco, en la Fontana de Oro, que yo iré allí, y que perdone, que yo tengo la disculpa en el asunto de que le hablaré. Muy cumplido, Guirindola, que tú sabes serio, y ese señor es muy cortésano y es necesario estar bien con él.

—«Güeno»; pero no entiende una palabra del to-

reo. ¡Pufalá! ¡Decir que yo cacheteo a los toros junto a la cola! ¡Hombrel!

—Que te calles ya, y vete, y haz lo que te he mandado.

—«Güeno», descuide su mercé, que será su mercé servido, maestro.

Y Guirindola se fué más metido en confusión. Ya tenía para rato con los encargos que le había dado su matador.

Y esto era lo que quería Romero.

Quitar de en medio a Guirindola, que le servía inmediatamente como criado, mientras se dis- trazaba Goya.

\*

Apenas salió Guirindola, Pedro Romero llamó y dijo al mozo que acudió a su llamamiento:

—Si vinieren a buscarme, sea quien fuere, aunque sea uno de los de mi cuadrilla, que no estoy; me siento un poco malo y me voy a echar.

—¿Quiere su mercé que se llame al médico, señor Pedro Romero?

—No es para tanto.

—Más vale así.

—Gracias.

El mozo se fué.

Pedro Romero cerró la puerta y entró en la alcoba.

\*

Goya dormía profundamente con el sueño más tranquilo del mundo.

—Me da lástima despertarle—dijo Pedro Romero—. Pero ¡qué se le ha de hacer! No se puede perder tiempo.

Y movió suavemente a Goya.

Despertó éste, se incorporó, bostezó, se restregó los ojos y dijo:

—Pues, señor, me ha quitado usted el sueño más hermoso del mundo, señor Pedro Romero. Figúrese usted que yo soñaba que le había brindado un toro a una buena hembra, que le había despachado por todo lo alto, que el público había pedido que me dieran el toro, que el corregidor lo había mandado y que yo, como señal de posesión, le había cortado la oreja al bicho. Pues bien; cuando yo iba a tirar la oreja al balcón de mi maja me ha despertado usted, y la oreja se ha quedado en el aire.

—Pues es menester que usted no se quede en el aire y que se vea lo que se hace. Ahí tiene usted lo que ha pedido: el vestido de gitano completo, sin faltar las tijeras ni el aciaí, y el estuco.

—Bueno, muchas gracias, señor Romero; va usted a ver en seguida qué pronto me cambio yo en otro hombre.

\*

Goya, que estaba en paños menores, saltó de la cama.

Conservaba la coleta rabitosa, con su lazo negro y las dos baterías algo laclias y desordenadas sobre las sienes.

Tomó de un bolsillo de su casaca su caja de colores al pastel y se fué a la mesa, sobre la cual había un mediano espejo.

Se puso inmediatamente a pintarse.

—¡Usted ve que yo soy triguero clarol—dijo a Romero



—Sí que lo veo.  
 —¿Y usted sabe de qué color son los gitanos?  
 —Ya se ve que sí. Del color del tío Juan López.  
 —¿Por vida del tío Juan López!—dijo Goya—. ¡El tiene la culpa! ¡Pero qué hay que hacerle! Se me calentó la sangre. En fin, no me pesa. ¡Que si viera usted, señor Pedro Romero, qué cosas tan hermosas me han sucedido de resultas! Estoy que no quepo en el pellejo.  
 —Usted parará los pies, don Francisco, usted parará los pies; mire usted que ponerse así en el viaje de los bichos cuando se van a la quereñcia no es para todos ni se puede hacer siempre.  
 —¡Diablos! ¿Y para qué es el estoque?  
 —No digo que no; pero cuando se toma mal a una res las consecuencias pueden ser muy malas.  
 —Usted no se debía llamar Pedro; usted se debía llamar Prudencio.  
 —Pues, qué, ¿San Pedro no fué prudente?  
 —Ya lo creo que sí, y dicen que no tenía pelo de tonto; pero negó a Cristo tres veces, y luego se arrepintió, y de ahí viene lo de las lágrimas de San Pedro, lo que prueba que...  
 —Que todo el mundo se equivoca y peca. Hasta los santos.  
 —No, pues por falta de muleta no le han de coger a usted.  
 —La mejor muleta de los hombres es la razón puesta en la experiencia y usada con buena voluntad.  
 —En siendo yo lo que quiero, espero ser y seré, empleo todo mi valimiento para que canonicen a usted en vida.  
 —Yo no seré santo—dijo Pedro Romero—; pero hago lo posible por ser justo.  
 —Y tan justo es usted que viene usted apretado a todo el mundo, entrando en cuenta los toros; usted se cñe, y con su trasteo de castigo y dejándose coger, digo, así parece, la da usted. ¡Es usted mucho hombre!  
 —Muchas gracias, don Francisco; ¿y sabe usted que usted no es rana? Sobre todo para pintar. ¿Quién diablos le conoce a usted ya?

\*

Goya, mientras hablaba, se pintaba. Aparecía ya con un color bronceado, acentuado cetrino. Con el clarooscuro que de mano maestra se había puesto aparecía flaco, viejo. Se había soltado los cabellos, se los había teñido de un color canoso, verdoso, como el del lino podrido, y se había hecho una trenza a lo gitano. Romero le miraba con asombro. No se conocía la pintura. El aspecto de su semblante parecía lo más natural del mundo. La verdad había sido falsificada. Se comprendía que cierta clase de mujeres, singularmente las ya manidas, o por lo menos marchitas, se pereciesen por Goya. A seguida se vistió el traje gitano, sin olvidar ni aun la camisa. Se metió en el correón las tijeras y el acañal. Se rebajó del hombro izquierdo y se derrumbó de la cadera del mismo lado. El señor Pedro Romero hizo palmos.

—¿Y usted cómo se llama, «gachó»?—le preguntó riendo Pedro Romero.  
 —Pues, señor, yo me llamo el tío Lamparones, natural de las Cuevas del Ravel, de Granada, «esquitador» de oficio, «afanaor» de «güenas» hembras y aficionado al toreo, que he venido a los Madriles por lucir mi gallarda persona y tomármela como venga a pelo con quien sea menester. En fin, a mí no me falta más que un pasaporte.  
 —Y le tendrá, tío Lamparones, le tendrá; ya he pensado yo en eso. Me parece que se puede ya abrir la puerta. ¡El diablo que conozca a usted!  
 —Espérese usted, señor Pedro Romero, espérese usted; necesito antes y para acabarme de disfrazar cuatro claras de huevo.  
 —Pues voy yo mismo por los cuatro huevos—dijo Romero.  
 Goya continuó retocándose y obteniendo un efecto más a cada retoque. Y un efecto maravilloso. Hasta la voz se la había transformado. Era escatrona y aguardentosa. Se había operado, en fin, en él una transformación completa.

\*

Para justificar el pedido de los huevos, Pedro Romero dijo que eran para que se aclarase la voz un «cantacr» gitano que estaba en su cuarto.  
 —¿Pues por dónde ha entrado—dijo el ama de la posada—que no se hemos visto?  
 —¿Y qué se yo? Por la puerta—dijo Pedro Romero.  
 —¡Ya, ya!—dijo el mozo de paja y cebada—. ¡Lo que es los gitanos se meten por el ojo de una aguja y les viene ancho sin que los vea nadie!  
 —No, pues el tío Lamparones—dijo Pedro Romero—es un hombre de bien, si no no lo trataría yo. No habría nadie en la puerta cuando él entró.  
 —Y diga usted—dijo una de las mozas, que era una morena muy agraciada y de lo más legítimo del barrio de Toledo—, ¿se pueden tener fatigas por oír a ese flamenco? En diciendo que hay que oír seguidillas gitanas, ya se me ballan a mí hasta las entrañas.  
 —Eso será otro día—dijo Romero—, que aunque el tío Lamparones canta como un ¡lligero, está el pobre ronco; por eso llevo los huevos y he venido yo por ellos, porque Guirindola ha ido a unos recados.  
 —¿Y por qué no ha llamado usted?—dijo la morena—. Ya sabe usted que se le aprecia, señor Pedro Romero.  
 —Pues por lo mismo que me aprecias, muchacha, y que yo te estimo bien, porque eres buena y honrada, no he querido incomodarte. Ea, y hasta luego.  
 —Vaya usted con Dios, señor Pedro Romero—dijeron en coro todos los que estaban en la cocina.

\*

Goya echó las claras de los huevos en uno de los vasos que con una gran botella de agua ha-

bía en el cuarto, vasos enormes, fruilunos, por-  
que a nuestros abuelos les gustaba beber de  
un tirón hasta saciarse.

Después Goya hizo una pasta con el estuco  
y las claras de huevo, coloró aquella pasta,  
se sobrepuso en la mejilla derecha un costurón,  
que le cruzaba desde la sien a la boca; se  
rendelló un ojo y se puso un enorme grano  
amorado en la parte izquierda de la nariz.

Cuando todo esto estuvo hecho, Goya se vol-  
vió hacia el señor Pedro Romero y le dijo,  
con la voz sordida, rouca, vívica, ruda, im-  
posible:

—¡Eh! ¿No es verdad que yo soy muy buen  
mozo, señor Pedro Romero?

Y estaba todo derrengado, todo torcido, con  
la boca escorada, con un ojo «chingo», con las  
manos gafas, derribado el sombrero a la espal-  
da, las rodillas torcidas y los pies zambos.

—Lo que a mí me parece—dijo Pedro Rome-  
ro, que estaba espantado—es que si no fuera  
mirando a Dios le delataba a usted a la Inqui-  
sición. Porque si aquí no hay brujería, male-  
ficio o arte del diablo, yo no sé dónde lo pue-  
da haber. A poco que le tenga a usted delante,  
ni yo mismo puedo creer que esto no ha sido  
una transformación infernal.

—No le hace, no le hace, señor Pedro Rome-  
ro—dijo Goya—; es menester mirar bien. Usted,  
que tiene tan buena vista, observe con aten-  
ción por ver si se nota en alguna parte la cosa  
más pequeña que descubra lo ficticio que yo  
he añadido a mí semblante.

—Venga usted aquí, a la luz, señor don Fran-  
cisco—dijo Pedro Romero llevándose a Goya a  
la ventana—. Pues, señor, nada, nada, absolu-  
tamente nada; todo parece natural.

—Pues cuando se seque lo sobrepuesto estará  
mejor—dijo Goya.

—Pero va usted a pasar un martirio cuando  
todo eso le estire a usted la piel, señor don  
Francisco.

—¿Y qué le hemos de hacer? Ya me iré acos-  
tumbrando.

—¿Sabe usted que me parece una cosa?

—¿Y qué?

—Que me parece que no hay necesidad de  
que esté usted tan derrengado y encogido.

—Lo mismo me parece a mí.

—A ver. Póngase usted natural.

Goya se enderezó.

—Dé usted un paseo.

Goya dio una vuelta por el cuarto.

—Pues, señor, así está bien—dijo Pedro Rome-  
ro—. ¿A qué ha de tener usted el martirio  
del encogimiento?

—Eso no quita que yo ande así, un poco aca-  
pachado, a lo hombre viejo; si no alguno me  
puede conocer por el aire del cuerpo. Veamos.

—¡Así, así!—dijo Pedro Romero.

—Pues ahora—dijo Goya—a quitar de en me-  
dio todos los juicios. Guarde usted mis ropas  
y mi espada, que yo voy a limpiar mi paleta.

Y limpió el vaso y la bandeja de metal en  
que había hecho la pasta y las tintas.

Entretanto, Pedro Romero guardó en un arca  
todas las prendas del traje de Goya y detrás  
de la cama escondió la espada.

—Ea, pues, vámonos, que sólo con estar es-  
condido me parece que estoy preso—dijo Goya.

—Sí, vámonos, porque si usted no saliera de  
mi cuarto sospecharían. En fin, a la buena de  
Dios. Ya veremos de sacar a usted adelante.

—Y así haremos la prueba—dijo Goya—; a mí  
me conoce todo el mundo. Pues vamos a ver si  
me conoce alguien.

—Pues vámonos a la Fuentesilla, a la taberna  
del Curro; entraremos por la puerta excusada  
del portal, que no quiero que vean que yo entro  
en una taberna, que aunque los toreros tienen  
licencia para entrar en esos lugares, hay to-  
rosos de toreros.

Salieron; cerró la puerta del cuarto Pedro Ro-  
mero.

Bajaron y entraron en la cocina.

—¡Callad!—dijo la moza—. ¡Y éste es el «lligue-  
ro»! ¡Mal diablo en las que me gruñen! Pues los  
milagros que haga este santo no sacarán a nia-  
gún condenado del infierno.

—Muchas gracias por la bronca, criaturita; pe-  
ro apóstenos a que siendo tú tan buena hem-  
bra no cantas como yo ni levantas tanto peso.

—¡Pue ser!—dijo ella, torciendo el hocico—.  
Pero eso ¿me lo dice usted o me lo cuenta?

—Eso y todo que haya que ver y oír se verá y  
se oirá, si hay tiempo y ganas.

—Todo el tiempo está de más y las ganas no  
hacen falta—dijo la moza—. ¡Vaya un desgajo  
de hombre!

—Vaya, señora Ambrosia—dijo Romero al ama  
de la posada—, tome usted la llave de mi cuarto  
y désela a Guirindola cuando venga.

—Muy bien, señor Pedro Romero. Vayan este-  
des con Dios.

Salieron.

\*

—¿Has reparado, Juaneta?—dijo la Ambrosia  
a la moza.

—¿Calle usted, señora, y qué gitanazo!

—Pero no has visto cómo le reluce el ojo sa-  
no? ¡Y qué hermoso que es y cómo habla, que  
dice...! Vámonos..., con un solo ojo nos ha reque-  
brado a ti y a mí.

—Verdad que sí.

—¿Y has visto qué hermosa dentadura?

—¡Ya lo creo! Como perlas. Pero lo otro...

—Si no fuera por el grano.

—¿Y dónde deja usted el costurón y el otro  
ojo entre dos luces?

—Pues mira, me parece a mí que a ti te pa-  
saba algo.

—¡Eso habrá sido usted, que yo...!

—No, pues yo...

—En fin, que vaya con Dios y que no vuelva;  
yo creo que me ha hecho mal de ojo.

—Pues al padre vicario, que saca los diablos  
del cuerpo.

—Que se los saque a su abuela.

Y ama y criada se quedaron murmurando,

**“El Ajuar de Casa,” S. BERNARDO, 83**  
Ferretería. Artículos de mesa y limpieza. Bate-  
rías de cocina. Heladoras. Baños. Armarios. In-  
goríficos.—Precios económicos.

mientras Goya y Pedro Romero iban hacia la Fuentecilla de la calle de Toledo.

Por el camino encontraron a algunos conocidos de ambos.

Todos saludaron a Pedro Romero. Ninguno conoció a Goya.

CAPITULO XIX

En que se ve que Goya tuvo la prueba de que estaba disfrazado hasta la perfección y de que habia pensado mal de una buena mujer

Entraron en la taberna por el portal de la casa y se metieron en las habitaciones particulares del señor Curro.

Allí era donde alguna que otra vez que iba a la taberna se recibía al gran torero.

El señor Curro se creía muy honrado y perdía el sentido por servir al señor Pedro Romero y hacía por adivinarle los pensamientos.

Se presentó inmediatamente en la habitación donde se habían instalado Goya y Pedro Romero.

—¡Tanto bueno por mi casa!—exclamó—. Vamos, hoy de seguro tenemos un día de buena venta; empezamos con buen pie.

—Vendiendo, por lo menos, más de lo que usted espera, señor Curro—dijo Pedro Romero—; porque mi amigo y yo venimos a almorzar, y si yo soy, como usted lo sabe bien, un poco delicado de paladar, mi amigo no lo es menos.

—Pues corazoncitos de ángeles a la «popillota» le voy a dar a su mercé y a la compañía—dijo el tabernero, mirando con una especie de asombro a Goya, como no comprendiendo que un gitano de tal fecha pudiera ser amigo del señor Pedro Romero.

Y luego añadió:

—Mariquita de la Cabeza, hija mía, ven acá.

Se presentó al momento una moza desparpajada, morena, de buen trapío, vestida a lo manola, y al ver al señor Pedro Romero se sonrió con toda su alma.

Después miró de una manera maliciosa y burlesca a Goya, como queriendo decir:

—¿Qué casta de bicho es éste? ¿Por qué se acompaña del señor Pedro Romero?

—Parece que me está usted retratando, niña—dijo Goya con una voz tan disfrazada y tan en gitano como el disfraz de que se amparaba—. ¿Será que le gusto yo a usted?

—Pues el mozo es falto de resuello el pobrecito—dijo María de la Cabeza, torciendo el bonito «pocico». Vea usted que no sabe una la suerte que le espera. ¿Qué era lo que usted quería, padre?

—Poca cosa: que te portes bien con estos caballeros.

—¡Y qué hay que hacer para darles gusto?—dijo, mirando con los ojos encandilados a Pedro Romero y haciendo de todo punto caso omiso de Goya.

—Poca cosa: un almuerzo que a usted le pa-

rezca bien—dijo cortésmente Pedro Romero—; a su elección de usted.

—Ya lo sabes, Mariquita de la Cabeza: un almuerzo mejor que el que se habrá comido ya el prior de Santo Tomás.

—Enterados, y no habrá queja—dijo la muchacha soltando una nueva mirada candente a Pedro Romero—, y para que no tarde, con licencia.

Y se fué; desde la puerta volvió a mirar al torero.

—Vaya, pues, para que hagan ustedes boca—dijo el señor Currito—, voy a traer dos cuartillos del rancio de Yepes y unas aceitunas de la tierra aliñadas por Mariquita que las puede comer su real majestád.

—Muchas gracias, señor Curro—dijo Pedro Romero.

—No las merece—dijo el tabernero—; con hombres como usted todo es poco, señor Romero.

Y se fué.

—Hombre—dijo Goya—, no hay varas en todos los acbuchos del mundo para emparejar a las mujeres. ¡Vaya un ganadol!

Y soltó algunas palabras de su uso particular, que no podemos repetir.

Goya era muy mal hablado.

Muy mordaz.

Con una mordacidad tal y tan libre que se resiste a la pluma.

Así es que, ocupándonos de él, tenemos que expurgarle el lenguaje.

Darle a conocer a medias.

—¡Por qué le echa usted esa respahilada a la pobre María de la Cabeza?—dijo Pedro Romero, que era muy puesto en sus puntos, muy serio y no decía nunca una palabra mal sonante ni que tuviese una intención torcida.

—Pues todo eso es poco—dijo Goya—. ¡Mal cáncer las coma los ojos y la boca! No es que a mí se me dé nada... ¿Y a mí qué, si yo las hago más que lo que ellas me hacen? Se lo está a usted comiendo con los ojos.

—Buena voluntad, don Francisco; es muy aficionada a los toros.

—Por los cuernos.

—¡Si sabe que yo soy casado, don Francisco!

—Y a ellas, cuando quieren a un hombre, ¿qué se las da? Así fuera Papa. ¿Pues hay algo más desesperado que las mujeres? Pero, en fin, bendita sea su alma. Si no fuesen así, ¿qué nos habíamos de hacer? A mí, mientras más «confiscadas», mejor; que no se puedan tener de pie de buenas mozas ni lamerse de desparpajadas. Así me gustan a mí.

—Calle usted, que siento que viene el Curro.

Entró, en efecto, el tabernero, y les sirvió el vino y las aceitunas.

—Vaya—dijo—, pues si ocurre algo más, mandar, que yo tengo gente allá fuera en la taberna.

Y se fué.

—Pues ha de saber usted que si yo digo eso acerca de la Morenita (éste era el alias de la joven) es porque sí, porque, vamos, yo creía que mandaba en su persona.

—¡Esas tenemos!

—Hombre, sí, y con fatigas; hace cinco días venía yo de fuera de la Puerta de Segovia de ver una tierrecilla que quiero comprar para hacer una casa para cuando me case con la Pepa. Venía cansado y tenía sed; me metí aquí y la Morenita me sirvió vino y unas sardinias escabechadas; se sentó junto a mí y me dijo suspirando: «Válgame Dica, hombre, y qué malos ratos me dael! ¡Y cuánto tardas en venir! Yo me desespero y no me puedo consolar con ninguno, porque ninguno me gussa; yo he nacido para quererte a ti y no más que a ti; de todos los demás estoy «aborrecida»; me parecen trapos viejos.»

—Pues, señor don Francisco—dijo Pedro Romero, desviando la conversación, es decir, desentablando a Goya—, de todo eso sacamos una cosa en claro, que es lo importante.

—¿Qué?

—Que conociendo tanto a usted la Morenita no le ha conocido a usted, lo que quiere decir que está usted muy bien disfrazado.

—También es verdad.

En aquel momento entró Mariquita de la Cabeza y se puso a cubrir la mesa.

Miró de nuevo con interés a Pedro Romero.

En cuanto a Goya, no le miró.

Se la salió un suspiro que parecía arrancado de lo más profundo de sus entrañas.

—Malo está ese pecho—dijo Goya.

—Yo creo que a usted no le importará mucho eso—dijo la Mariquita entre desdenosa y agresiva y como conteniéndose por respeto a Pedro Romero.

—¿Y por qué no nos ha de importar, Mariquita?—dijo ésta.

—¡Calle usted, señor Pedro Romero—dijo la joven—, que pasan unas cosas en el mundo que son para cortarse la cabeza y metérsela debajo del brazo! ¡Caramba y qué hombres! ¡Y qué los importa a ellos nada ni que una mujer se atisgue por ellos? ¡Calle usted, señor Pedro Romero! ¡Si a la tonta de la mujer que quiere bien a un hombre debían hincharla a azotes, y cortarla el pelo, y ponerla en una jaula a la vergüenza, y darla «pamplina» para que se pusiese gordal! ¡Vaya un mundo, rediel! ¡Pues no sabe usted lo que pasa? Vaya, no lo sabe usted. Pero deje usted, que voy a decirle a la criada que traiga el jamón y los huevos, que ya estarán.

Y se fué y volvió inmediatamente seguida de una vieja que traía una media fuente y en ella cantidad de magras y media docena de huevos.

—Oiga usted, tía Tobitos—dijo la vieja la Morenita—, ya sabe usted: tráigase usted de casa de Botín un testón, ¿usted entiende?, como para mí, y bartolillos con mucha crema y calentitos, y un plato de manjar blanco, y de camino se trae usted la fruta que encuentre mejor.

—Muy bien, ama.

—Ea, vaya usted con Dios y que no deje usted las chancletas en la calle.

La tía Tobitos se fué refunfuñando.

—¡Vaya una bruja!—dijo la Morenita—. ¡Pues no me traje el otro día una carta de un «petimetre espiritico» y se empeñó en que yo le había de dar la contestación! Eso sí, se ganó una «puntera» que no se pudo sentar a gusto en tres días. Yo no sé por qué la tiene mi padre en casa. Ver-

dad es que guisa muy bien y es muy limpia y muy fiel, y para el trabajo un hierro viejo.

De improviso, cortando su palabra, la Morenita se volvió hacia Goya y le dijo:

—Oiga usted, mal «gachó»: como vuelva usted o pisarme a mí el pie, le paso a usted de mañana a su cara un plato, y nos quedamos tan completos. ¡Pues hombre, aunque viniera usted con más romeros que los que hay en un cerrol! Y usted perdone, señor Pedro Romero, que con usted no va nada. ¡Pues hombre, ni que fuera uno «peal» de órgano!

—Perdone usted, hija, que ha sido sin querer—dijo Goya.

—Ni queriendo ni sin querer; ya hemos hablado bastante.

—Vamos, que eso no merece la pena—dijo Pedro Romero.

—¡Mire usted que no!, que por el pie se sube a la mano, y lo mejor es alicortar a estos pajarracos.

Y se sentó con aire de tormenta, poniéndose a distancia de Goya y cerca de Pedro Romero.

—Pero usted debe saber lo que pasa—dijo volviendo a la conversación anterior—; como que a su picador de usted, el tío Juan López, le han dado para el pelo y está en el «hospital» que no se puede lamer.

—Sí que lo sé, y lo siento de veras—dijo Pedro Romero—, y no he ido a verle porque está preso e incomunicado.

—Pues no lo sienta usted, porque el tío Juan López es muy bruto y lo tiene bien merecido. Pero dicen también una cosa, que hay que sentirlo.

—¿Y qué?

—Que entre el tío Juan López y un hermano del Pecado Mortal, que está también en el «hospital» y muriéndose de una mojada en el pecho, han encontrado una guitarra que dicen que es de don Francisco de Goya.

—Vamos, ¿y usted lo siente?—dijo Romero.

—¡Vaya!—contestó Mariquita.

Y se la fué otro suspiro.

—¿Sabe usted, morena—dijo Goya—, que me están dando ganas de creer que está usted «morimunda» por ese señor Gayo?

—Goya, no Gayo, y en fin, ese es otro cantar, y si yo quiero o no quiero a quien me dé la gana, a usted la de vámonos, y en paz.

—Pues mire usted, yo había creído que quería usted unas mijillas a mi amigo.

—Hombre, vamos por partes, aunque usted no es confesor. Al señor Pedro Romero le reverencio yo y le miro como si fuese un dios, y de tanto como le respeto, cuando le veo me hacen los ojos relampaguzas; en fin, que me parece a mí que yo soy mucho más cuando el señor Pedro Romero me habla tan campechano y tan sin soberbia... siendo él tan hombre.

—Vamos, y el señor Goya...—dijo el mismo.

—Eso son otros López—dijo con impaciencia la Morenilla.

Y volviéndose a Pedro Romero, añadió:

—¿Qué! Si ese hombre es un desesperado. No hay culebra en que él no se enrede, y le parece poco todo el mundo. De veras que estoy de mal humor, porque le estimo. Ahí estuvo hace tres días y tomó unas sardinias escabechadas y no ha

vuelto. ¡Vaya una cabeza! ¡Mire usted que dejarse la guitarra en el sitio!

—Pero una guitarra se la puede haber dejado cualquiera—dijo Goya.

—Qué, hombre, ¡si en el revés de la guitarra había el retrato de una de las de ustedes, de la Mariposa, que ha sido cortejo de don Francisco!

—¡Apostamos a que está usted muerta por él!

—Y si lo estuviera, ¿a usted qué?

—Usted perdona.

—¡No hay de qué! ¡Pues buena es la niña para ahogarse en dos dedos de agua! ¡Y que no pueda una estimar a un hombre y dárselo a entender sin que crea que está una echando por él las entrañas! ¡Vaya un maraca! ¡Qué se le había a usted figurado, que yo estaba muerta por el señor Pedro Romero? ¡Como tiene usted ese ojo «chingo» y no ve usted las cosas al derecho!

—Vamos, haya paz—dijo Pedro Romero—, qué no sé por qué se ha puesto usted de punta con mi amigo.

—«Gueno»: en paz, y malditas sean las desazones; pero que no se meta este hombre conmigo, que vamos a salir mal.

—¡Salir nosotros mal, señora, y es usted un pedazo del pedazo más rico de la gloria de Dios!

—¡Cállese usted, hombre, que me ha de decir usted «ángeles» y yo lo de entender que me dice usted «demonios»!

—¡Todo sea por Dios—dijo Goya.

—Y por la Virgen—respondió, siempre de mal aire, la Morenita.

Y luego, volviéndose a Pedro Romero y cambiando de tono, añadió:

—Pero ¿ha visto usted? ¡Quién le mandaba a él meterse con nadie? Y sobre todo, ¿por qué se dejó una guitarra señalada con el retrato de una mujer, que dicen que se conoce que el retrato lo ha pintado don Francisco, que no lo ha podido pintar otro, porque no, porque como él pintó y con la gracia que él tiene, que le hace hablar a las personas, no pinta nadie? ¡Mire usted, yo quise tener un medallón con mi retrato y él lo pintó, y luego lo esmaltaron, y lo guarnecieron de perlas, y estoy que parece que estoy viva, y me tienen envidia por el retrato más de tres. ¡Vaya! Mientras acaban ustedes de comer eso y viene la tía Tobitos con lo otro, voy por el retrato a que lo vean ustedes.

Y se fué.

—¿Lo ve usted, señor don Francisco, lo ve usted?—dijo Pedro Romero—. ¡Pobre muchacha, está loca por usted y acustada! Pero ¿a qué hace usted esto? ¡A cuántas quiere usted, cuántas personas tiene usted y cuántas voluntades?

—¡Y yo qué sé?—dijo Goya—. Ellas se vienen y ellas se van. Cuando se vienen es menester recibirlas, y cuando se van, desearlas buen viaje.

—Pero ¿y doña Josefa, don Francisco?

—¿Quién, la Pepa? Eso es otra cosa.

—Vamos, vamos, es menester que sienta usted la cabeza; ya ve usted el compromiso en que está usted metido.

—Mire usted, señor Pedro Romero, buenas están las cosas. Como vienen y cuando vienen mal no hay más que encogerse de hombros y que sea lo que Dios quiera. ¡Y sabe usted que

me ha llegado al corazón la Morenita? No creía yo que me quería tanto.

—Lo mejor de todo esto es que queriéndole a usted tanto, y no siendo tope, que corta un pelo en el aire, ni corta de vista ni sorda, no le ha conocido a usted.

—¡Para que no me desfigurase yo bien tratándose de que no me conocieran!

—Pues uno parece que puede usted ir a todas partes sin cuidado. ¡Es mucho asombro estar! ¡Si yo creo que usted es otro!

—Pues mire usted, me voy a ir a ver a la Pepa, a ver si me conoce, y al padre Bayeu lo voy a volver loco.

—Bueno; que ahí, aunque le conozcan a usted, no hay cuidado.

—Aquí está esto—dijo, entrando con un mozo de casa de Bcún, la tía Tobitos—: un lechón que viene descando que se lo coman, y unos bartotillos que hacen la boca agua, y unas freas que van a estar de rechupete. ¡Con qué las quieren ustedes: con vino blanco, o con vino tinto, o con leche?

—Con eso, y que sea buena. Dígale usted al señor Cándido el vaquero que es para mí.

El mozo y la tía Tobitos se fueron.

—¿Nos atreveremos con el tostón?—dijo Pedro Romero.

—Veaga un poco, que no hay que despreciarlo, y huela que conforta.

Llegó entonces la Morenita.

Trala un medallón.

—Mire usted, señor Pedro Romero—dijo.

—¡Ni una imagen!—exclamó con admiración Pedro Romero mirando el retrato—. Y que está usted que no le falta más que hablar.

—¡Vaya!—exclamó la joven—. ¡Y pensar que ha retratado también en su guitarra a la Mariposa, una mala «gachí», una cabra suelta; y que ha matado o medio matado a un hombre por ese «menumento» de la Miraflores, que se cree que donde está ella ninguna mujer alza la gaita! Pues, amigo, para perder hombrea todas sirven, y lo que es a ésa la tranco yo por las greñitas y la pongo lo obscuro al sol y la baldo. ¡Vaya una hembra, pufiales! ¡Si estoy que me ahogol

—Pues yo le digo a usted que a ese don Francisco, a quien usted quiere tanto—dijo Goya—, no le pasa nada; que él es muy hombre y sabrá salir de eso, y más negro que fuera, y que la quiere a usted mucho, y que usted se lo merece.

—¿Es que me dice usted la buenaventura, o que me mece usted, «chavosito»? Pero, vaya, hombre, ahora se le puede oír a usted.

Y al decir esto la Morenita su voz no tenía la acrimonia agresiva de antes.

Goya, por disimular, estuvo contemplando el retrato.

—Pues mire usted, el que ha pintado esto—dijo—la quiere a usted, porque ha puesto en ello los cinco sentidos. Tome usted, niña, y salud para quererle.

—Muchas gracias—dijo la Morenita, metiéndose el medallón en el pecho—. Ea, y con Dios, que tengo que hacer por allá dentro.

—Vaya usted con Dios, gloria—dijo Goya.

—Hasta la vista, Mariquita.

La muchacha se fué.

Ellos acabaron de almorzar, pagó el señor Pedro Romero y salieron.

—Pues yo le digo a usted, señor don Francisco, que se puede usted atrever a ir a todas partes; cuando no le ha conocido a usted la Morenita, no le conoce nadie.

—Pues yo voy a ver si me conoce la Pepa.

—Sucedará lo mismo.

—¡Quita, no, señor! ¡Y el corazón!

—¿Y usted cree en eso?

—¡Vaya! Y lo voy a ver.

—¿Y usted cree que la Morenita no tiene razón?

—Mira usted, lo de ésta y lo de las otras consiste en que las trasteo y las alegro y me voy al toro. Pero la Pepa es otra cosa. En fin, voy a verla.

—Pues vaya usted con Dios, y mire usted, yo voy a andar ya en su negocio de usted; esté usted esta tarde, entre cuatro y cinco, en la Fontana de Oro.

—Pues hasta la tarde, señor Pedro Romero.

—Hasta la tarde, señor don Francisco.

Pedro Romero se fué por la calle de las Maldonadas y Goya siguió hacia la plaza Mayor.

## CAPITULO XX

### Goya, abogado y procurador de sí mismo

En la disposición de ánimo en que iba Goya todo le parecía mejor que nunca: el sol más reaplacidiente, el aire más fácil, la vida más grande, las gentes más simpáticas.

Como que sentía la libertad y la gozaba, tenía miedo por lo mismo que la tenía en gran peligro.

Hasta la calle de Fuencarral, donde vivía el pitor Bayeu, se tropezó con muchos conocidos, con varios rudamente, y a caso hecho sostuvo con algunos agrias contestaciones, y nadie le reconoció.

Cada una de aquellas personas había sido una nueva prueba de lo perfecto de su destreza.

Entró en el zaguán, llamó y acudió uno de los aprendices.

Un muelecolores.

Gasparito, el «ratón asustado», como le llamaba Goya, porque era el muchacho malicioso, y cuando quería hacer pasar una de sus picardías aparecía en sus ojos una especie de temor y de cuidado, como el del que da a sabiendas una moneda falsa y teme que le conozcan.

—¿Y qué es lo que a usted se le ocurre, buen hombre?—dijo Gasparito—. Aquí no hay perros que esquilan.

—Bueno—dijo Goya—; pero yo no vengo a buscar un esquilero, que vengo a otra cosa. ¿Aquí se pintan santos?

—¡Y diablos, cuando viene a mano.

—Pues mire usted, a la gitanería se le ha puesto en la cabeza que yo haga milagros.

—Hombre, ¿y qué nos importa aquí de eso?—dijo con una cierta impertinencia el muchacho, que era muy tiradillo para adelante.

—Pues yo vengo a que me pinte el señor Bayeu, que dicen que lo hace muy bien, para que los gitanillos pongan el cuadro en un altar y me enciendan dos velas.

—Hombre, vaya usted a divertirse con su abuela—dijo el muchacho, ya avinagrado—, que aquí no hay para qué.

—¡Válgame Dios, Gasparito, válgame Dios, y cómo te subes!—dijo Goya—. Va a ser monester tirante de las patillas.

—¿Y quién le ha dicho a usted cómo me llamo yo?

—Yo lo sé todo, y sé que te gusta la Pepa.

Gasparito se puso pálido.

Miró con espanto a Goya.

El creía que nadie había conocido la afición que tenía a la hija de su maestro.

La pateció que, en efecto, aquel hombre allí vivaba.

Todo consistía en que Goya, que era muy suspicaz, le había conocido la intención.

—En fin—dijo Goya—, díle a tu maestro que aquí hay una persona que viene a retratarse.

Gasparito era supersticioso; Goya le había dominado y le anunció.

Poco después entraba Goya en el estudio de Bayeu, que estaba en lo más alto de la casa.

—¿Conque usted quiere retratarse?—le dijo Bayeu con recelo, porque tenía que el gitano que se lo había metido en su casa fuese un ladrón que quisiese hacer un reconocimiento, ver por dónde se entraba o se salía y ver si había o no había perro.

A más de esto, el bueno de Bayeu estaba de muy mal humor.

Se le conocía en la cara.

La calaverada de Goya de la tarde anterior le había irritado.

Había descompuesto sus proyectos.

El no podía dar su hija a un perdido que había tenido la desvergüenza de irse con dos manolitas, abandonando, escandalizando y atormentando a la buena niña con quien estaba tratando de casarse.

A más de esto, como las malas noticias corren como el viento y, como él, se meten por todas partes, había sabido Bayeu el mal lance en que se había metido Goya.

Estaba, pues, de un humor de los diablos.

Pero era avaro, y como un gitano podía querer muy bien retratarse y pagarlo, añadió:

—¿Y cómo quiere usted el retrato?

—De cuerpo entero, como estoy—dijo Goya—; y si a usted le parece, en la feria, entre bestias y chalanos, con alguna buena hembra al lado. En fin, cuadro.

—Pero eso será muy caro.

—¿Y a mí qué se me da? Yo le pagaré a usted con otro cuadro.

—¿Qué es lo que usted dice?

—Que yo le pinteré a usted un cuadro que valga mucho más que el de usted.

Abrió tanta boca y tanto ojo el bueno de Bayeu.

No quería dar crédito a sus oídos.

—Hombre, ¿pues usted cree que pintar es esquilan?

—Entre amigos con verlo basta—dijo Goya—. Allí veo un lienzo que me sirve. Voy a pintar un ángel que se va al cielo.

—Hombre, usted está loco!—dijo Bayeu.

—En quince minutos voy a pintar la cabeza del ángel, y va usted a creer que yo tengo en el cuerpo el alma de don Diego Velázquez de Silva. En, y a verlo.

Y sin decir más cogió la paleta de Bayeu, que estaba sobre una caja de colores, junto a un cuadro en caballete, en que aparecía bosquejado un San Francisco en éxtasis, y se fue al lienzo que había indicado.

Sin vacilar, sin hacer un solo trazo, empezó a pintar, determinando en cada mancha, en cada restregón, un rasgo determinante de la fisonomía de un ángel.

Bayeu no pudo menos de tomar aquello en serio.

El gitano hacía las tintas con gran facilidad y las emplazaba con una gran precisión, con un grande efecto.

A los cinco minutos, Bayeu lanzó un grito de sorpresa.

Había aparecido en un breve bosquejo la hermosa y bella cabeza de su hija Pepa, con toda la expresión de su pureza y su candor, y a más de esto, con una triste melancolía, una melancolía casi divina.

Tenía los hermosos ojos alzados al cielo, como suplicando al Padre.

A los quince minutos, la cabeza estaba perfectamente concluida.

Era una idealización de la Pepa.

Había en ella la espontaneidad, la franqueza, la verdad de color, la fuerza de modelado de Velázquez, y algo divino y algo de eso que pertenece al genio.

Después, restregón arriba, restregón abajo, pintando por varas, aparecieron las alas extendidas, el cuerpo suspendido en el espacio, la túnica flotante, el cíngulo simbólico y un partido de nubes que parecían flotar en el ambiente.

—¿Quiere usted más?—dijo Goya soltando la paleta.

—No crea posible tanto—dijo Bayeu, que miraba con terror a Goya.

Aquello le parecía sobrenatural.

¿Se habría metido, en efecto, Velázquez en el cuerpo de aquel gitano?

—¡Y usted esquita!—exclamó Bayeu, comiéndose con los ojos a Goya y dejando ver una expresión de envidia o asombro, que no hay hombre, por bueno que sea, que no dé en la envidia.

—Es el oficio que me gusta—dijo Goya—; pero tengo espíritu familiar y hago todo lo que quiero, porque lo que yo quiero hacer, lo hace por mí el diablo. Pero yo soy cristiano viejo y neto, y muy devoto de la Santísima Virgen, especialmente de la Pilarica.

—¡Hombre, hombre!—exclamó algo más tranquilo ya el bueno de Bayeu—. ¡Y siendo usted tan buen cristiano y tan devoto de la Santísima Virgen María, particularmente de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, se trata usted con el diablo!

Es de advertir que el honrado Bayeu creía en todas estas cosas.

Es decir, en los espíritus familiares, en los endemoniados, en los sortilegios, en las hechicerías, en el mal de ojo.

El clero tenía la culpa de esto, que fanatizaba a las gentes para dominarlas y explotarlas mejor y las hacía supersticiosas.

Por su parte, el Santo Oficio hacía más de lo que podía por sostener el embrutecimiento de las masas, aceptando como cosa cierta y corriente la posesión de las criaturas por el demonio, la hechicería, la brujería y todas cuantas malas artes se han atribuido al diablo, el más calumniado de cuantos espíritus han sido calumniados por la Humanidad, que pretendiendo siempre esclarecer misterios excita su fantasía hacia lo maravilloso y llega a sentir como cierto lo que no tiene razón de ser ante la razón.

En fin, el maestro Bayeu era un hombre de su tiempo y como debía ser.

Haber pretendido otra cosa hubiera sido pretender lo imposible.

—Le diré a usted—dijo Goya—; el diablo me ha cogido afición y no me deja; siempre se me está metiendo en el cuerpo; pero yo le conozco y le echo. Le trato a puntapiés.

—Y dígame usted—exclamó Bayeu—, ¿qué hace usted para libertarse del diablo?

—Cuando lo siento dentro de mí le meto fraile, y el diablo, por no estar entre frailes, se marcha.

—¡Hombre, hombre! ¡Y cómo le mete usted fraile?

—Yéndome a un convento. La primera vez entré engañado. Pero no ha vuelto a entrar más. Se quedaba a la puerta, y allí me aguardaba y esperaba. Pero yo salgo armado de exorcismos y deprecaciones y alborrado de aceite bendito y no se atreve conmigo. Pero como el aceite bendito se digiere, vea usted ahí que a los quince o veinte días se me vuelve a envainar ese diablo y tengo que acogerme al convento que mejor me place, que todos son lo mismo, sin quitar ni poner.

—¡Hombre, hombre!—dijo el candoroso Bayeu—. Después de haberme usted hecho ver esa maravilla me está usted diciendo cosas que me maravillan más y más. ¿Conque el diablo ha pintado eso?

—Sí, señor, porque yo le he mandado que lo pinte.

—¡Hombre! ¿Conque usted manda en el diablo?

—Sí, señor; a fuerza de castigarle le he domesticado, y para que no le lleve a los conventos y para que no le zambulla en aceite bendito hace todo lo que yo le mando.

—¡Hombre, hombre! ¡Y a qué efecto ha venido usted aquí?

—Yo tengo revelaciones.

—¡Hombre!

—Sí, señor, revelaciones, y en una revelación he visto una joven muy hermosa, muy dulce, muy buena, muy caritativa, que me dijo: «Socórreme, que yo sufro, que yo agonizo, que quiero a un hombre, y mi padre me ha dicho que no vuelva a pensar en él o me mete en un convento.»

Llegó el último punto al asombro y al miedo de Bayeu.

Goya le había adivinado.

Le conocía demasiado.

En efecto; él había dicho a la Pepa que si volvía a pensar en aquel perverso libertino la metía en un convento.

—¡Y mi hija ha buscado a usted, con el pensamiento digo, que no puede ser de otra manera—dijo Bayeu—, porque ella no sale de casa sino con su madre o conmigo?

—Ella no lo sabe; me ha buscado su espíritu porque sí, y su espíritu me ha dicho que se muere si no se casa con don Francisco de Goya. Me ha encargado, además, que venga a convencerle a usted, y por eso he venido. Y para que usted me respetase, para que viera lo que era capaz de hacer, he mandado al diablo que pinte a la Pepa en figura de ángel entristecido que se va al cielo, y que la pinte como la hubiera pintado Velázquez.

—¡Hombre, hombre! En eso no hay duda ninguna; ahí está la obra, y tan buena como la mejor de Velázquez.

—¡Pues no sabe usted que cuando Velázquez pintaba tenía el diablo en el cuerpo?

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

—Pero, hombre, si es usted tan piadoso, ¿cómo tiene usted el diablo en el cuerpo?

—Ya le he dicho a usted que el diablo está en mi cuerpo, cuando está, como el criado en la casa de su amo.

—¡Y viene usted a interceder por ese forajido de Goya?

—Un loco.

—Un bribón.

—Alegrías de mozo.

—Tiene ya veintiseiete años.

—¡Buen puñado! Un hombre de veintiseiete años es un mamón.

—Pues yo no quiero mamones que puedan como él morder, y que sean desagradecidos y ríprobos e insolentes. ¡Qué avilantez! ¡Injuriar a mi Pepa, que es un ángel, por dos escandalosas manolitas! ¡irse con ellas, y de resultas viene un homicidio!

—Yo sé que lo que él ha hecho ha sido defender a un hombre para que no lo matase un asesino.

—Si él no anduviera por donde anda, dejado de todo miramiento, no tendría que defender él a nadie. Nada, nada, que se olvide de nosotros. Yo no le puedo perdonar lo que ha hecho.

—Yo sé que está arrepentido, que ¿la ha sido para él una gran lección.

—Pues que la aproveche para otra parte, que aquí ya no sirve.

—Bueno—dijo Goya—; veo que todavía n'ý está esto maduro. Más adelante, y muy pronto, será otra cosa. Usted se convencerá.

—¡Nunca!

—Ya lo veremos. Usted es muy buen cristiano y quiere mucho a su hija.

—Por lo mismo no quiero entregarla a un loco.

—Veo que por hoy todo será inútil, y, por lo tanto, no insisto; pero no lo dejo de la mano. Ahora, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Hable usted.

—Quisiera retocar esa cabeza y consultarla en vista del original.

—Si no es más que eso... Espérese usted, voy a llamar.

Y Bayeu salió.

## CAPITULO XXI

### En que se dice lo que hubo para que fueran novios la Pepa y Goya

—Pues señor—dijo Goya—, no se puede dudar de esto; estoy desfigurado hasta la perfección. Veamos si la Pepa me conoce.

Y en esta expectativa, Goya tenía el alma de la Pepa, como él la llamaba.

Y la Pepa era una dulce criatura, sencilla, candorosa, criada como se criaba a las niñas en aquel tiempo, bajo el dominio de una madre recoleta, a la que habían criado como ella criaba a su hija, quebrados siempre los gustos, puestas en el temor de Dios, en la veneración al sacerdote, en la absoluta obediencia a los padres, acostumbradas a las prácticas religiosas, a la perpetua oración, cuando daba una hora, cuando llegaban las avemarías, el rosario antes de acostarse, otra vez el rezo antes de dormirse, rezo al empezar la comida, rezo al terminarla, las cuarenta horas, la visita de María, las novenas, los ejercicios, la confesión cada sábado, la comunión cada domingo, el fraile entre cuero y carne, el pudor más que como sentimiento, como educación, como precepto; siempre los ojos bajos, siempre la palabra dulce, siempre la obediencia pasiva, el respeto a los mayores; ver en cada mendigo una representación de Jesucristo, prototipo de la pobreza y de la caridad; un padre en cada anciano, un hermano en cada prójimo, todo adaptado al Evangelio, exagerado, llevado hasta el fanatismo, hasta la superstición, hecho por el sacerdote, que pretendía entonces, como pretende ahora, como pretenderá siempre, que la Humanidad entera sea sacerdotal para ser ellos la primera casta, los influyentes, el alma de todo, la razón de ser de todo. Restaurar la antigua India, el evangelio de Brahma, la filosofía de Buda, la fatalidad del nacimiento, el «statu quo» inmóvil y consagrado, el mecanismo social, invariable, el encadenamiento inevitable, el castigo inflexible, la esclavitud sin rescate; los brahmanes de todos los tiempos, es decir, el sacerdote de siempre, absorbente, dominador e implacable; los enemigos del progreso, es decir, los que se rebelan contra la naturaleza o, lo que es lo mismo, los que se rebelan contra Dios, siempre vencidos por Dios y siempre tenaces en su rebeldía.

Ellos han dicho, dicen y dirán: «No pasarás de ahí», y en tanto la voluntad, la Providencia, la fatalidad de Dios, lo necesario, lo inevitable, lo absoluto, lo infinito impulsan al hombre, que ejercita la revelación del espíritu, que impulsa



Incesantemente al espíritu, al hombre, a un «más allá» sin fin.

Pero ese «más allá» transforma al hombre, porque si no le transforma no le movería, y el movimiento es necesario, prepotente, porque el movimiento es la ley suprema de la vida. La inmovilidad es la negación, y no hay negación; todo es afirmación, es decir, todo es un hecho de transición, una ley de movimiento, y, por consecuencia, una resultante de la fuerza virtual en que se esconde el misterio de la vida, el misterio de Dios.

\*

La Pepa estaba criada de esta manera india-na, o lo que es lo mismo, sacerdotal, levítica. Su padre, el buen Bayeu, primeramente porque era cristiano viejo, católico, apostólico, romano a la española, y luego porque pintaba santos, tenía infestada su casa de frailes y de clérigos, no siendo raro asistiese a ella algún flustrísimo prelado. Había, pues, en casa de Bayeu tufo eclesiástico, sabor levítico, ambiente de incienso, dejamientos de pábilo de cirio, humor ascético, rumor de oración, una reunión de cosas que formaban un conjunto denso, pesado, casi asfixiante, que hoy no se encuentra en ninguna parte, como no sea en los conventos de monjas, o en esta o la otra rara casa de algún neocatólico, hipócrita y mañero, y que entonces era la atmósfera de todas las familias morigeradas, el estilo, la manera de ser y de sentir de la época, de una época cuyo alejamiento en lo pasado borran los frailes, y que procuran hacer volver en vano, porque nadie puede hacer que vuelva atrás el torrente, ni aun contenerle, porque no hay dique sobre el cual no salte rebramando.

Se criaban en aquella época las niñas como flores en estufa, encerradas entre cristales, contenidas en un tiesto, cultivadas metódicamente, guardadas de todos los vientos, de todos los pájaros, siempre con la luz del mismo lado. Pero con la luz llegaba hasta ellas el calorico: privadas de todas las expansiones, sentían lujuria de expansión; su naturaleza reivindicaba en ellas sus derechos y las hacía, con su pudor, con su candor, con su timidez, con su ignorancia de todo, con su sumisión a todas las formas, a todos los preceptos, más bellas, más delicadas, más perfumadas, más candentes, más inspiradoras de deseos rabiosos, más propensas al amor, y al amor apasionado.

Y esto era la Pepa. Una magnífica flor de estufa, de una delicadeza infinita y de un perfume embriagador, que se había metido hasta el alma de Goya sin que éste se hubiera apercebido bien de ello. Porque ¿qué era la Pepa? Considerada en la forma, una belleza de lineamientos dulces, tranquilos, si se nos permite la frase; una armonía sencilla, un reposo dulce de partes de todo punto delicadas en un conjunto inefable que revelaba la paz y la limpidez del alma. Una vida poderosa durmiendo dulcemente y como atenuando una belleza suprema, que no necesitaba más que del movimiento de la pasión para resplandecer. Una perla en su concha; hemos dicho más al fuego en el fósforo; un

choque, una frotación, e instantáneamente se haría sentir la explosión del volcán.

Goya no se había explicado nada de esto; pero viviendo en la atmósfera de aquella bella criatura se había saturado de ella. Se había hecho una refundición del alma de la Pepa y del alma de Goya sin que ninguno de ellos se hubiera apercebido. Sentían el uno la necesidad del otro sin comprenderlo; se amaban de una manera inconsciente. La obra de la revelación se hacía por sus pasos contados, como se diría en estilo vulgar, y la aproximación crecía, la acumulación dominaba, la penetración se consumaba. Y Bayeu, que tenía esa intuición, ese sentimiento del espíritu de las cosas sin el cual no hay artista posible, lo veía y se felicitaba de ello; sentía orgullo al ver que su sencilla y dulce Pepa vivía sin saberlo en el sér de Goya, y que Goya se conmovía inconscientemente bajo la influencia de la magia natural de Pepa.

Le halagaba que aquel genio fogoso, aquella inspiración maravillosa, aquel genio excepcional, aquel rebelde a toda forma, a todo precepto, aquel espíritu libérrimo que rompía todas las trabas sobreponiéndose a todo, iluminase sus ojos y su semblante con una expresión de paz, de alegría y de contemplación deleitosa a la vista de Pepa; que en Pepa apareciese algo de un reflejo de gloria a la vista de Goya, y que toda esta simpatía, esta mutua voluntad, este placer íntimo y no turbado por ningún deseo, se manifestase en el uno por el otro. En fin, que se revelase por sí misma una unión que parecía una predestinación.

\*

Llegó un día en que Bayeu consultó a su mujer. Esta le dijo que había visto lo mismo que veía él. Que la Pepa tenía ya veinticuatro años, estaba hermosa y robusta y había que pensar en casarla; en fin, que si Bayeu no lo hubiese hablado de esto, ella estaba ya resuelta a hablarle de ello.

Se discutió acerca de las cosas malas y de las cosas buenas de Goya. Pero se convino que cuando se casase cambiaría de todo en todo. Se pasaron los dos esposos la noche discurrendo entre sábanas, mirando la cuestión por todas sus fases, determinando al fin consultarlo con personas de reconocida ciencia y virtud, y se levantaron desahogados porque habían dormido muy poco.

La Pepa, por su parte, había amanecido fatigada, pálida y ojerosa. Había dormido toda la noche; pero soñando con Goya. Un sueño inocente, pero terrible, abrasador; el imperio de la naturaleza ciega que no necesita de la conciencia para ejercitar su fuerza.

Aquella tarde, Bayeu hizo dos visitas. Una en el convento de Santo Tomás de Aquino; otra en el de la Trinidad.

Estos dos conventos fueron fundados, el de Santo Tomás, por fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, en la calle de Atocha, núm. 1, manzana 151, en 1583; el de la Trinidad, por el mismo rey don Felipe II, en la misma calle de Atocha, núm. 4, manzana 168, en 1562.

El confesor de Bayeu era uno de los padres más graves de Santo Tomás, y el de su mu-

jer otro de los no menos graves y campanilludos de la Trinidad.

Consultados el uno después del otro, los dos padres maestros encontraron que el propósito de los padres de la Pepa debía tomarse en consideración.

Goya era muy estimado en los conventos: como que enriquecía las bóvedas de sus iglesias con frescos inestimables, y si no pintaba con mucha frecuencia asuntos místicos, podía pintarlos como nada.

Los frailes eran muy artistas.

A ellos se deben en gran parte las obras maestras que tenemos en nuestros museos y que aún quedan en nuestras iglesias, en nuestras catedrales.

Porque quien dice fraile dice clérigo.

El clero, ya regular, ya secular, vivía con lujo.

Influyó sobre las conciencias.

Acaparaba cuanto podía.

Acrecía sus rentas.

Tenía una gran influencia.

Gastaba tesoros en la casa del Señor.

Esos tesoros se los ha encontrado después la nación.

Los ha malgastado en gran parte, no la nación, sino los otros frailes de distinto género que se llaman políticos.

Pero ha quedado mucho.

Nos quedan algunas catedrales, algunas abadías, algunos templos de primer orden.

Y en esos templos, obras de arte inestimables, ya en lienzos, ya en vasos sagrados, ya en códices.

Si un día se pensara en restaurar y prolongar la existencia de los monumentos; si se recogieran los tesoros artísticos que en ellos quedan, se vería cuán rica en obras de arte es España.

Y esto se debe al clero.

Y se debe también a los reyes.

Y se debe también al Municipio.

Y se debe también a los nobles.

Y se debe también a la piedad popular.

Es un tesoro verdaderamente nacional, lentamente hecho; pero hecho con grandeza y con insistencia.

Aquellos tiempos que se llaman de presión, de tiranía, de obscurantismo, tienen mucho de bueno.

Aun de inmejorable.

Tenían un espíritu lleno de fe.

Aunque no lo comprendiesen, sentían lo sublime.

En nuestros tiempos de cultura y de libertad todo está empequeñecido.

Porque todo está materializado.

Porque la razón fría ha matado la fe ardiente.

Porque el hombre no vive más que por sí mismo y para sí mismo.

Sólo en las ciencias físicas y naturales, en la invención progresiva y más grande, a medida que una ciencia ilustra, por decirlo así, a otra ciencia, y a causa de las correlaciones, un descubrimiento importante abre toda una serie de no menos importantes descubrimientos: sólo en la ciencia de lo tangible, de lo demostrable, de lo que viene por sí mismo, hijo del progreso, de

la inteligencia, de la ciencia, somos superiores a lo pasado.

Pero en cuanto a lo moral, a lo ideal, a lo que pertenece al espíritu, hemos perdido cuanto teníamos que perder: la fe en lo supremo, el sentimiento ideal de lo sublime, el sueño de la eternidad, y hemos exclamado de una manera desconsoladora y terrible: «¡Los dioses han muerto!»

Con los dioses ha pasado todo lo que, relacionándose con lo infinito de las ciencias, constituía una grandeza moral, una grandeza sublime, dentro de la rudeza de tiempos duros, de tiempos bravíos, en que el privilegio y la tiranía y aun el crimen eran la manera de ser de una sociedad demasiado viril, demasiado fuerte, demasiado dependiente del albar y del trono, en la cual no se creía Gobierno posible sino proviniendo de una autoridad absoluta e indisputable, en que no se pensaba pudiese haber otra organización social que la que naciese del privilegio.

\*

En los tiempos de Goya habían desaparecido ya las grandezas de la Edad Media.

La imprenta, una de las palancas más poderosas del progreso moderno, y una multitud de concusas habían traído el Renacimiento.

El Renacimiento había cambiado la faz moral, política y administrativa de Europa.

Había venido primero la Protesta.

Después, la Enciclopedia.

La una había quebrantado el poder de Roma.

La otra había herido el corazón de la Monarquía.

Se oía zumbear el huracán revolucionario.

Pero aún vivían los poderes amenazados de muerte.

Aún duraba la tradición.

Aún había vida para el arte.

Aún existían los conventos y los pintores tenían mercados para sus lienzos.

Ancho camino por donde llevar su genio.

Grandes recursos infinitamente superiores a los que les dan nuestras Exposiciones artísticas: ellos tenían una continua Exposición en las bóvedas, en las capillas, en los retablos y en las vidrieras de los templos.

A Goya se le puede admirar en San Antonio de la Florida.

En San Antonio de los Portugueses.

Hoy, es verdad, se tienen los museos.

Pero los museos son difíciles para el arte de actualidad.

Hay que pasar por el Jurado.

Por el premio.

Por la compra del Estado, y no se premia, no se compra todo lo que se debía premiar y comprar para estimular el arte.

Hemos dicho lo anterior para que se comprenda por qué los dos padres maestros a quienes había consultado el padre de la Pepa se habían alegrado y se habían puesto de parte de Goya.

Importaba poco que fuese libertino y de vida atrada.

Esto podía corregirse.

Había que tener en cuenta la «gracia divina»

que va infundida en el sacramento del matrimonio.

Además de que es muy común que los mejores maridos sean aquellos que han hecho cuando solteros una vida tempestuosa.

Han conocido el mundo.

Han corrido.

Comprenden mejor lo inestimable de una mujer pura y amante.

Y después los hijos...

Consultados aparte, estuvieron de acuerdo los dos padres.

Por consecuencia, el buen Bayeu los convidó para tomar en su casa chocolate aquella misma tarde.

Esto eran los frailes.

En todo tenían incumbencia.

Para todo se les consultaba.

Desde el rey al verdugo, la familia española estaba en sus manos.

Se llevó a la Pepa en casa de una vieja tía para que no estuviere allí durante el consejo.

A Goya se le echó fuera con un pretexto.

Se avisó a algunos parientes, y el consejo de familia, autorizado y enriquecido por las dos paternidades, se reunió.

El dictamen fue unánime.

La unión de la Pepa con Goya era de todo punto conveniente.

Y nada de esto sabían ni supieron las dos partes interesadas.

Se dejaron correr los sucesos.

Al fin Goya se sintió tan apretado que dijo un día a Bayeu, con su ingénita y ruda franqueza aragonesa:

—Pues, señor, ello ha de ser: me caso con la Pepa.

Bayeu esperaba esta explosión.

—¡Que te cases con la Pepa!—respondió—. Eso será lo que Dios quiera y lo que ella quiera. Y al decir esto el buen Bayeu, disimulaba su alegría.

Al fin, con largos preámbulos, con una gran delicadeza, se llegó a hablar de esto con la Pepa.

Se determinó la situación.

La Pepa creyó que Frasquito sería su marido.

No se había señalado aún el día en que se verificaría el casamiento.

Un negocio tan lentamente empezado debía ser lentamente concluido.

Esta conclusión se acercaba cuando se cruzó la Cariblanca.

Sólo un hombre del carácter de Goya podía haberse atrevido a irse con dos manotas a quienes no conocía delante de la mujer a quien amaba y que debía ser su esposa.

Pero le cogió como quien dice un mal aire.

Se dejó llevar por él.

Ya conocemos las consecuencias.

\*

Goya, esperando a Pepa, sentía una gran ansiedad.

Quería ver si Pepa le conocía.

Goya, como todos los hombres de imaginación, tenía ideas muy extrañas.

Creta, sin ser espiritista, porque entonces el espiritismo tenía otro nombre y no se había difundido, guardado aún por los embaucadores del género de Cagliostro; sin ser espiritista, decimos, creta en la influencia del espíritu sobre el espíritu, en las corazonadas, en las sensaciones espirituales.

Tenía al mismo tiempo mucho de escéptico y descreído.

Y, sin embargo, como buen aragonés, tenía una gran devoción por la Pilarica, y se encomendaba a ella con toda su alma siempre que se veía en aprieto.

Esperando a la Pepa, decía para sí, no sin ansiedad:

—Veremos si el corazón la dice que soy yo.

En aquel momento, y siguiendo a su padre, apareció la Pepa.

## CAPITULO XXII

### De cómo los ojos de una mujer enamorada ven de una manera maravillosa

Goya se conmovió.

Se le llenó el alma de ternura.

Se le olvidaron la Cariblanca, la Tirana y la Miraflores.

En cuanto a las grandes señoras que pintaba al pastel, no existían para él.

Sentía en lo íntimo de su ser la purísima influencia de la Pepa.

Aparecía desnudejada y lacia.

Tenía en el hermoso escabillante las señales del dolor y del insomnio.

Y ella no sabía, no se lo habían dicho, que Goya había malherido a un hombre y que se veía obligado a ocultarse.

Su desolación provenía del abandono de Goya en la tarde anterior.

De la herida que había recibido en el alma al ver que su prometido se había ido, sin miramiento ni consideración alguna, con dos majas.

Verdaderamente, aquello había sido monstruoso, incomprensible.

No podía darse una locura mayor.

Goya era merecedor de cualquier castigo por aquella enormidad.

Bayeu se había irritado enormemente, como era natural y justo, y había dicho a su hija:

—¡Olvidate de ese indigno! ¡Que no diga yo su nombre en tus labios! ¡Que no comprenda yo que te afliges por él, o te encierro en un convento!

Pero la Pepa no pudo dejar de afligirse, de llorar, de pasar una horrible noche en vela.

Una noche de angustia y de desesperación.

Y todo esto se veía en el dulce semblante de la Pepa, embellecido por el dolor.

No podía darse nada más conmovedor que su triste y lánguida mirada, en la que lucía un fuego febril, recóndito, fuego del alma enamorada y triste.

No podía revelarse de una manera más elo-



cuente, más intensa, la pasión que la Pepa sentía por Goya.

Éste la miraba con los ojos dilatados, asombrados, extraviados ansiosos.

La Pepa vio aquella mirada, se sobrecogió, acreció su palidez, se demuvo, ahogó un grito, y luego, con una extraordinaria fuerza de voluntad, se repuso, ardió su mirada con un fuego divino y sonrió como un arcángel glorioso.

Había reconocido, a pesar de lo admirable de su disfraz, a Goya.

Había visto su alma en sus ojos.

Y en su alma había visto su amor.

Le había visto de una manera indudable.

Había vuelto, por decirlo así, a la vida de la esperanza y del amor, y al sentirse amada, había olvidado, como si no hubiera existido, la injuria de la tarde anterior.

\*

Con una extraordinaria viveza de imaginación y de sentimiento, la Pepa había nacido el razonamiento siguiente:

«Como anoche le echó mi padre con cajas destempladas, él, para verme, se ha disfrazado.»

Y luego añadió:

«Mi padre acabará por perdonarme.»

Y terminó su razonamiento con esta ardiente esperanza:

«Nos casaremos!»

Y sintió un consuelo infinito, como el una mano fría y cruel hubiera dejado de apretarla el corazón, como si un aura de gloria hubiera desvanecido la nube caliginosa que envolvía su cabeza.

Nunca se había sentido tan feliz.

Tan inmensamente feliz.

En el alma de la Pepa, para Goya, bajo una apariencia tranquila y si se quiere tímida, ardía un volcán.

\*

Goya vio por la primera vez aquel volcán

Se abrasó en él.

Le pareció suprema la belleza de Pepa.

Se sintió envuelto por su alma enamorada.

Vió un amor como no le había visto hasta entonces.

Se alzó sobre sus vicios

Sobre su libertinaje.

Se purificó.

Y sus ojos dieron paz a la Pepa.

Y los ojos de la Pepa le dieron un paraíso.

Todo estaba comprendido.

Todo estaba explicado.

Pero era necesario ser prudentes.

Era necesario esperar que pasase el enojo de Bayeu.

## CAPITULO XXIII

**Dé cómo la justicia, por no dejarse equivar,  
dejó que se escapase Goya**

Bayeu no había reparado en nada de esto.

Le duraba su preocupación; le parecía portentoso aquel gitano que pintaba como Velázquez, más aún, que debía ser brujo. ¿Cómo había tratado de improviso, de memoria, a la Pepa?

Bayeu estaba aturdido.

El gitano le causaba espanto.

Así fué que no pudo reparar en la emoción de la Pepa, en la mirada suprema que el uno había infiltrado en el otro.

Aquella emoción había pasado.

Los dos amantes se habían dominado.

La Pepa había alentado; vivía mejor, aparecía más tranquila.

—Mira, hija mía, mira—exclamó Bayeu, llevando a la Pepa delante del cuadro—. ¿No te parece este maravilloso?

—¡Oh, Dios mío!—contestó tímidamente la Pepa

—¿No ves ahí la mano de Velázquez?—dijo Bayeu.

—Sí, señor padre—respondió la Pepa, que miraba con ansia el cuadro.

—¿Crees tú posible que hubiera uno que de tal manera se asemejase al rey de la pintura, al gran don Diego Velázquez de Silva?

—¡Sí, él!—contestó sin poderse contener la Pepa— ¡El, sí! ¡El, el monstruo de la pintura!

—¡El, él! ¡Frasquito!—contestó de mal humor Bayeu—. Pero éste no es él.

Y señaló a Goya.

La Pepa no respondió; bajó los ojos y no se atrevió a mirar a su novio.

—Nada tiene de extraño esto—dijo Goya con la voz aguardentosa—. Yo soy sevillano; me dió por la pintura; ya ve usted, señor Bayeu, que bien se puede equivar y pintar; lo uno no quita lo otro, y de veras que para mí es más difícil equivar que pintar como Velázquez.

—¡Portentosos! ¡Portentosos!—exclamó Bayeu; que no se hartaba de mirar el cuadro.

—Mi maestro ha sido Velázquez—dijo Goya—: desde que vi sus cuadros me aficioné a él. ¿Cómo está hecho eso?, pregunté. Y busqué un pintor. ¡La pintura! Para el que hace pintar la parte material es lo de menos. La mano obedece al pensamiento, le fija sobre el lienzo, arranca a la Naturaleza el secreto de la vida.

La Pepa se estremeció; Goya se remontaba demasiado. A ella le parecía que no desfiguraba su voz tanto como antes. Temía que su padre le reconociera.

Bayeu, en efecto, miraba con una grande atención a Goya.

Pero no recelaba.

No creía que el gitano que tenía delante fuese una moneda falsa.

Le examinaba fijamente porque pretendía encontrar en él algo que le indicase que aquel gitano tenía el diablo en el cuerpo.

Goya iba perdiendo su aplomo.

Veta a la Pepa transfigurada, ardiente, hermosísima, apasionada, respirando apenas, mirando con ansia a su padre, que a cada momento miraba con más intensidad a Goya.

Éste cogió de nuevo la paleta.

—Ya que esta señora ha tenido la bondad de consentir en que yo pueda concluir mi obra teniendo a la vista el original...

—¡Concluir!—dijo Bayeu—. ¿Pero no está ya concluida? ¿Por qué tocar a ese prodigio?

Y dió un gran grito.

Con una rapidez increíble, Goya había cogido en dos rasgos determinantes la expresión que en aquel momento aparecía en el semblante de la Pepa.

El arcángel miraba al cielo y parecía arrobado en la contemplación del Señor.

Goya parecía dominado por la fiebre del arte.

El cuadro crecía en detalle; cada toque era un efecto; cada restregón, un prodigio; dos monstruos, representando el uno la desesperación, el otro la condenación, habían nacido bajo la brocha a los pies del arcángel.

Una luz de gloria parecía descender de lo alto del cuadro.

En la parte inferior se sentía un abismo infinito, horrible, un infierno.

Aquel cuadro existe hoy.

A lo menos, el ángel.

Es uno de los que ornamentan las bóvedas de San Antonio de la Florida.

Goya le reprodujo allí.

La estupefacción de Bayeu crecía.

No había podido reconocer a Goya.

Goya, que era un pintor de gran potencia, había encubierto su manera acostumbrada.

En el arcángel en que estaba representada la Pepa había usado la manera naturalista, enérgica y al par reposada de Velázquez; su exactitud y su bravura en emplazar la tinta, lo sobrio y lo sencillo del toque, la verdad pasmosa, embellecida por la fantasía determinando el arte, y el arte clásico.

En los monstruos, con la manera ruda y acentuada del Españoleto, había sabido hacer campear su prepotente fantasía, había dado color y formas a lo sobrenatural terrible. En el asunto principal y en la parte superior del cuadro, la gloria; en la parte inferior, el infierno, y todo esto con bello, caliente y poético colorido de Murillo.

Y todo esto hecho con una facilidad, con una seguridad, con una verdad, con una espontaneidad, con una franqueza, con una rapidez extraordinarias, cuanto había habido tiempo para poner las tintas sobre el lienzo; dos horas cuando más, pintando, por decirlo así, por varas, domando todas las dificultades o más bien no encontrándolas.

Y es que a Goya aún no se le ha juzgado bien. Goya era el resumen de todas las escuelas. Goya era toda la pintura en una sola imaginación, en una sola mano. Si en la mayor parte de sus obras aparece desdibujado, desaliñado, licencioso, no hay una sola de sus obras en que no aparezca de una manera deslumbrante el genio creador, el «quid divinum», la vida fantástica del arte y una vida prepotente, una vida que sólo se encuentra en las obras de Goya.

—No más, no más—dijo Bayeu arrancando a Goya la paleta—, ni un toque más; esto es maravilloso; ha resultado un Ángel de la Guarda admirable; él está entre el cielo y el infierno, y en él está divinizada mi hija.

La Pepa estaba sentada en un escabel, con la hermosa cabeza inclinada sobre el pecho.

El corazón la latía con una tal violencia, que casi se oían sus latidos.

Agonzaba de amor.

—Pues señor mío—dijo Bayeu—, no conozco más que un hombre que pudiera hacer otro tanto, y ese hombre no limita a nadie, es siempre él, con todas sus licencias y su voluntariedad.

En vano se le hubiera pedido una tan completa imitación de Velázquez o de Ilivera; en vano se hubiera pretendido en él esa suavidad, esa pureza de dibujo; ser más que Goya ya es algo. ¡Y todo esto se encuentra en un gitano, en un esquilador! ¡Y este hombre no está rico, este hombre no predomina!..

—Ser es una cosa y predominar es otra—dijo Goya—. ¿Usted cree que un hombre que pinta así puede tener la seguridad de que le perdonarían sus defectos, y si se quiere sus vicios?

—Yo se lo perdonaría a usted todo, todo—dijo Bayeu, que estaba entusiasmado—. No hay luz sin sombra ni sombra sin luz.

—Pues vea usted ahí; usted no ha perdonado una extravagancia, una falta grave, no lo nie-



FRANCISCO MONTES

(Grabado en madera, de 1819.)

go, a un hombre que vale tanto como yo, y que no vale más porque no pueda valer más. Anoche llamó a su puerta de usted y usted le dijo que se había equivocado, que usted no le conocía.

La Pepa alzó la cabeza, ansiosa. Se estaba en un momento grave; su padre era muy severo.

En el semblante de Bayeu apareció una expresión singular; miró de hito en hito a Goya.

Pero continuó viendo al maravilloso gitano.

—No comprendo a usted—dijo.

—Un hombre—dijo Goya—puede pecar mucho, sin que por esto se cierre para él la misericordia divina, y si el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios...

La Pepa temblaba. Bayeu había dejado ver una expresión de asombro, de inteligencia, de indignación.

Había al fin reconocido a Goya. Bien es verdad que éste, decidido a ~~afirmar~~

la situación, había acabado por hablar con su voz natural.

Tal había sido la cólera que había aparecido en el semblante de Bayeu, que cortó la palabra a Goya.

Se arrepintió de haber provocado aquella situación.

Tal era su carácter.

No podía contenerse por mucho tiempo.

Le habían embriagado, además, el amor de la Pepa, el acrecimiento de hermosura que aquella manifestación de amor había determinado en ella.

Había perdido la cabeza.

Había sentido un verdadero arrepentimiento por haber injuriado a aquel ángel.

Toda la ternura de su alma se había revelado en él para la Pepa.

Necesitaba ser perdonado.

—Vete—dijo Bayeu a su hija.

La Pepa miró a Goya de una manera inmensa y se fué llorando.

—Lo que tú acabas de hacer es indigno—dijo Bayeu—; tú te has introducido traidoramente en mi casa, de la que se te ha arrojado con cuanto justicia se puede tener para apartar de nosotros, y singularmente de nuestras hijas, a hombres olvidados de todo deber, de toda creencia, de toda vergüenza, de todo respeto. Tú me has abofeteado a mí, has pisado el corazón de mi mujer, has escandalizado a mi hija.

Pero en medio de su furor, Bayeu miraba con un creciente asombro a Goya.

Le había reconocido, no tenía duda de que era él, y no comprendía que pudiera ser él aquel gitano.

Cuando se causa el asombro de un hombre, por firme, por terrible que sea su carácter, se puede tener la esperanza de dominarle.

—Se muere la Pepa y me muero yo si no nos casamos—dijo Goya.

Bayeu adoraba a su hija.

Sin embargo, dijo:

—Prefiero verla muerta.

—Pero el diablo anda suelto, padre Bayeu.

—¡Te prohíbo que me llames padre!

—Pues bien, señor; el diablo anda suelto y no tiene mayor placer que causar escándalos y desdichas, perturbar familias y perder almas.

—El diablo lo tienes tú en el corazón, pedrido por la impiedad, por la irreverencia, por la procaacidad, por los vicios. El genio que Dios te ha dado te lo ha dado para que se pierda tu alma.

—Mira usted, señor, que Dios no quiere que sus criaturas pierdan el alma.

—¡Las pone a prueba, las pone a prueba!—exclamó Bayeu.

—Pues eso digo yo: Dios ha permitido mi horrorendo crimen de ayer tarde para ponerlo a prueba a usted.

Bayeu se hizo atrás, escandalizado.

Le parecía increíble un atrevimiento semejante.

—¡Conque es decir—exclamó—que Dios ha permitido esta indignidad, esta desvergüenza inaudita, para probarme a mí la paciencia!

—Indudablemente, señor—exclamó Goya—; de otra manera no podía ser. Yo no comprendo cómo

esto ha podido ser. Sólo la voluntad de Dios.

—¡Ah, sí! ¡Porque tú eres impecable!

—Impecable, no; pero a un tal delito contra mi señora doña Josefa no me hubiera yo atrevido sino estando loco.

—¿Y cuándo has estado tú cuerdo, cuándo?—exclamó Bayeu.

Y aunque su voz tronaba se veía claro que iba cediendo.

—Yo cumpliré toda la penitencia que usted me imponga, padre Bayeu—dijo Goya.

Pero esta vez Bayeu no le prohibió que le llamase padre.

La cuestión iba entrando en términos de arreglo.

Bayeu se desmoronaba.

Iba comprendiendo que a un joven se le puede perdonar una locura.

Pensaba recargar Goya con alguna otra traquearía, cuando la mujer de Bayeu, que era una señora ya de edad, entró alborotada.

—¡Ahí está la justicia—exclamó—, la justicia está ahí! Pero ¿por qué viene la justicia a mi casa?

—¡La justicia!—exclamó Bayeu.

Y miró de una manera severísima a Goya.

Temía que él fuese la causa de aquella visita de la justicia.

—¡La justicia!—dijo Bayeu, al que instintivamente se le había helado la sangre—. ¡Pues que la justicia entre! ¡Yo no tengo nada que ocultar a la justicia!

—Que no salga ni entre nadie, alguaciles—dijo en aquel momento, cerca ya de la puerta del estudio, una voz llena de autoridad.

Y casi al mismo tiempo invadió el estudio el señor alcalde de casa y corte don Diego de Navascués y Figueros, seguido de su secretario y de dos negros ministros de justicia.

Encaróse el alcalde con Bayeu.

Le manifestó que en la prosecución de un proceso por heridas graves en riña iba a registrar su casa, para ver si podía ser habido en ella el delincuente don Francisco de Goya.

—¡Don Francisco de Goya delincuente de heridas graves en riña!—exclamó Bayeu.

—Así consta por esta guitarra—dijo el alcalde—. ¿Dónde está la guitarra? ¡Tráigase aquí!

Entró uno de los alguaciles que se había quedado fuera con la guitarra de Goya.

—Como maestro en el arte de la pintura—dijo el alcalde—y conocedor de las materias de los pintores célebres, y siendo don Francisco de Goya un pintor celeberrimo, yo compelo a usted a que me diga si sabe o conoce quién ha sido el pintor que ha pintado en esta guitarra éste retrato.

Goya callaba.

El alcalde había ido a echarle a perder el negocio.

Temía además que, en su severa rectitud, Bayeu le entregase a la justicia.

—¡Una guitarra!—exclamó escandalizado.

—Yo no pregunto eso, que yo sé y se sabe además que esta gitana que se llama la Mariposa y que es de vida airada ha sido cortejo del Goya.

—¡Cortejo de Goya!—exclamó Bayeu.

Y fulminó una imprudente tirada de indignación sobre Goya, cuya ansiedad crecía.

Se repuso, sin embargo, y dijo:

—Yo no sé nada de eso.

—Ni sobre ello se le pregunta; sólo quiere saberse de usted como pintor si este retrato puede ser atribuido indudablemente al pincel de don Francisco de Goya.

—No puedo negar—dijo Bayeu—que la mano que en ese retrato aparece es la suya; pero esto nada prueba, puede ser una imitación; cualquiera un poco cursado en pintura diría que ese ángel que está en el caballero ha sido pintado por Velázquez.

—Ya había yo reparado en ese cuadro—dijo don Diego de Navascués y Figueroa—. ¡Cosa magnífica! Y haciendo una pausa en este negocio de justicia, ese cuadro representa al Ángel de la Guarda, ¿no es verdad?

—Sí, señor—dijo Bayeu.

—¿Es para alguna iglesia o claustro?

—No, señor.

—¿Para algún particular?

—Para nadie.

—Perdone usted. Si usted no tiene compromiso con ese cuadro, yo le compro.

—Muchas gracias, señor; pero yo no le vendo.

—¿No le vende usted? ¿Y por qué?

—Porque ese cuadro no es mío—dijo Bayeu.

—Pues qué, ¿no ha pintado usted ese cuadro?

—Si yo hubiera pintado ese cuadro me creería un dios.

—Ese cuadro lo ha pintado yo—dijo Goya estremando su audacia.

Los valientes no pueden sufrir la ansiedad.

Necesitan a todo trance salir de ella.

El alcalde, que había reparado en aquel gitano y que se había propuesto hacer alguna indagación acerca de él cuando terminase el asunto principal, exclamó:

—¿Que usted ha pintado ese cuadro? ¿Usted, un esquilador!

—Pues qué—dijo Goya—, ¿un esquilador no puede pintar, o lo que es lo mismo, un pintor no puede esquilar? La cosa en verdad es rara; pero el ser rara una cosa no es ser imposible.

—Habla usted muy gordo, gitano—dijo don Diego de Navascués, que era mal sufridor de altanerías.

—La razón no es gorda ni flaca—dijo Goya, que se iba atufando, y, como siempre que se atufaba, olvidándose de la prudencia—; la razón es hija de Dios, y tan venerable, que obligados están a respetarla los altos y los bajos, y las gentes de justicia como las gentes justiciables. Y yo digo que si esquillo bien, esquilador soy, y si pinto bien, pintor soy; y que si por ser esquilador no dejo de ser pintor, y por ser pintor no dejo de ser esquilador, eso va en que hago lo que me parece, dentro de mi perfecto derecho, y si soy raro, por ser raro no han ahorcado todavía a nadie.

De la misma manera que si se le hubiera dado tres cominos a Goya del finchado alcalde de casa y corte el señor don Diego de Navascués y Figueroa, se barbeaba con él.

Y acontecía, mientras hablaba Goya, que al buen Bayeu no le tocaba la lengua al paladar

y la tenía aislada y temblando y seca en medio de la boca descubierta.

Y esto era de miedo.

Porque conocía el genio irascible de Frasquito, lo poco mirador que era de inconvenientes y lo ocasionado a armar una tormenta.

A Bayeu, que a pesar de todo, por ser de Levante, tenía la sangre levantisca, le parecía la cosa más natural del mundo, salvo la prudencia de su carácter, romperle la crisma a un alcalde cuando se encampanaba y hablaba ni más ni menos que si hubiera sido la omnipotencia divina; lo cual sucedía siempre, porque un alcalde no creía que representaba bien su cargo de justicia si no era serio hasta la grosería, serio hasta lo insuportable y bárbaro en las determinaciones hasta lo imposible, y lo mandado, mandado, y reviente el que reviente, y vamos andando; que esto era, ni más ni menos, un alcalde de casa y corte.

Y como Bayeu los conocía y conocía a Goya, estaba asustado y temeroso.

Y esto, no sólo por lo que él estimaba a Goya a pesar de sus diabluras, sino también por lo que le quería la Pepa, que Bayeu lo sabía bien, y mucho del amor de la Pepa a Goya se le había pegado a su padre. Como que la Pepa era las entrañas de Bayeu.

\*

El alcalde, todo inmutado, todo colérico, pero silencioso, hirviéndole la sobecchia y la saña en el pecho, había dejado hablar a Goya, esperando y deseando que Goya entrase en los términos del desacato desembozado.

Pero cuando Goya se calló, sin haber dado en otra cosa que una característica secatura, dijo con la voz trémula y sañosa:

—Dar lecciones o pretender dadas a quien no las pide ni las necesita es ya una impertinencia. Pero endiagarlas con mal talante a un alto ministro de justicia, con irreverencia y aun con desprecio, caso es de desacato grave, gravísimo, de los que no pueden quedar sin castigo. Así que, alguaciles: prendase inmediatamente a ese hombre.

—Pues a esquilar—dijo Goya—, que yo ni a tí ni a todos los alcaldes del mundo les he de sufrir su tiranía.

Y desenvainando las tijeras se fué con ellas abiertas hacia el alcalde.

Al ver aquellas antenas aceradas que parecían hambrientas de encarnizarse en él, el alcalde fué a refugiarse detrás del secretario y de los alguaciles, y éstos, olvidándose de que llevaban espada al cinto, aterrados por los rayos de cólera que partían de los ojos de Goya, hicieron plaza y se apartaron, y Goya ganó la puerta del estudio, y luego las escaleras, y el zaguán, y el patio, y la puerta, y se encontró en la calle sin que nadie se atreviese a detenerle.

## CAPITULO XXIV

De cómo un hombre de bien pueda hacer el oficio de cómplice de una injusticia

El alcalde cegó y no vió. Aquello era inaudito. Un hombre de la más baja estofa, un gitano, se había burlado de él.

No contento con haber dado en desacato, había aún llegado a las vías de hecho contra su respetabilísima e inviolable persona.

Inviolable legalmente hablando, que en cuanto a la realidad tan violable era su señoría y de tal manera se había visto apretado y compelido por Goya y hasta tal punto llevado al extremo, que bien pudo suceder que si no se aparta él, como a su imitación se apartaron los alguaciles, y no ciertamente por imitarle, sucede no una equidad, sino varias, de las cuales hubiera tenido que tomar acta en el hospital.

¿Y quién podría pintar el furor del ilustrísimo don Diego de Navascués y Figueras?

El gitano se había escapado.

Ni aun a seguirle se habían atrevido los coches de su señoría.

Se habían apartado de su viaje, ni más ni menos que si se hubieran apartado del viaje de un toro huido.

Y en verdad que si son respetables los dos guermos de un toro, no lo eran menos las dos terribles hojas de las tijeras de Goya.

—¡Todo el mundo preso, todo el mundo, hasta las moscas que haya en esta casa!—dijo don Diego de Navascués.

—Suplico a usía que se reporte y vea lo que manda—dijo Bayeu con respeto, pero con firmeza—. Yo y toda mi familia tenemos excepción, pertenecemos a la casa real; yo soy pintor de cámara, y como criado del rey, no tiene nada que ver conmigo la justicia ordinaria.

Esto era verdad, y don Diego de Navascués y Figueras no podía menos de reconocerlo.

No podía menos de tascar el freno.

No había delito de desafuero.

Mejor dicho, no había delito de ninguna especie.

Ni aun falta.

Todo consistía en que un gitano que estaba en casa de Bayeu se había desacatado con la justicia.

¿Ni qué otra cosa se podía esperar de un gitano?

¿Acaso ellos han guardado ni guardan respeto a nada?

Don Diego de Navascués bufaba.

Peró faltar a las preeminencias y exenciones de la casa real no era posible.

Que don Diego se quedase con el taco en el cuerpo no era posible tampoco.

Podían ganarle a buen mozo, y a sabio, y a otras muchas cosas a don Diego; pero a espetado? No había quién lo bebiera.

Mugía su señoría ni más ni menos que un toro con banderillas de fuego.

Y no saltaba y no se comía la tierra y el aire no sabemos por qué.

El furor le rebotaba por todos los poros de su cuerpo.

—No, pues yo no lo dejo esto así, yo no lo puedo dejar así, a pesar de todos los fueros del mundo; yo no sé hasta qué punto es usted cómplice de ese monstruo—dijo todo fosco y amenazador el alcalde.

El secretario callaba.

Dos alguaciles estaban inmóviles en la puerta del estudio.

—Yo no conozco a ese hombre—dijo Bayeu,

siempre cortés y mesurado; pero siempre firme—; hoy le he visto por la primera vez.

—¿Y qué hacía ese hombre aquí—exclamó acreciendo en acrimonia el alcalde—. ¿Cómo creer que usted no conocía a un hombre que pinta de esa admirable manera?

Y señaló el cuadro del Ángel de la Guarda.

—Para mí eso—dijo Bayeu señalando también el cuadro—ha sido una sorpresa tan grande como para usía.

El alcalde, a pesar de su furor, miraba el cuadro con avarecia.

Se comprendía que por poseer aquel cuadro era capaz de cualquier sacrificio.

—¿Y usted jura que no conocía a ese hombre, que no le había visto hasta hoy?

—Lo juró a Dios uno y trino, y por la salvación de mi alma—dijo Bayeu, pero haciendo una reserva mental.

—¿Y a qué ha venido ese hombre aquí?

—A que yo le retratase.

—¿Y en vez de retratarle usted, él ha pintado ese cuadro?

—Sí, señor; cuando yo le dije que el retrato que deseaba sería caro, él me respondió: «Yo le pagaré a usted con otro retrato.» Yo me maravillé. Entonces él tomó mi paleta y pintó eso. Es cuanto tengo que decir.

—¡Barísimo gitano!—dijo el alcalde, cuya cólera iba calmándose en algún modo—. ¡Y, sobre todo, admirable cuadro!

—Bien merece alguna indulgencia quien de tal manera pinta—dijo Bayeu—. Estos hombres que tanto valen son muy frascibles. Salvator Rosa era un bandido; Alonso Cano, a pesar de su sotana, tenía muy mal genio; del Españolito nada hay que decir; pues lo que es el gran Miguel Ángel...

—Bien mirado—dijo el alcalde—, hay que tener en cuenta aquello de «genus irritabile vatum», y para mí, tan vate, tan poeta es un hombre que pinta de ese modo como el que en verso y con pluma hace cuadros.

—Vuestra señoría se pone en lo justo.

—En fin, usted afirma y jura que no conocía a ese gran malvado?

—Lo afirmo y lo juro.

—Y yo lo creo, señor mío—dijo el alcalde—, y respecto a usted y a su familia, levanto mano, y no se hable más de privilegio, que el privilegio no puede impedirme que yo recurra al rey en justicia. Pero no se hable más.

—Vuestra señoría es un dignísimo magistrado, y no esperaba yo menos.

—En mí el sentimiento de justicia es innato.

—Yo no lo he dudado jamás; yo sé cuán dignos son y cuán incorruptibles y severos los altos ministros de justicia del rey nuestro señor.

—Concluyamos, pues, señor mío; concluyamos, pues. Pero ¿qué va usted a hacer de ese cuadro?

—Como ve usía, ese cuadro, que es de un valor inestimable, no es mío.

—Bien lo veo, y esto es una gran desgracia, porque yo daría por ese cuadro todo lo que me pidiesen.

—Me alegro de reconocer en usía un ben inteligente y entusiasta aficionado.

(Continuará en el próximo extraordinario.)



## LA NOVELA DE "LA LIBERTAD,"

## Las glorias del toreo

(CONCLUSION)

—Necesario sería ser insensible para no estimar esa maravillosa obra en lo que vale—dijo el alcalde.

Y luego, volviéndose al secretario y a los alguaciles, les dijo:

—Idos.  
Salleron.

\*

Se quedaron solos Bayeu y el alcalde.

—Es una gran contrariedad para mí—dijo el alcalde—no poder adquirir ese cuadro

El alcalde se blandaba.

Dejaba ver la oreja.

Hay muy pocos hombres que se pueden llamar verdaderamente incorruptibles.

El que es fuerte por el lado del dinero es blando por la vanidad.

Quien resiste a ésta, tal vez cede al amor.

Hay, en fin, en todos los jueces un sinnúmero de enemigos contra la justicia.

Bayeu conoció que el alcalde estaba maduro.

—Pues ese cuadro—dijo—, a más de no ser mío, es invendible, porque es un retrato de mi hija.

—¿Cómo—exclamó—ese gitano puede de tal manera divinizar a una mujer?

—Tiene el secreto divino del arte.

—¡Un gitano! ¡Un esquilador!

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Cómo! ¿Usted le conoce?

—Mucho. Estamos solos, esta es una conversación particular y lo puedo decir a usía: ese gitano es ni más ni menos que don Francisco de Goya y Lucientes.

—¡Imposible! Yo conozco mucho a don Francisco y no le he reconocido.

—Goya es tan poderoso para transformar un semblante por medio del arte como lo es para hacer de un ser humano un ser divino. De se-

guro cambiará de disfraz y no volverá por aquí; pero me avisará.

—¡Es lástima, es lástima que yo tenga entre las manos, agarrado por un proceso, a un hombre como Goya!

—De modo que el Goya ha herido a un hombre habrá tenido para ello necesidad y razón.

—El tío Juan López, el picador de toros, insiste en que él ha sido el que ha matado al agonizante.

—Pues si él confiesa...

—No pudo herir, habiendo sido gravemente herido antes.

—Hay cosas muy raras.

—¿Y esa guitarra que se ha encontrado en el lugar de la riña?...

—Que se la coma el escribano, señor alcalde, que otras cosas más grandes se habrá tragado.

—¡Y que usted, un hombre notoriamente honrado, me dé tales consejos!

—Se trata de Goya. Goya no es un hombre como otro cualquiera. Quien pinta eso merece que todo el mundo se interese por él, empezando por la justicia.

—Indudablemente, indudablemente, y se hará lo que se pueda—dijo el alcalde.

—¿Me da ustá palabra de que hará la vista gorda?

—Tan gorda que me volveré ciego. Bien mirado, ese agonizante es un protorro que abandonaba de noche su convento para ir a encañarse en vicios. Dios le ha castigado.

—La justicia de Dios no se engaña nunca. Pero, en fin, ¿me da ustá palabra de que le ventará mano respecto a Goya?

—Sí; pero que no cometa imprudencias. ¿Tiene usted la seguridad de que tendrá noticias de él?

—Sí, señor.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

—Pues cuando parezca, avíseme usted. Quiero comprarle otro Angel de la Guarda, y que como ha divinizado a su señora hija de usted, divinice a otra mujer.

—Así será. ¿Pero qué es comprar, señor alcalde? Goya es muy agradecido.

—Ya veremos si vende o si no vende, que yo no quiero ayudarle porque nie pinte el cuadro. Le ayudo por lo que vale. Cada cosa en su sitio. Ahora, señor Bayeu, beso a usted la mano.

—Beso a usted la suya. Pero ¿necesita usted que vaya acompañándole?

—No, quédese usted. Yo volveré solo esta tarde. El alcalde salió.

Iba completamente volcado.

El ansia de tener un cuadro como aquél había podido en él más que la justicia.

—¡He salvado a Goya!—exclamó Bayeu.

## CAPITULO XXV

**En que se ve que la Tirana era maestra en dar para el pelo y que tenía vara alta con la justicia municipal**

Las cosas, sin embargo, se iban enredando.

La Cariblanca, cumpliendo su palabra, se había ido a la casa de Rosarito para darle un escándalo, pelear con ella y azotarla si podía.

Encontro sola a Aniquilla, que estaba enfurecida porque al volver se había encontrado con que su ama había salido.

La había engañado.

La había quitado de en medio.

La había burlado.

Había salido, sin duda, a causa de Goya.

Para contar la pista.

Se la iba un negocio de entre las manos a la tía Aniquilla.

Estaba, pues, jurando y blasfemando cuando llegó la Cariblanca.

—¿Está doña Rosarito?—dijo ésta con todo el descaro y todo el acentillo mordaz e insolente de que era capaz.

—No, señora, hija—dijo la tía Aniquilla—. ¡Y vaya si viene usted con poder, y por la mañana temprano!

—Como si fuere al medio día o a la noche—dijo la Cariblanca—. En fin, dígala usted a esa señora que yo estoy aquí.

—¿Pues no oye usted que no está en casa? ¿Cómo se lo digo a usted, cantado o rezado?

—Oiga usted, tía bruja, hable usted con más modos o, para hacer boca, empiezo por usted.

Y se fué con tal aire hacia la tía Aniquilla, que ésta entró en tierra de miedo.

La Cariblanca, con ser tan blanca, tan bonita y tan delicada, tenía una fama de azotadora y de atroz que no había más que pedir.

—Usted perdona, señora María—dijo la tía Aniquilla—, que yo no he querido ofenderla a usted; es que estoy de mal humor porque ya no se puede estar aquí con honra.

—¿Qué está usted diciendo, mujer? Pues qué, no hay honra en esta casa?

—La había

—¿Es verdad que aquí, con doña Rosarito, ha pasado la noche un hombre?

—Sí que sí—dijo la tía Aniquilla—, y yo no sirvo más en esta casa.

—¿Ese hombre es don Francisco de Goya?

—El mismo que viste y calza.

—¡Válgame Dios y qué caritativa es doña Rosarito! Yo le contaré un cuento. ¡Y no es que se esconda, tía Aniquilla!

—Que no, que no está; que me ha echado fuera esta mañana con un recado, y en cuanto me he ido se ha salido con el otro para tenerlo seguro.

—Mire usted, tía Aniquilla, cuando vuelva su señora de usted, va usted y me avisa, y para que no se queje usted, tome usted ese par de pesos.

—¡Siempre ha de ser usted generosa, señora! Usted perdona el yo sin querer la he ofendido.

—No hay de qué. Y oiga usted, que no se la olvide a usted ir a avisarme. Quedo usted con Dios.

Y se fué.

\*

Apenas había entrado en su casa la Cariblanca cuando llegó a la suya Rosarito.

En cuanto entró dijo a la tía Aniquilla:

—No tengo que ajustarle a usted la cuenta, porque me debe usted dinero. Así acabamos más pronto. Perdonada la deuda. Ahora coja usted lo que tenga y márchese usted y que yo no la vuelva a ver a usted en todos los días de mi vida.

—Bueno, mejor—dijo la Aniquilla—. Yo se lo iba a decir a usted, porque yo no puedo estar en una casa donde se ha perdido la vergüenza.

La Tirana cegó y no vio.

Arremetió a la vieja, la cogió por el pescuezo, la tiró al suelo y la dió una pateadura. Entretanto, la Aniquilla gritaba que ponía el grito en el cielo.

Se juntó gente en la calle.

Acudieron los vecinos.

Las vecinas.

Los chicos y los grandes.

La Tirana no lo dejaba.

Parecía que se había propuesto sacar a puntapiés el alma del cuerpo a aquella bruja.

—¡Sí, sí, grita, grita!—decía—. ¡Anda a buscar a la justicia para que vengan a prenderlo! Y continuaba pateándole.

Dándole con las sillas, tirándosele todo, sin mirar en dónde la daba.

Estaba ciega de furor.

Y por más que los vecinos que ofan chillar, o más bien aullar, a la vieja llamaban a la puerta, no acudían.

Continuaba la paliza.

Pero de ordago, y tan de ordago que aquello no era ya paliza, sino destrucción.

En fin, de un furioso puntapié que recibió la vieja en un tajar se quedó sin sentido.

Cesaron los gritos.

—Mejor, si has echado el alma por la boca—dijo la Tirana.

Y todavía le arrimó obra pateadura.

Estaba hermosísima con su furor.

Parecía una fiera.

Pero una fiera que tiraba de espaldas

se resplandecían los ojos.

Arrojaba por ellos un fuego sombrío.

Estaba pálida y descompuesta.

Jadeante de furor, enrojecida y contraída la boca, pálida, amenazadora, letal, parecía la diosa del exterminio.

Entretanto los vecinos, que después de los gritos desesperados, verdaderos aullidos de rata cogida por un gato o de gorrión atrapado por el gavilán, se apercibieron del profundo silencio que sobrevino, sintieron el navor de quien ve la muerte de un ser humano.

El alcalde de barrio, que había acudido, creyendo, y no sin razón, que había sucedido una desgracia, llamó con gran fuerza a la puerta en nombre del rey.

La cosa había sucedido en el patio, junto a la puerta.

La Tirana, que al fin había oído la voz sacramental, por decirlo así, de «Abren a la justicia del rey nuestro señor», abrió la puerta de par en par.

—Vaya, pues que entre su real majestad—dijo—y que recoja esa inmundicia.

En el cenador, al pie de las escaleras, boca arriba, desparramada, arrojado el zagalejo, dejando ver unos zancajos que le parecían todo menos piernas, abiertos los brazos, desconjuntada, desmayada, moribunda, estaba la Aniquilla.

El alcalde había entrado, y tras él se había cotado una turba de vecinas y vecinos.

—Pero ¿qué viene a ser esto, mi señora doña Rosario?—exclamó el alcalde, que tenía una verdadera debilidad por la Tirana, que había andado y aun corrido tras ella sin conseguir nada, y que no se atrevía a tratarla, ni quería ni podía, sino con un profundo respeto, con una gran parcialidad.

—¿Pues no lo ve usted, don Melchor, o está usted ciego?—contestó con altivez, con un desparramo infinito y con el aire de taco más agresivo del mundo y lo más manolo que podía darse—. Esto es que he dado para el pelo a esa lamprea.

—¡Pero mi señora doña Rosario!...—dijo don Melchor, no sabiendo qué hacer ni qué decir, porque aquello pasaba en público.

—Pero, señor don Melchor—respondió la Tirana—, si es que usted viene por la mañana temprano a recoger la basura y con tanta gente, puede usted llevarse la, y hasta se le pagará algo por su trabajo.

—¡Vaya una soberbia!—dijo una vendedora de rábanos que se había cotado entre la multitud—. Si fuera una «probe»...

—Lo que usted tiene que hacer, don Melchor—dijo la Tirana, que sabía que podía usar y aun abusar—es echar a esa gentuza, que sin licencia de nadie se ha metido en mi casa, y si usted no la echa, la echaré yo.

Se levantó un agresivo murmullo de indignación entre la multitud.

Todas aquellas señoras, todos aquellos caballeros se sintieron heridos en lo más hondo al oírse llamar gentuza.

—¡Ea, largos!—dijo recargando la Tirana—. Que si el alcalde no basta, basto y sobro yo.

—¡Cómo que yo no basto!—exclamó don Melchor levantando su vara de justicia; es decir,

su bastón de caña de Indias con puño de oro y borlas, y apoyando con fuerza su mano izquierda en la brillante empuñadura de oro de su espada—. ¡Salgan todos, o por Dios vivo que meto en la cárcel al que se haga reacto! A ver, alguaciles—añadió, dirigiéndose a los del Ayuntamiento que le habían seguido—, ¡a dejar inmediatamente el redondell!

Por estas palabras se ve que don Melchor de Azpeitigafia, vizcaíno nativo, era un señor de muchos fueros, y a más de esto aficionado a toros.

Era regidor de la villa, y como tal tenía el importante cargo de alcalde del barrio, o más bien del cuartel de San Francisco.

Tenía una grande y hermosa casa en la Puerta de Moros.

Vivía en grande.

Era millonario y viudo sin hijos.

Pero era raro.

Tenía cincuenta y cinco años.

Las aporricias, el tipo, eran completamente vizcaínos de pura raza.

Aunque andaba hacía mucho tiempo perdido por la Tirana, nada había conseguido de ella, pero ella a veces le visitaría, y aun así muy de tiempo en tiempo.

Pero esto no amenguaba su pasión.

En el cuartel le tenían más que a la tra de Dios, porque cuando era necesario, y aun sin serlo, se llevaba por delante todo lo que se le oponía.

Si no era título, llevaba el hábito o trapo de comendador de Calatrava, que no se quitaba ni aun para dormir.

Estaba relacionado con todo lo que había de noble y poderoso en la corte, y en Palacio se le recibía con grandes consideraciones.

No se refa nunca, y de tal manera hacía sentir el temor por su respetabilidad, que cuando un pelón cogía una rabieta y se emperraba, no bastando los azotes para que se callara, le decían:

—Mira que va a venir el señor Azpeitigafia y te va a comer.

Y era probado.

No había muchacho que al oír el nombre de su señoría no se callase.

Y este terror pavoroso que causaba el flustre y severísimo regidor perpetuo de la villa de Madrid y alcalde de su cuartel de San Francisco, protegió a la Tirana.

En primer lugar, toda aquella gente, aunque ofendida por despreciada, se calló, y a más de esto los alguaciles la arrojaron a empellones, sin consideración alguna.

Pero hubo protestas del género siguiente:

—¡Hombre, no sea usted bruto y no se aproveche usted para poner las manos donde no se puede, o aunque sea usted más alguacil que que Dios se traga usted las ruedas! ¡Su madre! ¡Vaya un tío!

**“El Ajuar de Casa,” S. BERNARDO, 68**

Ferretería. Artículos de mesa y limpieza. Baterías de cocina. Heladoras. Baños. Armarios frigoríficos.—Precios económicos.

Y por aquí y por allá se oía decir:

—¡Y esto es justicial!

—¡Esto clama a Dios!

—¡Y luego dirán!

—¡Ya lo crees! ¡Si no fuera éllat!

Porque, eso sí, querer ponerle la mordaza a los españoles de los barrios bajos de Madrid sería una insensatez.

No hay quien pueda.

Ellos obedecen; pero malamente, y soltando quinina.

Y de cuando en cuando, antes y ahora, y lo mismo será probablemente siempre, lo dan una paliza a la autoridad callejera, y aun la «molan», dejándola seca, porque sí.

Así los ha hecho Dios, y están bien hechos.

En fin, los alguaciles echaron fuera a aquella multitud.

Una manola muy joven y muy hembra, que no había entrado, dijo al ver espeler a la gente:

—Ahora no puede ser; pero yo vendré luego y nos veremos las caras.

Aquella manola era la Cariblanca.

En cuanto a la Miraflores, no se había movido de su casa.

## CAPITULO XXVI

**En que se ve hasta qué punto puede llevar el amor a un hombre grave**

Se quedaron solos la Rosarito, el comendador Azpettigaña y, por tierra y sin sentido, la vieja.

—Pero, Rosarito...—dijo el alcalde.

—Pero, don Melchor...—dijo la Tirana.

—Esto tiene una cierta gravedad.

—Si ha reventado, mejor; ha tenido la avilantez de creer que yo he escondido a un hombre en mi cuarto, como si yo tuviera que esconder a nadie, ni taparín de nadie, ni dejar de hacer lo que me dé la gana.

—¡Cómo! ¡Eso ha dicho!

—Sí, señor, y se ha atrevido a decirme que no tenía vergüenza. Y por eso, sí, señor, por eso...

Y la Tirana hizo con su preciosa mano un movimiento enérgico que indicaba la paliza.

—Pues bien hecho, muy bien hecho, justisimamente hecho—dijo el alcalde—, y aunque hubiera sido más no le hubiera hecho nada. Pero vamos claros, mi señora doña Rosarito. ¿Había para esa enormidad visos de razón?

—Mire usted no me vaya sobre usted, don Melchor—dijo la Tirana—. ¡Pues bueno está el alcázar para pitos! Y, sobre todo, que a usted qué le importa que yo quiera a un hombre o no le quiera. Vamos, yo me voy, que como me he quedado sin criada, tengo que hacer mis cosas. Y lo que usted tiene que hacer es llevarse esa carroña, que no la vea yo más, y mañana al barranco. Ahora, si después quiere usted tomar chocolate conmigo, eso es distinto.

—¡Cómo, cómo! ¿Que usted se va a emplear en aquello para que no ha nacido por falta de servidumbre? ¿Y esto habla de ser en mis días, y sabiéndolo yo? ¡Hola, Golpetillo!

Acudió inmediatamente uno de los alguaciles que se habían quedado en el portal.

—Inmediatamente—dijo don Melchor—que se venga el cocinero con dos perdices; tráete dos doncellas.

—Pero, don Melchor...—exclamó la Tirana.

—Inmediatamente—repitió el alcalde, encarándose hosco con el alguacil.

Golpetillo saltó disparado.

—¡Hola, Paviás!—dijo el alcalde, llamando nuevamente.

Se presentó un alguacil de tal manera chato, que de las narices no tenía más que las ventanillas.

—Vayan al instante a buscar un médico.

—Mejor sería la extenuación—dijo Paviás, que servía de bufón al ilustre alcalde.

—Eso será si el médico lo manda, imbécil—dijo don Melchor—. Anda listo, y que entren otros dos para poner en una cama a esa mujer. Se fué Paviás.

—Pero yo no quiero que aquí venga nadie—dijo la Tirana—. Yo tengo de sobra quien quiere servirme.

—Pues ya que tan tirana es usted conmigo, permitame usted que la sirva—dijo el ilustre Azpettigaña—. Sobre todo, es necesario sacarla a usted del compromiso, porque esa mujer está muy grave.

—¡Qué reviente! En fin, yo me voy arriba; usted está en su casa, don Melchor.

Y Rosarito tomó por las escaleras.

—Pero dignese usted, señora, por lo menos, decirme dónde está el cuarto de esa mujer.

—Ahí, en la sala baja, hay una cama—dijo Rosarito.

Y continuó subiendo.

Desapareció.

¡Prepotencia del amor!

El teso, el soberbio Azpettigaña descendió hasta el punto de echar mano y de ayudar a los alguaciles a poner en una cama que se encontró en la sala baja a la tía Aniquilla.

Sobrevino el médico.

Era cojo.

El señor Pestañita, notabilidad científica del barrio de Toledo.

Examinó a la zurrada.

Declaró que aquello no era otra cosa que una paliza un poco dura, y que la paciente podía con mucho más.

Que aquello tenía más resistencia que el lagarto de Jaén.

Que con sangraria y aplicaría unos confortativos y unas bizmas bastaba, y que de allí a cuatro días la paciente no estaría más que un poco quebrantada. En fin, que se llamase a su compadre el barbero de la esquina, el señor Patafónica, que era un gran sangrador; que se diese a la aporreada una bebida, que iba a recetar, y que se la arropara para que sudase, tras lo cual la completa reacción llegaría de una manera rápida.

Respiró Azpettigaña.

Aquello era otra cosa.

Se podía echar tierra al negocio.

La Tirana, cuando se la calmase la marejada, debía agradecer aquel servicio.

Se dió al fin a la bruja no sabemos qué bebida.

Se la sangró.

\*

Entretanto habían llegado, traídos por el alguacil que había ido por ellos, de orden del egregio alcalde, las doncellas, el cocinero y el pinche.

¿Y por qué este señor, tan mirado, tan formal, tan puesto en sus puntos, tenía en su servidumbre doncellas, que así llamaban piadosamente nuestros abuelos a las muchachas de servir, y así, por tradición, sigue llamándose?

Porque el comendador Azpeitigaña tenía necesidades de las que no podía prescindir, como el lavado, el planchado y el cosido de su ropa blanca.

Para esto tenía media docena de buenas mozas, bien puestas, limpias y bien pagadas para que pudiesen ser limpias y bien puestas, y bien comidas para que se mantuvieran gordas y rozagantes y honraran la casa.

Pero para cuidar estas doncellas y no perderlas de vista de día, y encerrarlas y aislarlas por la noche, tenía a su servicio el cristianísimo Azpeitigaña una señora viuda de un escribano, que era más clara que los rayos del sol en los puntos de honra.

Todo el mundo lo creía así.

Pero resultaba que doña Zoa tenía obligaciones con el cocheró mayor.

Que el cocinero se acomodaba con la primera doncella, y así todos los demás.

De modo que la casa del comendador, de día y a la vista del público, sería y grave, de noche y a puerta cerrada, y entre el silencio, era lo más alegre y enamorado del mundo.

A más de esto, la casa era continuamente frecuentada por frailes, la mayor parte franciscos.

De modo que no había nada que pedir.

Don Melchor de Azpeitigaña dormía tranquilo a pierna suelta.

¿Y cómo no, si para guardar la virtud de sus doncellas y el decoro de su casa tenía a la severísima doña Zoa, que valla de oro molido tanto como pesaba?

\*

Las dos doncellas se presentaron a la Tirana seguidas del cocinero y del pinche.

A éstos les dijo la Tirana que podían volverse a casa de su amo, que ella no quería en la suya tales galafates.

Pero en cuanto a las doncellas, cosa distinta.

\* La entraron por el ojo.

Eran de la crema del barrio.

Manolas hasta los tuétanos.

Jóvenes.

La que más contaba veinte años.

De libras y buen trapío.

La una se llamaba Carmen y la otra Catalina.

—Con vosotras me quedo—dijo la Tirana—, que estoy ya cansada de vejesterios; pero me quedo con la condición de que os quedáis de asiento.

—¿Pues que más queremos nosotras, señora?—dijo Catalina—. Que en casa del señor hay que estar siempre con el puño cerrado y las uñas

listas, y hay que dormir con un ojo abierto, porque el señor es muy bueno; pero doña Zoa es una bruja hipócrita y está cambalachada con el cocheró, y además confusa con uno de los de su satisfacción.

—¿Pues no que los otros?—dijo Carmen—. ¡Buenos están el cocinero y los pinches!

—Pues a decirle a vuestro amo, que está abajo, que os quedáis en mi casa de asiento, porque sí, y que él se vaya, que estoy cansada y no tengo ganas de contestaciones, y que otro día hablaremos.

Las doncellas bajaron.

Reflexionó el comendador lo que doña Rosarito las había dicho.

Don Melchor dió por bien hecho lo que había hecho la Tirana; encargó a Carmen y a Catalina que la sirviesen como dos ángeles, que él, por su parte, las regalaría, y se fué con sus alguaciles, resuelto a echar tierra a la paliza de la tía Aniquilla.

## CAPITULO XXVII

En que se ve que no era fácil que al señor Pedro Romero picase en la carnada

Se había restablecido la paz en la casa.

Catalina recibió la orden de cuidar a la tía Aniquilla.

A Carmen dió posesión de la cocina, y la informó de lo que tenía que hacer, la Tirana.

Después de esto se arregló, se puso la mantilla y se fué a casa de la Teresa, donde la noche anterior había dejado a Goya.

Si va un momento antes se encuentra allí con el señor Pedro Romero.

Nuestro buen hombre, en cuanto se separó de Goya, comprendiendo que debía cubrir todos los flancos en provecho de su amigo, se fué a buscar a su casa a la Teresona.

Esta, al ver en su casa a Pedro Romero, estuvo a punto de perder la cabeza.

Era demastada moza aquella.

Hasta tal punto llegaba la popularidad de Pedro Romero que se tenía por honrado todo aquel a quien saludaba.

Aquel a quien Pedro Romero daba la mano se inflaba de orgullo.

Matar toros como el célebre diestro los mata, era cuanto se podía hacer en España para ser un personaje.

Aun hay algo de esto, y eso que la casta de los Romeros se ha acabado.

La Teresona se apresuró a hacer entrar a Pedro Romero y le miró con ansiedad, como si quisiera decirle:

—¿A qué viene usted aquí, señor mío?

La Teresona era muy buena moza.

Muy aficionada a toros.

Se ponía siempre, muy emperifollada, en un tabloncillo del toril.

Podía suceder muy bien que el señor Pedro Romero hubiese reparado en ella.

Que se hubiese enamorado.

Que hubiese preguntado quién era.

Que se lo hubiesen dicho.

La Teresona era muy conocida.

Como que echaba muy bien las cartas.

¡Y ahí es nada!

¡Ser cortejo del señor Pedro Romero!

Es lo que menos pensaba la Teresona era en que el célebre torero iba allí a causa de Goya. Ignoraba también que Romero no había tenido nunca cortejos.

Que no había sido hombre de estos tratos

Que no podía serlo.

Era muy buen cristiano, muy formal, muy caballero, y no podía por ningún concepto faltarlo a su mujer.

Pero ¡hay alguna mujer que no crea que puede volverle el juicio al hombre más sensudo?

La Teresona esperaba una buena fortuna.

Las cartas se lo habían anunciado.

Tal vez aquella buena fortuna era el señor Pedro Romero.

Hay que advertir que la Teresona estaba pericada por él.

Como que el señor Pedro Romero, a más de su celebridad, era muy buen mozo.

Más aún, muy hermoso de cara.

Y además de esto ganaba mucha dinero.

No se podía pedir más.

La Teresona palpaba.

¡Qué mayor fortuna podía esperar?

Pero el gozo en el pozo.

A la Teresona se le cayeron los paños del sombrero cuando Pedro Romero la dijo:

—Vengo de parte de doña Rosario Fernández.

—¡Ah, sí, la Tirana!—dijo la Teresona avinando el gesto— Pero yo no conozco a esa señora más que como se conoce a todo el mundo... No tengo confianza con ella.

La Teresona creyó que Pedro Romero quería usar de ella como intermediaria.

—Pero usted conocerá esta sortija que me ha dado para que me sirva de señal y pueda entenderme con usted—dijo Pedro Romero haciendo caso omiso de la intención de la Teresona, que se dejaba comprender en su semblante, en su mirada, en su acento.

—¡Vaya si la conozco!—dijo la Teresona mirando con envidia la alhaja—. Como que no se la quita nunca. ¡Un solitario que vale muchos puñados de pesos! ¡Y le ha regalado a usted esa hermosa sortija la Tirana!

—A mí, señora, no me regala nada nadie, como no sea por mi trabajo y sobre el redondel—se apresuró a decir Pedro Romero—. Y yo trabaje toros, que lo que es vacas no lo he hecho nunca, y yo no sé a lo que sabe el pan de hembra, ni lo quiero saber. Y con mi mujer me basta y me sobra, y punto redondo, y a otro cosa; que será mejor.

—Usted, perdona, señor Pedro Romero—se apresuró a decir la Teresona—, que yo no le he querido ofender.

—A mí no me pueda ofender ninguna mujer más que la mía—dijo Pedro Romero—, y por ese lado estamos bien seguros.

—Como es usted tan buen mozo—dijo la Teresona—, nada hubiera tenido de particular que la Tirana se hubiese enamorado de usted.

—Pues se ha equivocado usted—dijo Pedro Romero, que sufría visiblemente—. Ni ella da ni ni yo de ella.

—¡Vaya! Pues hay que estarle pidiendo a usted perdón hasta el día del juicio por la tarde. Amigo, el que vale tiene razón para eso y mucho más.

Y la Teresona miró a Pedro Romero de una manera tal, que no parecía sino que le decía: «Si no pasa usted adelante es porque no quiere, que la cosa no se le puede a usted obrar más.»

—No hay para qué—dijo Pedro Romero contestando a un tiempo a las palabras y a la mirada que le habían provocado.

La Teresona se mordió los labios.

No había medio de hincar el diente al señor Pedro Romero.

Por todos los lados que se le acometía se le encontraba duro como un pedernal.

Pero atento, eso sí, muy atento.

La Teresona suspiró.

Ella estaba acostumbrada a ser solitaria.

Y cuando claramente solitaba y no se la entendía o no se quería entenderla, sufría horribilmente en su gusto y en su amor propio.

—Pues yo vengo de parte de la señora doña Rosario—dijo Pedro Romero—, y la señal es esta sortija que le he ensinado a usted.

—¿Y no ha quedado usted para otra cosa, señor Pedro Romero?—dijo como con disgusto la Teresona.

—Vamos a la que importa—dijo Pedro Romero, ya con alguna impaciencia—, que yo tengo mucho que hacer y usted sin duda no está desocupada.

—Para usted estoy desocupada yo siempre, y más que fuera—dijo la Teresona, que no desistía.

—Muchas gracias y estimando—dijo Pedro Romero—, y vamos al caso. Y el caso es que la señora doña Rosario trajo anoche a su casa de usted un sujeto.

—Sí—dijo la Teresona—; pero en seguida vino la Miraflores y se llevó a ese sujeto de parte de la Tirana.

—Ya lo sé; como que la Miraflores me lo ha entregado a mí.

—¿Calle! ¿Usted conoce también a la Miraflores?

—Yo conozco a mucha gente, señora, y mucha gente me conoce a mí. Como que trabajo en un sitio muy público.

—¿Y vayo un par de mozas que usted conoce y trata con confianza! ¡La Tirana y la Miraflores!

—Dos buenas mujeres, quitando lo que tienen de ligeras—dijo Pedro Romero—; pero, al fin, así anda el mundo, y no son malas.

—Yo no he dicho eso, sino que son muy buenas, demasiado buenas, vivas de genio; pero no le hace. En fin, vamos a ver la verdad de la vida de usted, señor Pedro Romero.

—Pues yo vengo a decirle a usted que la Miraflores se llevó ese sujeto sin que de ello haya tenido conocimiento la señora doña Rosario, que fue la que le trajo.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo dicho; la señora doña Rosario cree que ese sujeto está todavía en su casa de usted y me ha buscado y me ha enviado para que usted me lo entregue por la señal de esta sortija.

—Pero si la Miraflores se lo ha entregado a usted, ¿cómo se lo he de entregar yo?

—No es eso. Lo que yo quiero es que la doña Rosario no sepa que se lo ha llevado la Miraflores, para evitar disgustos y escándalos. Por lo mismo, usted le diga que me lo ha entregado a mí.

—¡Ay, sí que sí! ¡Y vaya si lo diré! Como que no quiero yo cuentas con la Tirana. Pero ¿cómo supo la Miraflores que esa persona estaba aquí y que la había traído la Tirana? Vamos, la habrá acechado. ¡Qué mujeres! A la greña por los nombres. Es verdad que el mozo lo merece, y me alegro de que se lo haya llevado, porque ya había empezado a andarme con mareos. ¡Qué hombres, señori! ¡Y que haya mujeres que se pierdan por ellos!

—Pues cuanto más «confiscados», más deseados—dijo Pedro Romero.

—No es eso verdad; que usted no es «confiscado» y es usted más buscado que muchos.

—Agradeciendo y estimando—dijo Pedro Romero, que se fastidiaba visiblemente—. ¡Conque quedamos en que usted no dirá a la señora doña Rosario ni una palabra de la Miraflores?

—Descuide usted, que no diré nada, porque no me tiene cuenta.

—Pues entonces, quede usted con Dios, señora, y muchas gracias.

—No hay de qué, y vaya usted con Dios, que tiene usted tanta prisa que no le quiero detener. Pero esta casa y quien la habita son de usted, y yo tendré una gran satisfacción en que usted venga a honrarme.

—El honrado será yo, señora—dijo Pedro Romero.

Y se fué.

—Este hombre es tonto—dijo la Teresona, que creía que para no aprovecharla a ella era necesario estar ido—. ¿Cómo quería que se le digan las cosas? ¡En latín o en castellano?

Y se asomó a la puerta.

En aquel momento Pedro Romero torcía la esquina de la derecha y se perdía en la calle de la Paloma.

La Teresona suspiró y cerró la puerta de mal humor y refunfuñando.

## CAPITULO XXVIII

### De la aventura que le sucedió a la Cariblanca con la Tirana

Dejamos al señor Pedro Romero, que después de haber advertido prudentemente a la Teresona se fué, como debía, al hospital y habló, por ser quien era, al tío Juan López, a pesar de que estaba incomunicado, y de allí se fué a andar todos los pasos que él creyó oportunos y conducentes en beneficio de Goya, y volvámonos a la calle de Calatrava y a la casa de la Rosarito Fernández.

Ella se había hecho suyas y había puesto a su devoción, como sabemos, a las dos doncellas

que le había enviado su enamorado hasta el alma, el buen regidor de la villa, alcalde del cuartel de San Francisco, el comendador don Melchor de Azpeitigana.

La casa estaba sumida en un profundísimo reposo.

En la sala baja la tía Antiquilla ralaba sordamente como una fiera destrozada por otra y digería, digámoslo así, aturdida, desmadrada, el formidable correctivo que la había aplicado, no así como se quiera, sino por todo lo alto, la Tirana.

Una de las doncellas estaba en la cocina y la otra en el tocador ataviando a la Tirana, que quería ponerse más hermosa que nunca, ayudando con los adornos sus encantos naturales.

Como que se preparaba a salir para ir de Ceca en Meca a revolver el mundo por medio de sus



FRANCISCO ARJONA GUILLEN (CUCHARÉS)

(Grabado en madera, de 1878.)

relaciones, que las tenía muy buenas, en beneficio de Goya.

Parte porque Goya la había flechado y, más aún porque lo había tomado a empeño, se había propuesto hacer milagros.

Se iba a ver lo que ella podía.

Estaba excitada, terrible y con un humor de todos los diablos.

Había que pensar en que donde ella cayese había de producir el mismo efecto que si cayese una tempestad.

Andaba entretanto el tiempo.

Llegó el medio día.

La Tirana estaba ya ataviada con un lujo inusitado, con un gusto exquisito, con una notable riqueza, con los cabellos rizados, perfumada, resplandeciente, hecha, en fin, un arángel.

En la puerta la esperaba un gran coche de alquiler, que no lo parecía.

Uno de los pocos coches de lujo que había en Madrid a disposición de los forasteros ricos.

Pero no pudo llegar al coche.

La Cariblanca, que estaba esperando adentro, en la puerta de su casa, en cuanto vio a la Tirana partió a la carrera y se puso delante de ella.

—¡Pues sin rumbo que digamos!—dijo, mirándola con insolencia—. Espérese un poquito, señora, y entre usted conmigo para adentro, donde no nos oigan, que tengo que decirle a usted dos palabritas.

La Tirana miró de alto a bajo a la Maruja y la dijo con desprecio:

—¡Quite usted de delante, mujer! ¿Qué tiene usted que decirme a mí ni qué tengo yo que ver con usted?

—¡Vaya, que nos achicamos!—dijo la Cariblanca—. ¡Como que esto no es ir a cantar la «Tirana» a las casas de la gente gorda «por cuarto vos», para sostener el lujo y la apariencia sin tener sobre qué caerse inercial! ¡Si usted es una medio comedianta que acabará usted por ser una comadianta del todo y poner la cara a la vergüenza para ganarse la corteza!

En efecto; a doña Rosario Fernández la llamaban la Tirana porque cantaba la canción popular llamada la «Tirana» de una manera arrebatadora.

La Cariblanca había exagerado: la Rosarito cantaba, es cierto, en las casas de sus conocimientos, que eran numerosos, y de esto había nacido su fama y el nombre de Tirana que se la había puesto por excelencia.

Pero hasta entonces no había vivido de su rara facultad para la música.

Bien es verdad que los que dirigían las compañías de los coliseos del Príncipe y de la Cruz y el teatro de la Ópera o de los Campos del Peral la habían hecho proposiciones para que se contratase como «dama de canto».

Pero no había aceptado ni había recibido jamás precio alguno por cantar en ninguna parte. La Cariblanca la ofendía ex profeso, la provocaba.

La Tirana, que estaba en el peor estado de espíritu posible, oyó, sin interrumpirla, a la Cariblanca, y cuando ésta se detuvo, no para concluir, sino para tomar resuello, la dijo:

—Vamos, pase usted adelante, señora, que tengo yo todo el gusto del mundo en recibirla a usted en mi casa.

Y se entró para adentro.

La Cariblanca, que ni debía ni temía, la siguió. Certó la Tirana la puerta de en medio, y estando en el mismo sitio en que poco antes había aporreado a la tía Antiquilla, se detuvo y dijo.

—Como usted no tiene qué decirme ni yo tengo que escucharla y es usted una escandalosa, vamos a acabar muy pronto. ¡A ver, Carmen, Catalina!

—¿Y a qué llama usted a nadie, señora?—dijo la Cariblanca, armándose—. ¡Es que la ha dado a usted el pasmo?

—Es que el componerme me ha costado mucho tiempo y no quiero descomponerme—dijo la Tirana.

A esto habían sobrevenido Catalina y Carmen.

—A ver si sabéis darle una vuelta a ésa—dijo la Tirana—, y firme, que yo salgo a todo.

Las doncellas, que sabían lo que la Tirana podía con su amo y lo que su amo podía, no vacilaron un momento.

Arremetieron a la Cariblanca, que acometió a su vez.

Hubo durante algunos segundos una lucha, acompañada de los improprios de más volumen que jamás han salido de una bonita boca de mujer; un repertorio de palabras imposibles, que la Cariblanca vomitaba como si hubiera tenido dentro de sí una fuente viva de insolencias; pero, en fin, la Carmen, que era robusta, logró trincarla por el medio, la humilló la cabeza, se la metió entre las piernas, la arremangó la basquiña (gracias a que allí no había más que mujeres), y sujeta ya así la Cariblanca, como se sujeta a un toro en el torno para embolarle, la Tirana se quitó uno de sus preciosos chapines y, no con la suela, sino con el tacón, se dio a azotarla con verdadero furor, con verdadera crueldad. Cada golpe dejaba una señal de la que saltaba la sangre.

La Cariblanca chillaba y maldecía; las doncellas se reían; la Tirana apretaba la mano y decía:

—Toma, toma! Para que te se baje la sangre que te se ha subido a la cabeza y te acuerdes de mí.

Al fin, dominada, rendida por el castigo, la pobre Maruja exclamó, anegada en lágrimas y tan humilde como soberbia había estado antes:

—¡No me pegues, por Dios, más, que me estás matando! ¡Pardóname si te he ofendido, y mira que ya no puedo más!

La Tirana la dió una última tanda, más despiadada, más insostenible, y luego, volviendo a ponerse el chapín, dijo a las doncellas:

—Soltadla y que se vaya a la vacada, que lo que es las señales no se la quitarán en todos los días de su vida.

Las doncellas la soltaron.

La Tirana abrió la puerta, y cuando la Cariblanca salía desalentada, ciega, como un gato espantado, la dijo:

—Vaya usted con Dios, señora, y si ha quedado usted con ganas, vuelva usted por otra, que se la servirá de amiga.

La Tirana entonces, como si nada hubiese sucedido, encargó a las doncellas cuidasen la casa y se fué al carruaje.

Al ir a entrar en él se atravesó una beata.

## CAPITULO XXIX

En donde se ve hasta qué punto el amor doméstico a la fiera

—Deja, hija, deja—dijo la beata—; yo voy a acompañarte.

Y con el desenfado mayor del mundo se metió en la calera.

—¿Adónde va usted, tía bruja!—dijo la Tirana, que estaba de prueba.

—No voy, vengo—dijo la beata—, y aunque me trates mal no me he de ir ni tú has de que-



rer que me vaya en cuanto sepas quién me envía.

Esta conversación pasaba estando la beata ya en el coche y la Tirana con el pie puesto en el estribo, conmovida y airada aun y dispuesta a cualquiera otra cosa enorme.

—Nadie tiene que enviarme a usted a nada—dijo la Tirana con acento sombrío y con aire de tempestad.

—¡Vaya sí! tiene!—dijo la beata—. Como que quien me envía es un buen mozo.

—Está usted dando lugar a que yo le choque—dijo la Tirana.

—¡Vamos, niña, vamos!—dijo la beata—. ¡Si quien me envía es don Francisco!

—¿Don Francisco de Goya?—dijo demudándose la Rosario.

—Pues ése—dijo la beata.

Cambió el tiempo; la tempestad de la cólera se disipó y se condensó la del amor. Se apagó en los ojos de la Tirana el fuego sombrío y amenazador, y se dejó ver en ellos una expresión de enamorada ansiedad.

Se metió en el carruaje.

—Mira—dijo la beata—, manda que nos lleven a la veña del Espíritu Santo.

La Tirana dió la orden al cochero.

Se cerró la portezuela, y el carruaje se puso en marcha.

—Quiero divertirme—dijo la beata—y que también te diviertas tú; estoy muy cansada, porque he trabajado mucho esta noche; pero eso no le hace, todavía me quedan fuerzas.

La Tirana miraba con impaciencia a la beata. No era mala moza ni vieja.

Pero tenía el color bilioso del icterismo.

Su barba se prolongaba; aparecía saliente y curva; pero no era fea ni repugnante.

Sobre todo, los ojos y la dentadura eran muy hermosos.

—¡Vaya una hembra que estás tú, Tirana!—dijo la beata.

Y se la ardían los ojos.

Examinaba con ellos la garganta y el nacimiento del seno de la Tirana, y de tal manera que ésta se encendió de rubor.

Una nueva cólera germinó en ella.

La beata soltó una carcajada.

—Vamos, ¿no me conoces?—dijo.

La voz de la beata había cambiado.

La Tirana creyó reconocer la voz de Goya.

Al mismo tiempo vió el alma de Goya en los ojos de la beata.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Eres tú?

—¡Yo soy, vida mía!—exclamó Goya, que él era.

Y se apoderó de la Tirana.

La estrechó en sus brazos.

—¡Ah, déjame... explícame...!—exclamó la Tirana con la voz desfallecida, agonizante de amor—. Pero vamos, vamos, ¿dónde te quites ese disfraz.

—No, corazón mío, no; este disfraz es mi defensa. Luego, luego; esta noche en tu casa, porque yo voy a vivir contigo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué felicidad!—

exclamó la Tirana—. Pero ¿cómo es esto?... ¿No te ha sacado el señor Pedro Romero de casa de la Teresona?

—Sí, corazón mío; pero el buen Romero no se va a torear a Andalucía hasta dentro de algunos días, y no podía tenerme oculto. ¿Qué importaba? Me disfracé de gitano. Pero he hecho otra: he corrido a un alcalde, y ha sido necesario cambiar de disfraz. Me fui a casa de Moratin... Moratin tiene un ama de gobierno, una buena señora que viste a lo beata. Le dije lo que me acontecía. Le rogué a aquella señora me diese uno de sus trajes, y luego yo me arreglé la cara. Creo que he conseguido mi objeto y que ni el diablo puede conocerme.

—¡Ay, y qué hombre eres!—dijo la Tirana—. Vamos, no puede ser, tú puedes con todo. ¡Cuidado que ya es obra volverme loca a mí! ¡Y estoy muriéndome por tí, Frasquito mío! ¡Lo que he pasado por tí! ¡Vaya un día! ¡Ya se ve, buena tunda! Yo y otras la hemos pagado. ¡Buena par de palizas! Tú tienes la culpa; yo estaba que no me veía, y estoy que no me veo. Pero ya es distinto; te tengo y vas a vivir conmigo. Lo que es lo tuyo yo lo arreglaré. ¡Y más que fueras! Pero lo que yo no puedo arreglar son mis celos; dime, ¿qué has tenido tú que ver con la Cariblanca, que ha venido a provocarme, a desafiarme, a darme un escándalo?

—¡Calla! ¡La Cariblanca!—exclamó Goya—. ¡Ha venido contigo por mí!

—¡Vamos, como que me la quisó armar!

—¿Y tú le has dado a ella una zurra?

—Como para ella sola, en las reales posaderas, con el tacón del chapín. No, ya tiene para que no se la olvide y para que cuando me vea apriete a correr de miedo.

—Y oye, tú, ¿a qué otra criatura le has sentado tú la mano por mí?

Goya pensaba en la Miraflores.

—¿A quién? A la bruja de mi criada, a la tía Aniquilla. Como que esa maldita vieja quería entregarte a la justicia, y cuando vió que tú habías volado se atravió a decirme que yo no tenía vergüenza. Vamos, si no ha reventado es porque es de bronce esa vieja y tiene mucho aguante, que yo la di para que echara el alma por la boca. ¡Buena estaba yo! ¡Se me podía hacer una caricata... Pero ¿qué me has dado tú que me muero por tí y no puedo sufrirme?

—Lo que tú me has dado a mí. ¿Qué sé yo? La verdad es que esto es una fatiga.

—Pero muy rica, Frasquito mío, muy rica; gozar de esta manera es lo que se llama vivir. Ya verás tú, porque yo tengo bastante dinero y muchas alhajas, porque estoy de moda, y muchos tíos muy gordos, porque no consiguen nada de mí, que yo no me vendo, me regalan, y aquí y allí, en muchas casas grandes, por oírme cantar la «Tirana» y volverse locos, me obsequian y me regalan y me tienen sobre las niñas de sus ojos. Las compañías del Príncipe, de la Cruz y de los Caños del Peral me ofrecen el oro y el moro porque yo me ajusto de dama de canto. ¡Ya lo creo! Les entraría la plata a ríos. Ya ves tú si podemos estar bien

y que te envíe a ti todo el mundo, porque este cuerpito de gracia que Dios me ha dado, y esta alma, que no sabes tú todavía lo que es, los tengo yo para ti y no más que para ti. Pero no me des tú ojos ni quieras a otra, porque a ella y a ti es despabilo. Tú no sabes quién soy yo. Quiérame mucho, vuelvete loco por mí, porque si no te mato y me ahorco, y en paz.

—¿Y has querido tú a algún hombre?

—Mira, no abuses, Frasquito, y no me ofendas, que las mujeres que son mujeres no han nacido más que para un hombre solo, y estoy yo más limpia que los rayos del sol, y soy más niña que una niña de cuatro años. ¡Válgame Dios, qué mareo, y qué angustia, y qué gloria!... Pero es cosa fuerte que no me conocieras tú a mí, que me conoce todo el mundo.

—¿Qué quieres? Casualidades; yo que voy a todas partes no me he encontrado nunca contigo.

—Pues ya nos hemos encontrado, y tú o yo.

—Los dos, niña, los dos. Ya verás tú.

Y así continuaron en amorosa conversación, amarielados los dos, ebrios de amor y de voluptuosidad el uno por el otro y gozando uno de esos raros momentos supremos en que el ser humano vive una vida que puede realmente llamarse vida.

Una vida de encanto, en que parece que se domina a la eternidad.

Llegaron a la venta.

Pidieron una buena comida y se encerraron en un cuarto.

### CAPITULO XXX

En que se ve un principio de oulebra y la manera especial que tenia Goya de tratar a las mujeres.

Había llegado la tarde sin que se oyera el vuelo de un mosquito en la venta del Espíritu Santo.

El amor estaba entonces en ella, y le acompañaban los genios del silencio.

De improvviso, allá como a las tres, sonó ruido de campanillas y la voz de un calesero que había parar su popular vehículo a la puerta de la venta.

De la caleza bajó con algún trabajo una mujer deliciosa.

Nuestros lectores adivinan.

Era la Cariblanca.

En otra ocasión hubiese bajado de un sitio de la caleza.

Pero estaba descoyuntada, descompuesta.

El impío chapín de la Tirana la había puesto que se la podía comer con cuchara.

Aquello era una lástima.

Estaba pálida y desmadrada.

Estó mismo y el desfallecimiento que en ella se notaba la hacían más hermosa.

Pero no estaba completamente rendida.

Todavía quedaba a la Cariblanca espíritu, y espíritu bravo.

Se dirigió al ventero.

—A ver si me da usted en seguida la llave del cuarto que tomé ayer para mí sola, para cuando me saliese del pecho venir aquí—le dijo.

—Pues tome usted, señora—dijo el ventero—, y no se incomode usted, que no hay para qué, que aquí no estamos más que para serviria.

—Oiga usted, cuando venga una señora preguntando por mí que suba.

—Muy bien, señora; ¿se le lleva a usted ahora algo?

—Sí, señor; una legión de demonios que se lo lleven a usted.

El ventero calló.

Conoció que la Cariblanca estaba de prueba.

Sabía con mucho trabajo las escaleras.

Apenas si la pobre podía tenerse de pie.

Verdaderamente, la Tirana había sido cruel con ella.

Abrió la puerta, entró y cerró.

Luego abrió la ventana y miró a la pared, donde aparecía pintada la cabeza de la duquesa de Alba con patas de araña y alas de murciélago, o más bien de dragón.

—Bueno, bien—dijo la Cariblanca con el acento del rencor y de la venganza ansiosa señalando la pintura—. Eso no lo perdona nadie; si yo no puedo con la Tirana, porque la Tirana puede más que yo, esa señora podrá más que ella; y en viendo eso y en sabiendo que don Francisco de Goya lo ha pintado y que está encortajado con la Tirana, me parece a mí que no para hasta que a él le metan en presidio y a ella en las Atrecojidas.

Aún no había acabado de decir esto la Cariblanca cuando sonó un gran ruido de colieras que poco después cesó delante de la puerta.

La Cariblanca se asomó a la ventana.

A otra ventana inmediata se asomaron otras dos personas.

Era una la Tirana.

La otra, una mujer con tocas de beata.

En una palabra, Goya.

Ni la Tirana ni Goya habían visto a la Cariblanca, ni la Cariblanca había tampoco fijado su atención en ellos.

Los tres miraban la carroza que se había detenido delante de la venta.

De ella salió una dama.

En una palabra, la duquesa.

Antes de entrar miró arriba.

Vió en una ventana a la Cariblanca; en otra, a la Tirana, a quien conocía demasiado, y junto a ella, a una beata.

Entonces se vieron todos, porque los de la ventana miraron edonde miraba la duquesa.

Ver a la Tirana, echarse a temblar y meterse adentro fué todo un punto para la Cariblanca.

En cuanto a la Tirana, se quedó mirando descaradamente a la duquesa.

—¿Qué hacen aquí esas mujeres?—dijo para sí la de Alba.

—¡Pues no tenemos aquí mala familia!—dijo la Tirana a Goya.

La duquesa hizo sofa a dos lacayos que tenían traza de pícaros y de duros y dispuestos a todo, y se metió en la venta.

Los lacayos la siguieron de cerca.

La duquesa se dirigió al ventero.

—A ver si me llevas al momento—le dijo— adonde me está esperando una mujer.

El ventero saludó profundamente a la duquesa y subió delante de ella.

La duquesa le siguió.

Los lacayos iban inmediatamente detrás de la duquesa.

—Aquí, señora—dijo el ventero, llamando a la puerta.

Esta se abrió.

Apareció la Cariblanca.

Pero en vez de saludar y de recibir a la duquesa, escapó, ganó las escaleras y la salida de la venta, subió a su casa y dijo:

—A escape, a mi casa.

La presencia de la Tirana en la venta la había espantado.

Tal miedo la había cobrado a causa de la cruel paliza que había recibido.

La duquesa se quedó atónita y se petrificó, permitasenos la frase, cuando vio su retrato en la pared representado de una manera tan humillante, tan monstruosa.

—¡A qué me han traído aquí!—exclamó con acento rugiente—. ¡A que vea eso!

Había recibido aquella misma mañana la carta siguiente:

«Si quiere vuecencia ver cómo le trata don Francisco de Goya, vaya vuecencia esta tarde, a las tres, a la venta del Espíritu Santo, donde la espera una mujer que dice a vuecencia muy buenas cosas.»

Se trataba de Goya, y la duquesa no podía dejar de acudir.

Pero la Cariblanca había visto a la Tirana, se había escapado y la duquesa no tenía quien la pudiese informar.

Pero ¿para qué más información que aquella horrible caricatura?

El estilo de Goya estaba tan acusado en ella que la duquesa no podía dudar de que él la había pintado.

Y aquí de su furor; le subió un vértigo a la cabeza, se trastornó su razón y empezó a gritar de una manera horrible.

Tales fueron aquellos gritos que escucharon los lacayos.

La Tirana y Goya acudieron también.

Sobrevino el ventero.

Subieron los mozos y las mozas.

La duquesa estaba entregada a un acceso de furor.

—¡El miserable, el asesino, el ladrón!—gritaba—. ¡Ah, ah, no he de parar hasta que le aborrezca! ¡Maldito, infame, canalla.

Y miraba con los ojos desencajados, con la boca espumante, la caricatura.

Nadie se atrevía a decir una palabra.

Pero la Tirana exclamaba:

—¡Pues ni que la hubiesen arrancado a vuecencia las entrañas! ¡Válgame Dios y cómo lo toma la señorial!

—¡Ah, que eres tú, Tirana!—exclamó la duquesa reprobando en ella—. Pues ya sé, ya sé... La otra va huida teniendo que yo la haga matar de una paliza, y tú te has quedado para ver lo que sucede, con esa bruja. Pues bueno, tú y ella vais a pagar por la otra. ¡A ver!—añadió.

dirigiéndose a sus criados—. Metedles mano y escarmentadlas.

Pero aún no habían tenido tiempo de moverse aquellos animales de librea, cuando Goya, con su voz natural, dijo:

—El que se atreva ni aun siquiera a hacer mal de ojo a esta señora, muera.

—¡Ah!—exclamó la duquesa, reconociéndole—. ¡Una infamia más! ¡Matadlo!

Pero Goya se arremangó el hábito, echó al aire un cuchillo de palmo y medio y cubriendo a la Tirana, repuso:

—¡Que se acerque el que se atreva!

Era tal de concentrada, de terrible, de amenazadora, de igual a la voz de Goya que nadie obedeció a la duquesa.

Esta reflexionó.

Vio que se aparejaba un escándalo, del que no podía salir bien librada.

Vio además que los lacayos no se atrevían con Goya.

Sabía también quién era Goya y que no había hombre ni mujer que cuando él decía: ¡Allá va!, pudiese más que él.

Sobre todo, a pesar de la terrible injuria que Goya la había infundido, la influencia de Goya se hacía sentir en ella.

Le temía más que a una espada desnuda, y tanto como le temía le quería.

Además de esto, mantenía una fiera rivalidad a causa de él con la de Bonavente y con algunas otras de alto vuelo.

No era cosa de llevar la cuestión a un extremo sangriento, a una tal situación que no tuviese ya remedio.

La duquesa era soberbia e iracunda, vengativa y cruel cuando se la ofendía.

Pero de pecho ancho en que cabía mucho.

Tanta mucho mundo, y todo el que tiene mucho mundo sabe escuchar los consejos de la prudencia.

No por mucho madrugar amanece más temprano.

La duquesa lo sabía esto y se decidió a abandonar el campo.

Se fué seguida de sus lacayos.

Se metió en su carroza y partió.

\*

—Anda, anda—dijo la Tirana—, que ya llevas bastante, y si quieres más, vuelve por otra. Pero ahora, caballero, tenemos que ajustar nosotros unas cuentas muy apretadas.

Hay que advertir que el ventero y las mozas y los mozos se habían ido.

Goya se había echado de nuevo el hábito y había guardado el cuchillo.

—Pues no te han parecido bien apretadas las cuentas que ya hemos ajustado, vida mía!—dijo don Francisco.

—¡Apártate, traidor!—exclamó la Tirana—, que no parece sino que por mis pecados, y habiéndosido yo tan cruel para todo el mundo y habiéndome guardado tanto, me ha castigado Dios contigo. ¡Por qué has pintado tu esot!—añadió, señalando la caricatura—. ¡Y por qué la Cariblanca ha traído aquí a la duquesa para que lo veas!

—Lo que no ha sido en tu año—dijo Goya—no ha sido en tu día. Cuando yo pinté eso no la conocía.

—Pero ¿qué tienes tú que ver con la Cariblanca?—dijo con acento rugiente la Rosarito.

—¡Bah, bah! Una mujer como tú no debe pedir cuentas a un hombre como yo, y un hombre como yo, no las da nunca, aunque la mujer que se las pida sea como tú.

—Mira lo que tú dices—dijo la Tirana—, que a mí no se me hace esclava tan así como quiera, y no me tienes mucho la paciencia que va a arder Madrid.

La Tirana estaba magnífica.

La resplandecían los ojos y echaba fuego por ellos.

Amonazaban a Goya de muerte.

Y al mismo tiempo dejaban ver un amor voluntarioso, tenaz, terrible, aunque ofendido.

Parecía en términos de locura.

—Lo que a ti te falta—dijo—es que te sienta la mano una mujer para que te achiques y te se salga del cuerpo la soberbia; que como estás acostumbrado a tratarte con trapos indecentes crees que todo el mundo es igual.

—Me estás gustando—dijo Goya—; con tu cólera estás hermosa como un diablo.

La Tirana, que estaba demasiado templada y ardiendo de celos y de rabia, exclamó:

—Tú eres un libertino y un canalla y te vas a acordar de mí.

Goya tenía un carácter terrible.

No podía sufrir una injuria.

Al oír llamarse canalla por la Tirana cegó y no vió.

Se le volvió la cabeza y la dió una terrible bofetada.

Era esto además un sistema que solía emplear Goya.

Sabía que a ciertas mujeres había que zurrarles el bulto para que se las avivase el amor.

La Tirana lanzó un grito horrible.

Un grito de asombro, de desesperación, de terror, de espanto.

No era ella de las mujeres a quienes puede tratarse así.

Goya había hecho uno de los suyos arrastrado por la violencia de su carácter.

La Tirana palideció mortalmente.

Luego se puso encendida, roja.

Se la arrebató la sangre a la cabeza y cayó bajo un síncope.

—¡Diablo!—dijo Goya—. Me parece que me he ido demasiado lejos...; pero ¿por qué me ha llamado canalla? Bueno, bien...; pero yo no puedo permanecer aquí... la otra es capaz de todo.

La otra era la duquesa.

Goya se inclinó sobre la Tirana.

La examinó.

—Un desmayo, no más que un desmayo—dijo Goya—. La cólera, y bien; es necesario que yo me marche. ¡Diablo de aventuras! Ello se le pasará.

Y Goya, que temía se le echasen gentes encima y en tal número que no pudiese con ellos, se puso en franquía, dejando desmayada a la Tirana.

Esto era cruel. Pero los calaveras del género de Goya no se paran en crueldades.

La mujer es su presa legítima y la tratan como Dios quiere.

Y ellas lo merecen, porque tratan mejor al que las trata peor.

Goya se salió de la venta sin que nadie se atreviese a decirle una palabra y se puso en camino hacia Madrid.

## CAPITULO XXXI

De cómo Goya, con gran placer suyo, pasó a poder de la Cariblanca, o más bien la Cariblanca se puso en poder de Goya

Se echo al camino hacia Madrid.

A causa de las escenas que había tenido con la Rosarito, escenas graves que habían terminado en lo que ya han visto nuestros lectores, su disfraz se había estropeado en gran manera.

El color con que se había pintado la cara se había arrollado a causa del sudor; las partes sobrepuestas, como la barba y las narices, habían padecido desperfectos.

La toca estaba ajada.

Era, en fin, Goya una beata sospechosa.

Iba muy de prisa y con las faldas del hábito un tanto levantadas. Le importaba cambiar cuanto antes de disfraz.

Ya cerca de Madrid vió una caleza.

—¡Diablo!—dijo—. ¡Si irá allí la Cariblanca?

Goya era incorregible.

La nueva aventura que se le presentaba le hacía olvidarse de su situación del momento.

La caleza iba muy de prisa.

La Cariblanca se había detenido en uno de los ventorritos situados entre Madrid y la venta del Espíritu Santo.

Necesitaba tomar un refresco, reponerse.

Allí se estuvo algún tiempo.

Así es que pudo alcanzarla Goya.

La caleza, como hemos dicho, iba muy de prisa.

Pero Goya dió voces y el calesero se detuvo al momento.

Goya llegó.

—Hija mía—dijo a la Cariblanca con una perfecta voz de vieja—, ¿quieres dejarme subir, que estoy muy rendida?

—¡Calla!—dijo para sí la Cariblanca—. ¡Este es la beata que estaba en la ventana con la otra!

Y luego añadió alto:

—¡Vamos, suba usted, madre!

Goya subió.

—Diga usted, madre—dijo la Cariblanca, que quería tener tiempo para hablar con la beata—, ¿adónde quiere usted que se la lleve?

—Adónde tú vayas, hija mía, hermosa, que da contento de verte—dijo Goya.

La Cariblanca, pálida, agitada, estaba que metía miedo de hermosa.

—Pues yo voy a mi casa—dijo la Cariblanca—. Allí puede usted descansar.

—Pues descansaremos todo lo que tú quieras, corazón mío.

**Cesáreo Alonso PUENCARRAL, 104**  
**TELEFONO 415 J.**  
 Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio. Talleres propios para la construcción de los más difíciles aparatos.—Precios económicos.

—A mi casa, a escape—dijo la Cariblanca al calesero

Partió la calesa.

—Mire usted, madre—dijo la Cariblanca—, no sea usted sobona o la pianto a usted en el suelo. Goya la había tocado la cintura.

—Cállate, niña, que soy yo—dijo Goya, hablando con su vez natural.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la Cariblanca. Y se puso pálida como una muerta y se echó a temblar.

Goya la estrechó más la cintura.

Por aquella vez no se atrevió a protestar la Cariblanca.

Pero exclamó:

—Pues entonces no podemos ir a mi casa. ¿Cómo meto yo en un casa a un hombre destrozado de mujer?

—¡Y eso qué le hace?—dijo Goya.

—No lo quiero yo jugar una mala partida a mi padre, que no lo merece—dijo la Cariblanca—; pero dejame, hombre, y no me abrace más, que tenemos nosotros que ajustar unas cuentas muy largas y muy estrechas, y a más que Cordelito nos mira con el rabo del ojo y es un tunante y puede caer en la cuenta. Conque a ver si tenemos formalidad, y tiempo tenemos para morirnos y volver a resucitar. Sobre todo, que estoy «enriada» contigo, y sabe Dios cuándo se me pasará la «enriación». ¡Vamos, hombre, que la pasan a una unas cosas por los hombres! ¡Y sin comerlo ni beberlo! Que yo ya ves tú lo que tengo contigo. Oye tú, Cordelito, no vamos a mi casa.

—Pues ¿adónde vamos?

—A Maravillas, frente a la iglesia, casa de la Javiera.

—¡Ya, ya!—dijo el calesero.

—La Javiera es muy amiga mía y mujer de mucha confianza, aunque yo no he tenido ninguna con ella; pero yo sé que en ella se puede confiar, que la mujer es más callada que una piedra y más servicial que un perro.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Vaya, por las amigas. Y tiene un abate que la cortaja, muy fino y muy petimeira. Ya verás tú que bien estamos, y, sobre todo, que allí estarás más seguro que en ninguna parte y con muy buen trato. Y luego ya arreglaremos tu negocio y saldrás con bien, que tengo yo muchos doblones para gastarlos por ti, y al que tiene doblones no le ahorcan. Luego veremos cómo te portas tú conmigo, y si te tengo que querer o despreciarte. ¡Ay, Dios mío y qué ansias! ¡Y cómo voy pensando, que no puedo ir sentada! ¡Vaya una barbaridad! ¡Y pensar yo que ella me ha puesto así! ¡Y todo ha sido por tí! ¡Pero si yo no puedo, alguno la cortará la cara! Eso te lo aseguro, y que me ha de temer como al diablo.

—Pero ¿qué estás diciendo, niña?

—Cállate, hombre; que yo, en celada porque sabía que andabas con ella y habías pasado la noche en su casa, fui a darle un escándalo, y llamé a dos galafates, que me humillaron, y ella me ha dado una vuelta de azotes que me ha hinchado. ¡Vamos, hombre! ¡Si esto no se puede quedar así! ¡Que no! Y oye, tú, ¿a qué habías ido con ella a la venta?

—¡Ah, era ella!

—¡Vaya! ¡Y que quieras tú a esa mujer, que parece un hombrazo con faldas!

—A quien yo quiero, alma mía, es a ti, que eres una flor.

—¿Y por qué andas con ella?

—Por la cuenta que me ha tenido, porque me amparase.

—Pues yo te ampararé y te abrigaré mejor y ya lo verás tú... ¡Mire usted la «médiga», que lo que tiene lo gana gulleoteando, que yo no sé por qué dicen que esa mujer canta bien, porque aullá! En fin, que yo quiero que me quieras a mí y a mí sola, y que la desprecies a ella y a la Miraflores, que es otra que tal. Y a la vista está que a hermosa y a joven no sirven ellas ni para descalzarse, y lo que es a posibles, las puedo yo enterrar a las dos con onzas de oro; y todo es para tí: mi persona, y mi hacienda, y mi alma, y mi vida. Pero quiero que te pases de bracte conmigo delante de ellas y que me defendas.

—Pues no que no—dijo Goya—; si los rayos del sol te ofenden a tí, al sol me como.

—Pero, hombre, ponte derecho. Mira que el calesero no nos quita ojo.

A todo esto, Cordelito, al morro del jaco, llevaba la calesa que volaba y con el más alegre ruido de campanillas del mundo.

Goya sentía por la Maruja un entusiasmo formidable.

Es verdad que la chica era hermosa que no había más que pedir, y como estaba enamorada y emperrada por Goya, el amor, que se la sella a torrentes por los ojos y por todos los poros de su cuerpo, la hacía mucho más hermosa.

La calesa se detuvo al fin en la calle de la Palma Alta.

La casa a cuya puerta detuvo el calesero su vehículo estaba construida a la «malicia» y situada frente a la iglesia del convento de carmelitas calzadas de las Maravillas.

Este convento, según los datos que tenemos a la vista, fué fundado por doña Juana de Barahona en el año 1612.

La Cariblanca y Goya descendieron de la calesa.

La Cariblanca dió algunas monedas a Cordelito y le despidió.

Luego llamó a la puerta de la casa, que se abrió en seguida.

Entraron.

La puerta volvió a cerrarse.

## CAPITULO XXXII

De los apuros en que podía verse un alcalde, aunque fuese tan rigido como don Diego de Navascués y Figueroa

Dos horas después, como a las cuatro de la tarde, se abrió la puerta de aquella casa y salió un abate del mejor corte posible.

La Cariblanca había salido a despedirle, y le tuvo asido de las manos y mirándole conmovida y enamorada.

—Pues mira, hijo mío—le dijo—, vete a la

que tienes que hacer y vuelve, que yo no me puedo mover de aquí, que estoy lastimada que ya no puedo estarlo más; pero a gusto, porque ha sido por tí. No sabía yo que tenía cuerpo para tanto; aquí me voy a estar quince días, y tú conmigo, que yo te avisaré a un padre que me he puesto mala y que no me puedo menear, y como la señora Javiira es una señora de respeto, mi padre no tendrá nada que decir.

Como ven nuestros lectores, aquel abate era Goya, que se había disfrazado por tercera vez, y como las anteriores, de una manera admirable.

Aseguró a la Cariblanca que volvería a la noche; se despidió de ella con toda la ternura de que era capaz, y se fué.

La Cariblanca no se quitó de la puerta hasta que desapareció.

Luego se metió para adentro suspirando y llorosa.

Tenía motivos bastantes para estar loca de enamorada de Goya.

Verdaderamente, Goya era un hombre extraordinario.

Había hecho en veinticuatro horas una campaña inverosímil.

Había levantado un alre de los buenos, y se regodeaba y se sentía orgulloso de sí mismo.

En su vida había empleado tan bien veinticuatro horas.

Pero a pesar de todo, le dominaba el amor de la Pepa.

No podía olvidarla.

La sombra sola de su Pepa valía más que aquellas tres hermosas mujeres que durante veinticuatro horas le habían entretenido.

Se había aumentado su harén con tres odalisecas de primer orden.

Pero le faltaba la sultana.

Se moría por ella.

Conocía con asombro que pensaba en la Pepa de una manera muy diferente de como pensaba en las otras.

Las otras le incitaban, le irritaban, y la Pepa daba paz en el alma.

La sentía en las entrañas, con una ternura infinita, que era el amor de los amores.

Un impulso irresistible le llevó a casa del padre de la Pepa.

Su disfraz de abate era tan perfecto como lo habían sido los de beata y de gitano.

Entonces se recibía en todas partes a los abates, no tan por todo lo alto como a los frailes, que eran la gran cosa, la crema de la religión; pero sí de una manera que no dejaba nada que desear.

La moda de los abates nos había venido de la vecina Francia.

Los abates de España eran una imitación de los de allá.

Un plagio, por decirlo así.

Un abate era un clérigo que procuraba ser lo menos clérigo posible.

Que hacía, en cuanto le era dable, una vida profana y aun más que profana.

Las damiselas se morían por ellos.

Tener por cortejo a un abate era estar a la moda.

Pero las manolas, que eran lo neto, se quedaban con lo neto.

Esto es, con los frailes.

Especialmente con los franciscanos.

Esto es, con lo más succulento.

De los abates se burlaban, y aun solían darles bromas pesadas.

Véanse algunos salnetes de aquel tiempo, especialmente de don Ramón de la Cruz, que son el reflejo de las costumbres de nuestros abuelos.

Así es que no hubo dificultades para recibir a Goya en casa de Bayeu.

Y no solamente esto, sino que se le recibió en familia.

Se hubiera tenido por una grossera imperdonable el que todos los individuos de la familia de Bayeu no se hubieran presentado.

Se recibió en el estrado al abate.

Había pasado ya mucho tiempo desde la hora de la comida.

Había pasado también la de la siesta.

Era por la tarde.

Se aproximaba la hora en que en toda casa donde se vivía como Dios manda se ofrecía a las visitas chocolate.

Le tomaba además, aunque no hubiese visita, la familia.

Nuestros abuelos se trataban mejor que nosotros; comían cinco o seis veces al día, o tal vez se trataban peor, porque obligaban al estómago a una digestión perpetua.

Desde el momento en que entró Goya, la Pepa se alteró.

Estaba visto.

Los disfraces no le servían a Goya de nada para la Pepa.

Le sucaba por el olor, o para decirlo más poéticamente, se lo decía el corazón.

O más bien que Goya no podía distraer sus ojos ni ocultar la emoción que siempre le producía la Pepa, y al deleite y la alegría que su sencilla belleza le causaba.

Se habían «compensado», como se dice ahora, sus almas, y no podían desconocerse.

Bayeu, que no era tanto ni mucho menos, aunque era, sí, honradote y sencillo, y que estaba «escamado», notó la alteración de Josefa a la vista del abate, y dijo para sí: «Vamos, aquí le tenemos otra vez.»

Miró a Goya y se sonrió, como diciéndole: «No te vale.»

—Vamos—dijo Goya—, necesariamente me he disfrazado muy mal.

La mujer de Bayeu, que no había caído en la cuenta, dijo, reconociendo a Goya:

—¡Calla! ¡Pues sí es Frasquito! ¿Y a qué viene esto?

—Esto viene a que tu hija y tú os vais a ir. Obedecieron sin chistar las dos señoras.

—¿Ni cómo de otro modo?

La autoridad marital y paternal no admitía réplica en aquellos tiempos.

Por más que muchas mujeres, como ahora, «tuvieran los calzones», por lo menos se sabían cubrir las apariencias.

Se obedecía ostensiblemente al marido.

Sobre todo, delante de las gentes.

La madre y la hija salieron.

Pero de mala gana.

—Tú estás dejado de la mano de Dios, Frasquito—dijo Bayeu.

—Ni dejado ni tomado—dijo Goya—. Las cosas son como son, vienen como vienen, y hay que hacernos fuertes.

—¡Siempre descreído!—dijo Bayeu—. Tú no comprenderás nunca que la mayor parte de las desdichas que sobre el hombre se las debe a sí mismo, a su olvido de los preceptos divinos, precedentes de la eterna sabiduría; al olvido de las leyes, usos y costumbres establecidos por los hombres para vivir en sociedad dentro de los límites de lo justo y de lo honesto. Tú no cono-



JUAN JIMENEZ (EL MORENILLO)

(Grabado en madera, de 1879.)

ces más Dios ni más ley que tu voluntad, y allá vas perdido por tus antojos en no sé cuáles desdichas. En fin, si a pesar de todo te caso con la Pepa es porque no eres malo en el fondo, y yo creo que ella te convertirá.

—Sobre todo, porque cree usted que si la Pepa no se casa conmigo se muera.

—Sea como quiera, yo necesito que te corrijas de todo punto. Yo me intereso por ti como si fueras mi hijo y me espanta verte metido en atoladeros como el de ahora hasta el pescuezo. Y todo por tu libertinaje, por tu malvada conducta, por tu mal genio, por tu locura. ¡Pues te parece a ti decente estar disfrazado como un malhechor por miedo de que te prendan!

—Válgame Dios y con qué humor de sermonear se ha levantado usted de dormir la siesta—dijo Goya con impaciencia—. Lo que importa es que yo me oculte en su casa de usted hasta que pueda salir de Madrid y andarme por esos mundos mientras se arregla mi negocio.

—Tu negocio está ya arreglado—dijo Bayeu— pero te va a costar un cuadro.

—Aunque me costase diez.

—Pues bien; es necesario avisar al señor alcalde de casa y corte, del que te escapaste esta mañana.

—¡Yal!—dijo Goya—. Ese señor, que por ningún dinero del mundo faltaría a su obligación, por un cuadro es capaz de todo. Pues me alegro mucho. Sale muy barato.

—Pues es necesario avisarle. Vámonos al estudio, y mientras viene, que vendrá al momento, tú prepararás el cuadro; puedes tener hecho mucho, por ejemplo, el fondo y los monstruos, porque quiere un Ángel de la Guarda.

—¿Y dónde está el ángel?—dijo Goya, como quien leyendo en un libro de cocina: «Tomarás un pavo», pregunta: ¿Y dónde está el pavo?

—El ángel, si le tiene, lo traerá él, y si no lo tiene, tú lo inventarás. Congue manos a la obra, Frasquito, que los días son largos y tienes todavía tres horas largas de buena luz.

Goya, ayudado por Bayeu, puso en el caballete un gran lienzo, tomó una gran paleta, arrimó al lienzo la escalerilla y empezó a pintar por lo alto.

Empezó por una ráfaga, digámoslo así, de querubines, que allá, en lo alto, indicaban el principio de la gloria.

Todo allí era luz y color.

Los querubines salían rápidamente bajo la brocha de Goya como si se hubiesen filtrado de su pensamiento a través de sus vértebras cervicales, de su hombro y de su brazo y hubieran ido a fijarse en el lienzo naciendo de la punta de la brocha.

Y así todo lo demás.

La luz descendía, se derramaba de lo alto. Aquello era un soberano dominio sobre el color.

El ambiente se hacía más denso a medida que descendía.

Por último, la parte inferior del cuadro era sombría, terrible, fantástica.

Monstruos informes, indeterminados, se adivinaban, esta es la expresión, en el fondo vago, siniestro, impregnado de una fantasía terrible; y bajo el tanteo de un cuerpo humano, que debía ser un retrato que Goya no podía adivinar, se veía en un bravo escorzo, terrible, maligno, feo, devorado por la rabia, el arcángel de las tinieblas.

Todo esto fué bosquejado en poco más de una hora.

Ya se sabe lo que eran los bosquejos de don Francisco de Goya.

Que lo digan los cuadros del «Dos de Mayo», de «Los disciplinazos», de «Las majas» y tantos y tantos otros.

Bosquejo completo, que hacía innecesaria y aun perjudicial la conclusión.

Bayeu estaba encantado.

Se lo perdonaba todo a Goya en gracia de su genio maravilloso.

El otro cuadro, en que la Pepa representaba al Ángel de la Guarda, estaba al lado.

Representaba el mismo pensamiento, y, sin embargo, en nada se parecía al que, a falta de la figura principal, acababa de improvisar Goya.

Este, mientras venía el alcalde, al que se había avisado, se ocupaba en determinar unas par-

tes del cuadro, en indeterminar otras, en hacer más enérgico el efecto, más mórbido y más armónico el conjunto.

Era Dios quien pintaba.

\*

Bayeu había escrito al alcalde la carta que vamos a copiar:

«Señor don Diego de Navascués y Figueroa: El cuanto que usía tanto deseaba se está ya pintando, y cuando usía venga le encontrará ya terminado en su parte imaginativa. En cuanto al ángel, se pintará por el modelo que usía traiga. Puede ser esta misma tarde, con tal de que haya una hora de luz. Beso a usía las manos.»

Esta carta no tenía ni fecha ni firma.

No las necesitaba.

Cuando el alcalde recibió esta carta acababa de llegar de casa de la duquesa.

Esta le había escrito también una hora antes.

El alcalde se había apresurado a acudir al llamamiento.

¡Ahí era nada quien le llamaba!

La primera dama en hermosura, discreción, talento y aventuras de la corte de las Españas.

La indispensable.

La divina.

La poderosa.

La terrible.

Don Diego se puso su mejor traje, tomó su mejor caña, su mejor espada, todo lo que tenía más de lujo; se colocó una gran peluca, convenientemente ensebada y empolvada, y metiéndose en su carroza, que la tenía, se fué a casa de la duquesa, todo melido en cavilaciones sobre la causa que impulsaba a la duquesa a llamarla.

El no la conocía sino de vista.

Como todo el mundo, estaba, cuando podía estarlo, enamorado de aquella bella señora.

El alcalde no se atrevía a suponer que por un capricho le llamase.

¿Por qué ni cómo?

Sin embargo...

El «sin embargo» puede referirse a todo.

No se trataba de ningún imposible.

El alcalde era más que medianamente feo y aun viejo.

Sin embargo...

Flotando entre todos los «sin embargos» habidos y por haber, iba el alcalde que se ahogaba porque las mulas que arrastraban su carroza no volaban.

Llegó al fin.

Se anunció.

La duquesa se apresuró a recibirle.

Le llevaron a un gabinete riquísimo, enriquecido por preciosidades y perfumado.

Reclinada en un ancho canapé, peinada en rizos su cabellera, hermosísima, excitada, estaba aquella hada, que había enloquecido a tantos y que estaba loca por Goya.

Sin dejar al alcalde que la saludase, le dijo en cuanto entró:

—¿Cuánto daría usted, señor alcalde, porque yo le diese un beso?

El alcalde dió un respingo.

Se quedó encogido y no supo qué contestar a la duquesa.

Ni habría podido aunque se le hubiera ocurrido algo.

Se le había pegado la lengua al paladar.

Le había acometido un escalofrío.

La duquesa tenía mucho mundo, muchas picardías, mucha confianza en sí misma.

Es decir, en sus fuerzas.

En su extraordinaria potencia para hacer que siempre que ella quería le tembáisen a un hombre las piernas, y se le enfriase y se le amargase el estómago, y se le alborotase el corazón, y se le inflamase la sangre, y perdiese la cabeza, y se le alterase todo su individuo moral y físico.

Sabía de cuánta cantidad de lubricidad disponía para dispararla con los ojos; cuánto poder de atracción había en el protuberante, mórbido, túrgido, fresco y bello modelado de sus formas, que revelaba completamente bajo la bata ligera, de una transparencia terrible, que más que troje era un pretexto para no aparecer completamente desnuda; sabía el efecto endablado que producía en su garganta y sobre su seno un collar de rubíes, una cascada de fuego, y qué perfume, qué encanto se exhalaban de sus sedosos cabellos, sujetos por un cendal azul bordado de pequeños diamantes dispuesto a la usanza griega. Manejaba todo este arsenal de miradas, de sonrisas, de gracias, de desnudeces, de contraetes, de resplandores, de fragancia, de lubricidad, de carnalidad, de voracidad voluptuosa: lo una manera maestra; era, en fin, siempre que lo quería, para los hombres lo que la serpiente para los pájaros y la araña para las moscas: una atracción y una absorción; devoraba su víctima en la medida de su deseo, la aniquilaba y la arrojaba sobre la vía, con el recuerdo de un momento de gloria y el sentimiento de una desesperación sin consuelo.

¿Quién resistía tantos encantos, tanta juventud, tanta alma, tanta tentación?

Y todo esto sublimado por la alta alcurnia, por la gran riqueza y por la viveza, la experiencia y los picardías propias de un entendimiento ejercitado en esta clase de lides.

Así es que el alcalde, a la vista de la duquesa, que estaba indolentemente reclinada en una especie de diván, casi tendida, en una posición provocadora, húmedos los ojos de lubricidad, encendidos por un fuego recóndito, se encogió y se dilató instantáneamente en un brusco e insoponible sacudimiento, y cuando oyó la pregunta se fué adonde no podemos decir con toda su alma y todo su corazón, y se quedó mudo y hecho una algarroba.

¿Qué justicia hay posible dada una tal perturbación del sentimiento y del entendimiento?

La duquesa vió que con una sola manifestación de sensualismo, que con una sola palabra incitante, había fundido y evaporado toda la seriedad, toda la rudeza, todo el humor de justicia que residían en el sér del tremendo alcalde de casa y corte don Diego de Navascués y Figueroa.

—Puede usted frecuentarme—dijo la duquesa—cuanto quiera, en la inteligencia de que nunca



me sentiré satisfecha del trato de un hombre que vale tanto y tanto como usted.

—Señora—dijo el alcalde, haciendo un esfuerzo y procurando elaborar saliva para poder hablar—, yo no sé lo que me sucede; pero yo me siento malo, muy malo.

—De esa enfermedad, señor don Diego—dijo la duquesa—, se desfallega, pero no se muere; antes se vive mucho mejor que con salud. Siéntese usted, tenemos que hablar.

—Perdóneme vucencia, señora—dijo don Diego—; pero yo me voy. Verdaderamente, verdaderamente, necesito irme cuanto antes. Yo no sé lo que es esto; pero se me van la vista y el estómago.

—¡Ah! ¡Mi vinagrillo, mi vinagrillo!—exclamó la duquesa—. Yo también me siento a veces acometida por esos vahidos; mi vinagrillo y agua con azahar, y eso pasó.

La duquesa llamó.

Acudió una doncella.

Se dió a oler un pomo al alcalde, luego una bebida, y don Diego se confortó.

Se le fué el vértigo de la cabeza; pero le quedó el vértigo del corazón.

No era entonces verdaderamente un juez ni siquiera un hombre.

Era una mosca devorada por una araña.

—¡Ay, don Diego!—dijo lánguidamente la duquesa con los ojos adormidos y los labios húmedos y lánguida como una rosa que se doblega bajo los ardores del sol—. Yo tengo un vehemente deseo que usted pueda satisfacer.

—¿Y de qué señora, de qué?—dijo el alcalde, que no comprendió bien.

—Quiero ver ahorcar a un hombre.

—¡Ah! ¡Oh! Pues eso es muy fácil, señora—dijo el alcalde—. Precisamente, entre las manos tengo ocho o diez.

—Dicen que ese libertino de Goya ha malherido a un ministro del Señor.

—Es verdad, señora—dijo el alcalde—; pero ese ministro del Señor andaba a deshoras a picos pardos y disfrazado.

—No importa, no importa—dijo la duquesa—; el sacerdocio imprime carácter.

—Indudablemente, señora.

—El que pone sus manos en un sacerdote es sacrilego.

—Indudablemente.

—Por consecuencia, debe ser ahorcado.

—Eso no está tan claro, porque si no sabía que se trataba de un sacerdote...

—Debió adivinarlo. Sea como quiera, Goya me ha ofendido ofendiendo a un varón de Dios y yo necesito que se le ahorque. Usted tiene en sus manos el proceso; conque a ahorcarlo, don Diego, a ahorcarlo cuanto antes sea posible, y de mi cuenta corre el agradecimiento.

El alcalde vió entonces completamente claro. Se rehizo y se puso a punto de decir cuatro claridades de las que él acostumbra a la duquesa; pero no era esto prudente.

La duquesa tenía bastante fuerza para romper su vara y para romperle a él mismo.

Era hombre de mundo.

Sabía hasta dónde alcanzaba el poder de la duquesa.

Y apreciando su verdadera situación, logró reprimirse.

Comprendió que por todos conceptos le convenía estar bien con la duquesa.

Después de meditar un instante, dijo:

—Tan obligado estoy a vucencia, señora, y de una manera tan particularísima, que no digo yo a Goya, al mismo así ahorcaría yo si a mi tribunal viniese por pagar a vucencia lo que le debo. Y yo juro a vucencia que como yo pueda atrapar a ese libertino le ahorco.

—Pues que vuestros alguaciles olfateen bien, que por ahí anda disfrazado, y préndanlo, y aprétecele la mano y ahórquesele, y cuente para todo conmigo, que yo tendré un placer en ver en las manos de la justicia a un hombre que me es tan aborrecible.

—Descuide vucencia, que se la servirá—dijo el alcalde.

—Así lo espero.

—Ahora ruego a vucencia me dé su venia para retirarme.

—Sí, retírese usted, y manos a la obra, señor don Diego.

—Beso los pies a vucencia.

—Más alto, don Diego.

Y la duquesa saltó del diván, se agarró al alcalde y le besó en la boca.

Don Diego estuvo a punto de ser atacado de otro soponcio.

¿Qué importaba?

Era necesario que el alcalde se volviese loco de una manera incurable.

Don Diego salió disparado, y sin ver por dónde se encontró dentro de su carroza, desmadrado, espantado y haciéndose cruces.

—¡A casa!—dijo con la voz trémula.

### CAPITULO XXXIII

#### En que se ve lo bueno que resultaba para Goya el alcalde

Aun no se había calmado la tempestad que la duquesa había causado en el alma de don Diego, aun continuaba la marejada, cuando don Diego recibió la carta de Bayeu.

Esta carta fué en gran parte causa para que don Diego hiciese por arrojar de sí la satánica influencia de la duquesa.

No habían podido dominarle completamente tanta seducción, tanta experiencia, tanta práctica, tanta maestría, en una palabra.

Pero la idea de que iba a poseer un Angel de la Guarda pintado por Goya, tal como el que había visto aquella misma mañana en casa de Bayeu, le decidió.

Le puso completamente de parte de Goya.

Se le decía que si tenía un modelo le llevase y que procurase que quedase por lo menos hora y media de buena luz.

El alcalde tenía un modelo al que estimaba muy particularmente.

Una maja, viuda de uno de los alguaciles de su ronda, a quien a causa de su mujer, sobre sí fué, sobre sí no fué, sobre sí la quitaron o no la quitaron, un mocho crudo dió una puñalada de las que no consienten ni la Extrañación.

La viuda lo tomó por todo lo alto y juró que o había de poder poco o habían de ahorcar al que tan sola y tan triste le había dejado en el mundo.

Y toda cólera y suspiros y desesperación se fué a buscar a don Diego.

Este hizo la causa propia, y el envidador pagaba todas sus cuentas en la plaza Mayor cinco meses después de haber reducido a la viudez y al desamparo a la hermosa y joven maja, tan joven que apenas si contaba diecisiete años.

En agradecimiento a esta buena obra, y deseando que por ella mirase y la viese hecha una señora, la Curra se metió a ama de llaves de don Diego, y gobernó su casa y cuanto don Diego tenía que gobernar, de tal manera que el severo alcalde decía que desde que la Curra había entrado en su casa había entrado en ella la gloria.

Habían pasado los años.

Con el buen trato la Curra se había puesto más hermosa y se había hecho una moza de las de alto ahí, y eche usted y mande usted.

En una palabra: daba el «opio», como se dice hoy entre cierta clase de gente.

\*

De tal manera la Curra se había apoderado de la economía doméstica de don Diego, que a no mediar consideraciones de clase, que el buen señor no podía desconocer, con ella se casa.

Pero esto era una cuestión de forma, porque la Curra se daba en la casa no solamente tufos, sino trato de señora.

Tenía las llaves de todo, hasta de la gaveta de don Diego; administraba la casa, trataba con los arrendadores y tenía al pelo a don Diego, satisfecho, gordo y feliz, y rejuvenecido, y restaurado, y fuera del peligro de pensar en casarse.

Y había quien decía, pero esto eran murmuraciones, que los viajes que la Curra hacía todos los años a su tierra, que era el Puerto de Santa María, no eran puramente de placer, sino que por necesidad y vergüenza se hacían, y que todos ellos duraban lo menos cinco meses, y que aquellos viajes o su causa se le habían montado en la conciencia, que era muy delicada, a don Diego, y que muy secretamente, y habiéndolo mediado consultas con dos graves paternidades capuchinos del convento de la Paciencia, que estaba donde ahora está la plazuela de Bilbao, don Diego se había casado solemnemente con la Curra y había contraído, por supuesto, también en secreto, seis obligaciones, a una por año, antes de que Curra se hubiese metido con él a ama de llaves, y que esto se había debido no sólo al buen pensar y obrar de don Diego, sino también a la supremacía y a los buenos oficios del padre González, que aun antes de haberse casado con el alguacil, ya difunto, la Curra, era el que la arreglaba el alma y la ponía bien con Dios, y la mantenía en los beneficios de la gloria y en las buenas condiciones de la vida.

¡Para que se quejase la Curra de su suerte estando tan bien cuidada, y tan atendida, y

tan sobrada de todo, que si su secreto marido la daba tres, el fraile la daba cuatro!

Así iba creciendo la mujer en gordura y hermosura y hacienda que era una bendición de Dios, y podía gustar aquellas gargantillas de siete vueltas, que tan bien parecían en su bonita garganta, y aquellos hermosos cintillos y cintas de sedas y encajes, y ser una reina.

Cegaban por ella el alcalde y el fraile, y había quien murmuraba que había un buen mozo y joven alférez de guardias valonas que estaba esperatido a que se muriese don Diego, que era ya cargado de años, para cargar con ella, y que entretanto, en vez de montar la guardia en Palacio, la montaba en la casa del alcalde, en la que se entraba a la media noche, cuando todo Madrid era sueño y silencio, por el postigo del huerto, y que el perro no la ladraba, antes bien, le hacía caricias y le lamía y le meneaba la cola, lo que significaba que en sus visitas nocturnas era recibido con amor hasta por el perro.

Y todo esto pasaba sin ruidos, sin inconvenientes, sin disgustos; al contrario, muy satisfecho todo el mundo de doña Francisca, y muy satisfecha doña Francisca de todos y de sus glorias, y fresca y refollante y cada día más hermosa.

Y como era muy buena cristiana, y hermana de muchas cofradías, y muy caritativa, la bendición de Dios y el aprecio de los hombres caían sobre ella a raudales.

Si la duquesa hubiese sabido que el alcalde tenía este preservativo contra sus trapacerías, se hubiese valido de otros medios.

Porque hay que advertir que la Curra era más joven y más hermosa que la duquesa, y se la derramaba la gracia y se la salían por los ojos dos chorros de gloria, y con aquella boquita purpurina y fresca como una cereza mojada se derretían vencidos los hombres más fieros, y cuando tocaba daba la puntilla, y cuando hablaba, el mareo, y cuando cantaba, la locura.

Y luego que a trastulladas y trapacerías no la ganaba nadie.

Como que era gitana venida de Granada y con más alma que la «intermerata».

En fin; ésta era, si no la diosa, la ninfa que manejaba y se comía por el pie y por la mano y por cuantas partes podía ser comido el ilustrísimo señor don Diego de Navacúes y Figueroa, y esta la que quería su señoría ver reproducida por Goya bajo la representación del Ángel de la Guarda.

De modo que don Diego mandó a la Curra que se vistiese como un ángel, porque se iba a retratar, y la mandó en coche delante a casa de Bayeu, y luego se fué él detrás en carroza, que nunca iban juntos a ninguna parte, ni aun a la iglesia, el alcalde y su ama de llaves.

Sólo estaban juntos cuando no podía verlos nadie.

\*

Llegó la Curra a las cuatro y media en punto a casa de Bayeu con una carta que el alcalde le había dado, y en cuanto Goya la vió se le alargaron las quijadas, que Goya era incorregible, y lo mismo le sucedió al ama, que en cuanto la gustaba un hombre ya estaba el guifio del ojo izquierdo, lo que quería decir, traducido

Meramente: «Cuando usted guste, que ya se lo recibirá a usted bien.»

Al verse los dos se pusieron en jurisdicción, y ella se puso a la muerte, quedando todo convenido con dos miradas, un guiño y una sonrisa.

Toda esta muda e instantánea inteligencia tuvo lugar sin que se apercibiera de ello Bayeu, que estaba distraído.

Goya puso manos a la obra, y en un doe por tres la «vera efigie» de la Curra apareció en el lienzo sin perder nada de su expresión ni de su gracia.

Cuando el alcalde llegó ya estaba la cabeza concluida y metido en color todo lo demás, de manera que se veía ya el efecto del cuadro.

El alcalde, al contemplar aquella obra maravillosa, se volvió loco.

Extremó sus elogios a Goya, admiró tanto como el cuadro el mérito de su distracción, y dijo para sí:

—¡Para que prenda yo a un tan grande hombre, aunque se coma crudos cuatro querubines! A bien que yo no puedo ahorcarle si no le prendo, y yo no le prenderé.

Goya dijo que estaba cansado, y que para acabar el cuadro fuera la señora por la mañana, que habría mejor luz, y con esto el alcalde despidió a la Curra.

Pero ésta, antes de irse, arrimándose a Goya como para ver el cuadro, le dijo, aprovechando un momento en que se entretenían en conversación el alcalde y Bayeu:

—Si el señor abate fuera esta noche a la bodega de San Ginés, haríamos juntos los ejercicios.

—¡Pues para que yo no haga esto por mí animal—dijo Goya—. Allá irá.

Después de esto la Curra lo saludó con mucha gracia y se fué.

### CAPITULO XXXIV

En que se ve que Goya ni se enmendaba ni se arrepentía

Apenas se quedaron solos, el alcalde dijo dirigiéndose a Goya:

—Pues, amigo mío, es necesario que vea usted lo que hace, porque tiene usted grandes y poderosos enemigos.

Y le refirió lo que le había sucedido con la duquesa.

Bayeu se alteró.

Goya se alegró.

Le interesaba la duquesa, la quería, tenía orgullo por ello y le gustaba que la duquesa quisiera ahorcarla.

Sabía bien que la cosa no llegaría a tanto; pero no quería verse preso, aunque tenía la seguridad de que la duquesa le sacaría de la prisión en sus brazos.

Pero la duquesa lo quería más, se volvería más loca por él, si a pesar de todo su poder él se la escapara, la desesperaba, la ofendía, la injuriaba y hacía lo que quería, sin que ella

pudiese hacer otra cosa que enamorarse más y más de un hombre que la venía tan grande.

Goya tenía todos los triunfos en la mano, y la duquesa se había descubierto, había mostrado el lado flaco.

Estaba furiosa.

Quería extermínio.

—Pues, señor mío—dijo el alcalde—, yo, sin faltar a la justicia, puedo amparar a usted, porque bien pensado, en conciencia y habiendo oído a los dos heridos presos, el agonizante es un mal hombre, un sacerdote indigno, o más bien un hombre indigno del sacerdocio, que por impurezas, por torpezas, por vicios incomprensibles en un hombre de su carácter se puso enfrente del tío Juan López, que es un animal, y que hablando venido a las manos y sobreviniendo usted, sin irle ni ventrie y solamente porque el agonizante no renantara a un hombre a quien tenía rendido a sus pies, defendiéndole, malherió usted al agonizante. Y en esto cumplió usted con su obligación: porque si hemos de amar al prójimo como a nosotros mismos, defenderle como a nosotros mismos debemos, y yo le considero a usted en el caso de legítima defensa, que excluye toda responsabilidad; de modo que en obteniendo yo una prueba, que la obtendré, absolveré a usted libremente de la instancia en justicia, como debo y es mi obligación, a la que nunca he faltado; pero también es cierto que en tanto la prueba no se hace, y por lo que pueda resultar del proceso, yo tengo la obligación de echarle a usted mano y tenerle a usted preso; y como en mi conciencia tengo que usted no ha cometido delito, sino que usted ha cumplido con su obligación, no quiero prenderle, y si sólo en mí consistiese, yo diría a usted: «Guárdese usted, no ande usted por donde le vean mientras el proceso se instruya, que yo, aunque sepa dónde pueda prenderle, no le prenderé; pero no consiste en mí, que esa señora está muy irritada y sobre usted se va espada en mano, y tiene mucho influjo. Y lo mejor que usted puede hacer es poner tierra de por medio, yo se lo aconsejo, y hacer entretanto, por los medios que usted tenga, que esa señora se desenoje; y todo ello será cosa de un par de meses, que es el tiempo que yo creo necesario para poder, teniendo las pruebas necesarias, sobreseer respecto a usted en el proceso.» Y no digo más, que ya he dicho bastante; y mañana volverá esa señora a fin de que se termine el cuadro y traerá el precio en que usted estime su obra, que yo no he querido de balde, ni que pueda decirse que no por servir a la justicia, sino sólo por interés, he procurado favorecer yo a usted.

—Pues diga el señor Bayeu lo que mi cuadro vale—dijo Goya.

—¡Prasquitos! ¡Qué dices!—exclamó escandalizado Bayeu.

—Yo no hago la injuria al señor alcalde—dijo Goya—de querer que reciba un regalo mío cuando con tanta justicia me trata y para mí es tan bueno, que esto no fuera digno ni de él ni de mí. Y además que yo no tomo precio alguno, sino que se llevará a la Casa de niños expósitos, por si alguna vez va allí alguno mío.

—Siempre has de ser tú procaz—dijo Bayeu—; pero, en fin, ya procuraremos sacar algo para alimentar a los inocentes que no tienen padres.

Y ya que tan noble se muestra el señor alcalde y tan justiciero, yo tasaré ese cuadro en justicia.

Y luego, volviéndose al cuadro, añadió:

—Señor alcalde, ahí hay mucho más de lo que puede hacer un hombre, porque ahí hay vida, y la vida sólo puede darla Dios. Las obras de Dios son inapreciables; por lo tanto, no voy a decir a usted lo que ese cuadro vale, sino lo que estimo que por él debe pagarse, que ha de ser algo más de lo que se pagaría por la pintura más apreciada. Yo creo que mil ducados son lo bastante para que se demuestre la estimación en que usía tiene ese lienzo.

—Pus sean mil y quinientos—dijo el alcalde—, y tanto más cuando por la generosidad de don Francisco de Goya ese dinero se destina a los pobres huérfanos de la inclusa. Y yo digo a usted, don Francisco, que si me mandan prenderle le dejo mi vara y no le prendo, y que sea la voluntad de Dios. Pero repito que deje usted Madrid cuanto antes, porque yo no puedo defenderle de tan grande enemiga como tiene usted en la duquesa.

Y con esto el alcalde se despidió muy complacido, y muy afectuoso, y muy contento, y se fué.

—Ya lo oyes, Frasquito—dijo Bayeu—; cuanto antes fuera de Madrid, hijo mío; tú no tienes dinero porque todo lo despilfaras; pero yo te lo daré. Vete, yo te perdono porque, al fin, veo claro, aunque se queda para mí también lo de que tú estuvieras a las doce de la noche en la calle de Calatrava. Pero al cabo tú te corregirás, yo lo espero, y merecerás que pueda darte a mi hija por mujer.

—Al buey por el asta y al hombre por la palabra: yo me corregiré; yo adoro a la Pepa; yo lo dejaré todo por ella.

—Dios lo haga.

—Pero palabra empeñada, padre.

—Empeñada.

—Cuando mi asunto quede arreglado me caso con ella.

—Convenido.

—Pues entonces me voy; ni usted ni ella me volverán a ver sino cuando hayamos de ir delante del altar.

—Pero, cabeza de chorlito, ¿no has de venir a concluir el cuadro?

—Si el cuadro está concluido; tocarle sería echarlo a perder.

—También es verdad. Pero vendrá esa mujer.

—Que venga; la dice usted lo que yo he dicho, y que diga al alcalde que yo he concluido. Y quede usted con Dios, que ya es cerca del obscurecer y quiero ir a San Ginés, a la bóveda, a hacer penitencia en los ejercicios para que Dios me ayude.

—Bien pensado, hijo mío, bien pensado; sin el amparo de Dios, el hombre no es nada. Anda, hijo, anda, y ponte bien con Dios.

—¡Vaya si me pondré, padre! Yo le aseguro a usted que Dios ha de quedar satisfecho.

Y Goya salió de prisa.

No quería hacer esperar a la Curra, con la que se había citado, como sabemos, en los ejercicios de San Ginés.

## CAPITULO XXXV

### De cómo trató a la Tirana el señor Pedro Romero

Sabemos que el señor Pedro Romero y la Tirana habían quedado citados en la bóveda de San Ginés para que Romero la diese noticias y la devolviese la rica sortija que ella le había dado para que se entendiese con la Teresona.

Sabemos también que el cachetero del señor Pedro Romero había ido a observar al señor José Delgado.

Que después había citado a don Leandro Fernández de Moratín para que fuese a esperarle en la Fontana de Oro, entre cinco y seis de la tarde.

Al señor José Delgado, o sea Pepe-Hillo, se le había citado para aquella noche.

El señor Pedro Romero había advertido a Goya que podía ver aquella tarde al señor Moratín.

Pero esta advertencia había sido completamente inútil.

Goya había visto a Moratín cuando habiendo inutilizado, por decirlo así, su disfraz de gitano, había ido a su casa para disfrazarse de beata.

Le había hablado y le había informado de sus asuntos.

Eran grandes amigos.

Moratín quedó en el encargo de interesarse por Goya con Manuel Godoy, que ya privaba que era un contento y estaba agarrado a unas aldabas tales que lo que él tomaba con empeño no había que decir que era difícil, por mucho que lo fuera, sino hacerle hasta más no poder.

\*

Goya no se había presentado a Pedro Romero ni con disfraz de beata ni con su disfraz de abate.

La Tirana tampoco le había visto con este nuevo disfraz.

Así es que aunque con ambos se encontró Goya a la puerta de la iglesia de San Ginés, cuando acudió a la cita que había dado a la Curra en los ejercicios, ninguno de los dos le reconoció.

Pero el señor Pedro Romero extrañó que un abate fuera a la bóveda de San Ginés, porque aquellos eclesiásticos a la moda no eran muy aficionados a disciplinarse.

La Tirana no pensó nada acerca del abate. Iba hecha un veneno.

En la venta le habían socorrido y le habían sacado del sopor que la había causado la impía, la injusta y deprimente bofetada de Goya.

Era la primera vez que, no digamos un hombre, nadie la había puesto la mano encima.

Goya tenía el privilegio de poner algo y aun algo en todo el mundo, ya fuesen hombres o mujeres.

Y cuando él se hacía sentir de alguien, fuese quien fuese, lo hacía de firme.

Dios le había dotado de una energía extraordinaria.

La bofetada había sido buena.

Pero mayor la injuria que por ella había sentido la Tirana.

Sin embargo, aquella injuria había ocurrido en ella sí espeta.

O lo que es lo mismo, aunque ella no se lo explicase por el momento, había aumentado inmensurablemente su amor.

Hay naturalezas de tal manera enérgicas que necesitan ser tratadas con una energía terrible.

La Tirana era una de esas extrañas mujeres a quienes era necesario tratar muy duro.

Si Goya la hubiese dejado llamarse canalla, insultarle, sin aplicar inmediatamente el correctivo, la Tirana se habría desencantado y le hubiera mirado con desprecio.

Esto estaba en su carácter.

Ella no lo sabía.

Era la primera vez que se la hacía sentir la prueba.

La prueba respondía.

Se había accidentado de cólera.

Al volver en sí había sentido una rabiosa sed de venganza.

Pero al mismo tiempo había sentido, aunque sin explicárselo por el momento, algo dulcísimo que se agarraba a sus entrañas por Goya.

Cuando repuesta ya salió de la venta y tomó su calesa, que la estaba esperando, iba hecha un basilisco.

Toda su vergüenza, todo su despecho, toda su ira se habían agolpado en el lugar donde había recibido la bofetada.

Es decir, en la mejilla izquierda.

El golpe la había llegado hasta el ojo, y sentía en él un dolor fastidioso, que la avivaba el sentimiento de la humillación.

La Tirana no sabía qué hacerse, por donde tomar ni adónde ir.

Estaba como un toro al que han puesto banderillas de fuego.

—A cualquier parte—dijo al calesero, o más bien al mayoral, cuando entró en el coche.

—¿Y dónde es cualquier parte, señora?—contestó el tío Dientes.

—Cualquier parte es cualquier parte—dijo de muy mal talante la Rosarito—. Adonde te dé la gana.

—¡Pues adonde querían las mulas!—dijo el tío Dientes—. ¡Arrel!

Y las mulas empezaron a marchar al paso, a su gusto, hacia Madrid.

A medida que pasaba el tiempo se fue dando cuenta de lo que sentía la Tirana.

Avistó en primer lugar que tenía unos celos horribles.

Acababa de nacer en su corazón un odio a muerte hacia la duquesa.

En cuanto a la Cariblanca, se propuso cogerla otra vez, y no ya azotarla, sino desollarla viva.

Sobrevino la reflexión.

Comprendió que aunque Goya la hubiese dado celos, ella, por los celos que había recibido, con no sabemos qué asombro y qué rabia, había dicho a Goya lo que no se dice a ningún hombre blanco sin que suceda algo.

Había sucedido lo que inevitablemente debía suceder.

Aquello, no mediando lo cual, habría determinado un soberano desprecio de la Tirana por Goya, porque la hubiese parecido un trapo sucio tirado en medio de la calle.

Ella no lo había podido remediar.

Ella, irritada, había dicho lo que se la había venido a la boca, y Goya había hecho lo que había debido hacer.

Y esto en el momento, sin vacilación.

La bofetada se había dado por sí misma y, de firme.

No hay nada como reflexionar para cambiar de estado de ánimo.

La Tirana acabó por convencerse a sí misma de que si bien Goya la había puesto en el rea-



EL CELEBRE PICADOR FRANCISCO SEVILLA

(Grabado en madera, de 1879.)

baladero, ella había resbalado más de lo justo.

En fin, que todo estaba bien, perfectamente, y que sólo había motivo para querer más y más a Goya.

Para volverse loca por él.

Así son las mujeres del género de la Rosarito Fernández.

A cortijo hundido, y tieso con duro, y duro con tieso.

En una palabra: de buen «trapío», de cabeza y de «sentío».

Buenas mozas, que no toman una vara sin recargar y dan un revolcón que deje al diestro loco y que le empena y le obliga a tomar la revancha, ya sea por lo bueno o por lo malo, ya por lo dulce o por lo amargo.

Se había despertado en Rosarito no sabemos qué cosa que hasta entonces había dormido en el fondo de su alma, sin que ella de ella se hubiese apercebido.

Empezaba la historia.

Una historia de quince mil y más demonios.  
Una historia con la cual hay bastante para hacer un gran libro.

Por ahora nosotros no nos ocuparemos más que de los amores de la Tirana con Goya.

Otro día será otra cosa.

La Tirana merece ser tratada aparte.

Un día escribiremos un libro consagrado a la novela de su vida.

\*

El día estaba fresco, y el aire húmedo que volaba libremente por el campo modificó a Rosario.

Le sirvió de atemperante.

Tenía hambre de volver a ver a Goya.

De pedirle perdón.

De declarársela completamente su esclava.

No podía darse un amor más rendido ni en menos tiempo llegado a un tal delirio.

La Tirana mandó al tío Dientes la llevase a la posada del Carmen.

Necesitaba ver al señor Pedro Romero para que la dijese dónde estaba Goya y la procurase los medios de encontrarle.

Porque era seguro que el señor Pedro Romero sabía dónde y cómo podía encontrarse a Goya.

Pero no encontró al buen torero.

Estaba de levante, yendo de acá para allá, en servicio de Goya.

Visitando gentes.

Excitando laduñetas.

Principalmente había logrado verse con Pepe-Hillo.

Se le había encontrado bien a tiempo a la puerta de la botillería de Canova, de aquella célebre botillería de que acs habían los viejos madrileños que eran ya mozaletes cuando terminó el siglo pasado.

Estos viejos son una preciosa gacilla del antiguo Madrid.

Oyéndolos se pueden escribir cosas muy buenas, muy nuevas de puro viejas y olvidadas, y muy curiosas.

El viejo Madrid necesita un libro escrito a conciencia, ilustrado a conciencia.

Podría ser un libro muy notable.

Una leve sombra pasó por el entrecejo de Pepe-Hillo al ver a Pedro Romero, o a don Pedro, como le llamaban ya algunos de sus apologistas.

En cambio, sus enemigos (¿qué hombre célebre no los tiene?) hablaban de él pestes; decían que era hipócrita y avaro, sobre presunido y despreciador de todo, y llegaban hasta a suponer en él vicios infames.

Cenrándole su trasteo, con la eterna monserga de lo de «capote de campo» y «vaquero» y «bruto», y a propósito de esto decían que si tenía tal facilidad para matar los toros no lo debía ni a la inteligencia ni al arte, sino a que era más bruto que ellos y tenía suerte, y que aquello no era torrear, ni Cristo que lo fundó, sino cualquier cosa ruda, buena cuando más para deleitar a los de Ronda, que eran todos unos animales como los Romanos, y que donde estaba la escuela de Sevilla, sublimada por Costillares, que se caíase todo el mundo y se echase boca abajo, que no había comparación posible sin

barbaridad entre Pepe-Hillo y Pedro Romero; y que él se sacaba a cuento que Pedro Romero despachaba casi siempre los toros que cogían a Pepe-Hillo, cabalmente aquí estaba el mérito, porque Pepe-Hillo bregaba con los toros con lealtad y como lo mandaba el arte, y se cedía, y al cargar la suerte era un dios que no había más que ver, y él o el toro; que si había sido cogido muchas veces era que torcaba de veras, y donde las dan las toman; pero que había matado limpiamente cien veces más toros que los que le habían cogido, y que con él se veía y se sabía lo que era un toro y lo que era un torero, y que con Pedro Romero no se veía más que un continuo asesinato, multa de castigo, dura y sin gracia, y «tira» de repente y allá va eso, y nada, y dejar a todo el mundo a media miel, y robarle al público el dinero con fallerías, por lo cual debían haberle echado a galeras.

Lo mismo que los partidarios de Pepe-Hillo ponían a Pedro Romero que no había por donde cogerte, los de Pedro Romero ponían a Pepe-Hillo que era una lastima: que si conocía los toros, que si no los conocía; que no se compraría para qué usaba de la multa cuando de tan poco le servía; que era cobarde y lo disimulaba de soberbio, y se iba de miedo al toro imprudentemente y a ciegas; que a todos los toros los trasteaba de la misma manera, como si no hubiera habido más que un toro en todo el mundo, y que si no se «cachicaba» con los cogidos no era que no se achicaba, sino que miraba más por la vanidad que por la vida, y que como siempre que se arriaba a los cuernos le daba aco y se le descomponía el estómago y los ojos le hacían relampagazos, mataba por casualidad y tenía siempre a la gente en vilo y asustada; que ir a los toros cuando él torcaba no era, ir a divertirse, sino a padecer, teniendo a cada momento verte hecho pedazos por la fiera, y, en fin, que no valía media chloa partida por la mitad y que ya venían un día, el menos pensado, lo que le sucedía a Pepe-Hillo y cómo de una manera estúpida se quedaba en las astas.

Y cuando no ha sucedido lo mismo? ¿Qué celebridad ha habido que no haya sido envidiada y calumniada y protestada, ni cuando ha habido una justa medida en los elogios o en las censuras, o cuándo, tratándose de los impresionables españoles, no se ha negado todo o no se ha concedido todo?

Pero Romero y Pepe-Hillo no eran ni el dios ni el trapo que decían sus encomiadores o sus detractores.

Es verdad que la ventaja estaba visiblemente de parte de Pedro Romero.

Esto no quiere decir que no fuera un gran torero y sobre todo un gran corazón Pepe-Hillo.

Los dos diestros se trataban bien, con dignidad y respeto; naturalmente por parte de Pedro Romero, que estimaba grandemente a Pepe-Hillo, y por parte de éste, con la dignidad que debe tener y tiene todo hombre de buena crianza y que vale.

Pero había en Pepe-Hillo, debajo de la ceniza, rescoldo para Pedro Romero.

No le quería ni se hallaba a gusto cuando estaba a su lado.

Por eso, cuando de repente se lo encontró manco a boca en la puerta de la botillería de la

Canosa, pasó por su entrecejo una levísima sombra, lo que no le impidió estrechar cordialísimamente la mano a Pedro Romero.

—Pues allí iba a su posada de usted, compañero—dijo Pepe-Hillo—, porque he sabido que usted me buscaba.

—De veras que sí—dijo Pedro Romero—, porque se trata de una cosa grave en que me puede usted servir y servirse a sí mismo. Y vamos a meternos aquí y nos beberemos una botella de Jerez y nos fragaremos unas rajillas de embuchado, y entretanto hablaremos del asunto.

—Pues vamos adentro, compañero—dijo Pepe-Hillo—, y ya puede usted estar contando con que se le servirá.

Se alborotaron los mozos de la Canosa al ver juntas aquellas dos eminencias, y hay quien dice que a poco no se pone una lápida en la puerta para que constase que la casa había tenido el alto honor de recibir y ver juntos a los ilustres Pepe-Hillo y Pedro Romero.

Se les sirvió con el mismo respeto y la misma satisfacción que si se hubiese tratado de dos reyes, y se les puso la mesa mucho más allá que si hubieran sido hombres vulgares, en lo cual se les distinguía y se les honraba.

—Usted, compañero—dijo Pedro Romero—, se ha escriturado para torear tres corridas en Sevilla.

—Es verdad; tres corridas para el Hospital de la Caridad—dijo Pepe-Hillo con satisfacción—. Y a buen precio: cuatro mil reales cada una.

—Pues no es mucho, porque al fin la incomodidad... Pero vamos al caso. Yo tengo empeño en que se lleve usted en su cuadrilla un nuevo espada que yo conozco y que no lo hace del todo mal; como que es hombre de muchos alientos, que no conoce el miedo y que se desvive por un cuerno.

—¿Y ha torreado?

—De afición.

—¿Y qué tal?

—Hombre, no digamos que digamos; pero cumple con su obligación.

—El caso es, compañero, que ya está echada la cuenta de lo que han de costar las corridas, y para pagarle a ese sujeto será menester que yo le desembolse de lo mío.

—Ni un maravedí, compañero, que ese sujeto llevará lo muy bastante para mantenerse bien, como corresponde a su clase. Como que ese sujeto es mucha persona.

—¿Y le conozco yo?

—Cuando le digo a usted que va usted a tener un gran gusto en servirle. Como que es uno de los que más admiran a usted. Vamos a ver si usted acierta. En la última becerrada que usted dirigió en la plaza de la Alameda para darle gusto a la señora duquesa de Osuna, su madrina de usted, él despachó muy bien y con mucha gracia un torete que ya galleaba y se subía a mayores.

—Vamos—dijo Pepe-Hillo, que se avispó—, ¡Frasquito Goya!

Con tal confianza trataba Pepe-Hillo a don Francisco de Goya.

—El mismo—contestó Romero.

—¿Y por qué—añadió—si quiere ser media espada en Sevilla conmigo no me lo ha dicho?

—Hombre, porque no ha podido; porque sin comerlo ni beberlo a mí me lo han echado rodado, y el hombre anda a salto de mata y disfrazado para que no lo prenden. Necesita salir de Madrid, y como yo no puedo moverme de aquí ni en tres semanas, y urge que don Francisco se ponga cuanto antes «fuera de cacho», y usted se va mañana, vea usted ahí.

—¿Pues qué se ha comido Frasquito para que lo busquen?

—Pues qué, compañero, ¿usted no ha llegado a saber...?

—Yo no sé nada.

—¿No sabe usted que el tío Juan López, mi picador, por una pendencia con un agonizante está herido y preso en el Hospital General?

—Sí que lo sé; por la Miraflores.

—O por el diablo. El tío Juan López es lo más «deprobar» que se puede ser.

—¿Y qué tiene que ver eso, compañero, con Frasquito Goya?

—Que está complicado en una pendencia, yo no sé por qué, que no me he enterado bien, por causa de mujeres, que también don Francisco es de los que por ellas no miran dónde se meten ni lo que se hacen. En fin; que a él le echan la estocada que tiene el agonizante, si se va si se viene, y le buscan para prenderle, y si le prenden no lo pasan bien, que hay un río de mil diablos.

—Pues nada, nada—dijo Pepe-Hillo—; no hay más que hablar. Conmigo se viene, que yo le amparo; y mire usted, para que por aquí se arregle la cosa mejor, ahora mismo le voy yo a hablar a la duquesa, mi madrina.

—No estará de más, compañero, que muchos amanes al cielo llegan, y mucho será que cuatro señoras y cuatro señores que ya están habidos, y otros a quienes se les hablará, no lo saquen en palmas. Pero por lo que pueda suceder, lo mejor es que se quite de en medio.

—Pero es necesario que Frasquito se disfrace de modo que no le conozcan.

—¡Conocerle cuando él se disfrace! ¡Quite usted allá, compañero, que cuando yo le lleve esta noche a su casa de usted, por mucho que usted añile los ojos y el olfato no le va usted a conocer!

Los dos diestros continuaron hablando algún tiempo más para ponerse de acuerdo en los detalles; y se fueron, cuando terminaron, cada uno por su lado, para ir a servir a Goya.

Así es que Rosario no había encontrado en su posada al señor Pedro Romero, y hubo de volverse disgustada a su casa y esperar a la noche para acudir a la cita que tenía con Pedro Romero en los ejercicios de San Ginés.

Al fin había llegado la hora y la Rosario había ido a la bóveda de San Ginés.

Como hemos visto, Goya no había sido reconocido por ella.

Pedro Romero se separó de él encargándole que fuese aquella noche a buscarle para llevarle a la posada de Pepe-Hillo.

Después de esto, Pedro Romero se acercó a la Trana y se fué con ella de San Ginés.

Era ya de noche.

Andaba poca gente por la calle, porque Madrid no era ni con mucho tan populoso como ahora.

Al oscurecer se cerraban las tiendas, excepto alguna que otra de comestibles, y las gentes se metían en sus casas o se iban a las tertulias o a los conventos, donde, como en San Ginés, había ejercicios.

Los faroles del alumbrado público se empezaban a apagar a las ánimas y no quedaba encendido ninguno a las diez.

Era, en fin, completamente otra cosa, no sabemos si mejor o peor.

La Tirana se fué con Pedro Romero por las calles casi lóbregas y casi desiertas.

Le imponía un cierto respeto el torero.

Era Pedro Romero muy grave, y no sabía la Tirana cómo decirle que estaba sufriendo porque no veía a Goya y necesitaba verle.

Pedro Romero no la había dicho nada.

Se había reducido únicamente, después de un cortés saludo, a devolverle la sortija que le había dado la noche antes para que le sirviese de señal con la Teresona, y en la cual había un diamante que valía muchos doblones.

—De veras—dijo la Rosarito, buscando el medio de llegar a su objeto—que yo hubiera querido que conservase usted esta sortija en memoria mía.

—Muchas gracias, señora—dijo Pedro Romero—; pero ¿a qué santo?

—Al santo de que es usted muy buena persona, a la que es necesario estimar—dijo la Tirana—, y no así como quiere, sino de una manera especialísima.

—Muchas gracias, señora; usted es muy bondadosa conmigo.

—Usted merece más de lo que yo puedo darle—dijo la Tirana.

Y se atrevió a añadir:

—No olvidaré nunca el inmenso favor que usted me ha hecho.

—Al contrario, señora—dijo Pedro Romero—; el favor le he recibido yo, puesto que usted me ha procurado la satisfacción de servir de algo a mi amigo don Francisco Goya.

—¿Y qué ha sido de él?—dijo con la voz trémula de ansiedad la Tirana.

—Pues yo creo que está en buen camino—dijo Pedro Romero—, porque se separó de mí diciéndome que iba a salir de Madrid, y que si no volvía a verme antes de la noche sería señal de que había encontrado medio seguro para marcharse, y que ya me escribiría.

Pedro Romero aprovechaba la ocasión de quitarse de encima aquel compromiso y de librar a Goya de la Tirana.

—¿Que se ha ido!—exclamó ésta con un acento indefinible.

—¿Y qué había de hacer aquí, cuando la justicia anda tras él que bebe los vientos?—dijo Pedro Romero.

—Pero qué, ¿no le ha dicho a usted adónde se iba?

—El mismo no lo sabía—dijo Romero—, ni yo quiero saberlo, ni se lo he preguntado, porque estos asuntos son muy delicados; en fin, don Francisco tiene muy buenos valedores, y no hay

que temer por él; su negocio se arreglará, y si no puede arreglarse se marchará de España.

Al oír esto, la Tirana se había ido templando, se había ido conteniendo.

Pero al fin exclamó:

—El es un traidor, que me abandona, y usted le ayuda a que se burle de mí; usted quiere que yo pierda la pista.

—Esas son palabras mayores, señora—dijo Pedro Romero sin perder su aplomo y siempre dentro de la más galante cortesanía—; yo no entro ni salgo en este negocio para nada; sólo sé que don Francisco necesitaba escapar de la justicia y que le he ayudado como he podido; se ha despedido de mí para ponerse en otras manos que puedan valerle más que las mías, y nada me ha dicho ni nada le he preguntado.

—Buena, bien—dijo la Tirana despechada, viendo en la firmeza con que hablaba Romero que no podía recabar nada de él—; pero yo estoy comprometida, muy comprometida, y yo le juro a usted que esto no se ha de quedar así. Dígaselo usted para que lo sepa; que no crea que a mí se me burla así como a una cualquiera; que soy yo mucha persona, muchacha... Pero, en fin, lo verá él y lo verá todo el mundo... ¡Pues vamos! ¡Sangre de... Dios me perdone, que iba a decir un disparate! ¡A mí con esas! ¡Pues saben ustedes quién es doña Rosario Fernández? ¡En fin, eso ya se verá! ¡Quede usted con Dios y muchas gracias!

—Yo, señora, no puedo consentir que se vaya usted sola a estas horas, que la noche es muy lóbrega...

—A mí no me hace falta ni usted ni nadie para nada—dijo en el colmo de la irritación la Rosarito—. ¡Quede usted con Dios!

—Pues vaya usted con Dios, señora—dijo Pedro Romero—, y aliento mucho que la haya usted tomado en tal manera conmigo.

La Rosarito no le contestó.

Había tomado de una manera rápida por la calle de Carretas.

—Anda con Dios y que la Magdalena te guíe—dijo Pedro Romero—; pero bien mirado, don Francisco está dejado de la mano de Dios.

Y torciendo a la izquierda tomó por la calle del Carmen y se entró en su posada.

## CAPÍTULO XXXVI

### En que se ve cómo Goya salió de Madrid

Entretanto, Goya y la Curra habían salido de la bóveda de San Ginés.

—Venga usted conmigo y a prisita—dijo la Curra—, que tenemos mucho que hablar, buen mozo.

—¿Y adónde vamos, reina mía?—dijo Goya.

—¿Pues y adónde hemos de ir, rey mío, sino a mi casa?

—Y dígame usted, cariño—dijo Goya—, ¿y si va a buscarla a usted a su casa el alcalde?

—No tiene que buscarme, porque mi casa



es la casa del alcalde; como que soy su ama de llaves. Vamos, usted no está en antecedentes.

—Como que no hemos podido hablar todavía, hermosa.

—¿Conque le parezco a usted hermosa, muy hermosa? ¡Válgame Dios! ¡Ojalá fuera verdad y que le gustara yo a usted que se muriese usted por mí, que allí nos iríamos, compañero.

—Pues hágase usted cuenta, prodigio, que si yo le gusto a usted no puedo yo gustarle lo que usted me gusta a mí; que desde que la vi estoy hecho una lástima y no sé lo que me sucede.

—Cállese usted, hombre, que yo estoy que me busco y no me encuentro. Pero dígame usted, ¿por qué está usted disfrazado? Porque usted no es abate ni por sobación.

—¡Cosas de la vida, cristianita! Le he dado una punzadita a un hombre, que está si se va si se viene, y su alcalde de usted, que tiene la causa, me anda buscando el bulto.

—¡Ay, qué gracia!—dijo la Curra—. ¡Pues me alegro! Descuide usted, que mi amo no le prenderá. ¿Y dónde va usted a estar más seguro que en su casa? Y bien guardado, y con cariño. ¿Y usted quién es?

Goya, que veía que la Curra estaba chalada por él, le dijo su nombre.

—¡Callal! ¡Usted es ese pintor que tiene tanta fama! Pues ya lo creo; así me ha pintado usted a mí que parezco un ángel.

—Si los ángeles fuesen como usted—dijo Goya—ma iba yo al yermo a hacer penitencia para ganar la gloria.

—Pues si yo soy de gloria para usted—dijo la Curra—, atráquese usted de gloria, hombre, y venga gloria de ahí, y que se mueran de envidia los ángeles. Digo, me parece a mí que vamos a ser muy buenos compañeros.

—¿Y si me coge su amo de usted y me ahorca?—dijo Goya.

—¡Ahorcar! ¡Ahorcaban!—dijo la Curra—. Y mire usted: no diga usted que yo tengo amo, porque yo soy más libre que el viento y no tengo más amo que el que yo quiero, y me parece que ya me ha salido amo para toda la vida. Pero ande usted de prisa, hombre, que en ninguna parte ha de estar usted tan seguro como en la casa del hombre que debe prenderla. Y que estará usted muy poco tiempo, porque yo me iré con usted y así tendrá don Diego que buscar a dos.

—Cabalmente yo me voy esta noche de Madrid—dijo Goya—; a la media noche tengo que estar en la posada de cierta persona que me sacará con seguridad de Madrid.

—¡Pues en gracia de Dios que no se puede andar mucho camino desde aquí a la media noche! Lo que es yo no me separo ya de usted; en recogiendo lo mío, que no es ahí un grano de anís, que en dinero y en alhajas tengo más de tres mil doblones, allá nos vamos. Y no hay más que hablar.

Como se ve, ella no tenía mucho que perder y a él se le presentaba algo que ganar.

Por lo pronto iba a poseer una buena moza, de las de jólé, que le podía servir a un tiempo de compañía y de arrimo.

Se habían encontrado, como suele decirse, los guardas con los metedores, y todo iba a las mil maravillas.

La Curra introdujo por un postigo de la casa de su amo a su nuevo amor, y le llevó a su cuarto, donde se encerró con él.

Entretanto, el bueno de don Diego de Navasqués y Figueroa, encerrado en su despacho, estudiaba las declaraciones con que empezaba el proceso, y rebuscaba el modo de excluir de él a Goya por un «no ha lugar», ajustado, si no a justicia, a derecho, lo cual no es siempre una misma cosa, o cuando menos hacer de modo que Goya saliese bien librado.

El buen alcalde estaba muy lejos de creer que su cara esposa secreta abría en secreto y en su misma casa todo lo que tenía de corazón



JOSEFA BAYEU, ESPOSA DE GOYA

y de alma a aquel mismo hombre en cuyo favor él retorció los textos legales y buscaba casusmos y argucias.

Pasó el tiempo.

Llegó la media noche, y todo el mundo en la casa del alcalde dormía, a juzgar por el profundo silencio que reinaba en ella.

Entonces se abrió el postigo del jardín y salieron dos bultos.

Eran Goya y la Curra.

Esta se llevaba su dinero y sus alhajas, todo lo que había podido arrebañar, que no era ciertamente despreciable.

En su cuarto había dejado, cerrada y con sobre para el alcalde la carta siguiente:

«Mi queridísimo Dieguiño: No te incomodes, hijo mío, porque me voy a dar una vuelta por esos mundos de Dios unos cuantos días. No

quedo pasar por otro punto. Pero esto no quiere decir nada; yo volveré, y seré para ti como siempre. A los que te pregunten por mí diles que mi tía la de Córdoba se ha puesto muy malita y me ha mandado llamar, porque no quiere morir sin verme. No hay necesidad de que nadie se entere de nuestros negocios.

Tu querida esposa, que te estima como tú sabes muy bien.—Curra.\*

No puede decirse que Curra no era harto previsora.

Por lo que pudiera sobrevenir, dejaba cubierta la retirada.

Nuestra pareja se fué en buena y dulce compañía a la posada del Carmen.

Goya llevaba bajo el brazo un envoltorio que le había dado Curra y que pesaba mucho, a juzgar por la dificultad con que lo llevaba.

En cuanto llamaron se abrió la puerta de la posada.

Estaban prevenidos por Pedro Romero.

Sin embargo, no dejó de extrañarles el ver llegar a aquellas horas a un abate con una mujer muy hermosa y vestida de negro de una manera modesta.

—Dígale usted al señor Pedro Romero—dijo Goya—que aquí están el abate Pisuerga y su hermana.

—Pues el señor Pedro Romero—dijo el mozo—ha encargado que en el momento que su merced venga le suban a su cuarto, y mire usted en el patio enganchado un coche que el señor Pedro Romero ha mandado poner. Conque suban ustedes conmigo, que el señor Pedro Romero está esperando.

Subieron.

A Pedro Romero se le nubló el semblante cuando vió que Goya iba acompañado de una mujer de las circunstancias de Curra.

—Bueno—dijo para sí—; echemos redondamente fuera este asunto. Y por lo demás, ¿qué me importa a mí?

Y no hizo ni una sola observación a su amigo Goya.

¿Y para qué?

Inmediatamente bajaron al patio y entraron en el coche.

Se metió con ellos Pedro Romero, se abrió de par en par el portalón de la posada, arrojó el mayoral y el coche salió.

En los portales de la plaza Mayor, frente a la calle de Toledo, paró el carruaje.

Sallieron, se metieron por la calle de Toledo y fueron a San Isidro.

Una vez allí, se metieron en otro coche que estaba esperando.

Pero entraron solos.

El mayoral no vió al señor Pedro Romero.

Este se había ido a pie a la Cava Baja, a la posada de los Huevos, donde con su cuadrilla se aposentaba Pepe-Hillo.

Cuando el coche llegó a la posada ya estaba Pepe-Hillo esperando en la puerta.

En cuanto Goya salió del coche Pepe-Hillo le abrazó.

Eran grandes amigos.

Se estimaban como se estiman siempre los hombres de corazón.

—Suba usted, suba usted, señor abate—dijo Pepe-Hillo—. Le estábamos a usted esperando con ansia; pero no creíamos que viniese usted en tan buena compañía.

—¿Qué quiere usted, señor José Delgado?—dijo Goya—. Esta no ha querido quedarse.

—Y ha hecho bien—dijo Pepe-Hillo—, y así deben ser las mujeres que saben querer. Sean ustedes bien venidos, y como no hemos de marchar hasta por la mañana, vengan ustedes al cuarto que yo había mandado preparar para usted, amigo mío. Ya está todo hablado; no hay nada que decir, sino que ya es tarde para estar de visita.

Pepe-Hillo llevó a la pareja a un cuarto que estaba inmediato al suyo.

Se despidió de ellos hasta la mañana y se fué. Goya y la Curra se encerraron.

Como se ve, Pepe-Hillo no era tan escrupuloso como Pedro Romero.

El mayoral metió en la posada el coche en que había conducido a Goya y a la Curra.

Le había ajustado Pepe-Hillo para hacer aceleradamente el viaje a Sevilla.

Para los muchachos de Pepe-Hillo estaba parada una gran galera.

Se pasaron seis horas en una tranquilidad profunda.

Al fin, a eso de las seis empezó a ponerse en movimiento la gente.

Pepe-Hillo llamó por sí mismo a la puerta del cuarto de sus amigos.

Estos le hicieron esperar.

Como que estaban en siete sueños cuando los llamó Pepe-Hillo.

Este les dijo que se preparasen, porque dentro de dos horas se pondrían en camino.

En efecto; a las ocho de la mañana, después de haber almorzado bien, entraron en el coche Curra, Goya, Pepe-Hillo y la mujer de éste.

Los de la cuadrilla se metieron en la galera y se empezó el viaje.

## CAPITULO XXXVII

### En que se ve que dondequiera que iba Goya sucedía algo extraordinario

Dejemos en paz o más bien en guerra consigo mismas a las cuatro hembras que Goya había dejado internadas en Madrid.

Prescindamos también del viaje, que no duró menos de una semana, y que fué alegre, porque la gente lo era, y además de Curra iban algunas otras mujeres más o menos legítimas de los toreros.

Se paraba de noche en las posadas de los pueblos o en las ventas de los caminos, y como llegaban descansados, porque iban en las galeras tendidos en colchones, y Goya y la Curra, y Pepe-Hillo y María Conde, que era su mujer, en seguida que cenaban y alegres por lo bien que se rochaba la cena, se armaba el tango y el canto y el balloteo a lo flamenco (no sabemos de dónde diablos ha salido el llamar flamen-

cos a los gitanos, aunque se nos figura que deba ser desde la guerra de las Comunidades, lo que era igual que llamar gitanos y ladrones a los flamencos, a quienes se aborrecía) hasta muy tarde, después de lo cual se acostaban para dormir tres o cuatro horas y ponerse en camino al amanecer.

Bien es verdad que el que no se despachaba bien de noche, continuaba durmiendo en la galera y se hartaba.

Para darse buena vida, un torero.

Es verdad que bien lo han merecido para compensarse de la brega y del peligro del rondel y de la fatiga de los viajes.

\*

Aunque todos conocían a Goya, ninguno le conoció durante el viaje ni en el tiempo que estuvieron en Sevilla, como no fueran la Curra, la María Conde y Pepe-Hillo.

Estaba disfrazado de francés y hecho una fecha: con un exagerado sombrero de tres candiles, más ancho y más acandilado que los otros dos el de delante; una peluca rubia que parecía de lino; una corbata mustrada; una casaca cuyos faldones le besaban los talones, más calzones que le hacían buchec, unas medias verdes y unos zapatos con hebillas de acero, altos del empeño y de tacones incommensurables.

Llevaba espada con empuñadura brillantada y Heria de dengues, dos relojes esmaltados y guarnecidos de diamantes falsos, con dijes, y un «redingot» para por las noches, que todavía eran frescos.

Su cara aparecía rubicunda, y en medio de ella campeaban unas narices de pico de toro.

Chamurraba de una manera insoportable y era imposible reconciliarle.

Los toreros no podían explicarse para qué objeto iba con ellos aquel «monsíu»; pero se morían de risa cuando Goya tocaba, según ellos, la guitarra en francés y cantaba de una manera que el diablo que le entendiese una especie de parodia de la «Tirana» y de la «soled».

El «monsíu» era la piel del diablo, más alegre que unas sonajas, y todos habían pegado la huera con él.

En fin, había dado muestras de que no se le podía mojar la creja, porque el picador Antón Prieto, el Perulero, que era un gitano más malo que una epidemia, se quiso quedar con él sobre al la cantó una copla a su moza o él no se la cantó, y la guiñó o no la guiñó, y si no se metían todos por medio acuchilla Goya como un señor el Perulero y aun le hace albóndigas.

Los pusieron al fin en paz, se acabó aquello y nadie fue osado ya a tentarle la paciencia al «monsíu».

Pero cuando no les quedó nada que sentir a los muchachos de Pepe-Hillo fué al ver que el cartel que se publicó para la corrida del lunes próximo decía que alternaría con Pepe-Hillo, para estoquear tres toros, el caballero francés «monsíu» Abricot, y que, además, rejonearía los toros a la antigua usanza española.

Esto, que emocionó a los muchachos de Pepe-Hillo y de su cuñado, Juan Conde, que debía dar seis corridas enteras en Sevilla, excitó en el pú-

blico, y singularmente entre los aficionados, un grande y vivísimo interés.

Hay que advertir que el espada Juan Conde estaba también en el secreto.

Sabía que «monsíu» era don Francisco de Goya.

Tenían los dos diestros una completa confianza en Goya.

Era un grande aficionado.

Casi casi un torero.

Sobre todo, sabían que Goya no tenía miedo a las reses.

Allá se iba él al toro, después de uno o dos pases, como si el toro no hubiera podido hacerle el menor daño, y le salía generalmente bien; pero sin cuidarse de si la estocada estaba bien señalada, más o menos tendida o atravesada.

En Goya el arte, ya fuese mistando, ya toreado, era el desorden.

Pero siempre en el desorden de Goya, ya pintando, ya estoqueando, ya habase, ya enamorasae, resultaba el arte, y un arte grandioso.

Al día siguiente de la llegada de Pepe-Hillo y de Juan Conde con sus cuadrillas debía tener lugar, y lo tuvo, en efecto, una media corrida de toros, por la tarde.

El «monsíu», como le llamaba todo el mundo, había hecho el paseo entre Juan Conde y Pepe-Hillo, a la derecha de éste.

No había cambiado de traje.

Llevaba su disfraz y aparecía con él lo más raro del mundo.

No había cosa más divertida que ver cómo flotaban los largos faldones de su casaca cuando corría el toro, sin que le embarazase el espadañ, que llevaba ceñido, ni se le cayese el enorme sombrero de tres candiles.

Bregaba como podían bregar los más diestros y cualquiera de los más vigorosos y ágiles de los muchachos.

Estos se maravillaban de la buena gracia que para torear tenía el «monsíu», a quien creían un francés al natural, sin sospechar siquiera por un momento fuese un español disfrazado.

El ganado que se corría era del más bravo de las Merismas.

Fieras de un admirable trapío, de muchas libras, de mucho poder, de muchos pies y mucha cabeza y sentido.

Había que tener mucho cuidado con ellas, porque se iban al bulto y se colaban que era una bendición de Dios.

El tío Prieto, el tío Cascabullo y el Chavosito Ternillas, picadores los tres y sobresaliente el último, parecía como que se habían propuesto medir con su cuerpo la plaza, porque todo era tumbos y caídas, a pesar de que eran muy brutos, tenían muchos puños y aguantaban cuanto era posible aguantar.

Pero los toros aguantaban más, metían la cabeza, se pegaban, despanzurraban a los caballos, y allá iban esperpento y picador, y gracias si los quites de los diestros libraban al bruto humano de ser hecho jigote, como el bruto cuadrupedo.

Alternando con los diestros, el «monsíu» se iba a los quites, y lo hacía bien.

Sobre todo, con una gran serenidad y una gran bravura.

Al gallear al primer toro, éste le cogió de un hachazo el faldón izquierdo de la casaca, y se lo llevó como si lo hubiesen cortado con unas tijeras.

Se quedó Goya hecho la figura más rara del mundo.

Parecía que andaba torcido.

Recogió el faldón, que era enorme, y con el capote se fué al bicho, le hartó de trapo e intentó el salto al trascuerno.

Pero el bicho era muy vivo y se revolvió con mucha ligereza.

Le dió un testarazo, y gracias a que Goya estaba encunado.

Pero, sin embargo, fué dando traspiés tres varas más allá.

Se vió con asombro que no cayó.

Gracias a un oportuno y circunspectísimo quite de Pepe-Hillo, no pudo matar bien el toro y cogerle.

Las palmas, las varas, los bastones, las voces saludaron con un estruendo atonador a Goya, que se contoneaba con un faldón en su sitio y el otro en la mano, y paseaba lleno de prosopopeya la plaza.

La Curra, que con María Conde estaba sobre el toril, reventaba de orgullo y se moría de amor por Goya.

Tocaron a banderillas, y allá fué el primero el «monsíu».

Clavó en el morrillo del bicho, en todo lo alto, como un ángel, tres pares.

Uno al sesgo, otro al encuentro y otro bravísimamente a topa carnero.

Sonaron los timbales y los clarines.

Pepe-Hillo cogió los avíos, se fué a la presidencia, que estaba servida por el señor asistente, y con mucho rumbo y gracia se fué al bicho, le dió dos al natural y uno de telón; lló y despachó a su enemigo de una manera limpia, con una soberbia ostocada por todo lo alto, recibiendo

El toro cayó a sus pies, y el circo se hundía a aplausos.

—¡Que se lo dent! ¡Que se lo dent! ¡Que se lo dent!—gritó la multitud.

Hizo seña de acceder el presidente, el alguacil llevó el recado a Pepe-Hillo, y las mulillas arrastraron el cadáver.

Hicieron los instrumentos la seña de la salida del segundo toro, sonó el cerrojo, se abrió el toril y se lanzó en la sangrienta arena «Verdugo», hermoso animal de seis años, retinto, bragado, con más armas que España, más pies que un corzo y más bravo que un león.

Se le picó, se le corrió, se le banderilló, todo muy en orden y como Dios manda, y le estoqueó, como él sabía hacerlo, Juan Conde, con tres al natural, un cambio y una en hueso y otra corta, aunque buena, que remató al abanto.

Salió el tercero, chorreado, botinero y careto en negro, fino, bien armado, de poca cuna, receloso e indeciso; pero atento y al parecer intencionado.

Salió despacio, es decir, asomó la cabeza, y cuando vió tanta gente y aquellos armatostes que el uno a cierta distancia del otro estaban a la izquierda del toril, se escamó y quiso volverse al encierro; pero el Zanquillargo había

echado el cerrojo, y Mosquito había metido el capotillo, de manera que se le pudo sacar a los tercios, aunque no con mucha voluntad.

Paróse nuestro hombre, quiero decir, nuestro toro; examinó el redondel con una atención profunda, remosqueó la cola, rebiló las orejas, escurbó como con indolencia, olió el suelo, dejó oír un conato de mugido, en el cual se sentía la cólera, y Juan Conde dijo a Pepe-Hillo:

—Ese animalito nos va a dar que hacer; yo lo había yo visto en el apartado. Es un tunante. Yo no sé por qué se lo habrán echado a don Francisco.

En efecto; el «monsíu», con su medio faldón, debía matar a aquel buen mozo.

El tío Manuel Jiménez, que era el primer caballero de los de fanda, se desentendó y se lanzó bravamente a los tercios para buscar al toro; se metió el capotillo por Menduencías, y el tío Manuel Jiménez se puso en jurisdicción.

Apenas se armó, cuando el toro, sin preparación alguna, se dejó ir, como quien se deja caer, como disparado; le plantó la puya en los rubios Jiménez, aguantó como él sabía hacerlo, intentó despedirse por afuera; pero ya era tarde. El caballo no pudo resistir, le faltaron las patas, dió una voltereta, cayó de espaldas el tío Manuel Jiménez, se quedó al descubierto con largo era y sin sentido, y en el momento supremo, solemne, de recargar el toro, un trapo le tapó los ojos, le cogió, se lo atrajo, lo llevó por la derecha del toril hacia la puerta de caballos, le empapó y le llevó a los medios.

El que había hecho este quite con una gran rapidez, con un gran efecto, con una grande oportunidad, había sido el «monsíu».

Cuando tuvo el toro en los medios le dió dos gallos con mucha gracia.

Luego se fué, dejando al bicho al cuidado de los chulillos.

—O don Francisco está loco o no lo entiendo—dijo Juan Conde—. Ese toro se cuele.

—No es que no lo entiendo—dijo Pepe-Hillo—, sino que es temerario.

—¡Vaya, pues entonces ya tiene usted un número dos, compádrete!—dijo Juan Conde.

Al tío Manuel Jiménez ce lo habían llevado sin sentido a la enfermería.

Migascrudas, despedido de la albardilla, había tocado a «Sanctus» con la cabeza en el olivo; el tío Patasruertas asomaba la cabeza, medio ahogándose, por debajo del caballo, y el Gitano y Uñitas salían muy campantes y muy «sí señor» y «aquí estamos nosotros», para que el público no se impacientase por falta de picadores.

Aguantó el toro otros seis puyazos de los de «verdá», dió otros cuatro tumbos de los de «basta y sobre», y si no suenan timbales, y trompetines a banderillas, no sabemos si hubiera habido picadores bastantes en la gran cordada del toreo para el bichito.

Cogió Goya un par, y a toro parado las cogió al bicho en los rubios, volviéndole loco.

Se volvió el toro, arrancó, le dió un quiebro Goya, metió al mismo tiempo los brazos y le dejó otro par de pendientes.

Se armó de nuevo y a topa carnero aumentó

con otro par el número de banderillas con que adornaba la cerviz al bicho.

—Si eso es torear—decía Juan Conde un tanto envidioso—, que lo diga mi abuela.

—Pues si eso no es torear, que lo diga Dios— exclamó muy satisfecho Pepe-Hillo.

—Ya lo creo, compadre—dijo Juan Conde—, para usted no hay cosa más grande que las temeridades. Pero ¿qué hay en lo que está haciendo don Francisco que se parezca a nada?

—Pues ahí está, compadre—dijo Pepe-Hillo—, para matar toros no hace falta más que tener mucho corazón.

—Sin destarar las cornadas—dijo Juan Conde algo amestazado.

Entretanto la plaza se hundía de alboroto por el entusiasmo que había causado Goya, y entre los aficionados todo era disputas como la que habían tenido en la plaza los dos diestros, y más o menos acaloradas.

El asistente, que sin duda se había asustado con los atrevimientos de Goya, hizo la señal para la suerte de matar.

Sonó la señal.

Cogió Goya los arcos, se fué al presidente, brindó, tiró el sombrero y se fué al toro, que se había ido a la querencia del chiquero, y estaba entablado en la disposición y apositura más malas y más peligrosas del mundo, receloso, armado, en defensa y más aplomado que la Giralda.

Goya se fué gentilmente a él, le tendió la muleta, y cuando todo el mundo creyó que iba a pasarle, arrancaron al mismo tiempo, como si hubieran tenido la misma intención, torero y toro.

Hubo un momento de confusión.

Goya estaba embrocado; pero instantáneamente cayó a sus pies el toro.

Goya se quedó de pie, agitando la muleta como si hubiese sido una bandera, y dando voces de un modo frenético.

Voces que no se oían, dominadas por el vocerío inmenso de la multitud asombrada.

—El asistente debía llevarle a la cárcel—dijo Juan Conde—. Eso no es torear, ni Cristo que lo fundó; eso es andar a puñetazos con los toros y vamos a ver quién es más bruto.

—Eso va en genios, compadre—dijo Pepe-Hillo, que, como pecaba de temerario, le gustaban las temeridades.

Entretanto, Goya continuaba paseando alrededor de la plaza y recibiendo una salutación que podía envanecer a cualquier persona.

—¡Que le den el toro! ¡Que le den el toro!—gritaban.

Pero el asistente permanecía indiferente a estas manifestaciones.

Como si hubiera estado sordo.

Pensaba sin duda de la misma manera que Juan Conde.

Al fin se vió que el alguacil llamaba a Goya y que le daba un recado.

Pero en vez de irse Goya hacia el toro para cortar la oreja se dirigió a la puerta de alguaciles.

Al mismo tiempo por la del arrastradero entraban las mulillas para llevarse al toro.

Era evidente que no se había concedido el toro a Goya.

Que no se accedía a lo que el público había pedido.

Que se le «dejaba feo».

Y el público es un rey absoluto.

No sufre que nadie, por grande que sea, le contradiga.

Se arrojó una de las no vistas ni oídas.

De las que no cabían por la barra de Sanlúcar. Un alboroto en una plaza de toros, singularmente si es la de Sevilla, es una de aquellas cosas imposibles de describir.

Por consecuencia, por no molestar a los lectores, renunciámos a ello.

Era una tempestad con su cohorte de relámpagos y truenos.

Se hundía la plaza.

Caían al redondel sillas, sillones, banquetas, cojines, tablas, sombreros, bastones y otros mil y mil objetos.

Las cuadrillas, con sus capitanes, es decir, con sus matadores, se habían visto obligadas a abandonar el circo.

Los muleteros habían escapado con las mulas sin haber podido llegar al toro.

Sólo habían quedado en el redondel seis individuos que no habían podido moverse.

Esto es: el toro y cinco arañas, vulgo caballos, reventadas.

El asirundo llegaba al cielo.

Nadie cedía.

El asistente se apoyaba en su autoridad, que creía incontrastable.

El público, en su soberanía, que juzgaba omnipotente.

Y si no saltaba la gente al redondel era de miedo a la lluvia mariza que sobre él caía.

El asistente era el ilustrísimo señor don Francisco de Rojas, no menos temiendo que aquel otro asistente don Francisco de Bruna, a quien por sus terribles llamadas el «Señor del gran poder».

No era él persona a quien se le podía armar un escándalo sin que lo castigase de una manera severa.

Mandó que la compañía de Infantería que daba la guardia de la plaza entrase a reprimir el tumulto.

Entretanto, y rodeado de alguaciles y parodiando el prendimiento de Cristo, Goya fué llevado delante del asistente.

—¿Qué manera de torear es la que tienen en Francia?—dijo el asistente.

—«Dans mon pays»—dijo Goya en un francés-español, pronunciando como Dios quería—«on ne permet pas un si barbare amusement public».

Lo traduciremos:

«En mi país no se permite una diversión pública tan bárbara.»

El asistente no entendió ni una sola palabra.

Para él, Goya era tan francés, por lo menos, como París.

Se aturdió un poco.

Pero al fin dijo:

—Yo he olvidado el francés en alguna manera y no estoy muy al corriente. Hábleme usted en castellano.

—«Je ne peux pas absolument» (yo no puedo absolutamente)—respondió Goya.

—¿Comprende usted el castellano?—preguntó aburrido el señor Rojas.

—«Un petit peu» (un poquito)—dijo Goya.

Y por la inclinación de cabeza que acompañó a estas palabras comprendió el asistente que Goya entendía el español.

—Pues bien, «monsieur», yo voy a meter a usted en la cárcel.

—«Et ça pour quoi?»—dijo Goya.

Esto lo comprendió perfectamente el asistente y contestó:

—Porque usted ha engañado al público; porque usted no es torero.

—«Pardon, monsieur»—dijo Goya—; «je suis, s'il vous plaît, ainsi torador que le Cid». (Perdón, señor; yo soy, si usted quiere, tan torero como el Cid.)

—Ni eso es correr toros, ni eso es banderillar toros, ni eso es trastear, ni eso es más que la temeridad de un perdido que se va al bicho de cualquier manera y sin mirar el peligro.

—«Ça est-il bien avoir de cœur!» (¡Eso es tener corazón!)—dijo ya impacientándose Goya y con aire y acento descomedidos.

—¿Cómo se entiende! ¡Insolencias, desacato!—dijo el asistente, comprendiendo que Goya se le atrevía—. ¡A la cárcel!

Pero el asistente no había contado con la huésped.

El alboroto se había convertido en un verdadero motín.

Los alguaciles habían echado mano a algunos de los que más alborotaban y habían pretendido que el verdugo los azotase, cumpliendo las ordenanzas.

Pero ¿quién tal dijo?

Los alguaciles fueron aporreados, y los presos, puestos en libertad.

La compañía de Infantería había sido acometida en las delanteras, en las gradas, en los andamios, y la habían desarmado.

La multitud se lanzó al aposento o palco del asistente.

Este tuvo miedo y escapó.

Las consecuencias fueron inmediatas.

Cogieron a monsieur Abricot, esto es, a Goya, le sacaron en andas de la plaza y le condujeron en triunfo a Triana.

He aquí de qué manera los españoles pudieron llevar en triunfo a un francés.

Afortunadamente, Goya era español.

## CAPITULO XXXVIII

**De cómo llegó, al fin, el fin y remate por entonces de las aventuras de Goya**

Se armó un jolgorio por todo lo alto.

Triana recibió a Goya ni más ni menos que como recibía Roma a sus Césares triunfantes.

Pero Goya estaba inquieto; no las tenía todas consigo.

Sabía, porque la fama de lo terrible del asistente de Sevilla, don Francisco de Rojas, había trascendido, que no podía quedarse así.

Que el pueblo en la plaza de los toros, ya lo hemos dicho nosotros, es incontrastable.

Pero que fuera de la plaza de toros ya es muy distinto.

Todo el mundo teme comprometerse personalmente.

Y más en aquellos tiempos, que por una resistencia a la autoridad y a poco que mediase algo agravante se podía ir a la horca.

La autoridad del asistente de Sevilla era formidable.

Representaba las cuatro jurisdicciones: administrativa, civil, criminal y militar.

Era un autócrata, en toda la extensión de la frase, si se nos permite decirlo.

Pepe-Hillo y Juan Conde lo habían comprendido así, y fueron humildemente con sus cuadrillas a rendir acatamiento al asistente.

Este fué un paso prudente.

El señor Rojas los recibió bramando como una tempestad.

Pero mediaba la gran popularidad de Pepe-Hillo y el cariño y la admiración que particularmente sentía por él el señor Rojas que en Sevilla era su padrino, o lo que es lo mismo, el esposo de su madrina, porque la señora asistente de Sevilla era tan madrina del célebre torero en Sevilla como lo era en Madrid la señora duquesa de Osuna.

Pepe-Hillo afirmó que él había tenido la mejor voluntad del mundo al sacar a la plaza a monsieur Abricot.

Que él le había conocido en Madrid, porque el «monsiú» era muy aficionado.

Que le había visto hacer maravillas en el Matadero con las reses más bravas, y con los toros de más poder en las hecerradas de Colmenar Viejo.

Que él no sabía quién era el «monsiú»; pero se le figuraba que era un viajante de comercio, según le había oído decir.

En fin, que lo que había hecho aquella tarde en la plaza, aunque no hubiese sido como lo mandaban las reglas del toreo, había sido admirable.

Que a él le constaba que conocía las reglas y que las practicaba, y que podía afirmar que era un buen torero.

Que si aquella tarde se había tomado licencias, había sido porque había creído que complacería al público.

En fin, que el público, como se había visto, había dicho «amén», y que cuando el público dice «amén», hay que decir «amén Jesús».

Por último, y mezclando sus observaciones con grandes adulaciones al asistente, aunque Pepe-Hillo era soberbio y poco a propósito para adular a nadie, y mediando la señora asistente, que era una santiguera de las de punta y de cabeza y de sentido, se vino a arreglar el negocio; pero con la condición de que para evitar nuevos alborotos, el «monsiú» no volviese a torear.

Todos se encontraron contentos y listos, y Goya entablado con los gitanos y particularmente con las gitanas de Triana, y atracándose de buuelos que no había más que pedir.

\*

A los ocho días desapareció el «monsiú»; se perdió.

Nadie supo lo que había sido de él.

Pero lo sabían la Curra, la María Conde, Pepe-Hillo y Juan Conde; es decir, sus amigos.

Todo consistía en que Goya había cambiado otra vez su pellejo, como si dijéramos, su disfraz, y se había convertido en un inglés rubio, arqueólogo, que viajaba estudiando antigüedades, y había ido a Sevilla atraído por sus monumentos árabes y, sobre todo, por las ruinas de Itálica.

La razón de esta nueva transformación había sido que por una gitanilla buñolera, con la cual se había puesto Goya a aprender a hacer buñuelos, se había sublevado contra él toda la gitanería del barrio de Triana y la cosa andaba mal.

Por otra parte, la Curra se había avispado y había que temer un desavío.

\*

Mister Tromiong era todo un mozo.

Chapurraba el español; pero lo hacía con mucha gracia.

Se tragaba una cañaveral y se atracaba de bocas de la Isla como un señor.

Cantaba el «ole» y la «soleá» como un «gachó»; meneaba la navaja a lo guapo, ballaba como una peonza, y cuando le guiñaba el ojo a una morena la tiraba de espaldas.

La Curra estaba ya que no sabía por dónde sacar el pescuezo de celosa y maltratada y mal llevada, y los dineros se la iban que era un contento, o más bien, una lástima, porque Goya gastaba y gastaba que era un fuego.

En fin, que estaba ya arrepentida de haber dejado a su Dieguito, y a su traile trasclascano, y a su alférez de guardias valonas, y se iba poniendo que berreaba la mujer y no sabía qué hacerse con aquel maldito de Goya, al que quería más cada día y por el cual cada día se ponía en un aprieto, a cachete limpio y a sopapina con las hembras que la mortificaban.

\*

En fin, Pepe-Hillo recibió la siguiente carta de Pedro Romero:

«Compañero: Después de saludarle y de deseársle una salud tan buena como la mía, a Dios gracias, en compañía de su buena esposa, a la que saludo también y deseo muchas felicidades, con toda la familia, he de decirle que ahora mismo vengo de casa de don Leandro (éste era Morafín), que me ha dicho que don Manuel (éste era Godoy) se ha interesado tanto por nuestro loco (éste era Goya), y que las dos duquesas y la condesa y la otra loca (éstas eran las de Alba, Osuna y Benavente y la Triana) han trabajado tanto que puede venir cuando quiera.

El alcalde de la causa ha hecho de modo que al por incidencia aparece nuestro hombre en el proceso. Por otra parte, la comunidad de agonizantes ha trabajado también, y nada se dice en el proceso del agonizante, que al fin ha escapado y está convaleciente.

Se ha hecho de modo y manera que el tío Juan López, que ya está bueno, y que a lo

que parece se casa con la Miraflores, aparece como herido en una riña en defensa propia y legítima, y se ha sobreesido en la causa y le han puceto en libertad. Ha curado tan bien de la herida, que el lunes que viene torceará conmigo y el domingo siguiente se casará con la Miraflores.

El señor Bayeu estuvo ayer aquí y me dio la carta que va adjunta y cerrada para que se la entregase usted a don Francisco. Que se venga cuanto antes, que está haciendo falta, y nada tiene que temer. Y con esto y con mis afectos a su señora esposa y cuñado y demás amigos, se repite de usted afectísimo, amigo y compañero, *Pedro Romero*.

P. D. Que se venga usted también cuanto antes, que yo no torreo a gusto sino cuando torreo con usted, y me parece que no estando usted hace falta una gran cosa.»

—¡Gracias a Dios!—dijo Pepe-Hillo—. Por fin hemos jugado la última corrida y podemos irnos, y yo no sabía ya qué hacerme en Sevilla con ese diablo de Frasquito.

Y buscó a Goya, le dio la carta cerrada que para él le había enviado Pedro Romero y le leyó la que él acababa de recibir.

La carta era de Bayeu, y decía así:

«Mi querido hijo Frasquito: Tu negocio está arreglado de todo punto; pero mi casa está desarreglada y de luto, porque la Josefa está cada día más triste y más pálida, y su madre y yo nos ahogamos porque tememos que la sobrevenga la tisis. Ven, hijo mío, cuanto antes. Ten lástima de nosotros.»

Esta carta no podía ser más tierna ni más conmovedora.

A Goya se le abrieron las entrañas y le entró una ansia tal de ver pronto a su Josefa que dijo a Pepe-Hillo:

—Compadre, quede usted con Dios, que ahora mismo me voy a correr la posta y en tres días me planto en Madrid.

—Hombre, no sea usted súbito—dijo Pepe-Hillo—, que allá vamos todos y de prisa; que el lunes que viene he de torrear yo, Dios mediante, en el redondel de Madrid con Pedro Romero.

—Pues nos vamos esta noche.

—Bueno, bien; nos iremos esta noche. Pero ¿y la Curra?

—La Curra está deseando también volver a Madrid.

—Entonces, todos completos.

Aquella misma noche, en dos coches y dos galeras aceleradas, se emprendió el viaje, y el siguiente domingo por la mañana entraba nuestra gente en Madrid por la Puerta de Toledo.

## CAPITULO XXXIX

### En que termina nuestro relato sobre Goya

Apenas llegaron a la Cava Baja, a la posada de los Huevos, cuando la Curra dijo a Goya:

—Adiós, hijo mío; voy a darle una alegría a mi viejo; eso no quite que nos veamos luego.

—Pues por supuesto, mujer—dijo Goya—; yo también me voy a dar otra alegría.

—¡Sabe Dios cuántas alegrías darás tú, hijito mío!

—¡Pues no que tú!

—Mira, chiquillo, la verdad es que nos hemos divertido y hemos rabiado de lo lindo, y ya es hora de volver a meternos en caja. Pero eso no quita. Yo te quiero y te querré siempre.

—Lo mismo digo.

—Pues en paz y contentos.

Y la Curra se fué a consolar a su viejo, que conoció que la había sentado muy bien el viaje.

La verdad era que Curra se había satisfecho de Goya, y la tiraban los otros.

En cuanto a Goya, le estaba devorando la impaciencia.

Tenía verdaderamente hambre, y hambre del corazón, por ver a la Josefa.

Se fué desalado a casa de Baya.

Y se presentó sin disfraz.

Tal cual él era.

Se llenó la casa de alegría, y de tal manera que la Josefa se desmayó.

Pero volvió de su desmayo completamente dichosa.

Tenía allí a su Frasquito.

Goya comprendió entonces que la Josefa era su destino.

Le escarabajaban, no digamos que en el alma, pero sí en los sentidos, no sabemos cuántas mujeres.

Sobre todas estas mujeres de que Goya no podía prescindir, a pesar de su vehemente amor a la Josefa, campeaban la duquesa de marres y la Tirana.

En cuanto a la Miraflores, era distinto.

Ella, que sabía mucho, que comprendía que Goya no se casaría con ella, había arreglado sus negocios, que a causa de Goya estaban muy comprometidos, casándose con el tío Juan López, que había visto el cielo abierto.

Esto no quitaba que Goya, el tío Juan López y la Miraflores continuasen siendo los mejores amigos del mundo.

La Cariblanca, que andaba también muy cuidadosa, trataba de casarse con un tratante, o más bien chahín, porque tanto se buscaba los negocios por los cereales como por las bestias.

Hay que advertir que él era una bestia completa y lo más a propósito para ser manejado por la Cariblanca.

Ella tampoco prescindía de Goya.

¿Y por qué? Una mujer casada puede tener muy bien conocimientos anteriores a su casamiento.

La Curra no había tenido que convencer a don Diego.

Éste había creído que su cara costilla había ido pura y simplemente a mudar de aires por motivos de salud.

En cuanto a la Tirana, era otra cosa.

Tomaba el cielo con las manos.

Pero ¿qué hacer?

Se acordaba de que Goya tenía el genio muy pronto y muy duro y para tratar con él era necesario tener paciencia.

Pero se había puesto frente a frente de la duquesa de Aiba.

\*

El casamiento de Goya se hizo con una verdadera solemnidad.

Goya era célebre y, por consecuencia, estaba muy bien relacionado.

La Josefa le procuró una envidiable luna de miel.

Pero esta luna no fué muy larga.

Empezó a menguar.

Goya volvió a ser lo que necesariamente, dado su carácter, debía ser.

Un hombre inquieto, voluntarioso, incapaz de mantenerse en los límites de la prudencia y lanzado a todo sin temor a nada.

La Josefa fué una mártir.

Pero una mártir enamorada, y con su enamoramiento feliz.

Era, en fin, para Goya el ángel del hogar.

Y digase lo que se quiera, si a alguna mujer amó Goya en el mundo fué a la Josefa.

**FIN**

**ANTONIO GARCIA-RAMOS y VAZQUEZ**

Del Colegio de Abogados de Madrid

Cronista Laureado de Radio Nacional

y Televisión Española, MADRID.

**ANTONIO GARCIA-RAMOS y VAZQUEZ**

Del Colegio de Abogados de Madrid

Cronista Laureado de Radio Nacional

y Televisión Española, MADRID.